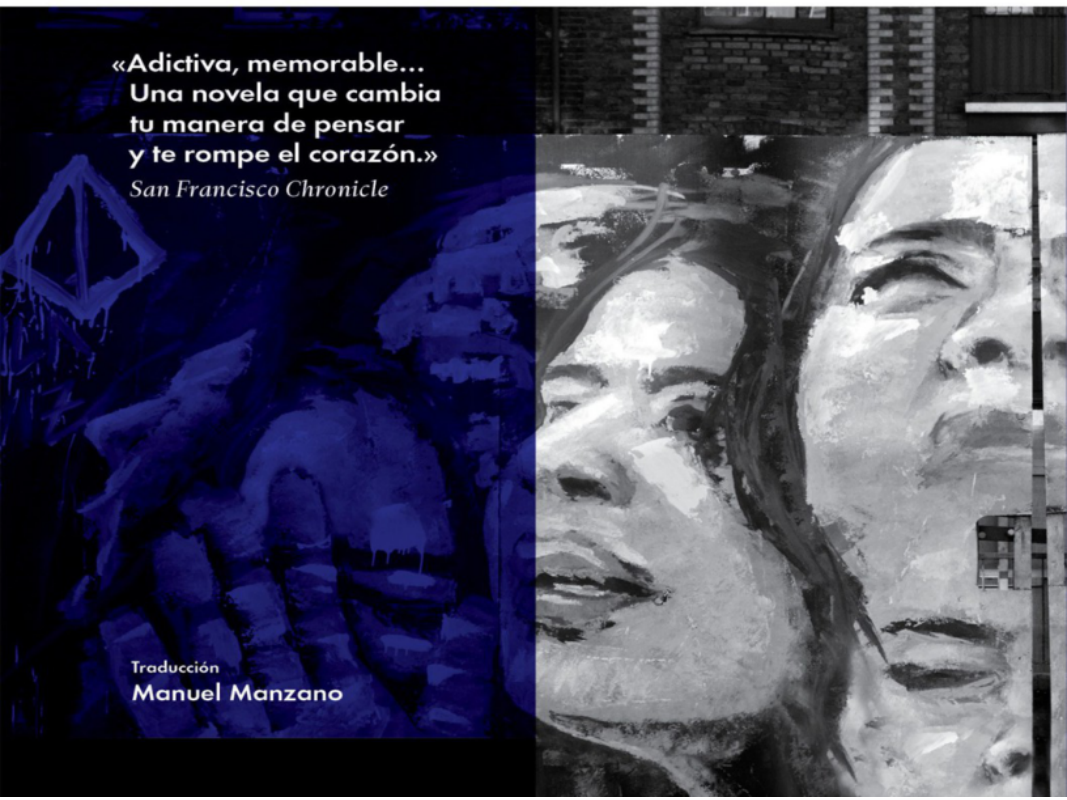
El libro de los americanos sin nombre

Cristina Henríquez



EL LIBRO DE LOS AMERICANOS SIN NOMBRE

CRISTINA HENRÍQUEZ

Traducción de Manuel Manzano

MALPASO
BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

© 2014 Cristina Henríquez

© 2015 Malpaso Ediciones S.L.
C/ Diputación, 327 ppal. 1.ª
08009 Barcelona
www.malpasoed.com

Título original: *The Book of Unknown Americans*
Traducción: Manuel Manzano

ISBN ebook: 978-84-15996-99-6
Primera edición: abril de 2015
Primera edición digital: abril de 2015

Composición digital: Pablo Barrio

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro -incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Seamos todos de alguna parte.
Digámonos todo lo que podamos.

Bob Hicok, *A Primer*

A mi padre, Pantaleón Henríquez III

ALMA

Todo lo que queríamos en aquella época eran cosas sencillas: buena comida, dormir por las noches, sonreír, reír de vez en cuando, estar bien. Creíamos que, como todos, teníamos derecho a ello. Por supuesto, cuando lo pienso ahora veo que era una ingenua. La marea de esperanzas y la promesa de oportunidades me cegaban. Supuse entonces que ya había ocurrido todo lo que podría salir mal en nuestras vidas.

Llegamos treinta horas después de cruzar la frontera, los tres en el asiento trasero de una camioneta *pick-up* de color rojo que olía a humo de tabaco y a gasolina.

—Despierta —dije empujando a Maribel cuando el chofer se metió en un estacionamiento.

—¡Hummm!

—Ya hemos llegado, hija —le susurré.

—¿Adónde? —preguntó Maribel.

—A Delaware.

Me miró parpadeando en la oscuridad.

Arturo estaba sentado en el otro extremo.

—¿Está bien? —preguntó.

—No te preocupes —respondí—. Está perfectamente.

Se había puesto el sol y la oscuridad sangraba desde los confines del cielo. Unos minutos antes estábamos en una carretera muy transitada manejando a través de los cruces, dejando atrás centros comerciales y restaurantes de comida rápida, pero a medida que nos acercábamos al edificio de departamentos todo aquello se iba esfumando. Lo último que vi antes de embocar el largo camino de grava que conducía a la zona de estacionamiento fue un taller de chapa y pintura abandonado. Apoyado en el piso contra la fachada de estuco gris estaba el cartel pintado a mano.

El chofer estacionó la camioneta y encendió otro cigarrillo. Había fumado durante todo el viaje. Eso le daba algo que hacer con la boca, supongo, porque cuando nos recogió en Laredo dejó claro que no le interesaba platicar.

Arturo salió primero, se enderezó el sombrero de cowboy e inspeccionó el edificio. Dos plantas construidas con bloques de hormigón, una galería al aire libre que recorría la segunda con escaleras metálicas en cada punta, trozos de espuma de polietileno roto en la hierba, una valla de alambre a lo largo del perímetro y grietas en el asfalto. Esperaba algo más bonito. Algo con ventanas blancas y ladrillos rojos, con arbustos bien cuidados y macetas de flores en las ventanas. Como las casas americanas que salían en las películas. Pero aquélla era la única opción que nos daba el nuevo trabajo de Arturo y me dije que teníamos suerte.

Descargamos nuestros bártulos en silencio rodeados por aquella atmósfera tenue y poco familiar: bolsas de basura llenas de ropa, sábanas y toallas; cajas de cartón repletas de platos envueltos en papel de periódico; una neverita atiborrada de pastillas de jabón, botellas de agua, aceite de cocina y champú. Por el camino vimos un televisor en la banqueta. El chofer frenó de repente y dio marcha atrás.

—¿Lo quieren? —preguntó.

Arturo y yo nos miramos perplejos.

—¿El televisor? —preguntó Arturo.

—Si lo quieren, tómenlo —dijo el chofer.

—¿Pero eso no es robar? —preguntó Arturo.

El chofer resopló.

—En los Estados Unidos la gente lo bota todo. También cosas que están en perfecto estado.

Más tarde, cuando se detuvo de nuevo y señaló una mesa de cocina desechada, y luego otra vez con un colchón apoyado como un tobogán contra un buzón, supimos lo que debíamos hacer y lo cargamos todo en la camioneta.

Después de encontrar la llave que el propietario había pegado con cinta adhesiva en el umbral de la puerta y de subir nuestros enseres al departamento por la escalera de metal oxidado, Arturo bajó a pagar al chofer. Le dio la mitad del dinero que teníamos. Así, sin más. El chofer se metió los billetes en el bolsillo y echó la ceniza del cigarrillo por la ventanilla.

—Buena suerte —lo oí decir antes de arrancar.

En el departamento, Arturo pulsó el interruptor de la pared y una bombilla se encendió en el techo. El linóleo del piso estaba sucio y gastado. Las paredes estaban pintadas de amarillo mostaza. Había dos ventanas (una grande en la parte delantera y una más pequeña en la posterior, el único dormitorio), ambas cubiertas de plástico sujeto con cinta adhesiva. Los marcos de madera estaban combados y astillados. Al final del pasillo había un cuarto de baño con una bañerita azul de

bebé, un retrete herrumbroso y una ducha sin mampara ni cortina. A primera vista, la cocina era lo mejor (al menos era grande), aunque los fogones estaban envueltos en papel de aluminio y habían grapado trozos de sábana para sustituir las puertas de los armarios. En la esquina había un viejo refrigerador con las puertas abiertas de par en par. Arturo se acercó y metió la cabeza dentro.

—¿Esto es lo que huele así? —preguntó—. ¡Huácala!

Todo el lugar apestaba a moho y quizá a pescado.

—La limpiaré por la mañana —dije cuando Arturo cerró por fin las puertas.

Miré a Maribel, que estaba a mi lado. Inexpresiva, como de costumbre, se apretaba la libreta contra el pecho. ¿Qué le parecía todo aquello?, me preguntaba. ¿Entendía dónde estábamos?

No teníamos fuerzas para desempaquetar o lavarnos los dientes, ni siquiera para cambiarnos de ropa, así que después de mirar un poco a nuestro alrededor dejamos el colchón recién adquirido en el piso del cuarto, nos tumbamos y cerramos los ojos.

Durante casi una hora, tal vez más, escuché el suave coro de Maribel y Arturo. Respiraciones largas y regulares. Dentro y fuera. Dentro y fuera. La marea de oportunidades. El tira y afloja de las dudas. ¿Venir acá era lo acertado? Por supuesto, sabía la respuesta. Habíamos hecho lo que debíamos hacer. Lo que nos dijeron los médicos. Apoyé las manos en el vientre y respiré. Relajé los músculos de la cara, destensé la mandíbula. Pero estábamos tan lejos de lo que conocíamos… Todo acá (el aire agrio, los ruidos apagados, la oscuridad profunda) era diferente. Nos habíamos despojado de nuestra antigua vida, la habíamos dejado atrás y nos precipitábamos a una nueva con unas pocas posesiones, el cariño que nos teníamos y, sí, esperanza. ¿Sería suficiente? Irá bien, pensé. Irá bien. Lo repetí como una oración hasta que finalmente también me quedé dormida.

Por la mañana nos despertamos aturdidos y desorientados, nos contemplamos entre aquellas cuatro paredes y luego recordamos. Delaware. A tres mil kilómetros de nuestra casa en Pátzcuaro. Más de tres mil kilómetros y un mundo de distancia.

Maribel se frotó los ojos.

—¿Tienes hambre? —le pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Voy a hacer el desayuno —le dije.

—No tenemos nada para comer —masculló Arturo sentado en el colchón con los codos sobre las rodillas y cara de sueño.

—Podemos comprar algo —señalé.

—¿Dónde? —preguntó.

—Donde vendan comida.

Pero no teníamos ni idea de adónde ir. Salimos del departamento al sol brillante y al aire húmedo de la madrugada (Arturo con su sombrero, Maribel con las gafas de sol que el médico le había recomendado para aliviar sus dolores de cabeza) y caminamos por el sendero de grava que conducía a la calle principal. Al llegar a la esquina, Arturo se detuvo y se acarició el bigote mientras miraba en ambas direcciones.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Me asomé a la calle mientras un carro aceleraba emitiendo un suave ronroneo.

—Probemos por ahí —dije señalando a la izquierda sin ninguna razón precisa.

Nuestro inglés era mínimo, insignificante, apenas unas pocas palabras y frases aprendidas de los turistas que viajaban a Pátzcuaro u oídas en las tiendas donde los atendían. Ni siquiera podíamos leer los letreros que había sobre los escaparates a medida que avanzábamos, así que mirábamos dentro de cada tienda para ver qué había. A lo largo de veinte minutos sólo hubo cristaleras, una tras otra. Una tienda de artículos de belleza con bastidores de pelucas en el escaparate, una de alfombras, una de electrónica, una agencia de cambio de divisas, una lavandería… Y entonces, por fin, en la esquina de un cruce muy concurrido, llegamos a una gasolinera y supimos que aquél era el lugar.

Pasamos junto a los surtidores en dirección a la puerta principal. Fuera, un adolescente encorvado contra la pared sostenía un monopatín por la punta. Nos observó cuando nos acercamos. Llevaba una camiseta negra holgada y jeans con los dobladillos deshilachados. Tenía el cabello castaño oscuro, mal cortado y con el flequillo peinado hacia delante. Un tatuaje azul asomaba por debajo de la camiseta y le serpenteaba por el cuello.

Le di un codazo a Arturo.

—¿Qué? —preguntó.

Señalé con la cabeza al chico.

Arturo lo miró.

—No pasa nada —contestó, pero me empujó un poco al pasar junto a él: nos metía prisa a Maribel y a mí para que entráramos en la gasolinera.

Dentro revisamos las estanterías metálicas en busca de cualquier cosa reconocible. Al cabo de un rato, Arturo dijo que había encontrado una salsa, pero cuando agarré el frasco y miré a través del fondo de vidrio me reí.

—¿Qué? —preguntó.

—Esto no es salsa.

—Pone «salsa» —insistió señalando la palabra en la etiqueta de papel.

—Pero mira —le dije—, ¿te parece salsa?

—Es salsa americana.

Levanté el frasco de nuevo y lo agité un poco.

—Quizá esté buena —dijo Arturo.

—¿Creen que nosotros comemos esto? —le pregunté.

Lo agarró y lo puso en la cesta.

—Por supuesto que no. Ya te lo he dicho. Es salsa americana.

Cuando acabamos la compra teníamos salsa americana, huevos, un paquete de arroz instantáneo, una barra de pan cortada en rebanadas, dos latas de frijoles, un cartón de jugo y unas salchichas que quiso comprar Maribel.

Arturo lo dejó todo en el mostrador de la caja y desdobló el dinero que llevaba en el bolsillo. Sin decir una palabra entregó a la cajera un billete de veinte dólares. La cajera lo metió en el cajón de la registradora y nos mostró la mano abierta. Arturo levantó del piso la cesta de plástico azul y la volteó para mostrarle que estaba vacía. La cajera dijo algo y dobló la mano tendida, así que Arturo le dio la canasta, pero ella se limitó a dejarla detrás del mostrador.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Arturo.

—No lo sé —respondió—. Ya le he dado el dinero, ¿no? ¿Tenemos que hacer algo más?

Se había formado una cola detrás de nosotros y algunos estiraban el cuello para ver qué pasaba.

—¿Hay que darle más? —le pregunté.

—¿Más? Le he dado veinte dólares. Sólo llevamos un par de cosas.

Alguien gritó con impaciencia desde la cola. Arturo se volvió a mirar, pero no dijo nada. ¿Qué aspecto debíamos de tener para la gente de aquí, hablando español, con la misma ropa arrugada que llevábamos desde hace días?

—¿Mami? —dijo Maribel.

—No pasa nada —le dije—. Sólo tratamos de pagar.

—Tengo hambre.

—Enseguida comerás.

—¿Dónde?

—Acá.

—Pero en México tenemos comida.

La mujer que había detrás de mí, con las gafas de sol alzadas sobre su pelo rubio, me tocó el hombro y me preguntó algo. Asentí con la cabeza y sonrió.

—Dale más dinero —le dije a Arturo.

Alguien gritó de nuevo en la cola.

—¿Mami? —dijo Maribel.

—Me la llevo afuera —le dije a Arturo—. Acá hay demasiado barullo para ella.

Cuando Maribel y yo salimos sonó una campanilla y, antes incluso de que la puerta se cerrara detrás de nosotras, vi al chico otra vez, todavía encorvado contra la pared sosteniendo el monopatín en posición vertical. Al vernos se movió un poco y advertí cómo observaba a Maribel de arriba abajo, fríamente, con aprobación y los ojos entornados.

Yo estaba acostumbrada a que la gente se fijara en ella. Pasaba a menudo en Pátzcuaro. Maribel tenía el tipo de belleza que idiotiza a las personas. Los hombres se deshacían en sonrisas cuando pasaba ella. Los chicos de la escuela venían a casa y se empujaban con torpeza cuando abría la puerta y me preguntaban si estaba en casa. Por supuesto, eso era antes del accidente. Ella parecía la de siempre, pero la gente sabía (en nuestra ciudad casi todo el mundo lo sabía) que Maribel había cambiado. O ya no era digna de su atención. O ahora mirarla estaba mal porque había algo de perverso en ello y apartaban los ojos.

Pero aquel chico la miró. Y lo hizo porque no lo sabía. Y la forma en que la observaba me incomodó.

Apreté a Maribel contra mí y retrocedimos un poco.

El chico dio un paso hacia nosotras.

Retrocedí de nuevo sosteniendo a Maribel por el codo. ¿Dónde estaba Arturo? ¿Aún no había acabado?

El chico se puso el monopatín bajo el brazo y empezó a aproximarse cuando de pronto (¡gracias a Dios!) se abrió la puerta de la gasolinera. Arturo salió meneando la cabeza con una bolsa de plástico en la mano.

—¡Arturo!

—¡Veintidós dólares! —exclamó al verme—. ¿Puedes creértelo? ¿Se han aprovechado de nosotros?

Pero me daba igual la cantidad que habíamos gastado. Levanté la barbilla lo suficiente para que Arturo se diera cuenta de que pasaba algo y miró hacia atrás. El chico todavía estaba allí, ahora nos contemplaba a los tres. Arturo dio media vuelta despacio.

—¿Están listas? —nos preguntó a Maribel y a mí medio gritando, como si hablar tan alto pudiese asustar al chico.

Asentí con la cabeza. Arturo se acercó pasándose la bolsa a la muñeca mientras agarraba a Maribel del brazo y a mí me sujetaba por la cintura.

—Sólo camina —me susurró—. No pasa nada.

Fuimos apresuradamente hacia la carretera y desandamos el camino en dirección a casa.

MAYOR

Habíamos oído que eran de México.

—Está claro —dijo mamá examinándolos a través de la ventana cuando pasaban por delante—. Mira lo bajitos que son.

Corrió la cortina y se dirigió a la cocina secándose las manos en el paño que llevaba colgado del hombro.

Miré, pero sólo vi a tres personas que se movían en la oscuridad llevando cosas de una camioneta al departamento 2D. Pasaron por delante de los faros un par de veces y atisbé las caras, mas sólo el tiempo suficiente para ver a una madre, un padre y una muchacha de mi edad.

—¿Y entonces? —preguntó papá cuando me senté a cenar con ellos.

—No he podido ver gran cosa —le dije.

—¿Tienen carro?

Negué con la cabeza.

—Creo que los han traído en una camioneta.

—¿Tienen muchas cosas? —papá cortó un trozo de pollo y se lo metió en la boca.

—No lo parece.

—Bien —dijo papá—, entonces quizá sean como nosotros.

Quisqueya Solís nos dijo que se apellidaban Rivera.

—Y son legales —informó a mamá una tarde mientras tomaban café—. Todos tienen visa.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó mamá.

—Porque me lo dijo Nelia. Y a ella se lo contó Fito. Creo que los han contratado en la granja de champiñones.

—Claro —dijo mamá.

Yo las espiaba desde el salón, aunque debía estar haciendo las tareas de geometría.

—En fin —continuó mamá aclarándose la garganta—, está bien tener otra familia en el edificio. Será una buena compañía.

Quisqueya me echó un vistazo antes de volverse hacia mamá

llevándose el tazón de café a los labios.

—A menos que… —insinuó después.

—¿Que qué? —preguntó mamá inclinándose hacia delante.

—La chica… —continuó Quisqueya ojeándome de nuevo.

Mamá miró por encima del hombro de Quisqueya.

—Mayor, ¿estás escuchándonos?

—¿Quién? ¿Yo? —dije fingiendo sorpresa.

Pero mamá me conocía demasiado bien. Miró a Quisqueya y meneó la cabeza dándole a entender que fuera discreta si no quería que yo lo oyera.

—Bueno, entonces no hace falta que hablemos de ello —dijo Quisqueya—. Ya lo verás por ti misma, estoy segura.

Mamá entornó los ojos, pero en lugar de insistir se retrepó en la silla y añadió en voz alta:

—Pues nada, ¿más café?

Oíamos muchas hablillas, pero ¿quién sabe cuánto tenían de cierto? Los rumores acerca de los Rivera no tardaron en resultar disparatados. Ya habían intentado entrar una vez en los Estados Unidos, pero fueron devueltos. Sólo estarían acá unas semanas. Trabajaban en secreto para el Departamento de Seguridad Nacional. Eran amigos personales del gobernador. Tenían un piso franco para ilegales. Pertenecían a una banda de narcos mexicanos. Estaban forrados de dinero. Eran muy pobres. Viajaban con un circo.

Al cabo de poco tiempo dejé de prestar atención. La escuela había comenzado dos semanas antes y, aunque había decidido que sería el año en que los demás niños dejarían de meterse conmigo, el curso en que por primera vez me integraría, las cosas no iban exactamente como había previsto. Un día, durante la primera semana de clases, estaba en el vestuario poniéndome los pantalones de gimnasia cuando Julius Olsen se colocó las manos en los sobacos y empezó a aletear como un pájaro. «¡Buuaak!», exclamaba mirándome. No le hice caso y me ajusté el cordón de los pantalones cortos. En realidad eran de Enrique, mi hermano mayor, pero me los ponía porque pensaba que tal vez me harían más interesante de lo que era, como si la popularidad de Enrique hubiese quedado atrapada en la tela y ésta pudiera transmitirme un cachito.

El año anterior, cuando yo entré en la escuela, Enrique estaba en el último curso y todo el mundo lo adoraba. Estrella del fútbol. Novias a docenas. Rey en la fiesta de antiguos alumnos. Tan opuesto a mí que cuando traté de ganar puntos frente a Shandie Lewis, por la que habría dado lo que fuera con tal de salir con ella, le dije que era el hermano de Enrique Toro y me contestó que mentir sobre eso era de

bobos.

—¡Buuaaaak! —gritó Julius estirando el cuello hacia mí.

Yo hice una bola con mis jeans y los embutí en el casillero.

Garrett Miller (cuyo gran proyecto durante el curso anterior había sido, básicamente, fastidiarme) me señaló, se rio y dijo:

—Patas de pollo de mierda.

Me arrojó una bota contra el pecho. Julius resopló.

Respiré hondo y cerré mi casillero. Estaba acostumbrado a esos insultos. El año pasado, cuando se enteraba de algo, Enrique me aconsejaba que me defendiera.

—Sé que no quieres pelear —me dijo una vez—, pero al menos ten los huevos de mandarlos al carajo.

Y lo hacía, aunque sólo en mi cabeza. Yo era Jason Bourne o Jack Bauer o James Bond o los tres juntos. Fuera de mi cabeza hacía oídos sordos y me iba.

—¿Cómo se dice *chicken* en español? —preguntó Garrett.

—*Pollo* —contestó alguien.

—*Major Pollo* —dijo Garrett.

Los chicos de mi escuela adoraban pronunciar mi nombre en inglés y luego agregar improperios. *Major Pan*[1] (apócope de «panameño»), *Major Pan in the Ass*,[2] *Major Cocksucker*.[3]

Julius empezó a carcajearse y volvió a graznar. Algunos chicos del vestuario se rieron.

Empecé a caminar (sólo quería salir de allí), pero topé con la bota de Garrett, que estaba en el piso delante de mí.

—¡No toques mi zapato, *Pollo*! —exclamó Garrett.

—Échalo para acá de una patada —me dijo Julius.

—¡Vete al cuerno! —soltó Garrett con un grito—. No le digas que toque mi zapato.

—No te preocupes —dijo Julius—. Ése no puede patear nada. ¿No lo has visto por ahí tratando de jugar al fútbol después de la escuela? Sólo hace cagadas.

—Mayor Cagadas —dijo Garrett, y se plantó delante de mí para acabar con cualquier esperanza de escapatoria.

Garrett era delgado, pero alto. Llevaba un abrigo verde militar todos los días, sin importar el tiempo que hiciera, y un águila tatuada en el cuello. El año pasado estuvo varios meses en un reformatorio de Ferris porque golpeó a Ángelo Puente tan fuerte que le dejó dos brazos rotos y una buena hemorragia en la nariz. De ninguna manera iba a reñir con él.

Cuando sonó la campana y los demás estudiantes salieron al gimnasio, Garrett no se movió. El vestuario estaba en el sótano de la

escuela y en ese momento reinaba tal calma que se oía el agua bajando por las tuberías. No había manera de escapar. Garrett dio un paso adelante. Yo no sabía lo que iba a hacer. Y entonces el señor Samuels, el profesor de gimnasia, asomó la cabeza por la puerta.

—Chicos, deberíais estar ya en el gimnasio —dijo.

Garrett no se movió. Yo tampoco.

—¡Ahora mismo! —ladró.

Así que eso era una cosa. La otra, como había señalado Julius, era el fútbol. Me apunté en el equipo sólo porque papá me obligó. Lo lógico para él era esto: yo era un varón latino (y no inválido), por lo tanto tenía que jugar al fútbol. El fútbol era para los latinos, el baloncesto para los negros y los blancos podían quedarse con su tenis y su golf sin que él pusiera objeciones. Había aplicado el mismo criterio a mi hermano, pero en el caso de Enrique había funcionado de verdad. Enrique fue el primer jugador de nuestra escuela que entró directamente en el equipo universitario durante el primer año y la beca de fútbol que recibió para ir a Maryland fue, en cierto modo, una victoria de papá.

—¿Ves? —exclamó entonces agitando la carta de confirmación que había llegado por correo—. ¡Estaba escrito! ¡El próximo Pelé! ¡Y éste —añadió señalándome—, el próximo Maradona!

Puede que Enrique fuera el próximo Pelé, pero yo ni siquiera habitaba en la misma galaxia que Maradona. Tras dos semanas de entrenamiento tenía las espinillas magulladas, una rodilla llena de costras y un codo malherido. El entrenador me apartó una vez para preguntarme si llevaba los tacos del tamaño adecuado. Le dije que eran del siete, los que me tocaban; entonces me dio unas palmaditas en el hombro y dijo:

—Bueno, entonces igual deberías salir un rato —y me indicó la banda con la mano.

Un grupo de chicas venía últimamente a ver los entrenamientos. Se sentaban en las gradas vacías, nos señalaban o cuchicheaban mientras mandaban mensajes de texto. Corrió la voz de que eran nuevas estudiantes de primero, pero no se parecían a ninguna de las novatas que yo conocía. Llevaban exiguas camisetas de tirantes y, debajo, sujetadores negros de encaje. Estaba claro que nuestro equipo había empezado a jugar mucho mejor desde que aparecieron en los entrenamientos. Todos corrían más rápido y chutaban con más fuerza que antes. Me sentía como un perdedor desterrado a la banda todo el rato. Siempre que las chicas se echaban a reír, estaba seguro de que se burlaban de mí. Un día le pregunté al entrenador si me dejaba volver al campo, aunque sólo fuera durante unos cuantos ejercicios. Me miró con un gesto ambiguo y le mentí:

—He estado practicando en casa con mi papá. Cree que estoy mejorando —el entrenador movió la mandíbula de lado a lado como si se lo estuviera pensando—. Por favor —le dije, y por fin cedió.

—Está bien. Vamos a ver qué haces.

Se formó un círculo y cada jugador debía avanzar driblando hacia el centro para luego pasarle la pelota a un compañero que repetía la operación. Cuando me tocaba a mí y regresaba a mi lugar, miraba a las chicas de las gradas, que ahora nos observaban sin risas. Puede que tuviera demasiada confianza en mí mismo o que hubiese un agujero en la hierba: lo cierto es que la siguiente vez en que corrí hacia el centro me torcí el tobillo. Ethan Weisberg venía hacia mí para que le pasara la pelota. Yo estaba tan ansioso por repetir el regate que cuando me cambié el balón de pie lo pisé con los tacos y me tambaleé. El balón siguió girando y yo tropecé de nuevo justo cuando Ethan, impaciente y frustrado, se acercaba y metía el pie para arrebatarme el balón. Lo hizo y me desequilibré. Su pierna quedó atrapada bajo la mía. En un instante lo había derribado y yacíamos uno encima del otro en el centro del campo.

—¿Qué carajo haces, Mayor? —gritó Ethan.

Me dolía la cadera. El entrenador tocó el silbato y corrió a desenredarnos. Las chicas estallaron en risas.

RAFAEL TORO

Nací en 1967 en un pueblo llamado Los Santos, en un pequeño país cuyo nombre es Panamá. Era hijo único. Cuando cumplí cinco años, papá nos trasladó a la Ciudad de Panamá porque tenía ambiciones políticas. Leía el periódico todos los días para mantenerse informado. Por las mañanas escuchaba un pequeño transistor mientras se duchaba. Caminaba por la casa en calcetines y soltaba discursos sobre cualquier tema: los platos apilados en el fregadero, Gerald Ford o el vendedor de raspados[4] que había visto en la calle. Además tenía mal genio. Rompía las tazas de té y una vez lanzó un jarrón contra la pantalla del televisor y la destrozó. Bueno, también rompió el jarrón, pero yo tenía diez años y sólo me preocupaba la televisión. Recuerdo que una vez se puso tan furioso que agarró un jamón que mamá había preparado para la cena y lo arrojó al patio delantero. Mamá salió corriendo para recuperarlo y cuando lo metió dentro se echó a llorar mientras le quitaba las piedritas y la tierra que se habían pegado a la piel chamuscada. Aquella noche mis primos estaban en casa y recuerdo que se rieron de ella. Yo creía que así era como se comportaba un hombre y cuando me enfadaba, incluso de pequeño, tiraba las cosas o le daba patadas a la pared. Tenía un carácter horrible. Tras la muerte de mi padre, cuando cumplí trece años, incluso empeoré, pero entonces había un verdadero motivo para estar furioso: lo echaba de menos. Mamá debía de sentir lo mismo porque en los años siguientes enfermó a menudo. Fue a muchos médicos, pero nunca descubrieron qué le pasaba. Estaba deprimida y cansada. Algunos días no se levantaba de la cama. Pienso que no podía vivir sin papá. Una mañana fui a despertarla y no se movió. Su brazo estaba frío cuando lo sacudí.

Después de aquello tuve durante mucho tiempo la sensación de que todo me daba lo mismo. El banco se quedó con la casa y pasaba meses en departamentos de amigos, durmiendo en el sofá o, con más frecuencia, en el piso. Dejé de ir a la escuela. Empecé a beber durante el día. Me peleaba en los bares o en la calle. Lavaba autos para ir tirando.

Celia, mi esposa, me salvó la vida. ¿Quién sabe qué habría sido de

mí si no la llego a conocer? Estaba jugando al béisbol con unos amigos en una playa del casco viejo. Ahora está muy sucia, pero entonces la gente iba allí a nadar y a tomar el sol en la arena.

Yo jugaba muy mal al béisbol. Siempre trataba de convencer a mis amigos de que jugáramos al fútbol, pero en aquella época el béisbol era el deporte rey. Uno de los chicos llevaba una neverita con cervezas frías para los descansos y yo acudía por eso.

Celia paseaba por allí con sus amigas (todas en traje de baño y aquellas sandalias de plataforma que estaban tan de moda) y se detuvieron unos minutos a ver el partido. Se reían como pajarillos nerviosos. Creo que una de ellas conocía a uno de los chicos. Al principio no me fijé en Celia, pero después del partido ella todavía estaba allí con una de sus amigas (todos los demás ya se habían ido) y recuerdo que me tocó el hombro. Supongo que dije algo gracioso, pero no sé qué y, si alguien se lo preguntara, Celia juraría que no he dicho nada divertido en toda mi vida. Pero aquel día se rio y puso su mano en mi hombro. Entonces pensé: «¿Quién es esta chica?».

Yo tenía dieciocho años. Empezamos a vernos. Aún dormía en departamentos de amigos, así que Celia y yo nos sentábamos en un banco del parque y bebíamos cerveza o paseábamos por la Avenida Central o nos subíamos a las rocas de la bahía para escuchar el batir de las olas debajo de nosotros. La playa del casco viejo donde nos conocimos siempre fue su favorita. Podía sentarse durante horas con los pies desnudos en la arena y dejar que la espuma le mojara los tobillos. Nunca la vi tan feliz como cuando íbamos a aquel lugar.

Celia no era muy exigente. No le importaba que yo no pudiera darle muchas cosas. Pero a mí sí me importaba. Con el tiempo conseguí trabajo en un restaurante: así obtenía dinero para comprarle regalos o llevarla de vez en cuando al cine. Eso es lo que debe hacer un hombre. Ella iba a la universidad, estudiaba para ser secretaria, pero yo no quería depender del dinero que pudiese ganar en el futuro. Quería cuidarla. Y supongo que, de repente, también quería cuidar de mí mismo.

Después de aquello enderecé mi vida. En lugar de gastarme el sueldo en ron y cerveza, ahorré lo suficiente para comprarle un anillo de oro en Reprosa y le pedí que se casara conmigo.

Nos casamos en la Iglesia del Carmen con una docena de invitados. Su hermana Gloria, sus padres y algunos amigos. Un año más tarde tuvimos a nuestro hijo Enrique. Y luego a Mayor.

Tanto ella como yo añoramos ciertas cosas de Panamá. Fue nuestro hogar durante muchos años. Aunque tuviéramos buenas razones para marcharnos, es difícil abandonarlo todo. ¿Cómo puedo describir lo ocurrido durante la invasión? Una noche dormimos en un bus bloqueado por una barricada. Cuando los pasajeros intentamos bajar,

unos tipos de los Batallones de la Dignidad nos esperaban fuera apuntándonos con sus armas y nos dijeron que no nos moviéramos de allí. Celia llevaba en brazos a Enrique y les rogamos que nos dejaran marchar porque no teníamos comida para él. Por la mañana, después de que se fueran, caminamos hasta casa oyendo disparos en la distancia. Nadie salía a la calle excepto quienes luchaban. Bueno, y los pocos que saqueaban las tiendas. Pero la mayoría estaban cerradas, los dueños habían bajado las persianas metálicas y habían puesto candados. Pasamos tres semanas sin salir de casa. Al final acabamos comiendo pasta dentífrica. La televisión no emitía nada. No sabíamos qué iba a suceder. Un día, finalmente, nos enteramos por un vecino de que Noriega se había ido y, de pronto, las calles se volvieron a llenar de voces. La gente salía, miraba al cielo, llamaba a las puertas de los vecinos, compartía historias sobre lo que había ocurrido, sobre el miedo que había sentido, sobre las partes de la ciudad que habían sido destruidas. Pero aquellas historias no eran nada comparadas con lo que vimos al salir. El Chorrillo. San Miguelito. No lograba entenderlo. Autos quemados y edificios reducidos a escombros. Cristales rotos y palmeras carbonizadas a los lados de las carreteras. Parecía un lugar diferente. Todo era destrucción y más destrucción. Recuerdo que Celia sollozó cuando contempló aquello.

Tratamos de darnos un tiempo, pero tres años después tomamos la decisión de emigrar. Ya no nos sentíamos seguros. Era como si nos hubieran robado el hogar. Y creo que en el fondo me sentía avergonzado de que mi país no hubiera sido lo bastante fuerte para impedir el desastre. Podría decir que, en cierto modo, me sentía traicionado.

Ahora somos americanos. Soy cocinero en un restaurante y gano lo suficiente para mantener a mi familia. Celia y yo estamos muy contentos de que a Enrique y a Mayor les vaya bien acá. Seguramente no les habría ido tan bien en Panamá. Tal vez no hubieran tenido las mismas oportunidades. Así que ha valido la pena. Somos ciudadanos y si alguien me pregunta cuál es mi hogar, le digo que los Estados Unidos. Y lo digo con orgullo.

Por supuesto, todavía echamos de menos Panamá. Celia se muere por volver de visita. Pero me preocupa cómo estará todo después de tanto tiempo. La ciudad era irreconocible cuando nos fuimos y tengo la sensación de que ahora nos resultará aún más extraña. A veces pienso que prefiero depositar los recuerdos en mi cabeza, las calles y los sitios que amaba. El olor a humo de auto y fruta dulce. El calor espeso. Los ladridos de los perros en los callejones. Ése es el Panamá al que quiero aferrarme. Porque un lugar puede hacer mucho contra ti, pero si es tu hogar, o lo fue una vez, sigues queriéndolo. Eso es lo que pasa.

ALMA

Arturo empezó a trabajar a los pocos días de llegar. Antes de venir había conseguido trabajo en una granja de champiñones, justo al otro lado de la frontera con Pensilvania. Fue la única empresa cercana a la escuela de Maribel que aceptó gestionar nuestras visas.

—¿Cómo te ha ido? —le pregunté mientras corría a su encuentro cuando llegó a la puerta de casa; tenía las uñas sucias y olía a verduras podridas; me tapé la nariz—. Tal vez deberías ducharte antes de contármelo.

Pero no se rio. Pasó por delante de mí y se sentó en una silla frente a la mesa.

—¿Que cómo me ha ido? —respondió—. Bueno, me he pasado diez horas en un almacén recogiendo champiñones.

—Así que ha sido genial.

Arturo ladeó la cabeza y le crujieron las vértebras del cuello.

—Lo siento —añadí sentándome frente a él; Arturo quería estar serio, de modo que yo me puse seria—. ¿Esos champiñones crecen dentro del edificio?

—En cajas —respondió asintiendo—. Las colocan unas encima de otras con suficiente espacio entremedio para que nos quepan las manos. Todo está controlado. La ventilación, la humedad. Y lo mantienen oscuro.

—¿Se trabaja en la oscuridad?

—Los champiñones no necesitan luz.

—¿Pero no tienes que ver lo que estás haciendo?

—Los buscamos al tacto. Entonces los arrancamos, les quitamos la tierra y los metemos en una canasta. Pero tan rápido… Tenemos que cumplir los cupos.

—¿En la oscuridad? —le pregunté de nuevo.

Traté de imaginármelo de pie en la penumbra durante todo el día. ¿Qué clase de condiciones eran aquéllas?

—Es absurdo —dijo.

—¿Saben que tienes experiencia? Podrías ser capataz.

—No, no podría.

—Diles entonces que en México eras el dueño de una empresa de construcción.

—Les da igual.

—Pero podrías hacer algo más que recoger champiñones a oscuras.

—Alma, ya sabíamos cómo sería este trabajo.

—¿Quién lo sabía? Yo no.

—Te lo conté.

—Me dijiste que trabajarías en una granja de champiñones, pero no pensé que sería así.

—Bueno, así es la vida.

—¿Por qué no les hablas de tu cualificación profesional?

—No voy a crear problemas, Alma. Estoy contento de tener un trabajo en esta empresa.

—Lo sé, pero…

—¡Por favor! —exclamó Arturo.

Herida por el tono de voz que empleaba, sentí una ligera punzada en el pecho.

—Lo siento —se disculpó—. Estoy cansado.

—Te traeré algo de beber —le dije.

Me levanté, saqué un vaso del armario y lo llené de agua. Se lo bebió con avidez.

—¿Desde cuándo no bebes algo? —le pregunté.

—Desde esta mañana, antes de salir.

—¿No has bebido nada en todo el día?

—No había tiempo.

—¿Has comido?

Sacudió la cabeza.

—Nadie come.

Estaba horrorizada, aunque no quise mostrarlo. ¿Qué clase de gente te obliga a trabajar todo el día sin dejarte comer o beber? Tenía que haber reglas, ¿o no? Estábamos en América después de todo. No podía dejar de pensar en Pátzcuaro, cuando Arturo venía a casa al mediodía y se sentaba a la mesa de la cocina para comer el almuerzo que le había preparado durante la mañana. Tortillas de nixtamal que yo misma molía tapadas con un paño de cocina para mantenerlas calientes, un plato de pollo o puerco desmenuzado, tazones de papaya y mango troceados con agua de coco o queso cotija. Los viernes tomábamos helado de vainilla en pequeños cuencos o pan dulce recién horneado. El sol se colaba por las ventanas. Olor a madera y aire cálido. ¿Y ahora esto? ¿Aquél era el lugar adonde yo lo había llevado? ¿Un edificio sin ventanas donde se pasaba el día inmóvil escarbando la tierra sin comer ni beber ni ver el sol? La idea me desgarraba. Y la

culpa, una vez más, alzó su cabeza.

—Te preparo algo de comer —le dije.

A mi espalda, mientras le quitaba el envoltorio de plástico a una salchicha, Arturo preguntó:

—¿Cómo le ha ido hoy? ¿Sabes algo de la escuela?

—No han llamado —respondí.

No hacía falta mirarlo para saber que estaba decepcionado.

Estábamos a la espera. Habíamos hecho todo lo requerido (presentamos los certificados de vacunación, mostramos el permiso de residencia, rellenamos formularios) y aguardábamos el siguiente paso, la noticia de que Maribel había sido admitida finalmente en la escuela.

Metí la salchicha en una cazuela con agua. Detrás de mí podía oír a Arturo rumiando sus pensamientos, tratando de encajar la frustración. Después de tantos años podía interpretar sus silencios. Sabía que no deseaba hablar más del tema. Y yo tampoco.

—¿Está en su cuarto? —preguntó por fin.

—Descansa —respondí—. El hot dog estará listo enseguida —añadí como si mis palabras sirvieran de consuelo.

Pero cuando Arturo no dijo nada sentí agudamente la penuria de todo aquello, la insuficiencia. Queríamos más. Queríamos lo que buscábamos al venir.

Y entonces, cinco días después, pareció que lo conseguiríamos.

—Siento que hayamos tardado tanto en tramitar la inscripción —dijo la intérprete del distrito cuando nos llamó.

Se llamaba Phyllis, pero cuando traté de repetir su nombre me salió Félix.

—Phyllis —me corrigió.

—Phyllis.

Lo intenté de nuevo, pero la coordinación entre la lengua, los dientes y los labios me resultaba torpe y muy extraña.

—¿Habla inglés? —preguntó; cuando le confesé que no con un poco de vergüenza, continuó en español—: Está bien. Le pasa a la mayoría de las familias con las que trabajo. Por eso estoy aquí. Considérenme una conexión con la escuela. Cada vez que necesiten comunicarse con ellos, llámenme y yo les pasaré el mensaje. Lo mismo si tienen que comunicarles algo a ustedes. Les pasaré el mensaje.

Así que aquélla era la puerta que nos conducía al resto del país, pensé. Me sentí agradecida, pero las limitaciones eran evidentes, por supuesto: no podíamos cruzar esa puerta sin que alguien nos guiara hacia el otro lado.

Phyllis nos explicó después que A. I. duPont contaba con una excelente psicóloga bilingüe, Adira Suárez, que nos llamaría pronto,

pero que ella…

—Perdone —la interrumpí—. ¿Qué es A. I. duPont?

—La escuela a la que irá su hija.

—Pensaba que iría a la Evers School.

—¿Ella tiene un IEP?

—¿Un qué?

—Un plan de educación individualizado. Lo necesita para matricularse en una escuela como Evers. Así que primero irá A. I. duPont, donde entrará en un programa ELL…

—¿En un qué?

—Aprendizaje de inglés. ¿O ya sabe inglés?

—No.

—Entonces debe empezar con ese programa. Allí se evaluarán si cumple los requisitos para los servicios de educación especial.

—¿Requisitos? Tenemos una carta del médico. Hemos venido hasta acá para que pudiera ir a Evers.

—Si determinan que necesita estar en Evers, allí irá, pero no de inmediato. Primero tienen que evaluarla.

El desengaño se levantó en torno a mí como un negro nubarrón de tormenta.

—¿Cuánto tiempo tardarán? —pregunté.

—Por lo general uno o dos meses.

—¡Dos meses! —exclamé.

—Trataremos de que sea lo más rápido posible —señaló Phyllis—. Se lo prometo.

¿Qué podía hacer aparte de resignarme y seguir esperando?

Arturo no estaba satisfecho (ninguno de los dos lo estaba), pero él era un hombre optimista y al menos, dijo, estábamos un paso más cerca. Al menos, dijo poniéndome las manos en los hombros, el proceso está en marcha.

Así que el primer día de clase de Maribel en los Estados Unidos, Arturo y yo nos levantamos temprano abrigando expectativas quiméricas, la despertamos y vimos cómo se apartaba el pelo de la cara.

—Hoy es el día, hija. Empiezas la escuela —dijo Arturo.

Había cambiado el turno en el trabajo para poder quedarse en casa y ofrecerle la gran despedida.

—¿Qué escuela? —preguntó ella.

—Una escuela nueva. Aquí en Delaware.

—No me lo dijeron.

—Sí, lo hicimos.

—¿Dónde está mi vieja escuela?

—Tu vieja escuela está en Pátzcuaro.

—Quiero ir allá.

Arturo me disparó una mirada de dolor.

—Ahora tienes que ir a la nueva escuela —le dije.

—¿Dónde?

—Aquí, en Delaware.

—¿Y qué es?

—Tu nueva escuela, hija.

Nos miró y esperé una señal, o bien de que hubiera asimilado la información o de que todavía estaba confusa. Pero era imposible saberlo. Su rostro ya no revelaba nada.

—Vamos —le dije tratando de ocultar mi impaciencia—. El autobús llegará enseguida. Tienes que levantarte y vestirte.

Maribel se puso de pie como una potrilla aún no acostumbrada a sus patas y se desperezó. Eligió una sudadera y unos jeans en los montones de ropa que yo había doblado y colocado en el piso a lo largo de la pared.

—Puedo ponerme esto —dijo agarrando la sudadera.

—Puedes ponerte lo que quieras —dijo Arturo.

Se enfundó los jeans, pero cuando llegó a la altura de las caderas yo le subí la cremallera y le abroché el botón. Después lidió con la sudadera y se la puso del revés. Aunque ni Arturo ni yo se lo habríamos indicado normalmente (si podíamos, procurábamos que no se sintiera inútil), yo quería que estuviera guapa en su primer día, así que jalé de las mangas para darle la vuelta a la prenda.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Te estoy arreglando la sudadera.

—Me gusta como está —dijo.

—Pero está del revés.

—Me gusta como está.

Así que la dejé tal cual. Tampoco la peinaba porque, cada vez que lo intentaba, ella se quejaba de que le dolía, de que le daba tirones en la cicatriz. Cuando era pequeña se levantaba temprano para que le recogiera el pelo en dos largas trenzas por la espalda. Las revisaba cuando había acabado, y si las trenzas no estaban lo suficientemente apretadas, las deshacía y me forzaba a empezar de nuevo. ¡Tan terca! ¡Tan segura de lo que quería! Y eso no ha cambiado.

Desayunamos huevos en la cocina y, cuando llegó el momento de irse, le alargué una mochila (la misma que usaba en México) donde había colocado un lápiz, el cuaderno verde, una regla procedente del costurero que mamá me había regalado cuando mi fiesta de

quinceañera, una cajita de madera con sus medicinas, una nota para la enfermera escolar y una etiqueta con su nombre, dirección y número de teléfono.

—¿Estás lista? —le pregunté.

—¿Para qué?

—Maribel, hoy empiezas la escuela. ¿Recuerdas?

—¿Qué escuela?

Nos contempló con aquellos ojos grandes y hermosos. Como cuando era un bebé. Había tardado tanto tiempo en tenerla, tantos años de intentos y fracasos… Tantos médicos, tantas oraciones. Pero por fin me quedé embarazada. Por fin. Un milagro de Dios. Y desde que llegó lo fue todo para nosotros.

—Es una escuela nueva —dijo Arturo—. Ya verás cómo te gusta.

Maribel estudió la cara de su papá. Él y yo esperamos. Ahora nos pasábamos gran parte de nuestras vidas esperando, algo que no se me daba muy bien.

—De acuerdo —dijo.

No la movía razón alguna. Sin pies ni cabeza. Primero se resistía desconcertada; luego, de repente, algo regresaba a su lugar y se volvía dócil, amable. Incluso un año después del accidente, yo era aún incapaz de distinguir la pauta.

Cuando salimos el ambiente era húmedo. Los tres nos quedamos en la hierba al borde del estacionamiento hasta que un largo autobús amarillo apareció lentamente calle arriba. Se detuvo frente a nosotros y se abrió la puerta. La conductora, una mujer que llevaba una gorra de béisbol, saludó con la mano y nos gritó *hello*. Eso lo entendí, pero cuando continuó hablando me sentí perdida. Arturo me miró como preguntándome si comprendía lo que estaba diciendo. Negué con la cabeza y pensé: así es acá para nosotros. Así será a partir de ahora. Simplemente debíamos confiar en que la conductora llevara a Maribel sana y salva a la escuela y que la maestra se asegurase de que estaba en la clase correcta y que durante todo el día la gente cuidara de ella como tenía que cuidarla. Debíamos vencer nuestros miedos y creer que hacíamos lo adecuado mandándola allá. ¿Qué alternativa teníamos?

Arturo y yo nos quedamos muy juntos mientras Maribel subía al autobús. A través de las ventanillas la vi sentarse en uno de los primeros asientos y colocarse las gafas de sol por encima de la frente.

Habíamos planeado la vida acá durante mucho tiempo. Rellenábamos papeles, acariciábamos esperanzas, rezábamos, aguardábamos. Todos nuestros sueños estaban anclados a este lugar, pero el ancla era frágil y delicada. Aún era demasiado pronto para decir si sería más fuerte de lo que pensábamos o si al final no lograría

sujetarnos más.

—Estará bien —dijo Arturo como si me hubiera leído la mente.

Pero tal vez sólo trataba de convencerse a sí mismo.

—Dilo otra vez —le pedí.

—Estará bien.

Y como quería creerlo (como deseaba más que nada en el mundo que ella estuviera bien, muy bien, mejor que muy bien, y volviera a ser la niña que había sido; como deseaba que el último año vivido sólo fuera un extraño y cruel desvío que dejaríamos atrás para nunca adentrarnos de nuevo en él), asentí mientras el autobús se alejaba de nosotros.

Arturo se fue a trabajar poco después (también tenía que tomar su autobús, tres en realidad, para ir a la granja de champiñones), lo cual significaba que me había quedado sola en el departamento por primera vez desde que llegamos. No estaba acostumbrada a la soledad, ni acá ni en ninguna parte, y sentía el silencio como una invasión. En Pátzcuaro siempre había alguien (mi mamá o alguna amiga) que me visitaba por las mañanas. Preparaba café con leche y platicábamos; a veces sólo unos minutos, en ocasiones durante horas. E incluso cuando nadie venía, por las ventanas abiertas de la casa podía oír el ruido de los vecinos: una canción de Juanes en una radio cercana, un perro ladrando, el monótono golpeteo de un martillo, el murmullo de las voces, el rumor de la brisa. Acá era como estar recluida en una caja hermética y, si abría la ventana, sólo escuchaba el susurro rítmico de los automóviles que pasaban por la carretera.

Prendí el televisor para que me hiciera compañía y estudié las bocas de la gente que hablaba en inglés. Me esforcé por repetir los sonidos a pesar de que no tenía ni idea de su significado. ¡Y hablaban tan rápido! No estaba segura de si pronunciaba palabras sueltas o conjuntos de palabras como racimos de uvas.

Al cabo de un rato apagué el televisor y me fui a la cocina. Saqué mi comal y pensé que podría cocinar algo. Algo que me recordara el viejo hogar. Pero no tenía los ingredientes que necesitaba, así que me quedé allí, mirando fijamente el sartén de hierro colado, sintiendo que la nostalgia me invadía como una ola rugiente, llenaba mi nariz y mis oídos, amenazaba con derribarme… Respiré hondo. Haría otra cosa entonces. Saldría. Ahora mi vida es ésta, me dije, y debía encontrar la manera de pasar los días. Tenía que aprender a correr más rápido que la ola. O a refugiarme tierra adentro para que no me alcanzase.

Me duché y me vestí. Luego me peiné haciendo la raya en medio y recogiendo el cabello en una coleta. Abrí la pequeña lata que había traído de México y me puse cera de candelilla en los labios. Me miré

en el espejo, me pellizqué las mejillas para darles un poco de color y me miré los dientes para asegurarme de que estaban limpios. Entonces agarré el bolso y me dirigí hacia la puerta.

Necesitábamos más comida, pero la única tienda que conocía estaba en la gasolinera y no quería volver allí, así que me quedé fuera, en la galería, con las manos en la barandilla metálica, y traté de pensar en otra cosa. Levanté la vista hacia el cielo claro y escuché el sordo fragor de los carros y camiones que iban a lugares desconocidos manejados por personas que nunca había visto. Cerré los ojos, sentí el calor del sol en mi cara. El mismo sol que brillaba sobre nosotros en casa, me dije. El mismo sol.

Entonces me llegó el traqueteo de unas ruedas. Cuando abrí los ojos y miré hacia abajo, vi al chico de la gasolinera subiendo en su monopatín la suave rampa del estacionamiento donde la grava se convertía en asfalto. Me metí en casa tan rápida y silenciosamente como pude. ¿Qué hacía acá? Me asomé con sigilo a la ventana para vigilarlo. Se detuvo en medio de la rampa, pateó la punta de la tabla y la agarró con un gesto veloz. Se quedó allí, impávido, y miró hacia la puerta del departamento. ¿Me había visto? ¿Me había reconocido? ¿Había venido porque nos buscaba? Pero ¿cómo sabía dónde vivíamos? ¿Nos había seguido desde la gasolinera ese día? Se me aceleró la respiración. Cálmate, Alma, me dije. Tal vez sólo sea una coincidencia. Quizá ni siquiera es el mismo chico. Pero cuando volví a echar un ojo por una esquina de la ventana se despejaron mis dudas. Pude ver el tatuaje azul marino serpenteando por su cuello.

Estuvo allí quieto durante al menos cinco minutos. Confiaba en que diera media vuelta, en que mirase hacia los demás departamentos, pero simplemente sostenía la punta del monopatín y observaba nuestra puerta. Como si estuviera esperándonos. Como si esperase a Maribel.

Por fin, escupió en el piso y dejó caer el monopatín con estrépito. Se volvió, saltó a la banqueta del estacionamiento y se deslizó hacia la grava.

Volví a respirar hondo. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Sólo le gustaba Maribel o había algo más?

Salí del departamento cuando estuve segura de que se había ido. Al final de la galería había un hombre con los brazos cruzados mirando sombríamente hacia el estacionamiento. Tan pronto como me vio levantó la mano y me saludó. Le devolví el saludo con un gesto de la cabeza y vino hacia mí.

—Sólo quería conocerlos —dijo—. Soy el casero; Fito Angelino a su servicio. Les traigo la llave del buzón.

Se sacó una llavecita de latón del bolsillo de la camisa y me la entregó.

—Gracias —dije en voz baja metiéndola en mi bolso.

—¿Está bien? —preguntó Fito.

Era flaco pero robusto y lucía una picuda perilla gris.

—Sí —le contesté—. Es que… me ha parecido ver a alguien.

—¿Se refiere a ese chico? ¿El del monopatín? —Fito sacudió la cabeza—. Sólo es un bravucón del barrio. Un alborotador. Siempre anda por la gasolinera. Y también por el 7-Eleven. Vive en Capitol Oaks, carretera abajo —Fito miró por encima del hombro en la dirección que había tomado el muchacho—. No sé qué estaba haciendo acá —se volvió hacia mí y añadió sonriendo—: Pero no se inquiete, señora. No hay que preocuparse por él.

Asentí lentamente con ganas de creerlo.

—¿Va a algún sitio? —preguntó Fito.

—No sé —le dije.

—¿Viene de alguna parte, entonces?

—No.

—Ya veo. Está un poco despistada —Fito se rio entre dientes—. Por suerte para usted, ésta no es una zona complicada. Tiene Main Street, donde están los estudiantes universitarios. Tiene Hockessin, donde están los gringos. El centro de Wilmington, donde viven la mayoría de los negros, y Greenville, donde están los blancos ricos. Elsmere y Newport son para la clase baja. Es todo muy simple.

—¿Y acá? —le pregunté.

—¡Acá estamos nosotros! Venezuela, Puerto Rico, Guatemala, Nicaragua, Colombia, México, Panamá y Paraguay. Tenemos de todo.

—¿Y todos en este mismo edificio?

—Se adaptará bien, ya lo verá —dijo Fito.

Era todo nervio; movía con gestos bruscos sus facciones angulosas. Me desconcertaba, pero era un alivio oír a alguien hablar español, entenderlo y que me entendiera sin tener que preguntarme qué me estaba perdiendo.

—Y no vuelva a pensar en ese chico —prosiguió—. Este lugar es seguro. Muy seguro.

Me di cuenta de que a Fito le preocupaba haberme asustado porque si lo hubiera hecho podría perder la renta que le pagábamos.

—No hay nada de qué alarmarse —insistió—. ¿De acuerdo?

—Nada de qué alarmarse —repetí saboreando las palabras para ver si notaba el gusto de la verdad.

MAYOR

Esperaba encontrarme a la chica de los Rivera en la escuela. No enseguida, claro. Pero, tarde o temprano, todos los niños que se mudan a nuestro barrio aparecen en la escuela. Cuando entró en el aula el primer día de primer grado, Fernando Ramos le dijo a la maestra que lo llamara Adiós porque eso es lo que ella le diría muy pronto. «Nunca nos quedamos en el mismo sitio mucho tiempo», explicó. Lucía Castillo se pasó todo el año muda después de llegar: arrastraba los pies de clase en clase y comía lo que le preparaba su mamá (frijoles, arroz y tamales) en un rincón de la cafetería, siempre sola. Eddie Pabón, en cambio, estaba tan emocionado por vivir en los Estados Unidos y fuera de Guatemala que llevó el concepto de «oportunidad educativa» a otro nivel (a otro planeta): se unió a todos y cada uno de los catorce clubes de nuestra escuela, empezó a tocar la trompeta en la banda, destacó en tres deportes, se ofreció como vigilante durante su tiempo libre y se congració de tal modo con los profesores que al final del primer trimestre desayunaba con ellos en la sala. La gente empezó a llamarlo Lambón Pabón, un apodo que él aceptaba de buen grado como si fuera un honor que te consideren un adulador, un brocha.

—¿Hay alguien nuevo en tu clase? —le pregunté a mi amigo William un día.

Estábamos sentados en el laboratorio de química esperando a ver lo que sucede cuando se mezcla nitrato de plata y sal. Todo el mundo llevaba gafas protectoras y las chicas habían dedicado media clase a quejarse de que las gomas les estropeaban el peinado. Las mías no llevaban gomas, así que tenía que sujetármelas con la mano.

—Siempre hay alguien nuevo —dijo William—. No puedo conocerlos a todos.

—Una chica.

—Eso lo reduce un poco.

—Su apellido es Rivera —le dije—. Creo que es mexicana.

—¡No me digas! ¿De verdad? «Rivera» me sonaba a chino.

William sonrió y sus frenos centellearon bajo las lámparas fluorescentes. Era delgado como yo, pero muy pálido, y el flequillo

castaño le caía sobre la frente.

—Se mudó a mi edificio la semana pasada…

—¿Y?

—…pero todavía no la he visto por la escuela. Así que me preguntaba si la habrías visto tú.

—¡Ah!, ahora lo entiendo —dijo William con una risita—. Seguro que está buena.

—Casi no la vi.

—¿Es un taquito caliente?

—Eres idiota.

—Un taquito calentito para Mayorito —añadió entre risotadas—. Todo tibio y suavecito por dentro.

Me crucé de brazos y las gafas cayeron sobre la mesa.

—Olvida mi pregunta —murmuré.

Había dejado de ir a los entrenamientos de fútbol después del día en que me torcí el tobillo. No me atrevía a presentarme de nuevo allí. Tampoco me atrevía a darle la noticia a papá, que estaba especialmente tenso y malhumorado porque temía perder su trabajo en el restaurante, así que yo fingía estar aún en el equipo. Cada mañana llenaba la bolsa de gimnasia y cada noche, durante la cena, les contaba a mis padres los ejercicios que nos ponía el entrenador para preparar nuestros grandes partidos o la increíble chilena de Jamal Blair casi al final de un partidillo o cualquier otra cosa que pudiera suceder sobre el campo estando yo ausente. Probablemente no había necesidad de tanto empeño. Mis padres estaban tan absortos en sus propios problemas que apenas percibían mi presencia. Mamá había decidido buscar trabajo por si papá perdía el suyo, una idea que éste encontraba inaceptable. «Yo soy el que trae el jornal y no hay más que hablar», decía una y otra vez.

Mamá tenía largas conversaciones telefónicas con mi tía Gloria, que estaba en Panamá, verdaderas lluvias de ideas sobre los trabajos para los que estaba cualificada. La oía decir cosas como «soy una mujer muy capaz» o «¿es un crimen que quiera ayudar a mi familia?» o «claro, no vivo sólo para complacer a mi esposo, pero intenta que él lo vea también así». Una vez, papá captó un fragmento de esas pláticas, se abalanzó sobre el teléfono y aporreó el interruptor para cortar la conexión. Yo estaba en la mesa de la cocina. Mamá lo miró atónita.

—Esas llamadas telefónicas cuestan mucho dinero —dijo él.

Mamá, con el auricular todavía en la mano y el cable extendido por toda la sala, replicó:

—Pues podríamos pagarlas si me dejaras trabajar.

Entonces papá tronó:

—¡Ya basta, Celia! ¡No quiero oír hablar de eso nunca más!

Tras los gritos, ella empezó a gimotear y él respondió con más aullidos.

El día en que por fin conocí a la chica de los Rivera me había alejado de la última disputa de mis padres para jugar al Tetris en el teléfono sentado sobre el bordillo de la banqueta. Mamá salió furiosa.

—Ven —dijo cuando me vio.

—¿Adónde?

—Ya no puedo quedarme en este departamento.

—Pero ¿adónde vamos?

—A cualquier sitio —dijo.

Terminamos en el Dollar Tree, sobre todo porque el día anterior alguien había robado toda nuestra ropa en la lavandería. Junto a un par de pantalones de pijama de mamá y algunos *boxers* míos, la carga contenía los astrosos calzoncillos y camisetas de papá, pero ella, fuera de sí, me dijo en el autobús que él mismo podía comprarse su ropa interior si quería.

—Lo hace todo muy bien sin ayuda de nadie, ¿no? Pues que haga eso también —dijo.

Caminábamos por los pasillos de la tienda. Cuando la vi, yo llevaba un *econo-pack* de *boxers* como una almohada bajo el brazo. Era delgada y menuda. Labios gruesos y una nariz india larga y fina. Pelo negro que le caía hasta la espalda formando tirabuzones. Interminables pestañas.

Me detuve y la observé. Estaba con aire aburrido en el pasillo de la vajilla desechable mientras su mamá examinaba un paquete de cubiertos de plástico.

—¿Qué? —dijo mamá mirándome.

—Nada —murmuré.

Eché a andar de nuevo, pero mamá retrocedió para ver lo que me había llamado la atención.

—¿Quién es ésa?

Traté de alejarme más. Hablaría con ella en otro momento, pensé, preferiblemente cuando mamá no estuviera cerca.

—¿Son los nuevos vecinos? —preguntó mamá.

Y antes de que me diera cuenta se dirigía hacia ellos con el bolso rebotándole contra el muslo.

—Buenas —dijo cuando los alcanzó.

La mujer se volvió sorprendida.

—Soy Celia Toro y éste es mi hijo Mayor —dijo mamá en español —. Ustedes viven en nuestro edificio, ¿verdad? Los Departamentos

Redwood.

La señora Rivera sonrió. Era bajita y regordeta. Tenía el pelo negro y ondulado recogido en una coleta.

—¡Ah! Sí. Redwood. Soy Alma Rivera. Y ésta es Maribel.

Maribel, pensé. Olviden su atuendo (zapatillas de lona blanca procedentes de otra década y un enorme suéter amarillo encima de los leggins), olviden la cabellera negra desgreñada como si acabara de despertarse, olviden que no llevaba ningún maquillaje o joyas o cualquier otra de las cosas que la mayoría de las chicas amasan en mi escuela. Olviden todo eso: era bellísima, deslumbrante.

Mi corazón martilleaba con tanta fuerza que temí que la gente del pasillo contiguo empezara a quejarse del ruido. Entonces recordé el paquete de ropa interior que llevaba bajo el brazo. En caso de que cupiera alguna duda, la parte delantera del plástico lucía un gran letrero negro: *Boxer Shorts. Size X-Small*. Me llevé el paquete a la espalda.

—Espero que no esté buscando comida —dijo mamá—. No hallará mucha en esta tienda. Pero hay un mercado mexicano cerca, Gigante. Probablemente tiene todo lo que usted necesita.

—Compramos comida en la gasolinera —dijo la señora Rivera.

—¿En la gasolinera? ¡Ay, no! ¿Y qué han cenado? ¿Gasolina?

Aquello fue un ensayo de broma y, por suerte, la señora Rivera se rio.

—Algo casi tan malo —dijo—. Frijoles de lata, salchichas y algo que los americanos llaman «salsa».

—Espere a probar las tortillas americanas —dijo mamá—. Horribles.

Yo trataba de no mirar a Maribel, o al menos de simular que no la miraba, pero mis ojos la recorrían sin tregua, la contemplaban allí inmóvil y con las manos cruzadas. Pensé que quizá debería decirle algo, sólo para ser amable, pero ella jugaba en una liga tan superior a la mía que tuve problemas para recordar cómo debía mover la boca.

Metí una mano en el bolsillo del pantalón tratando de hacerme el interesante. Ella no se dignó a mirarme. Dijera lo que dijese tenía que ser algo grande, algo que me diera cancha con ella.

—Acaban de mudarse —solté por fin.

La señora Rivera me observó fugazmente. Maribel apenas levantó la vista.

Genial. Menudo idiota. ¿Acaban de mudarse? ¿Eso es todo lo que se me ocurre?

—A nuestro edificio —continué.

¡Dios mío! Me miró; su rostro estaba más blanco que la nieve.

—¡Claro! —añadí mirándome los pies.

Me sentía humillado. ¿Qué me pasaba? A partir de entonces debía mantener la boca cerrada, exactamente lo que hice después. Nuestras mamás hablaban mientras yo contemplaba mis zapatillas: las viejas Adidas blancas y negras de mi hermano, que siempre me parecieron fabulosamente retro y ahora sólo resultaban viejas y estúpidas. Conté los minutos hasta que pudimos salir de allí. Entonces, entre la niebla de la vergüenza, oí cómo su mamá mencionaba la Escuela Evers. Miré hacia arriba y vi a la mía arqueando las cejas.

—¿Ha dicho Evers?

—Sí —dijo la señora Rivera.

Miré a la chica de nuevo. ¿Evers? Era una escuela para retrasados. La llamábamos Escuela Tortuga.

—¡Ah, sí! —exclamó mamá—. Es una gran escuela. Será muy feliz allí —y sonrió, tal vez demasiado.

La chica se llevó los brazos al interior del suéter amarillo y las mangas quedaron vacías, colgando como cáscaras de banana. Era cierto. Le ocurría algo, aunque yo nunca lo habría adivinado. Quiero decir, si la mirabas… parecía imposible.

Mamá cambió entonces de asunto y le explicó a la señora Rivera dónde se hallaba la peluquería más barata, cuál era la mejor tienda de segunda mano o cómo llegar al Western Union más cercano. Le dijo que no se le ocurriera ir a la sandwichería de Main Street porque Ynez Mercado, que vivía en nuestro edificio, había encontrado un pelo en el sándwich cubano que había adquirido allí y, por supuesto, le contó las calamidades que acabábamos de padecer en la lavandería. La señora Rivera repetía «gracias» cada vez que recibía una información. Finalmente, mamá le dio el número de nuestro departamento y la invitó a visitarnos cuando quisiera. «Casi siempre estoy en casa», le dijo. Supongo que no pudo evitarlo porque añadió mordazmente: «Así le gusta a mi esposo».

BENNY QUINTO

Me llamo Benny Quinto. Vine de Nicaragua, chico, la Tierra de Lagos y Volcanes. Un día de éstos hará ocho años que llegué.

En Nicaragua fui seminarista. Me pareció oír a Dios llamándome por mi nombre desde un lugar remoto entre las nubes, man, y me decía que yo era el elegido, o eso pensaba. Un vozarrón muy profundo. Ni siquiera estaba fumado. Las drogas aún no habían entrado en mi vida, pero supongo que aluciné o algo así porque desde entonces he tenido varias conversaciones con Dios y me dice cosas como: «No, no sé de qué me hablás, Benny. Nunca te dije que fueras el elegido. Lamento decepcionarte».

Unos amigos dejaron Nicaragua para venir acá y ganar lana de verdad. Allí no había dinero para pinoleros como nosotros. Políticamente, ya sabés, el asunto no estaba tan mal. Somoza se había ido y la Contra no era más que un recuerdo. Pero dejar la pobreza de Nicaragua para venir al país más rico del mundo no requería mucho trabajo de convicción.

Me fui cuando tenía veinte años. Le dije a un tipo que le pagaría dos mil dólares si me traía, trescientos por delante. Tardé bastante en reunirlos. ¡Trescientos dólares! En Nicaragua se podía vivir con eso una buena temporada. Me avergüenza admitirlo, pero robé una parte en la iglesia. Durante una semana me guardé los sobres de las limosnas debajo de la camisa cuando debía estar cumpliendo mis deberes como acólito. No había otro remedio. Yo soy así. Si se me mete algo en la maceta tengo que hacerlo. No puedo dejarlo de lado. Me meto de lleno.

Me recluyeron en una casa de Arizona hasta que pudiera pagar el resto del dinero. O sea, nos dijeron que estábamos en Arizona. A mí y a otros doce. Pero por lo que sabíamos podríamos haber estado en Rusia. O en México, el país que se atraviesa antes de cruzar la frontera. Es como un embudo. Habría sido estupendo que Nicaragua limitara con los Estados Unidos, pero no, así que llegué acá a través de México.

Aquella casa de Arizona era increíble. No vi el sol durante, no sé, semanas, y Arizona es uno de esos lugares achicharrados por el sol,

allí pega fuerte todo el año, así que fue una locura no verlo. Las persianas estaban cerradas y todas las ventanas tapadas con colchas gruesas. Éramos como cucarachas, arrastrándonos unos sobre otros a todas horas. No había espacio para moverse. Siempre sentados, apretados, manteniendo la fe. No sé por qué tuvimos que pagar tanto dinero. Quiero decir, aquello no era el Ritz-Carlton. Ni siquiera una caja de galletas Ritz. Pero así es la cosa. Pura extorsión. De arriba abajo.

Yo quería largarme de allí como fuera, así que llamé a un tío muy cercano a mí (o sea, que venía a mis fiestas de cumpleaños cuando yo era pipe, que a veces me llevaba a la playa y me dejaba jugando en el agua mientras fumaba y ligaba con las chicas), pero estaba arruinado. Ni me molesté en hablar con mis padres. Esos nunca habían tenido nada. ¿Sabes cómo lo dicen los gringos? No *dii-neir-ou mou-sha-shou*. Si eso no fuera cierto, para empezar nunca habría salido de Nicaragua.

Uno de los ñatos de la casa comenzó a traficar para los coyotes. Pagó la deuda en dos semanas. No sabía de qué otra manera iba a salir de allí, así que yo también me subí al carro. Pensaba que sería visto y no visto, ya sabés, sólo hasta que tuviera suficiente para marcharme, y que después me dedicaría a cosas rebuenas. El problema es que le tomas gusto al dinero y luego cuesta volver a lo de antes.

Andaba por las calles de Phoenix. Había ciertos lugares a los que íbamos siempre. Chicos blancos que querían drogarse. Llegaban con el dinero de sus papis enrollado y bien apretado en el puño; se creían unos zorros cuando te lo daban, pensaban que eran unos tipos duros, pero la verdad era que podías pedirles lo que te diera la gana porque pagaban sin rechistar. Casi todos estaban en la luna. También aparecían yonquis de verdad, algunos bien jodidos. Una día me enredé con varios en una pelea estúpida y lo siguiente que supe es que me desperté por la mañana con el cuerpo hecho polvo y sangrando por el costado. Me habían apuñalado y ni me había enterado. Fue entonces cuando decidí que debía dejarlo.

Me largué de Arizona con un tipo que conducía hasta Baltimore. Pero allí el mundillo de las drogas era un asco. Diez veces peor que en Arizona. Me estaba costando demasiado encontrar el buen camino. Con Dios hablaba de ello todo el tiempo. Le decía: «¿Dónde está ahora ese vozarrón, Dios mío, cuando realmente necesito ayuda?». Y entonces te juro que lo escuché. Me dijo que me fuera sin demora. «¿Adónde?», le pregunté. Dios es muy chistoso. No siempre te da las respuestas, o al menos no cuando se las pides. Porque no oí nada. Pero lo sabía. Tenía que dejar aquello. Así que fui a la estación de Greyhound y dije: «Esto es todo el dinero que tengo, deme un boleto». Y el autobús me llevó a Delaware. No es el paraíso, pero al menos acá estoy tranquilo, a gusto. En Nicaragua nunca me pasó nada igual.

Tampoco en las primeras paradas que hice acá. Ahora me ocupo de las hamburguesas en el King. Antes estaba en el Wendy's, pero, man, me ponían en los peores turnos, así que me cambié. ¡Una persona necesita dormir, ya sabés! ¡Y ya no soy tan joven! Pero acá he sentado cabeza. Di unos cuantos tumbos, pero he terminado bien.

ALMA

Maribel hizo pruebas cognitivas y de rendimiento. La evaluaron una psicóloga y un especialista en diagnósticos escolares. Le pusieron exámenes en español para ver si podía escribir una frase o un párrafo, si podía resolver ciertos problemas de matemáticas. Tuvimos una reunión donde la psicóloga me preguntó si había habido alguna complicación durante el embarazo. También me preguntó si Maribel había recorrido normalmente todas las fases del crecimiento. ¿Cuándo comenzó a hablar? ¿Cuándo comenzó a caminar? Phyllis se sentó a mi lado y me lo tradujo todo. Yo respondía frustrada: «No nació así. Todo esto es por culpa del accidente. ¿No han leído los informes?». Y la psicóloga decía que sí, que los había leído, que aquéllas eran preguntas estándar y que yo estaba obligada a formularlas.

Y luego, después de todo, el distrito nos dijo lo que ya sabíamos: Maribel padecía una lesión cerebral traumática que fue clasificada como leve, pero era lo bastante severa para requerir servicios de educación especial. Sería transferida a Evers.

Estuve a punto de llorar de alegría cuando supe la noticia. Ahora, por fin, avanzamos, pensé.

Enviaron un autobús diferente, uno pequeño y marrón. La vi subirse el primer día y allí estaba cuando regresó a casa esa tarde.

—¿Cómo te ha ido? —le pregunté.

—¿Qué?

—¿Cómo ha ido la escuela?

—Bien.

—¿Hay algo más que quieras decirme?

—Estoy cansada —me respondió, y yo asentí desanimada porque esperaba algo más.

Esperaba que volviera rebosante de energía, que hablara con entusiasmo y por los codos de los otros estudiantes, de la maestra, de lo mucho que había aprendido. Deseaba que la escuela fuera un acicate para ella, algo que la activara cada vez que cruzaba el umbral de la puerta.

—Dale tiempo —me dijo Arturo esa noche cuando advirtió la decepción en mi voz—. Eres muy impaciente. Sólo ha sido el primer

día de clase.

Maribel llegaba todas las tardes con informes de la escuela que Phyllis nos traducía al español. Eran formales y breves. Decían cosas como: «Maribel no reacciona, no conecta, ni siquiera cuando se dirigen a ella en español»; «se aísla y rara vez interactúa con otros estudiantes aunque las actividades no exijan comunicación verbal»; «Maribel tiene una capacidad de atención limitada y a menudo juguetea con el lápiz u otros objetos durante la clase».

Leía las misivas día tras día con la esperanza de que llegaran mejores noticias, queriendo creer que tarde o temprano llegarían.

Después de la escuela me sentaba con ella junto a la mesa de la cocina y la ayudaba con sus tareas. Además debía aprender inglés. Un día la maestra envío a casa una hoja con nueve casillas, cada una contenía el dibujo de una cara con una expresión diferente. En la parte superior de la hoja había una historia en español sobre un joven chino, Yu Li.

—¿Sabes quién es? —le pregunté a Maribel.

Sacudió la cabeza.

—¿Puedes leer la historia?

—Bueno.

Esperé mientras ella contemplaba el papel. ¿Está leyendo o simplemente mira las palabras?, me preguntaba.

—¿Por qué no lo lees en voz alta? —le dije.

Lo hizo, aunque de un modo vacilante. Titubeaba. Tuve que ayudarla con las palabras de más de cuatro letras. Era una historia sobre cómo Yu Li llegó con sus padres a los Estados Unidos desde China. Fue a la escuela un día y algunos niños se burlaron de él y otros fueron amables. Pero Yu Li no sabía inglés, así que estaba perplejo.

Cuando terminó, le dije:

—Ahora tienes que escribir palabras que describan cómo se sentía Yu Li —Maribel me miró; tenía una pestaña en la mejilla: se la quité, la sostuve en la punta de un dedo y luego la soplé sobre ella—. ¿Te acuerdas de lo que sucede en la historia? ¿Qué emociones sintió Yu Li cuando llegó?

—No lo sé.

—Pero me has leído el cuento.

—No lo recuerdo.

—¿Necesitas volver a leerlo?

—Ya lo he leído.

—Lo sé, pero has dicho que no recuerdas nada.

—Ya.

—Maribel, ¿cómo se siente Yu Li?

Se encogió de hombros.

—¿Recuerdas cuando Yu Li fue a la escuela?

—Sí.

—¿Y qué le pasó allí?

—No lo sé.

—¿Los niños fueron amables con él?

—Sí.

—¿Y cómo crees que se sintió Yu Li?

—¿Quién es Yu Li?

Respiré hondo. Está bien, Alma, me dije. Sólo es el comienzo del año. Acaba de empezar.

Cuando llegó a casa y se quitó las botas, Arturo preguntó en qué estábamos trabajando.

—No lo sé —dijo Maribel.

—¿Matemáticas? —aventuró.

—Sí —dijo ella.

—Hoy estamos con el inglés —le dije.

—¡Inglés! —sonrió Arturo—. Cuando hayas aprendido inglés podrás enseñarme a mí también. ¿Te suena esto a algo? *Howdy dere, pardner*.

Puso una mueca de payaso. Intentaba que Maribel se riera, quería extraer la más mínima traza de la niña que había sido. Ambos lo intentábamos. Lanzábamos una y otra vez el anzuelo con la esperanza de pescar algo, cualquier cosa que nos sirviera de sostén, pero ella nunca mordía el cebo.

—¿Me has oído? —le preguntó Arturo.

—Sí.

—¿Te ha sonado a inglés?

—No.

—¿Cómo? —preguntó fingiendo sorpresa.

—A mí me ha sonado bien —dije yo.

—Gracias —contestó.

Yo quería que Arturo se acercara a mí, que me tomara las manos y me besara los dedos, que me pasara el pulgar por los labios, pero ésas eran las cosas que ya no hacíamos.

Se quitó los calcetines y se desabrochó la camisa.

—La cena estará lista enseguida —le dije—. He preparado unos tacos de bistec.

Apoyó las botas contra la pared.

—Bien.

Esperaba algo más (ansiaba algo más), pero se limitó a empujar con el pie una bota que se estaba deslizando y se encaminó por el

pasillo hacia la ducha.

Durante el día me mantenía ocupada limpiando y viendo la televisión. Había encontrado un canal en español que podía ver entre muchas interferencias si colocaba la antena en el ángulo adecuado. Cocinaba el almuerzo (puerco y frijoles o pollo encebollado con jugo de naranja o, cuando me sentía perezosa, sopa de lata) y me sentaba a comer sola. Después me levantaba y limpiaba de nuevo. Una vez usé el celular de prepago que habíamos adquirido en un mercado de Pátzcuaro y llamé a mis padres pese a que el teléfono estaba reservado exclusivamente a emergencias. Los habíamos llamado justo después de llegar para decirles que estábamos bien, pero no habíamos platicado desde entonces. Mamá chilló cuando oyó mi voz y yo reí al oír cómo papá corría alarmado para averiguar lo que estaba pasando. Querían saber cómo estábamos, cómo era esto, cómo se estaba adaptando Maribel. Me los imaginaba pegados al teléfono en la pequeña cocina donde yo comía de niña, con aquella ventana de media luna sobre el fregadero y el gallo de cerámica que mamá tenía en el mostrador junto a la olla de los frijoles y el frasco de mermelada lleno de flores. ¡Qué lejos estaba todo! Mamá me puso al día sobre los últimos chismes de la ciudad (Reyna Ortega había tenido por fin a su bebé y los habían invitado al bautizo, un nuevo auxiliar de cocina había empezado en Mistongo, dos chanchos se habían escapado de la granja Cotima), pero escuchar aquello hizo que me sintiera aún más lejos de Pátzcuaro, extrañamente desilusionada al darme cuenta de que la vida seguía allí su curso aunque no estuviéramos nosotros.

Durante las dos semanas que llevábamos en el departamento, muchos vecinos (sobre todo las mujeres) habían pasado a presentarse. Quisqueya Solís llegó con un plato de galletas de coco (besitos de coco, las llamó) y, cuando la invité a entrar, recorrió el piso lentamente, repasando con la mirada los pocos muebles que teníamos. Cuando le ofrecí una silla se negó a sentarse alegando, sin dejar de acariciarse el cabello rojo fuego, que tenía mandados pendientes. Nelia Zafón llamó a la puerta, me agarró una mano, me pidió disculpas por tardar tanto en visitarme y me aseguró que todo el mundo estaba feliz de tenernos aquí. Ynez Mercado se quedó en la entrada y me dijo que si necesitábamos algo no dudáramos en pedírselo. Le expliqué que habíamos conseguido algunas cosas por el camino, pero cuando se enteró de que Arturo, Maribel y yo compartíamos el colchón, insistió en traernos un viejo saco de dormir que tenían ella y su marido.

—Es de cuando José estaba en la Marina —dijo—. Lo mantuvo a salvo, y mantendrá caliente a todo el que duerma en él.

—Gracias —le dije mostrándole una sonrisa—. Creo que será

perfecto para Maribel.

Cuando no venía nadie, salía decidida a explorar las calles y aclimatarme a la ciudad. Iba a la lavandería pese a las advertencias de Celia (era la más cercana), me sentaba con las manos en el regazo mientras se lavaba la ropa o veía cómo giraba en las secadoras alineadas a lo largo de la pared del fondo. La gente entraba y salía (un hombre de piel morena mascando un palillo de dientes, un motociclista con un chaleco de cuero, una mujer con dos hijos) sujetando las cestas contra el vientre, la ropa rebosando por los lados como algas. Deseaba que me hablaran, sobre todo los que parecían poder hacerlo en español. Estaba preparaba para decir «hola» en cuanto alguien me mirase, pero la gente pasaba por mi lado día tras día sin apenas advertir mi presencia.

Me acercaba a Gigante algunas tardes y tomaba mangos y chiles de las cajas de madera; me los acercaba a la nariz para inhalar los olores de mi tierra. En la parte trasera me quedaba un rato mirando el pescado y las langostas en su enorme tanque de cristal. Cuando el carnicero me preguntó en español si quería algo (todo estaba «recién muerto, muy fresco», aseguraba), le dije que no.

—Demasiado caro —añadí sonriendo tímidamente.

—Tenemos una oferta —replicó—. Sólo para mujeres guapas —y me reí a mi pesar.

En ocasiones iba a la pequeña iglesia que habíamos hallado, Saint Thomas More Oratory, con su techo lleno de humedades y sillas plegables en lugar de bancos. Me sentaba en el santuario vacío y recitaba las mismas oraciones una y otra vez implorando a Dios que me escuchara. Sé que no soy muy importante, le decía. Sé que debes ocuparte de otras cosas, pero, por favor, perdona todo lo que he hecho. Por favor, dame fuerzas para arreglarlo. Por favor, haz que mi niña mejore. Y, por favor, haz que Arturo me perdone. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Una tarde preparé chicharrones y los llevé al departamento de Celia.

Cuando me vio palmoteó de alegría y me hizo señas para que entrara.

—Son para ti —le dije tendiéndole una bandeja forrada con papel de aluminio.

Levantó una esquina de la hoja y olió los chicharrones.

—¡Qué sabroso! —exclamó.

Me fascinaron los muchos objetos que llenaban su casa: almohadas bordadas en los sofás, una vitrina con tazones de vidrio, recuerdos y manteles doblados, velas rojas en los antepechos de las ventanas,

macetas con plantas colgantes, alfombras, carteles de playas de Panamá clavados sin marcos en las paredes, una caja con botellas de cerveza enjuagadas, un pequeño radio sobre el refrigerador, una bolsa llena de ajos sujeta al pomo de una puerta, una colección de especias en una bandeja sobre el mostrador. La gran acumulación de cosas casi ocultaba las grietas de las paredes, las manchas del piso y las rayas que afeaban los vidrios de las ventanas.

—Mi casa es tu casa —bromeó Celia mientras yo miraba a mi alrededor—. ¿No es eso lo que dicen los americanos?

Trajo dos cocacolas frías y burbujeantes, nos sentamos en el sofá y nos comimos los chicharrones a pequeños bocados. Tenía exactamente el mismo aspecto que la primera vez que la vi: impecablemente arreglada, con la cara llena de maquillaje, los labios fucsia, media melena castaña rizada en las puntas y perfectamente colocada detrás de las orejas, pequeños aretes de oro. Era muy distinta de la mayoría de mis amigas en Pátzcuaro, que sólo usaban jabón para la cara y aloe para las manos, que siempre llevaban el pelo recogido en una coleta, como yo, o, simplemente, se lo peinaban después de lavárselo y dejar que se secara al aire.

Celia me explicó lo que necesitaríamos para el invierno (abrigos gruesos, edredones y una prenda llamada «calzones largos» cuya descripción me provocó una risa incontenible). También me habló de un lugar llamado Community House donde prestaban ayuda a los inmigrantes que la necesitaban. Chismeó un buen rato sobre nuestros vecinos: me contó que Nelia Zafón tenía una historia con un gringo a quien doblaba la edad y que, cuando llegaron acá, su esposo, Rafael, pensó que José Mercado era gay. Luego exclamó «¡lleva más de treinta años casado con Ynez!» y se echó a reír. Me dijo que Micho Álvarez, que siempre lleva la cámara colgada al cuello, tenía un lado sensible a pesar de su brutal corpulencia y que Benny Quinto, gran amigo de Micho, había estudiado para cura. Me contó también que Quisqueya se teñía el pelo, pero eso no era nada nuevo: lo había notado en cuanto la vi. «Es el rojo menos natural del mundo», opinó. «Según Rafael, parece que se ha vaciado una lata de tomate sobre la cabeza», añadió riéndose. «Quisqueya es una entrometida, pero sólo porque es muy insegura, porque no sabe relacionarse con la gente. Intenta no encabronarte con ella».

Celia comenzó a contarme cómo llegó acá con Rafael y sus hijos, quince años atrás, después de la invasión.

—¿Así que tu hijo nació en Panamá? —le pregunté.

—Tengo dos hijos —respondió—, y los dos nacieron allá. Enrique, el mayor, estudia en la universidad con una beca de fútbol. Y luego está Mayor, a quien ya conoces. No se parece nada a su hermano. Rafa cree que en el hospital nos dieron a un bebé equivocado —forzó una

sonrisa—. Sólo bromea, claro.

Se levantó, fue hasta una mesita y tomó una foto enmarcada.

—Ésta es del verano pasado, antes de que Enrique se fuera a la universidad —dijo mientras me la daba—. La sacó Micho.

En la foto había dos chicos: Mayor, a quien reconocí de la tienda, un poco pequeño para su edad, con el pelo oscuro muy corto y ojos chispeantes; Enrique, de pie junto a su hermano, con los brazos cruzados y la tenue sombra de un bigote sobre los labios.

—¿Y tú? —preguntó Celia—. ¿Tienes más hijos?

—Sólo ella —contesté mirándome fijamente las manos que rodeaban el vaso.

El vaso con hielo había exudado un anillo de agua en mi pantalón.

—Y ella va… —su voz se fue apagando como si no quisiera decirlo en voz alta.

—A Evers.

Celia asintió. Parecía que no sabía cómo proseguir y sentí una mezcla de vergüenza e indignación.

—Es temporal —le dije—. Estará allí uno o dos años.

—No tienes que explicármelo si no quieres.

—Se pondrá mejor.

—He oído que es una buena escuela…

—Espero que sí. Por eso vinimos.

Me observó largo rato antes de retomar la plática.

—Cuando emigramos, nuestro país se caía a pedazos. Rafa y yo pensamos que los chicos se criarían mejor acá pese a que Panamá era el lugar donde habíamos vivido siempre. Es increíble lo que los padres hacen por sus hijos, ¿no?

Puso su mano sobre la mía. Una bendición. A partir de ese instante fuimos amigas.

Estaba harta de ir siempre a los mismos sitios, de modo que una mañana lluviosa decidí acercarme a la Community House para ver qué ofrecían.

Tomé el autobús que me había indicado Celia y entré en un edificio lleno de mesas y sillas blancas, computadoras de color canela en algunos escritorios y una hilera de pufs abandonados contra una pared como caramelos de goma descomunales.

—¿Viene para la clase de inglés? —me preguntó la recepcionista en español.

—¿La clase de inglés?

—Perdone. El curso comienza hoy y supuse que venía por eso.

Estaba a punto de decir que no, pero me contuve. Tal vez me había

llevado hasta allá la suerte o incluso la divina providencia. Me imaginé con el uniforme escolar que llevaba cuando era niña (camisa celeste almidonada, chaleco azul marino, falda plisada, calcetines hasta la rodilla) y, de pronto, me gustó la idea de ser estudiante otra vez. Puede que aprendiera lo suficiente para ayudar a Maribel con sus tareas.

—Sí —le dije—, vengo por eso.

La mujer me acompañó a una habitación que estaba detrás de ella. Dentro había unas cuantas personas sentadas en pupitres que me miraron cuando entré. Yo les sonreí, me senté con el bolso en el regazo y jugueteé con el cierre hasta que entró la profesora. Se dirigió a la parte delantera y nos sonrió con unos formidables dientes de caballo.

—Bienvenidos —nos dijo en inglés—. Soy su profesora, la señora Shields.

Por supuesto, no entendí lo que decía. Lo aprendería más tarde. Aquel primer día, las palabras sólo eran ruidos en el aire, vocablos rotos como fragmentos de vidrio, bellos desde un cierto ángulo y ásperos desde otro. No significaban nada para mí. Aun así, me gustó su sonido.

Nadie en la clase respondió.

La profesora dijo entonces en español:

—Hola a todos.

—Hola —respondieron unos pocos.

—Tenemos que despertar a la gente —dijo poniéndose en jarras—. ¡Hola! —exclamó llevándose una mano a la oreja.

Esta vez respondieron más alumnos.

—¡Hola! —gritó una vez más.

—¡Hola! —exclamé.

La profesora Shields junto las manos.

—Perfecto. Hoy hablaré en español, pero a medida que avancen las clases lo haré cada vez menos. Y eso será bueno porque entenderán el inglés cada vez más. Ya verán. Así es como funciona —movió las manos para imitar una balanza—. Cada vez menos —dijo bajando la mano derecha— y cada vez más —añadió levantando la izquierda—. Algunos les dirán que el inglés es un idioma difícil, pero no se dejen asustar. Los felicito por estar acá y tener la valentía de intentarlo. ¡Bravo! Apláudanse.

Nos miramos unos a otros.

—¡Vamos! —insistió.

Aplaudimos un poco. ¿Esto es lo que Maribel hacía en su escuela? ¿Así eran las escuelas de los Estados Unidos? Parecía teatro.

La profesora Shields empezó por los saludos y nos pidió que

repitiéramos las palabras. *Hello. Good-bay. My name is… What is your name? How are you? I'm fine, and you*? Después nos dividió en parejas y nos dijo que practicáramos. A mí me tocó una mujer llamada Dulce: le faltaban algunos dientes, así que al platicar agachaba la cabeza cohibida y dirigía los sonidos al piso.

—¿De dónde eres? —le pregunté en español.

—De Chiapas —dijo.

—O sea, que eres mexicana.

Ella asintió con la cabeza.

—*Hello* —le dije en inglés probando las dos sílabas con la lengua.

La profesora Shields nos había dicho que pronunciáramos la letra hache también al principio de las palabras.

—Sé que no les suena natural —dijo—, pero tienen que trabajar para conseguirlo. Es importante.

Repetí la palabra.

—*Hello*.

—Mi hijo vive acá con su esposa —dijo Dulce mirándome a hurtadillas—. Él me trajo. *Hello* —intentó decir.

—Yo soy de Michoacán. Vine con mi esposo y nuestra hija.

—Mi nuera acaba de tener un bebé.

—¡Ah, felicidades!

—Por eso me trajeron. Para ayudarlos a cuidar del niño.

—¿Cómo se llama?

—Jonathan. Yo quería Carlos, pero me dijeron que no, que es un niño americano.

—Tal vez Jonathan Carlos —sugerí.

Dulce sonrió.

—*Hello* —repitió.

—*Hello*.

—¿How *chu ar*? —preguntó.

—*Fine, and chu*?

El inglés es un idioma muy denso, muy apretado… Demasiadas letras duras, como muros diminutos. No se abre con las vocales a la manera del español. Nosotros tenemos las gargantas abiertas, la boca abierta, el corazón abierto. Los sonidos del inglés se cierran. Se hincan en el piso con un ruido opaco. Sin embargo, hay algo magnífico en ello. La profesora nos explicó que en inglés no hay «usted» y «tú». Hay una sola palabra: *you*. Se aplica a todas las personas. Todo el mundo igual. Nadie más alto o más bajo que nadie. Nadie más distante o más próximo. *You. They. Me. I. Us. We*. No hay palabras que pasan del femenino al masculino y viceversa. Una persona es de Nueva York. No es una mujer de Nueva York o un hombre de Nueva York.

Simplemente es una persona.

Todavía pensaba en ello cuando tomé el autobús después de la clase. Acomodada en mi asiento pronunciaba las palabras tratando de acostumbrarme a su sensación en mi lengua, a su forma mientras escapaban por el aire. La profesora nos había dado diccionarios de bolsillo inglés-español para que siempre los lleváramos encima y así pudiéramos buscar los términos con facilidad. «¡Práctica, práctica, práctica!» era su consigna. Pasaba las páginas de fino papel y leía palabras al azar. *Trade*, cambiar, comerciar. *Blanket*, cobija. *Grow*, crecer. Fuera empezó a lloviznar. Tras unos minutos cerré el diccionario y contemplé las gotas que resbalaban en diagonal por la ventanilla mientras esperaba a que el chofer anunciara Kirkwood, mi parada. Pero pasado un tiempo (más de lo que había tardado a la ida) aún no lo había anunciado. Me incorporé en el asiento y miré a mi alrededor. ¿Íbamos por una ruta diferente? Desempañé el vidrio con la mano y, por supuesto, no reconocí nada. Tranquilízate, me dije. Si no reconoces nada es porque todavía no conoces nada. Me quedé quieta unas cuantas paradas más sin dejar de mirar por la ventanilla mientras el autobús avanzaba retumbando. Las gente bajaba y subía. El chofer gritaba palabras, pero nada que me sonara a «Kirkwood».

El hombre que estaba sentado a mi lado llevaba un reloj que indicaba la 1:57 con unos numeritos muy brillantes. Maribel llegaría a casa a las 2:15. Debía estar allí para reunirme con ella cuando la dejara el autobús. El pánico revoloteó en mi pecho. ¿Qué iba a hacer? Seguramente me había equivocado de autobús. Tenía la impresión de que cada vez me alejaba más de nuestro departamento. Tenía que dar media vuelta.

Me puse de pie y jalé el cordón suspendido por encima de los asientos. Sonó un timbre. Logré salir del asiento por encima del hombre que estaba a mi lado y me dirigí a la parte delantera tratando de mantener la calma. El chofer se detuvo y abrió las puertas.

¿Y ahora qué?, pensé una vez abajo. Estaba bajo la lluvia en una carretera desierta. No había edificios a la vista, sólo campos de color trigo con parcelas de tierra y maltrechos postes telefónicos engarzados por negros cables en comba. ¡Dios!, me dije. ¿Dónde estaba? ¿Por qué había decidido bajarme del autobús en medio de la nada? Podrían matarme allí mismo y nadie se daría cuenta. Me estremecí, aunque luego me obligué a reír. ¿Quién iba a matarme? ¿Un poste de teléfono?

Al poco rato escuché un ruido y vi un carro que se acercaba. Lo observé mientras el sonido aumentaba; después pasó de largo y se desvaneció en la distancia. Pensé que era una buena señal. Si había un carro, habría otros. Sólo tenía que esperar.

La lluvia, que caía con más fuerza, me empapaba el pelo y la ropa.

Crucé al otro lado de la carretera y me quedé allí de pie apretándome el bolso contra el pecho. Quizá podría llamar a la escuela y decirles que retuvieran a Maribel en el autobús si yo no llegaba a tiempo. La intérprete, Phyllis, me había dicho que a los estudiantes con la edad de Maribel se les permitía marchar sin que hubiera nadie esperándolos. No era necesario que yo estuviera allí. ¿Y si les explicaba que era una circunstancia especial? Tal vez el chofer aguardaría.

Marqué el número la escuela y cuando una voz respondió, dije en inglés:

—*Hello*?

—*Hello*? —respondió una mujer.

No sabía cómo decirle «estoy buscando a mi hija», así que solté su nombre sin más.

—Maribel Rivera —dije.

—*Hello*? —repitió la mujer.

—¿Hay alguien ahí que pueda ayudarme? —le pregunté, esta vez en español.

En el otro extremo de la línea se hizo el silencio.

Abrí el bolso y saqué el diccionario. Rebusqué por las páginas para hallar las palabras.

La mujer dijo algo que no entendí.

—Me llamo Alma Rivera —le dije en español—. Mi hija Maribel va a su escuela. ¿Hay alguien que hable español?

Esperé una respuesta mientras hurgaba el diccionario en busca de cualquier palabra que pudiera servirme.

—Necesito hablar con alguien —le dije—. Necesito que el chofer del autobús me espere.

La mujer dijo algo que no entendí: estaba a punto de romper a llorar por la frustración. Sólo eran palabras. Tuve la sensación de que debería haber sido capaz de desempacarlas, que apenas un fino envoltorio me separaba de su significado. Pero ese envoltorio era impenetrable.

Un segundo después oí el golpe de algo plástico contra una superficie dura, como si la mujer hubiera dejado el teléfono sobre la mesa. Esperé para ver si se ponía alguien que pudiera ayudarme, pero lo siguiente que oí fue el pitido de la línea desconectada.

En un ataque de impotencia tiré al piso tanto el teléfono como el diccionario y los vi deslizarse y girar por el pavimento mojado. ¿Por qué no había llamado a Phyllis en lugar de a la escuela? Estaba desperdiciando el tiempo. Pero cuando agarré el teléfono de nuevo, la pantalla mostró que no había señal. Lo sostuve como una antorcha y entorné los ojos. Todavía nada. Incluso después de caminar unos pasos

en todas la direcciones no podía recuperar la señal. ¡Chingada madre! Debería haberlo sabido. Era un traste barato, pero era todo lo que habíamos podido pagar: Arturo insistió en que compráramos dos, uno para cada uno, para poder comunicarnos mientras estábamos aquí.

La lluvia repiqueteaba contra el piso como si fuera un aplauso interminable.

Los guijarros del arcén estaban pulidos y relucientes. Los hierbajos se doblaban hacia la tierra. Crucé los brazos sobre el pecho para taparme la blusa, ahora tan mojada que se transparentaba el sostén, pero los bajé de nuevo cuando recordé que nadie podía verme.

¿Qué hora era? ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Me imaginé a Maribel bajando del autobús, de pie en medio del estacionamiento, con la mochila colgando de sus hombros delgados, desorientada porque yo no estaba allí. Entonces me imaginé al chico de la gasolinera patinando hacia ella como el otro día, buscándola, y el pavor se apoderó de mí.

¿Por qué no había parado el carro de antes? Tendría que haberme puesto en medio de la calzada agitando los brazos. Debería haber impedido que pasara de largo.

Frenética, examiné la carretera en ambas direcciones. Empecé a caminar, mirando por encima del hombro cada pocos segundos para ver si se acercaba algún carro por detrás. Corrí un rato hasta que me faltó el aliento. ¿Qué hora era? Comprobé el teléfono de nuevo, pero seguía sin señal. Marqué todos los botones y me lo acerqué al oído implorando un sonido. Nada. Incliné la cabeza hacia atrás y clamé al cielo. Un grito inútil. Nadie podía oírme. Y entonces me eché a llorar, las lágrimas caían tan sordas como la lluvia.

Lo percibí antes de verlo: el rumor y la vibración. Me detuve di media vuelta. Un autobús. No era un espejismo, ¿verdad? ¿Era el mismo autobús del que me había bajado antes? No importaba. Iba en el sentido opuesto, iba hacia donde yo debía ir y venía hacia mí. Agité los brazos sollozando. Aullé en español: «¡Alto! ¡Por favor, déjeme subir!». No importaba que el chofer no entendiera lo que le decía. Me vería y pararía, ¿no? Cuando lo hizo, le grité desde la calzada: «¿Kirkwood?». Él asintió con la cabeza y subí.

Veinte minutos después llegué, empapada y temblando, a mi parada. Corrí tan rápido que me ardían los pulmones.

—¡Maribel! —grité mientras volaba hacia el estacionamiento—. ¡Mari!

Debían de ser ya las tres menos cuarto, tal vez más tarde. Corrí hasta nuestra puerta, pero seguía cerrada con llave. A través de la ventana vi que las luces estaban apagadas. Me volví y grité de nuevo:

«¡Maribel!». Pensé que alguien me oiría y abriría la puerta (Nelia o Ynez o Fito, si estaba en casa), pero, para mi consternación, nadie lo hizo. Escudriñé los departamentos desde la galería preguntándome si Maribel estaría dentro de alguno. Tal vez alguien la había visto y la había dejado entrar en su casa. Celia, decidí. Miraría allí primero.

Bajé tan rápido por la escalera de metal mojada que casi me resbalé; pero de repente, justo cuando llegaba al departamento de los Toro, la vi. Allí estaba. Y detrás de ella, Mayor Toro.

Ahogué un grito y corrí hacia ella, le quité las gafas de sol y sujeté su rostro con mis manos para estudiarlo en busca de contusiones, de cualquier cosa que pudiese parecer anómala. Torció el gesto cuando le moví la cabeza de lado a lado.

—Está bien —dijo Mayor.

—¿Qué…?

—La vi cuando bajaba del autobús. Llevamos un rato hablando.

—¿Estás bien? —le pregunté a Maribel.

Asintió y me miró con sus grandes ojos de búho.

Sentí una acometida de alivio, un desahogo rápido e intenso en mis entrañas. Se encontraba bien. Que hubiese estado a solas con Mayor podría haberme preocupado, pero, considerando cómo andan los chicos, aquél daba la impresión de pertenecer a la clase más inofensiva. Además, yo estaba tan repleta de gratitud que no me quedaba espacio para mucho más. Ella se encontraba bien. Ni siquiera tuve ánimo para preguntarle si estaba segura porque no quería darle la oportunidad de retractarse. Había dicho que se encontraba bien y eso era todo lo que yo quería oír.

MAYOR

Los Rivera empezaron a ir a la misma misa que nosotros y después mamá solía invitarlos a almorzar. La primera vez se resistieron; «no, no, es demasiado, no queremos abusar de su amabilidad», pero mamá, que siempre estaba dispuesta a hacer nuevos amigos en este país, logró convencerlos y al final los tres se bajaron del autobús con nosotros. Fuimos directamente a nuestro departamento, dejaron los abrigos en el respaldo del sofá y se acomodaron en las sillas que mamá sacó de la cocina y colocó en la sala.

Sirvió bebidas y luego se puso a preparar la especialidad que, semana tras semana, comemos los días de fiesta: emparedados de jamón con pan blanco sin corteza. Los corta en triángulos y les clava mondadientes de plástico para sujetarlos, luego los pone en una bandeja de cerámica que le ofrece a todo el mundo junto con pequeñas servilletas blancas y cuadradas que nos sirven para recoger las migas.

Papá, en cambio, no dejó que la presencia de los Rivera interfiriese en sus hábitos. Prendió el televisor, abrió una lata de cerveza, se quedó en calcetines y puso los pies sobre la mesa de café. Había fútbol, algo que lo condujo inexorablemente a hablar de Enrique y a presumir del último gol que mi hermano les había metido a los de Georgetown o del pase que había hecho en el partidazo contra Virginia, el principal rival de Maryland. El nombre de Enrique aparecía casi todas las semanas en las estadísticas de la prensa deportiva para las universidades y escuelas secundarias situadas en un radio de cien millas.

—Mayor también juega al fútbol —dijo—, pero aún no he visto su nombre en el diario —no dijo que fuera malo; era la verdad, aunque no por la razón que pensaba, y me miró con lástima—. Está mejorando, ¿verdad? —me preguntó.

Luché para asentir pese a la punzada de culpa que sentía por haberle mentido y la humillación de ser tan inepto en fútbol.

Si alguna vez cambiaba de tema, papá se pasaba al fútbol americano. Cierto día, cuando el señor Rivera animó a Donovan McNabb durante un partido de los Eagles, papá fue implacable. «Es

inútil, Arturo, veo este deporte desde que llegué y sí, *eagle* significa "águila", pero te diré que esos pájaros no saben volar». Pronunció las últimas palabras en inglés para resultar más chistoso y el señor Rivera tuvo la amabilidad de reírse (aunque no estoy seguro de que lo entendiese).

Al principio me comía los sándwiches sin corteza y abría una lata de Coca-Cola, pero enseguida me disculpaba y me iba a mi cuarto para hacer la tarea o para escuchar mi iPod. Mamá venía de vez en cuando, me dirigía una mirada de desaprobación y trataba de convencerme de que saliera y hablase con Maribel porque ella y yo teníamos casi la misma edad y porque era nueva aquí, así que probablemente agradecería que platicara con ella. «¿No crees que estaría bien?», preguntaba. Pero yo no lo creía. Quiero decir, tal vez fuera agradable para Maribel, pero, por lo demás, ¿qué otro sentido tenía? Me refiero a ella, claro. Yo podría haberla contemplado durante horas. ¿Pero tener una plática con ella? Ésa era una historia muy distinta.

Entonces, un día de lluvia en que caminaba hacia casa desde la parada de autobús, alguien me dijo desde detrás:

—¿Adónde vas?

Al volverme vi a Garrett Miller sonriéndome con el monopatín bajo el brazo.

—A casa —dije.

—¿Te vuelves a México?

—Yo no soy de México.

—Mi padre dice que todos ustedes son de México.

Cuando no respondí, Garrett agregó:

—¿Qué estás mirando?

Que yo supiera, Garrett no tenía un solo amigo. Su hermano mayor había ido a Irak con las Fuerzas Aéreas y había vuelto en una bolsa para cadáveres. En la escuela corría el rumor de que la madre de Garrett padeció una crisis después de aquello. Simplemente no pudo superarlo, se derrumbó y no se había recuperado desde entonces. Supuestamente, el papá de Garrett comenzó a beber tanto que perdió el trabajo. Seguramente vivían de las ayudas militares o algo así. O tal vez de la asistencia social. Yo lo ignoraba.

Eché a caminar. Podía oír a Garrett arrastrando los pies detrás de mí, el roce de sus jeans con el pavimento. ¿Qué debía hacer yo? ¿Iba a seguirme hasta la puerta de mi casa? ¿Qué quería? Entonces oí otro sonido: el ronroneo de un motor. Miré hacia atrás y vi un autobús, el de Maribel, acercándose desde la carretera. Pasó por delante de Garrett y de mí y se detuvo frente al edificio. Vi a Maribel bajando cuidadosamente la escalera como un ciervo abriéndose camino por la ladera de una montaña. Al verla me olvidé de Garrett por un segundo.

Podía ser alumna de Evers, pero era la chica más linda que había visto en la vida real.

Cuando el autobús volvió a la carretera, Maribel se quedó bajo la llovizna en medio del estacionamiento. No se movió.

—¡Eh! —la llamó Garrett.

Maribel se volvió.

—¿Me recuerdas? Te vi hace unas semanas en la gasolinera.

Maribel le clavó los ojos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Garrett.

Como ella no respondía, añadió:

—¿Qué te pasa? ¿No hablas inglés? ¿No inglés?

Ella negó con la cabeza.

Garrett dio un paso atrás y examinó a Maribel de arriba abajo asintiendo con la cabeza, disfrutando de la vista. Ella no reaccionó, ni se inmutó, simplemente dejó que la escrutase aquella mirada lasciva.

—Quítate esas gafas para que pueda verte los ojos —dijo Garrett, pero, en lugar de esperar a que ella lo hiciera, se las quitó él mismo.

Cuando Maribel trató de recuperarlas, Garrett las levantó en el aire hasta donde ella no podía alcanzarlas. Maribel se protegió los ojos con las manos. Un acto reflejo.

—¿Qué? —dijo Garrett—. ¿Te pasa algo en los ojos?

Le agarró las manos y la forzó a bajarlas de golpe. Yo me encogí acobardado.

Garrett se acercó más para estudiar su rostro y luego se echó atrás confundido.

—¿Te pasa algo? —preguntó apartando la mano como si quemara; luego soltó el silbido de quien ha atado cabos—. Por eso estabas en ese autobús, ¿no? Eres retrasada. ¿Cómo se dice «retrasado» en español, eh? —preguntó Garrett agitando las manos delante de la cara inexpresiva de Maribel—. ¡Estoy hablando contigo! ¿No me oyes?

Di un paso, pero me detuve. Pensaba. ¿Qué podía a hacer?

Garrett sacudió las gafas cerca de su cara.

—¿Las quieres?

Cuando Maribel trató de tomarlas, Garrett las lanzó por encima de su cabeza y aterrizaron en el pavimento mojado. Maribel se agachó para recogerlas, Garrett se puso detrás de ella, le agarró las caderas y la apretó contra él.

—¡Eh! —grité.

Garrett volvió la cabeza como si hubiera olvidado que yo estaba allí.

—Déjala en paz —le dije.

—Vete al carajo.

—No te ha hecho nada.

Garrett vino tranquilamente hacia mí con los ojos entornados y empujando el monopatín con la punta de la zapatilla. El corazón me latía de tal modo que parecía ocuparme todo el pecho, pero al menos había conseguido que se alejara de Maribel. La vi allí detrás de Garrett, poniéndose de nuevo las gafas, empujándolas con el dedo por el puente de la nariz.

—¿Y tú quién eres? ¿Su pinche hada madrina? —dijo Garrett a un palmo de mi cara.

Era una cabeza más alto que yo y al menos pesaba doce kilos más. No debería haberme metido en aquello, pensé. ¿Por qué? ¿Por qué no me había lavado las manos?

—No —conseguí decir.

—¿Quieres ser un héroe?

Meneé la cabeza.

—Porque yo sólo estaba hablando con ella —dijo Garrett—. Eso es todo.

Pero eso no había sido todo y ambos lo sabíamos.

—Te he visto —dije.

Garrett me agarró el cuello de la camisa y lo retorció en su puño tirando de mí.

—¿Qué has visto, comemierda?

No me atreví a mirarlo a los ojos.

—No te oigo —dijo Garrett apretando el cuello de la camisa hasta que lo noté como una soga de horca.

—No he visto nada —logré farfullar.

Probablemente sólo fueron unos pocos segundos, pero me pareció que pasaba un minuto, tal vez más, antes de que Garrett me soltara y yo aterrizara de espaldas.

—Eso pensaba porque no es asunto tuyo, ¡pendejo! —dijo.

Pateó la grava con saña y me cayó un chaparrón de guijarros. Luego se volvió y miró a Maribel, que seguía de pie, prácticamente en el mismo lugar donde había estado todo el rato.

—No he terminado contigo —le dijo.

Agarró el monopatín y echó a andar hacia la carretera.

Yo me sacudí el polvo y me acerqué a Maribel.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Ella asintió.

—No le hagas caso —añadí—. Es un idiota.

Nos quedamos allí. La llovizna seguía cayendo, casi flotaba, y yo no sabía qué hacer.

—¿Vas a casa? —le pregunté tras un atasco de silencio.

—Espero a mi mamá.

Recorrí el edificio con la mirada, pero, aparte de Maribel y yo, no había nadie alrededor.

—¿Dónde está? —pregunté.

—¿Quién?

—Tu mamá.

—Viene a buscarme al autobús.

—¿Estará en el departamento?

Maribel negó con la cabeza.

—La espero aquí.

¿Qué debía hacer yo? No quería seguir bajo la lluvia durante quién sabe cuánto tiempo. Quizá Micho o Benny salieran de casa: uno de ellos podría hacerle compañía. Un minuto después, sin embargo, continuábamos allí solos, así que le dije:

—Bueno, al menos vayamos a la escalera de incendios. Está a cubierto y así no nos mojamos.

Tan pronto como nos sentamos en el rellano metálico, Maribel se descolgó la mochila y sacó un cuaderno verde. Le quitó el tapón a una pluma y comenzó a escribir encorvada sobre el papel.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Mi cuaderno.

—¿Haces la tarea?

—Estoy escribiendo.

—¿Sobre qué?

—Los médicos me dijeron que escribiera —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Qué? ¿Historias?

No contestó.

—Acabo de terminar la última novela de Percy Jackson, *La maldición del titán*. ¿Has oído hablar de él?

De nuevo, nada. Ni siquiera supe si me había oído, pero, por alguna razón, deseé que así fuera. Quería que me prestara atención.

—A veces escribo —proseguí—. Cosas como «nota mental: no toques un chile habanero aunque tu mejor amigo te desafíe a hacerlo».

Inesperadamente sonrió.

—Los habaneros pican mucho —dijo con el tipo de sonrisa que podría desmantelar a cualquiera.

—¡A rabiar! —exclamé—. Lo aprendí en carne propia.

Las gafas no me dejaban verle los ojos, pero tuve la impresión de que me miraba fijamente. Oí una voz que la llamaba. Un aullido aterrado.

—Mi mamá —dijo ella.

Metió el cuaderno en la mochila, agarramos nuestras cosas y vimos a la señora Rivera lanzada a través del estacionamiento como un animal salvaje.

—¡Mari! —exclamó en cuanto la vio.

Se le había deshecho la coleta y tenía el rostro enrojecido. Corrió hasta Maribel, le apretó las mejillas con las manos y le movió la cabeza de lado a lado para examinarla.

—Está bien —le dije—. La he visto cuando bajaba del autobús. He estado charlando un rato con ella.

Supuse que no había motivo para contarle lo de Garrett. Ya me había ocupado del asunto, ¿verdad?, y si se enteraba se asustaría. Las madres son así.

—¿Maribel, estás bien? —preguntó la señora Rivera buscando la confirmación de mi historia.

Maribel asintió. Su mamá, que parecía un poco escéptica, la agarró por la muñeca y la llevó a su departamento mientras yo me quedaba bajo las ráfagas de lluvia y las veía marcharse.

Después de eso, algo cambió entre Maribel y yo. Sentí una extraña actitud protectora hacia ella, así que los domingos, después de misa, en vez de esconderme en mi cuarto como solía, me sentaba a su lado en el sofá marrón. Trataba de tener conversaciones tranquilas y le gastaba bromas tontas en un esfuerzo por hacerla sonreír de nuevo, como aquella vez.

Un domingo sonó el timbre cuando nuestras familias discutían el significado del sermón que el padre Finnegan había pronunciado aquella mañana. Mamá se levantó a abrir y apareció Quisqueya en la puerta con un pastel de café en las manos. Desde que llegaron los Rivera, mamá no había mostrado el mismo interés por Quisqueya ya que prefería pasar el rato con la señora Rivera. No la culpo. Nunca había entendido que mamá se relacionara con aquella mujer salvo porque anhelaba tener amigas (cualquier amiga) para no sentirse sola.

—¡Ah! —dijo Quisqueya echando una ojeada furtiva—. No sabía que tenías visita.

—¿Me dijiste que ibas a venir? —preguntó mamá.

—No, pero… Bueno, antes no debía avisarte para venir.

—No… es que a lo mejor lo había olvidado.

—Claro.

—¿Quieres entrar?

Quisqueya miró hacia la sala. La señora Rivera la saludó.

—No —dijo Quisqueya.

—¿Tal vez mañana en la mañana? —le ofreció mamá—. Estaré aquí si quieres pasarte.

Quisqueya se encogió un poco y torció los labios.

—Tal vez —dijo.

Mamá todavía estaba de pie con una mano en el picaporte. Cuando ni Quisqueya ni ella dijeron nada más, papá gritó:

—¡Que tengas un buen día, Quisqueya!

—Sí, gracias… —y se alejó.

La vi pasar por nuestra ventana delantera de regreso a su departamento. Mamá cerró la puerta y le dijo a papá:

—Eres muy malo.

—¡Pues debes agradecerme que no le haya pedido el pastel! —exclamó papá.

Después de eso, la plática giró en torno a la política, que era el gran tema últimamente. Las elecciones se habían celebrado unas semanas antes y todos habían votado a Barack Obama. Desde que se convirtió en americana, mamá había votado en todas las elecciones locales y federales. No se perdía una. Llegaba a casa y decía: «Bueno, ya he cumplido con mi deber. Que gane el mejor». Ese año había sido la primera de la fila frente a la mesa electoral. Llevaba el suéter con la bandera americana y la vi rezar antes de salir por la puerta. «Un poco de ayuda extra no puede hacer daño —me dijo santiguándose—. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.» Después, cuando llegó a casa, dijo: «Bueno, yo he cumplido con mi deber. Ojalá gane Obama porque si gana McCain me pego un tiro». Y durante todo el día estuvo pendiente de los resultados en la televisión.

Hasta papá, que cuando afloraban temas políticos los despachaba con su sentencia patentada («todos los políticos son igual de corruptos»), mostró interés ese año. Algunas veces incluso lo descubrí viendo las noticias sobre Obama por la noche, tras regresar del trabajo.

En el edificio, todos parecían emocionados. Vi a José Mercado tambalearse hasta la hierba que bordea el estacionamiento y plantar un cartel de Obama/Biden; y Fito, que por lo general odiaba los carteles (había descolgado el banderín de los Phillies de Benny a principios de la pasada temporada de béisbol), lo dejó allí. Micho se aseguró de que todos los documentados se registraran para votar y subrayó la importancia de que Obama, un hombre negro que no se parecía a ningún presidente anterior y tenía una familia llegada de diferentes lugares, pudiera dirigir el país. Eso significaba que nosotros, que tampoco nos parecíamos a ningún presidente de los Estados Unidos y que también teníamos familias en lugares lejanos, algún día podríamos conseguir lo mismo.

—No creo que tenga las orejas tan grandes —dijo mamá.

—¿Las orejas? —preguntó la señora Rivera.

—Él dice que son grandes, pero creo que es muy guapo.

—¿Por eso lo has votado? —preguntó papá—. ¿Porque es guapo?

—Sí, Rafael. Por eso voto a un político y no a otro. ¿Porque es guapo? ¿Estás loco?

Papá la fulminó con la mirada y a continuación puso enfáticamente los pies sobre la mesita de café, algo que ella odiaba.

—Ya veremos —dijo papá.

—¿Qué veremos? —preguntó el señor Rivera.

—Ya veremos qué hace por nosotros. Me gusta, de acuerdo, pero no sé si cumplirá sus promesas. Los políticos dicen cualquier cosa para que los elijan. Por alguna misteriosa razón creo en lo que dice este señor. Creo que cree en lo que dice. Pero ya veremos… Lo primero es sacar la economía del hoyo. Nadie viene al restaurante. Nadie tiene dinero para comer fuera.

—Y ahora hay piratas —dijo mamá.

—¿Piratas? —preguntó la señora Rivera alarmada.

—De África —dijo mamá—, piratas negros.

—Eso es fantástico —le dije.

—¡Secuestran barcos! —exclamó mamá.

Imaginé a unos individuos con grandes barbas, parches en los ojos y patas de palo. Y siguió pareciéndome fantástico.

—Pero aquí estamos seguros, ¿no? —preguntó el señor Rivera.

—No tanto como antes —contestó papá.

—Pero estamos seguros —insistió el señor Rivera como si quisiera tranquilizarse.

—Sí —dijo papá—, en comparación con nuestros países estamos seguros.

Yo tenía apenas unos meses de vida cuando mis padres nos trajeron a mi hermano y a mí a los Estados Unidos. Enrique tenía cuatro años. Él me contaba cosas de Panamá que yo no podía recordar: que en el patio de casa había escorpiones y que mamá nos bañaba en una tina de cemento.

Se recordaba caminando por la calle con mamá para ir al Super 99 o buscando cangrejos entre las rocas de la bahía; recordaba las ráfagas de polvo y el calor abrasador.

—Está en ti —proclamó papá una vez—. Naciste en Panamá. Llevas esa tierra en los huesos.

Pasé mucho tiempo tratando de hallarla en mi interior, pero no pude. Me sentía más americano que nada, pero también eso era un tema polémico con los chicos de la escuela, que se habían burlado de mí durante todos esos años, que me preguntaban si era pariente de Noriega o me decían que volviera navegando por el canal. La verdad es que no sabía qué era yo. No me dejaban sentir lo que sentía y no

sentía lo que debía sentir.

La primera vez que escuché a mis padres contar la historia de su partida, mamá dijo: «Se nos partía el corazón cada vez que salíamos por la puerta». Trataron de darse un tiempo. Pensaron que el país mejoraría, pero el país estaba tan devastado que sus corazones siguieron quebrándose. Al final vendieron casi todo lo que tenían y usaron el dinero para comprar los boletos de avión que los llevarían a otro lugar, a ese lugar de ensueño que siempre habían sido los Estados Unidos. Algo después tuve la edad suficiente para entender la historia y les señalé la paradoja: habían escapado al país que los obligaba a escapar. Pero nunca percibieron la ironía de la situación. Necesitaban creer que lo habían hecho bien, que el cambio tenía sentido. Se debatían entre el mundo del pasado y el deseo de vivir plenamente la nueva existencia que habían creado. En cierto momento planearon volver. Pensaron que, pasado el tiempo suficiente, reconstruirían Panamá y sus corazones, supongo, sanarían. Pero mientras esperaban la llegada de ese día empezaron a hacer amigos. Papá consiguió un trabajo como ayudante de camarero y luego, más tarde, de friegaplatos. Pasaron los años. Enrique ya estaba en la escuela y yo empecé a estudiar. Papá fue ascendido a auxiliar de cocina. Pasaron más años y, antes de que se dieran cuenta, teníamos una vida aquí. Ya habían dejado una vida atrás y no querían repetir la experiencia.

Entonces solicitaron la ciudadanía estadounidense. Cada noche leían la Constitución con un diccionario a su lado, estudiaron mucho para el examen. Alguien del consulado panameño en Filadelfia los ayudó con el papeleo. Se despertaron una mañana, se vistieron con sus mejores galas, tomamos un autobús hasta el juzgado y, mientras mamá me sostenía en sus brazos y papá ponía una mano en el hombro de Enrique, pronunciaron un juramento junto a otros hombres y mujeres cuyo sueño era vivir en los Estados Unidos. Nos convertimos en americanos.

Nunca volvimos a Panamá, ni siquiera de visita. Nos habría costado mucho ahorrar suficiente dinero para los pasajes de avión. Papá, además, no quería pedir vacaciones en el trabajo. Seguramente habría obtenido unos días, pero, incluso después de tantos años batiendo huevos y volteando panqueques, sabía (todos lo sabíamos) que estaba en el extremo más bajo de la cadena alimentaria. Podrían sustituirlo en un santiamén. No quería correr ningún tipo de riesgo.

Por eso nos perdimos la boda de mi tía Gloria, que se celebró en un cerro de Boquete. Le contó a mamá que su esposo, Esteban, estaba tan borracho que pudo convencerlo de que bailara y que, por tanto, la fiesta había sido un gran éxito. Pusimos el manos libres y mamá le dijo:

—Hazme caso, hermanita, bailan en la boda y luego no vuelven a

hacerlo.

—¿Eso es lo que piensas? —contestó papá agarrando a mamá por la muñeca y haciéndola girar a toda velocidad en medio de la cocina.

Ella chilló de alegría mientras se bamboleaba durante un par de compases; luego improvisó torpes movimientos de merengue y dio un pisotón final en el piso con un sonoro «¡olé!». Mi tía gritaba por el teléfono: «¿Siguen ahí? ¡Celia! ¡Rafael!». Mis padres rieron hasta que mamá se secó los ojos con el dorso de la mano. Jamás los había visto tan felices, pero sólo duró aquellos pocos segundos.

Una vez estuvimos a punto de volver por una reunión de exalumnos de la escuela secundaria de papá: por alguna razón se le metió en la cabeza que no quería perdérsela. El reencuentro era un viernes, así que tal vez, nos dijo, podría cambiar su turno en el restaurante. Tomaríamos un vuelo, iría a la reunión y luego volaríamos de regreso la noche del sábado. Casi nunca trabajaba los domingos, pero si cambiaba el turno tendría que hacerlo. Así que sólo podríamos quedarnos una noche, pero sería suficiente. Lo había decidido. Parecía que por fin viajaríamos a Panamá.

Mamá estaba muy entusiasmada con el viaje. Se compró un vestido nuevo en Sears y tuvo vertiginosas conversaciones telefónicas con mi tía sobre el reencuentro y todo lo que lograrían comprimir en esas dieciocho horas de estancia. Empezó a elegir la ropa con varias semanas de antelación, aunque papá le decía que sólo necesitaba dos atuendos: uno para ir y otro para volver.

—¿Y por qué diablos tienes diez pares de zapatos acá? —preguntó señalando las sandalias y los zapatos de tacón que mamá había alineado junto al zócalo del cuarto.

—¡Diez! —exclamó ella—. ¡Ni siquiera tengo diez pares!

Papá los contó.

—De acuerdo, siete. Siguen siendo seis de más.

Y le dijo que preparara sólo una bolsa para todas nuestras pertenencias porque así no tardaríamos tanto en pasar por la aduana.

—Entonces yo facturaré mi propia valija —dijo mamá.

Papá le dio una patada a la hilera de zapatos que mamá había colocado con tanto esmero y los estampó contra la pared. Avanzó hasta ella y le puso el dedo índice frente a la cara.

—¡Una bolsa, Celia! ¡Una! Para los cuatro. Y no se hable más del asunto.

Unas semanas antes de la reunión, papá llamó al número que aparecía en la convocatoria para confirmar su asistencia. La persona que respondió había sido el delegado de la clase. Él y papá bromearon durante unos minutos y luego papá le dijo que iríamos. Según nos contó más tarde, el tipo le dijo: «Entonces desplegaremos la alfombra

roja». Cuando papá le preguntó qué quería decir con eso, el exdelegado le dijo que papá tendría que perdonarlos si la fiesta no estaba a su altura: «No sabíamos que vendría la realeza gringa. Tendremos que repintar el lugar antes de que llegues». Cuando papá volvió a preguntarle de qué estaba hablando, el tipo le dijo que papá no debía pensar que ahora todo el mundo le besaría los pies y le recordó lo humilde que era Panamá. Papá no tardó en colgar el teléfono. Se acercó a mamá, que estaba fregando los platos, y le dijo:

—No vamos. Si eso es lo que piensan, entonces no vamos.

—¿¡Qué!? —exclamó mamá.

—Piensan que ahora somos americanos. ¡Y puede que lo seamos! Después de todo, tal vez ya no seamos panameños.

Papá salió a la galería a fumarse un cigarrillo, cosa que sólo hacía cuando estaba realmente escocido.

Mamá se quedó en la cocina, una cazuela jabonosa entre las manos, y me miró desconcertada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Cuando le conté todo lo que había sido capaz de inferir, se fue a la galería y cerró la puerta tras ella. Enrique salió de su cuarto al oír el barullo.

—No vamos —le dije.

—¿Cómo?

—A Panamá.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

Enrique y yo nos pegamos a la puerta tratando de oír algo. Mamá decía:

—Por favor, Rafa. Ese hombre no sabe nada de nosotros. Todavía podemos ir. Ya verás. Cuando lleguemos… tus amigos… todos te adorarán —la imaginé acariciándole el hombro, como hacía a veces cuando le pedía algo—. ¿No añoras aquello? —preguntó—. ¿No te ves aterrizando allí, estando allí de nuevo? ¿Recuerdas cómo huele aquel aire? Y verás a todo el mundo otra vez. Por favor, Rafa…

Pero papá no cedió.

Al año siguiente también hablamos de volver. A papá se le fue diluyendo el enojo de que lo hubieran tratado como a un gringo petulante, y mamá, que no se vio con ánimo para devolver el vestido nuevo y no había superado la decepción del encuentro fallido con su hermana, no dejó de lanzarle indirectas desde entonces, de insinuarle que le gustaría ir aunque sólo fuera por una noche. Se había convertido en una maestra en el arte de sacar a relucir Panamá con motivo de cualquier plática por trivial que ésta fuese. La picaba un mosquito en el tobillo: nos enseñaba la roncha, recordaba las picaduras de Panamá y se preguntaba en voz alta «¿seguirán igual los

mosquitos?» como si éstos fueran viejos amigos. Cocinaba arroz y hablaba del gallo pinto del Trapiche, su restaurante favorito, y decía «me pregunto cómo andará Cristóbal —¿así se llamaba el dueño?—, me encantaría verlo». Cruzábamos un puente y se ponía a hablar del Puente de las Américas, que atraviesa el canal. «¿Recuerdas, Enrique, aquella noche en que tomamos el ferry volviendo de Taboga y estaba todo iluminado? ¡Fue tan lindo! Ojalá lo hubiera visto Mayor. Tal vez algún día…», y suspiraba. Papá sacudía la cabeza ante tanto melodrama o se quedaba callado como si también él hubiese caído en la bruma de un recuerdo.

El cumpleaños de mamá es el 22 de septiembre, así que al final papá claudicó e hizo planes para viajar a Panamá. ¡La familia Toro! ¡Una noche única! ¡Escríbanlo con luces de neón! Mamá volvió a la efervescencia y se enganchó al teléfono con mi tía Gloria, quien, al parecer, le dijo que la llevaría al nuevo centro comercial y a la Costa del Este, un antiguo vertedero transformado en zona emergente de la ciudad, que irían a cenar sushi y después a los clubs de la calle Uruguay, y sí, en efecto, ya no tenían veinte años, ¡pero sería muy divertido! Además, ella y mi tío Esteban pasaban por una mala época, le dijo a mamá. Él nunca estaba en casa. Dormía en apartamentos de amigos. Así que necesitaba algo de distracción, alguien con quien hablar.

—No habrá divorcio, ¿verdad? —preguntó mamá con voz temblorosa; para ella no hay nada peor.

—No —le aseguró mi tía—, sólo son pequeños problemas.

Entonces, menos de dos semanas antes de la partida, dos aviones se estrellaron contra el World Trade Center de Nueva York y otro contra el Pentágono en Washington. El país entero estaba conmocionado y nosotros con él. Papá llamó a mamá desde el restaurante, donde, en el televisor del mostrador, acababa de ver el segundo avión chocando contra la segunda torre.

—¡Están ardiendo! —parece que le dijo—. Es como El Chorrillo. ¡Las están destruyendo!

Mamá, en camisón, corrió a prender el televisor y se quedó allí con la mano sobre la boca. Yo estaba comiendo cereales en la cocina. Agarré el cuenco y me puse a su lado sin dejar de comer (cosa que, pensaría después, fue una ligereza, pero en aquel momento no sabía qué estaba ocurriendo). El mundo aún no se había detenido, como haría más tarde ese mismo día y los días venideros. Todo estaba sucediendo delante de nuestros ojos y no sabíamos cómo reaccionar.

Al poco rato, los vecinos llamaban a las puertas y se reunían en la galería aturdidos y temblando de miedo. Nelia Zafón sólo repetía: «¿Qué está pasando? ¿Qué ocurre? ¿Qué demonios pasa?». Mamá le decía a alguien: «¡Vinimos acá porque se suponía que es más seguro!

¿Dónde podemos ir después de esto?». Durante todo el día se mantuvo cerca de mi hermano y de mí, nos abrazaba contra su pecho y luego nos soltaba, como si quisiera convencerse de que aún estábamos allí y de que seguíamos bien. Enrique, que ya era lo bastante mayor para rehuir esas muestras de cariño materno, debía de adivinar que la situación era grave porque la dejaba hacer. Yo también la dejaba, aunque los abrazos, en vez de consolarme, me asustaban aún más.

Todas las puertas quedaron abiertas esa noche. Los vecinos deambulaban por los departamentos mirando las pantallas como si los televisores ajenos emitiesen noticias distintas. Preguntaban si alguien había oído algo nuevo, atendían a tediosas traducciones. Benny Quinto organizó grupos de oración en su sala de estar y se ofreció a fumar con quien necesitara calmar los nervios. «Hierba, ¡buena idea!», me dijo Enrique cuando lo oyó. Micho Álvarez iba de un lado a otro hablando por el móvil y anotando cosas en un cuaderno. Gustavo Milhojas, que era medio mexicano medio guatemalteco, escribió una carta al ejército diciendo que a partir de ese día era cien por cien americano y que se ponía al servicio del país para acabar con los cobardes que habían asesinado a sus paisanos. Al final escribió: «Añado una lista de personas dispuestas a combatir conmigo». Pasó la tarde tratando de reclutar a todos los vecinos del edificio. Cuando vio de qué se trataba, mamá dijo:

—¿Más muertes? ¿Eso es lo que quieres? ¿Más?

—No quiero muertes. Quiero justicia —le respondió Gustavo.

Durante las fiestas todos estábamos desolados. Las Navidades siempre eran motivo de pesadumbres (sobre todo para mamá, cuya nostalgia adquiría en ocasiones los rasgos de una auténtica enfermedad), pero las de aquel año fueron aún peores. Estábamos deprimidos e irascibles, aún trastornados por el 11 de septiembre y luego retrastornados cuando, dos días antes de Nochebuena, un sujeto intentó volar otro avión con una bomba oculta en un zapato.

Mi tía llamó, cosa que alegró a mamá durante un tiempo, pero su alegría se desvaneció y se puso más triste que nunca: arrastraba los pies por toda la casa, en zapatillas, sin maquillar, con el pelo hecho un desastre. Llevaba pañuelos de papel en los bolsillos de la bata y montaba un gran espectáculo cada vez que se sonaba la nariz. A papá se le ocurrió finalmente una idea: «¿Quieren ir a Panamá? Pues una playa es lo más parecido que van a ver». Nos sacó a empujones por la puerta y tomamos una cadena de autobuses que, hora y media después, nos dejó en el Cabo Henlopen, al sur de Delaware. Nevaba cuando llegamos (Enrique se quejaba sin descanso de que la nieve iba a estropearle sus amadas Adidas); todo era tan incoloro y yermo que parecía la Luna. Sin embargo tuve que felicitar a papá. Junto al agua y la arena, mamá dijo que aquello casi era como un trocito de Panamá.

Las olas rugían frente a nosotros y luego se retiraban de la orilla en silencio. Las caracolas crujían bajo nuestros zapatos y el aire olía a agua salada incluso con la nieve. Pero una playa no es todas las playas. Y un hogar no es todos los hogares. Y pienso que, allí de pie, todos percibimos la enorme lejanía del lugar donde habíamos nacido, tanto para lo bueno como para lo malo. «Es hermoso…», dijo mamá contemplando el océano. Suspiró y sacudió la cabeza: «…este país».

GUSTAVO MILHOJAS

Me llamo Gustavo Milhojas. Nací en Chinique (El Quiché, Guatemala) en 1960, cuando mi país descendía a los infiernos. Llegué a los Estados Unidos el 14 de noviembre de 2000. Antes había residido en México.

Mi madre es guatemalteca y mi padre era de origen mexicano. Éste, sin embargo, nunca ha formado parte de mi vida. Mamá nos crio sola a mis tres hermanos, en Guatemala. Hizo cuanto pudo trabajando en dos empleos y tratando de enseñarnos a distinguir entre el bien y el mal, pero había fuerzas que no podía controlar.

Los militares guatemaltecos eran entonces muy poderosos y el pueblo se rebeló. El ejército comenzó a secuestrar a los ciudadanos sospechosos de oponerse a su poder. Enterraban vivas a las personas. Violaban a mujeres treinta veces al día. Aplastaban el cráneo de los bebés con las botas. ¿Cómo podía oponerse a ellos un bebé? Tal vez era una forma de torturar a los padres.

No podía soportarlo. Cuando cumplí veinte años decidí marcharme. Intenté convencer a mi mamá y a mis hermanos de que emigraran a México. Argumenté que, gracias a nuestro padre, teníamos derecho a vivir allí. Pero mamá era muy terca. Dijo que no debía huir si me disgustaba el estado de las cosas, que debía quedarme y luchar para arreglarlas. Pero los guerrilleros trataban de lograrlo desde hacía décadas y no veía ningún progreso. «No, tengo que irme», le dije.

Fui solo a México. Pensaba que allí sería más fácil salir adelante, pero los mexicanos no quieren saber nada de los guatemaltecos. Nos desprecian. Creen que somos estúpidos. Y decirles que era medio mexicano sólo empeoraba las cosas. Los escandalizaba que un mexicano hubiese caído tan bajo como para preñar a una guatemalteca.

Vivía en Córdoba con muchas dificultades. No encontraba un empleo a menos que estuviera dispuesto a ser explotado trabajando por unos pocos pesos al día. Hasta que conocí a una mujer llamada Isabel que lo cambió todo. Era mexicana, de Veracruz, y sus padres desaprobaban nuestra relación. Pero nos enamoramos y decidimos que

estaríamos juntos sin importar lo que dijeran.

Nos casamos en 1982 y tuvimos dos hijos: primero un niño y luego una niña. Éramos muy felices. Seguían maltratándome de cuando en cuando, pero la presencia de Isabel me daba una nueva confianza y los abusos ya no me molestaban como antes.

Isabel falleció diecisiete años después de casarnos. Tenía cáncer de mama. Acá todo el mundo conoce ese cáncer. El otoño pasado había cintas de color rosa en las salas de cine y en todas las tiendas; alguien me dijo que las ponían para apoyar a quienes padecían esa enfermedad. Pero nosotros vivíamos por aquel tiempo en un pueblo llamado Tehuipango donde la atención médica era muy básica. Un médico nos dijo lo que tenía, pero no contaba con medios para curarla. Dijo: «Necesita descansar. Morirá pronto». Hice todo lo posible para cuidarla. Cuando supimos lo que ocurría ya estaba muy débil. Le ponía bolsas de hielo en el pecho para aliviarle un poco los dolores. Le daba aspirinas. Nada ayudó. Murió tres meses después.

Los niños sufrieron mucho. Ambos iban a la escuela secundaria. Isabel y yo estábamos muy orgullosos de ellos. Estudiaban con ahínco. Querían ir a la universidad. Él sueña con ser un hombre de negocios y ella quiere ser enfermera.

Tras la muerte de Isabel no sabía cómo iba a conseguirlo. Isabel era cocinera. Hacía postres para todo el pueblo: dulce de camote con piña, empanadas de guayaba, palanquetas de cacahuate. Cuando alguien quería un pastel de cumpleaños, se lo pedía a ella. Cuando alguien organizaba una fiesta, la llamaba a ella. Todos los días vendía sopa recién hecha en nuestra cocina. Yo también trabajaba, cosechaba maíz y frijoles, pero el dinero que salía de la cocina era imprescindible. Sin eso no teníamos suficiente.

Vine a los Estados Unidos para ganar más dinero. Mis hijos viven en casa de un amigo de la familia mientras yo estoy aquí. No lo considero una opción, sino una obligación. Estoy obligado a darles la mejor vida posible. Mi hijo está en la universidad y el próximo año mi hija empezará en la Universidad Veracruzana de Orizaba. Eso me llena de felicidad porque significa que ambos tendrán la oportunidad de hacer lo que quieren. No hay muchas personas que puedan decir eso.

Pensé que cruzar sería muy difícil. Fue después del 11 de septiembre y se suponía que la seguridad había aumentado. Iba con varios hombres en la parte trasera de una camioneta con vidrios oscuros. Nos apretábamos en el piso bajo una cobija negra y pesada. Sobre ella había muchas cajas de cartón vacías que simulaban un flete. Llegamos a la frontera. Un guardia examinó los papeles del chofer, que estaban en regla. Ignoraba que estábamos en la parte trasera del vehículo y ni siquiera miró. El chofer le dijo que transportaba materiales de construcción para una obra en El Paso. Hubo una larga

pausa. Todos contuvimos la respiración temiendo que nos descubrieran. Y entonces el guardia dejó pasar a la camioneta. Eso fue todo. Parece casi increíble.

Encontré un trabajo tan pronto como pude y empecé a enviar dinero a mis hijos. Comencé en un almacén de colchones. Los empujaba por unas rampas de metal y los cargaba en los camiones de reparto. Los empleados se quedaban a veces con los colchones defectuosos. La cama que tengo salió de ahí.

Durante un tiempo trabajé en una fábrica de conservas donde envasábamos chiles y salsa. No estaba muy limpia. Había gusanos por todas partes. Los dueños culpaban a la escasa higiene de los trabajadores. Además, no me gustaba estar de pie durante diez horas. Sólo descansábamos quince minutos al día.

Ahora tengo dos empleos. Cinco mañanas a la semana trabajo en el cine del Newark Shopping Center, limpio los baños y las salas. Pongo papel higiénico en los retretes. Friego los pisos. Tengo un cepillo de alambre que uso para limpiar los lavabos. Por las noches trabajo en el cine Movies 10 de Stanton. Ese trabajo es más duro porque hay muchas salas. Cuando varias películas terminan al mismo tiempo, limpiar todas las salas antes de que entre el siguiente grupo de espectadores es un verdadero reto. Me han regañado por dejar un vaso de cartón vacío en el brazo del asiento. Por lo general no tengo tiempo de ir a casa entre los turnos, así que muchas veces ceno palomitas y un refresco.

Pero estoy muy agradecido por tener dos empleos. Me permiten enviar dinero a mis hijos para pagar sus estudios. Cuando ambos se gradúen, querría volver a México y estar con ellos. Espero que hagan algo útil con sus vidas, algo más valioso que barrer palomitas. He hecho por ellos lo que he podido. Me gustaría que, a cambio de ese esfuerzo, ellos dieran algo a la sociedad.

ALMA

Arturo llegaba del trabajo agotado y hambriento, las arrugas de la piel llenas de suciedad. Se iba directamente a la ducha y se quedaba bajo el chorro de agua tibia hasta que yo llamaba a la puerta y le decía que la cena estaba lista. Cuando empezamos a vernos, uno de los rasgos que más me atraían de él era su seriedad, la manera como fruncía las cejas cuando lo veía trabajar, lo mucho que se concentraba y el orgullo que mostraba al hacer bien su trabajo. Yo era obstinada, pero nunca había sido tan severa como él y admiraba la fuerza que representaba aquella severidad. Por supuesto, con el tiempo fui descubriendo su fibra sensible, como una marca en la piel de la fruta. Era compasivo y amable, y conocer las aflicciones de los demás lo afectaba tanto que casi siempre intentaba ayudar. Una vez, cuando una joven de nuestra ciudad perdió la vista tras una explosión de propano, Arturo construyó una casita para pájaros y la puso en el patio trasero de la chica para que, cuando abriera la ventana de la habitación, escuchara el canto de las currucas y los ruiseñores. Pero también podría ser inflexible consigo mismo. Y desde el accidente, esos rasgos que me encantaban dieron paso a algo más oscuro: la seriedad se convirtió en gravedad, la sensibilidad en melancolía. No siempre me daba cuenta. Arturo luchaba para preservar su mejor naturaleza, pero de vez en cuando emergía aquella desesperación.

Una mañana de domingo lo encontré en la cocina, a gatas y con la cabeza dentro de un armario. Acababa de vestirme, me acerqué por detrás y le di una patada cariñosa.

—¡Eh! —gritó sacando un poco la cabeza.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—Estoy buscando un tazón.

—¿Por qué?

—Maribel quiere piña.

—Ya me habría ocupado yo.

—Creía que teníamos un tazón de cristal —dijo.

—No nos lo trajimos.

—¿Por qué no?

—Tenemos un cuenco metálico —y me dirigí hacia el armario

donde lo había guardado.

—No quiero un cuenco de metal —dijo.

—Es un buen tazón.

—Cuando como algo en un recipiente de metal sabe diferente.

—¿De qué estás hablando?

—Sabe como un puñado de monedas.

Sonreí.

—Sabes de qué hablo, ¿no? —continuó.

—Sí, ya sé qué quieres decir.

—Ojalá hubiésemos traído ese tazón de cristal —dijo.

Lo miré y comprendí que no estábamos hablando de cuencos. Le acaricié el pelo y la nuca. Arturo se abrazó a mis piernas como si fuera un niño.

—Volveremos a verlo —le dije.

Y lo recordé, aquel tazón de cristal con el fondo plano y el borde ancho, en el armarito de abajo, cuya puerta crujía, colocado entre ollas y sartenes, en aquella cocina alojada entre las demás habitaciones (el cuarto de baño, donde Maribel tenía colgado un calendario para marcar la fecha aproximada de su siguiente menstruación; el dormitorio, donde los camisones, calcetines y camisas que habíamos dejado atrás se apilaban sobre la colcha que mi mamá había cosido y que nos regaló por nuestra boda; la sala con los marcos taraceados que albergaban fotos en blanco y negro de nuestros abuelos, ya muertos, y de nuestros bisabuelos, a quienes no habíamos conocido), todas ellas alojadas entre el patio trasero, con la vieja hamaca de cuerda y el murete de piedra medio derrumbado en una esquina, y el jardincito delantero, que no llegaba a jardín, sólo guijarros, nopales y un espacio para estacionar la camioneta donde él y yo nos sentábamos a mirar las estrellas. Y todo ello alojado en la ciudad donde los tres habíamos nacido y nos habíamos criado, la ciudad donde mis padres aún vivían y donde los padres de Arturo habían muerto, la ciudad donde habíamos compartido comidas, tragos y largas noches cargadas de risa con nuestros viejos amigos. Todo esperando con paciencia. Todo tan lejano.

Durante un tiempo cociné los platillos que solíamos comer en Pátzcuaro (sopa tarasca, huachinango o corundas con churipo), pero comer alimentos de nuestro hogar en un lugar que no era nuestro hogar sólo empeoró las cosas. Además, los chiles o el guajillo importados eran caros, y vivíamos con muy poco. Teníamos un poco de dinero ahorrado, pero Arturo y yo pensábamos que era mejor no tocarlo a menos que hubiera una emergencia, es decir, que tuviéramos que llevar a Maribel a un médico o correr con ella a un hospital.

Contábamos con la paga semanal de Arturo, suficiente para cubrir la renta, los autobuses y la comida.

Con el tiempo dejé de comprar en Gigante porque me volvía loca al ver las cosas que no podía permitirme. Aquellas cajas de nopalitos, epazote y elotes tiernos, la tentación de las cebollas rojas, el tequezquite o el cilantro. Empecé a comprar en el Dollar Tree. Comida en lata, comida en cajas. Añadir agua y calentar.

Una mañana vi a una mexicana sacando de un estante tres envases que parecían tambores.

—¿Qué es eso? —le pregunté señalando las cajas.

—Avena —dijo—. Harina de avena.

—¿Cómo el atole?

Mi mamá solía hacer atole de grano cuando yo era pequeña, con granos de maíz en el caldo anicillo. Pero no lo había probado desde hacía mucho tiempo. La idea de que aquello pudiera ser algo similar despertó mi interés.

—Ésta es la versión americana —dijo la mujer—. No es lo mismo. Pero es barato. Uno puede alimentarse con esto durante una semana. Y calienta. Es bueno para el invierno.

—Gracias —le dije, y empecé a cargar botes de harina de avena en mi carrito hasta que vacié el estante.

Lo hice esa misma tarde. Las instrucciones venían en inglés, pero también había dibujos (un grifo vertiendo agua en una taza de medir, una mano sosteniendo una cuchara y agitándola) y había números que podía leer. Lo hice todo y antes de darme cuenta había preparado una taza de papilla gris pálida. Metí un dedo y chupé. Sabía a papel. Quizás con un leve atisbo de nuez. La mujer tenía razón. No era bueno. Nada que ver con el atole que recordaba. Pero apenas había hecho mella en el bote de avena y fue suficiente para alimentarnos a los tres. Tal vez, pensé, podría espolvorear un poco de cacao por encima o añadir un poco de miel, sólo para animar el sabor.

Cuando les puse los cuencos para cenar, Maribel y Arturo los miraron escépticos.

—¿Qué es? —preguntó Maribel hurgando despacio en la avena con la cuchara.

La había cocinado demasiado pronto. No sabía que cuanto más tiempo reposara, más se endurecía. Cuando serví la cena, era como de goma.

—*Oatmeal* —les dije pronunciando la palabra en inglés—. A los americanos les encanta —señalé una de las cajas que había en la encimera—. ¿Ves a ese hombre? La hace en su granja.

Maribel rozó la superficie con el dedo.

—Es… raro.

—No debes usar los dedos para comer. Usa la cuchara y ponte un poco en la boca. Venga. ¿Quién la prueba primero? ¿Arturo?

Pero me di cuenta de que Arturo también tenía sus reservas. Se quedó mirando el cuenco con la cuchara en la mano.

—¿Maribel? —pregunté.

—¿Cómo has dicho que se llama? —dijo Arturo.

—*Oatmeal*.

Arturo intentó contener la risa hasta que no pudo más y se le escapó de todos modos.

El sonido de aquella risa, el tintineo de alegría en medio de aquel sombrío invierno americano, me sorprendió.

—¿De qué te ríes? —le pregunté.

—Dilo otra vez —dijo Arturo.

—¿El qué? ¿*Oatmeal*?

Su rostro se abrió en una enorme sonrisa bajo el bigote. Me encantó ver cómo sonreía. Era tan raro entonces. Habría repetido aquella palabra durante los siguientes cien años si eso provocaba aquella sonrisa.

—*Oatmeal* —repetí.

Arturo se echó a reír.

—¡*Oatmeal*! —dijo él, y yo también me eché a reír.

En inglés sonaba divertido, era una palabra como blanda y sin forma, como el propio cereal. Y entonces, el sonido de los ángeles: Maribel se rio también. Una risa leve y cristalina en su rostro. Finas burbujas de cristal.

Arturo me miró asombrado. Ella se reía. ¡Estaba riéndose! Había sonreído una vez en Pátzcuaro, un poco, cuando los tres estábamos comiendo helado en la plaza y a Arturo se le cayó el suyo en la banqueta salpicándolo todo. Y había llorado al no ser capaz de hacer cosas simples como sostener un tenedor o escribir su nombre o lavarse el pelo, aunque, por supuesto, con el tiempo había aprendido de nuevo. ¿Pero reírse? Era la primera vez en más de un año que la habíamos visto reírse. Igual que su antigua risa. Igual que nuestra pequeña Maribel.

—¡*Oatmeal*! —grité.

—*Oatmeal* —dijo Arturo con lágrimas en los ojos; metió la cuchara dentro en el cuenco y sacó un bocado—. ¡Delicioso! —declaró, frotándose el vientre, exageradamente, después de tragar, y una vez más los tres estallamos en una risa magnífica e irresistible.

Casi todas las noches me acostaba mucho después de que Arturo y Maribel se hubieran dormido, y me quedaba mirando el techo. El sueño era como la riqueza, esquiva y para otros. Tumbada rígida en el

colchón, recordaba nuestra vida antes de todo esto. Maribel correteando por debajo de la hamaca, haciéndola girar por encima de su cabeza, riendo salvajemente. Maribel a toda velocidad por la calle, por delante de nosotros, mirando hacia atrás y dando saltitos con fingida impaciencia. Maribel nadando en el lago con sus amigas, volviendo a casa con el pelo chorreando agua, la ropa adherida a su cuerpo delgado. A veces Arturo y yo nos mirábamos con miedo. Nos había costado mucho que me quedara embarazada. Lo intentamos durante casi tres años, visitamos a médicos y a curanderas. Mi mamá rezó y le pidió una audiencia al sacerdote. Todos los meses esperábamos que sucediera. Todos los meses sufríamos la decepción. Y luego, después de escuchar a suficientes médicos y tras muchas discusiones, empezamos a creer que simplemente no sucedería en nuestras vidas, que ser padres era una distinción para la que no estábamos destinados, y cuando el dolor de ver a todo el mundo que nos rodeaba tener y alimentar a sus bebés de cabellos suaves y labios húmedos ya nos había endurecido los corazones, entonces tuve una falta. Había esperanzas. ¿Podría ser? Nueve meses más tarde celebrábamos su nacimiento tomándola en brazos. Manos diminutas como estrellas de mar, costillas empujando contra la piel como teclas de piano. Ella se retorcía y gruñó. Nuestra Maribel. «Nunca tendrá más», nos dijo el médico. Pero no importaba. La teníamos a ella.

Maribel tenía catorce años cuando ocurrió el accidente. Arturo estaba dirigiendo la construcción de un edificio anexo para un ranchero que había comprado más ganado del que tenía espacio para albergar, y aquella mañana Maribel daba vueltas a mi alrededor como un mosquito, rogándome que la dejara ir con su papá al trabajo. Desde que era pequeña se había aferrado a Arturo, y se interesaba en todo lo que hacía, en cada uno de sus movimientos.

—No lo sé —le dije aquel día—. Tu papá estará ocupado.

—¡Pero no voy a molestarlo! —respondió.

Y yo miré a Arturo, que estaba al otro lado de la habitación poniéndose las botas, y le pregunté con la mirada lo que debía decirle.

—Si te preocupa, podrías venir con nosotros también, Alma —dijo mientras se levantaba.

—¡Sí! —dijo Maribel—. Vente.

—Será como en los viejos tiempos. ¿Recuerdas cuando venías y te sentabas allí, con tus vestidos?

—¿Llevabas vestidos? —preguntó Maribel sorprendida.

—Se ponía linda para mí —dijo Arturo—. Entonces era casi tan bonita como tú ahora.

—¿Casi? —dije, y cuando se rio por fin me rendí.

El edificio era simple. Paredes construidas con ladrillos de barro y

paja, un techo de vigas de madera y arcilla, y en la parte frontal iba una puerta de persiana que los hombres aún no habían instalado. El techo estaba casi acabado, aunque Arturo señaló algunas zonas por donde se filtraba la luz solar que necesitaban rellenarse. En eso trabajaba aquel día.

Arturo se subió a una escalera apoyada en el voladizo y se acomodó en el techo con un balde de arcilla y una paleta que utilizó para extenderla. Maribel corría de un lado a otro, repartiendo las cosas que le pedían los trabajadores, sonriéndome mientras trotaba vertiginosamente arriba y abajo. Clavaba una hilera de clavos en un tablero. Lijaba el pasador de la puerta. Enjuagaba las toallas en baldes de agua. Yo estaba de pie a un lado, observándola a ella y a Arturo, y, cuando pensaba que no los distraería, hablaba de vez en cuando con los hombres de la cuadrilla, algunos de los cuales habían estado en nuestra boda y algunos otros en el hospital, el día en que nació Maribel.

El aire estaba todavía húmedo por la lluvia de la noche anterior, pero el sol ya quemaba a través de la bruma de la mañana y brillaba en el cielo. Uno de los trabajadores (un hombre fornido llamado Luis) le dio a Maribel su sombrero cuando vio que no llevaba. Ella se echó a reír.

—Es demasiado grande para mí —le dijo, bajándose el ala hasta las mejillas.

—Vamos, pero si estás preciosa —le contestó Luis.

Arturo estaba de rodillas en el techo. Con las manos, extendía arcilla de la cubeta en las grietas que había entre las vigas de madera. Luego la alisaba con la paleta de hierro.

Y entonces empezó a llegar al final del balde. Maribel estaba justo debajo de él, hablando con Luis.

—Luis —gritó Arturo—. Necesitaré otro balde de arcilla.

Luis asintió y Arturo volvió a lo que estaba haciendo.

—Ya voy yo —le dijo Maribel a Luis.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Luis.

—Claro —respondió Maribel, y corrió a buscar otro balde.

Cuando regresó, Luis se ofreció a llevarlo.

—Pesa mucho —protestó.

—Soy muy fuerte —respondió Maribel sonriendo.

—¿Lo tienes? —gritó Arturo.

—Lo tengo, papi —dijo Maribel.

—Pesa mucho —dijo Arturo.

—Es fuerte —gritó Luis, y Maribel y yo nos reímos.

—Que lo suba Luis —dijo Arturo, y nos dio la espalda de nuevo para seguir alisando arcilla.

Maribel hizo un mohín.

Desde pequeña se subía con facilidad a los árboles y a las paredes de piedra de los patios de media ciudad. Por lo general, Arturo fruncía el ceño cuando hacía esas cosas (que no se ajustan a la concepción mexicana de lo que pueden y deben hacer las niñas), pero a mí me encantaba eso de Maribel. No trataba de ser como las demás niñas. Ella y Arturo se parecían mucho, a pesar de que no querían reconocerlo.

—¿Puedo subirlo yo? —me preguntó Maribel.

—Déjame a mí —dijo Luis acercándose para agarrar el balde.

Pero Maribel se apartó. Me miró de nuevo con sus grandes ojos expectantes. Yo nunca podía resistirme.

—Adelante —le dije.

Me acerqué y le sostuve la escalera con firmeza.

—¡Cuidado! —advirtió Luis cuando comenzó a subir.

Cuando llegó arriba, Maribel empujó el balde por el techo.

—Aquí tienes —dijo.

Arturo se volvió.

—Te he dicho que dejaras que lo subiera Luis.

—Mamá me ha dicho que podía hacerlo.

—¡Alma! —gritó Arturo—. Ella no debería estar aquí.

—¡Quería darte una sorpresa! —le grité.

Arturo caminó hasta la cubeta como un cangrejo, con cuidado de mantener el equilibrio en la superficie inclinada.

—Soy más fuerte de lo que crees, papi —dijo Maribel.

Desde el piso la vi doblar el brazo para sacar músculo. Un músculo pequeño. Como una tortilla enrollada. Por fin, Arturo se tranquilizó y se rio.

—¡Superwoman! —dijo.

—Ahora baja, hija —le pedí.

—¿Estás sujetando la escalera? —gritó Arturo.

—Ya la tengo.

—Vamos, abajo —dijo Arturo.

Y empezó. Un peldaño. Dos. Entonces, un ruido. Algo cayó a un lado. Me sobresalté y me volví. Debí de rozar la escalera. Resbaló en el barro acumulado por la lluvia de la noche anterior. Y cuando me volví de nuevo fue como si el mundo discurriera a cámara lenta. Vi el cuerpo de Maribel inclinarse hacia atrás. Dejó escapar un grito agudo. Alargó la mano hacia la escalera, pero sólo rozó un travesaño con los dedos. Arturo gritó. Maribel cayó dos pisos. Su cuerpo golpeó contra el barro salpicando el aire, a mí, a Luis. Su cuello crujió. Sus ojos se

cerraron.

Luis llegó hasta ella el primero. Arturo bajó por la escalera y saltó al piso desde la mitad.

—¡Maribel! —gritaba—. ¡Maribel!

Estaba espantada, la sangre se heló en mis venas.

—No la toques —dijo Luis, pero Arturo no lo oyó.

Puso la mano bajo la nariz de Maribel para asegurarse de que respiraba, luego la levantó, el cuerpo inerte como una muñeca de trapo; la cabeza se ladeó hacia atrás por encima de uno de sus brazos, las piernas colgaban sobre el otro. Pronunció su nombre, una y otra vez, como si fuera la única palabra existente. Ella no se despertó.

Los demás hombres llegaron corriendo, preguntando qué había pasado, ofreciéndose a ayudar. Sin decir palabra, Arturo los calló a todos. Llevó en brazos a Maribel, tratando de mantenerla quieta, caminando rápidamente hacia la camioneta mientras yo corría detrás de ellos, con miedo a mirarla, con miedo a saber lo que ya sabía.

No hubo discusión. Luis se sentó al volante y Arturo se subió detrás con Maribel, sosteniéndola en su regazo. Me senté delante, miré por la ventanilla sin poder enfocar la vista, me sudaban las manos, me costaba respirar.

Al llegar al hospital, Luis saltó de la camioneta y menos de un minuto después regresó con una enfermera, que echó un vistazo a Maribel y pidió una camilla.

—Tenemos que ingresarla inmediatamente —dijo la enfermera.

Era robusta y firme.

—Vamos con ella —le dije.

La enfermera negó con la cabeza, y cuando alguien llegó con la camilla, Arturo puso a Maribel encima. Cuando se alejaron un poco, traté de seguirlos.

Arturo me agarró por el brazo.

—Que hagan lo que tienen que hacer —dijo.

Nos sentamos en la sala de espera, una habitación pequeña con sillas de madera. Arturo había enviado a Luis de vuelta al lugar de trabajo. Clavé los ojos en el piso, apretando las manos. Una vez me atreví a mirar a Arturo. Tenía una expresión salvaje, frenética, en la mirada. Me pilló mirándolo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—No lo sé —respondí—. Se ha caído.

—Pero, ¿qué ha pasado con la escalera, Alma?

—No lo sé. Yo…

—Se suponía que tenías que sostenerla.

—¡Y lo estaba haciendo!

—Entonces, ¿cómo se ha caído?

—Debe de haber resbalado.

—Debías sostenerla —repitió Arturo.

—Me volví. Sólo por un segundo.

—¿Por qué has dejado que subiera? No era seguro.

—Pensé que no pasaría nada.

—¡Pero te lo dije!

—Lo sé.

—¡Y ha pasado lo que ha pasado!

—Lo siento —murmuré, con el peso del horror y del reproche presionándome el pecho.

Arturo se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas, hundiendo la cara entre las manos. Me quedé mirando la curva de su espalda y traté de recordar: tenía mis manos alrededor de la escalera y me había dado la vuelta. ¿Había soltado la escalera? ¿Era culpa mía? Arturo lo había dicho, ¿no? Culpa mía, pensé. Culpa mía. Repetí las palabras en mi cabeza una y otra vez.

Esperamos y esperamos. Hasta que por fin el médico salió de las entrañas del hospital y nos dijo: coxis magullado, dos costillas rotas, lesiones leves excepto una. El cerebro. Debido a la manera como la cabeza se ha doblado hacia atrás al chocar contra el piso, y cómo había rebotado de vuelta, el cerebro había golpeado las paredes interiores del cráneo: «El cerebro es muy sensible —explicó el médico —. Cuando se sacude así, puede desgarrarse contra un pequeño trozo de hueso del cráneo, que actúa como una cresta. Se llama lesión axonal difusa. Eso es lo que pasó. Y ahora su cerebro está inflamado. Hay que detener la inflamación. No hay tanto espacio dentro del cráneo. Si se inflama demasiado, bueno…». Nos miró a los dos. Era un hombre mayor, con un bigote espeso. «Podría morir», añadió. Cuando pronunció aquellas palabras, alguien (algún espíritu) le arrebató el aire a mis pulmones. El doctor continuó: «Está intubada y conectada a un respirador. Le hemos dado medicamentos para aliviar la presión, pero no han ayudado como esperábamos. Así que ahora, y necesito su permiso para ello, debemos extraer una pequeña porción de su cráneo para abrir una salida y reducir la presión». Hizo una pausa y nos miró de nuevo: «Si hay demasiada presión, podría morir. Y cuanto más esperemos para atenuarla, es más probable que sufra daños». Ni Arturo ni yo dijimos nada. Nos tomamos de las manos agarrándonos los dedos como si así pudiéramos encontrar fuerzas. «Es la única alternativa», concluyó el médico.

Le abrieron la cabeza. Nos quitaron un trozo de nuestra hija. Y cuando todo terminó, nos dimos cuenta de que en esa pieza estaba todo. Hasta entonces creía que una persona habitaba en todo su

cuerpo. Creía que la esencia de una persona se extendía por todo su cuerpo. ¿Quién podría pensar que todo el ser de alguien se encuentra en un dedo o en un hueso de la cadera o en un pequeño trozo del cráneo, y que el resto del cuerpo existe sólo para la apariencia?

Pero Maribel cambió tanto después de la cirugía que no podía creer otra cosa. Por supuesto, lo sabía todo. Médica, científicamente, nos lo habían explicado muy bien. La cirugía no nos la había robado. Fue el accidente. En el instante en que su cabeza se rompió y rebotó hacia atrás de nuevo, su cerebro, como una masa de gelatina, se deslizó dentro de su cráneo. Hacia adelante y hacia atrás, y se desgarró contra el hueso. Y cuando se desgarró, destruyó algunas de las conexiones entre las neuronas, palabra que el médico tuvo que explicarnos. Y luego estaba la inflamación, que empeoraba segundo a segundo. No, la cirugía no fue lo que se la llevó. Fue lo que, supuestamente, la salvó.

Maribel se quedó en el hospital durante semanas. Recuperó la conciencia poco después de la cirugía, se despertó agitada y confusa. Con el tubo metido en la garganta no podía hablar. Nos miró, histérica, preguntándonos con los ojos dónde estaba y qué había sucedido. Se lo explicamos todo. Se lo contamos y le dijimos que la queríamos hasta que se calmó.

La mayoría de las noches dormíamos sobre una cobija en el piso de su habitación. Cuando dormíamos en casa, temblábamos acurrucados el uno contra el otro en la oscuridad de nuestra cama. Lloramos muchas veces. Mis padres vinieron y lloraron con nosotros. Nuestros amigos vinieron y nos envolvieron en fuertes abrazos. Me despertaba cada mañana y me arrodillaba en el piso para rezarle a Dios que la curara. Podría haber cuestionado a Dios, supongo. Podría haberle reprochado que hubiera permitido que sucediera, excepto que había sucedido al azar. No fue un terremoto o una ráfaga de viento lo que la derribó. Fui yo. Eso creía entonces. Así que recé en busca de perdón y para que Dios la trajera de vuelta. Quería ver a Maribel crecer y casarse, tener hijos y amigos, quería ver cómo le daba sentido a su vida. Quería ver cómo se graduaba en la escuela secundaria, quería ver lo tímida que sería cuando nos presentara al hombre del que se hubiera enamorado, al que un día Arturo y yo le daríamos la bienvenida a nuestra familia. Quería coserle cintas amarillas, azules y rojas a la ropa interior que se pondría el día de su boda, para darle buena suerte. Quería verle crecer el vientre, quería verla dar a luz al bebé y tenerlo en brazos. Quería que viniera a casa a comer y que se riera de lo que ponen en la televisión y que se frotara los ojos cuando estuviera cansada después de un largo día y que me abrazara cuando llegara el momento de marcharse agarrada de la mano de su hijo, con su esposo esperándola en el auto. Quería que tuviera esa vida larga y

plena que todos los padres les prometen a sus hijos por el simple hecho de haberlos traído al mundo. Una promesa implícita, pensé. Y recé cada oración que conocía.

Después de la cirugía, vino un terapeuta y le hizo pruebas a Maribel para asegurarse de que podía moverse, para asegurarse de que pudiera comprender las instrucciones básicas, para asegurarse de que su cerebro aún podría decirle qué hacer al resto del cuerpo. El médico estaba contento. Ella tenía una lesión cerebral, pero podría haber sido mucho, mucho peor. Empezamos a tener esperanzas. ¿Volverá con nosotros nuestra Maribel? ¿La Maribel que habíamos conocido durante casi quince años? Dijeron que tal vez. Con el tiempo. Pero lo más probable era que algo en ella hubiera cambiado para siempre.

No podían decirlo con seguridad. Cada paciente con lesión cerebral era diferente. Nos lo dijeron con demasiada frecuencia. Empezó a sonarnos como una excusa empleada cuando no sabían qué decir. Me dieron ganas de gritar «¿pero qué sabe usted?».

Después de semanas de rehabilitación, después de trabajar con un psicólogo y un logopeda, lo único que podía decirnos el médico eran cosas como: a veces le cuesta encontrar las palabras adecuadas, y eso probablemente persistirá. Su memoria a corto plazo es irregular. Su emociones son planas, y eso puede cambiar o no. Tiene problemas para organizar los pensamientos y las acciones. Se cansa con facilidad. Podría ser más propensa a la depresión, incluso a largo plazo. Pero es joven, lo que le da más oportunidades de recuperación. «Además, el cerebro es un órgano extraordinario. Con la atención y el ejercicio adecuados se puede curar», dijeron todos.

Ni Arturo ni yo sabíamos qué significaba aquello. Pensamos que la cuidaríamos mucho. Que seríamos pacientes. Y cuando le dieron el alta del hospital, la enviamos a la escuela con la idea de que un entorno de aprendizaje era exactamente lo que necesitaba. Pensamos que conseguiría usar su cerebro otra vez. Creíamos que sería bueno.

Pero día tras día Maribel venía a casa frustrada y deprimida. Nos decía que los maestros hablaban demasiado rápido. Se pasaba horas en el despacho de la enfermera, quejándose de dolores de cabeza. Incluso cuando los maestros intentaban tener un detalle con ella, dándole tiempo extra para hacer los exámenes, o repitiéndole las cosas para que las entendiera, era de poca ayuda.

Dos semanas después volvimos a ver al médico del hospital y le pedimos consejo. Nos dijo que si podíamos encontrar el tipo adecuado de escuela, una que tuviera un buen programa de educación especial, sería de gran ayuda. Había unas pocas en la Ciudad de México, dijo. Pero las mejores estaban en Estados Unidos, si es que estábamos dispuestos a marcharnos allí. Nos dio una lista de escuelas que él conocía, todas con muy buena reputación. La que eligiéramos sólo

dependía de que Arturo pudiera encontrar trabajo.

—Vaya, ¿por qué no nos lo dijeron antes? —dije.

—¿Estados Unidos? —dijo Arturo.

—Puedes encontrar trabajo allí, ¿verdad? —yo estaba llena de energía ahora que había una solución a la vista.

—Pero ésta es nuestra casa —dijo Arturo—. Siempre ha sido nuestro hogar.

—Sólo sería temporal.

Frunció el ceño de aquella manera especial.

—¿Por qué estás tan segura de que no pueden darle aquí lo que necesita?

—¡Qué vergüenza, Arturo! Si no lo haces tú la llevaré yo misma.

—Es sólo que… Todo ha cambiado tanto. Hemos pasado por tantas cosas.

—Así que sólo es una cosa más.

—No sé si ella puede soportar una cosa más.

—Bueno, ella no puede quedarse aquí, haciendo esto. ¿No quieres lo mejor para ella?

—Por supuesto.

—¿Entonces?

Asintió. Pero cuando lo miré a los ojos comprendí. Él era el único que no estaba seguro de poder soportar una cosa más.

—Tenemos que hacerlo —le dije—. Todo lo que necesito es que me digas que sí, y te prometo que después de eso me encargaré de todo. Tú no tendrás que preocuparte de nada.

—Quiero hacer lo que sea mejor para ella —dijo Arturo.

—Lo sé. Y es esto.

Arturo estuvo de acuerdo y tomamos la decisión.

MAYOR

¿Qué puedo decir? Me cayó del cielo. Aquellos domingos después de misa, en lugar de sentarnos en el sofá con nuestros padres, Maribel y yo empezamos a quedarnos en la cocina.

Ella no siempre podía mantener una conversación (a veces perdía el hilo y hablaba despacio para encontrar las palabras adecuadas, y a veces se le olvidaba de que ya habíamos hablado de algo, así que lo repetía), pero muchas de las cosas que decía eran inteligentes. Además, me di cuenta de que escuchaba, incluso cuando parecía que no lo hacía. Cuando la conocí en el Dollar Tree, antes de saber nada de ella, me pareció intimidante y distante. Pero ahora que la conocía mejor, comprendí que no debía tomármelo como algo personal. Podía ponerse a arañar con las uñas el tablero de la mesa de la cocina o dedicarse a mirar el techo, pero cuando yo dejaba de hablar, ella respondía de manera que te dabas cuenta de que había estado prestando atención todo el tiempo y, aún mejor, que en realidad se había interesado en lo que le decía; que era más de lo que podía decir de la mayoría de la gente, y sin duda más de lo que podía decir de cualquier chica que hubiera conocido jamás.

A papá no le gustaba.

—¿Por qué no puedes hablar con las chicas normales? —me preguntó una vez después de que se fueran los Rivera.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó mamá.

Pero todos sabíamos qué decía: ¿por qué no hablo con chicas que no tengan lesiones cerebrales? Hablaba con chicas presuntamente normales, por supuesto. O sea, les pedía que me pasaran un papel en clase o murmuraba una disculpa cuando tropezaba con alguna de ellas en el pasillo. Pero no me resultaba fácil, al menos no como con Maribel, tal vez precisamente porque tenía dañado el cerebro, tal vez porque debido a eso no me acobardaba.

Estaba bastante seguro de que en otra vida, en una donde no hubiera ocurrido el accidente, ella habría sido como las chicas que tanto me cohibían. Y también estaba bastante seguro de que no me habría dado ni los buenos días. Tenía la sensación de que habría sido una de las chicas más populares, una de las más codiciadas por todos

los chicos. La nuestra, sin embargo, era una vida distinta, una vida donde yo tenía la oportunidad de estar con ella. Tal vez sea terrible pensar así, pero no iba a dejarla pasar.

—¿Te acuerdas de aquella chica con la que salía Enrique? —continuó papá—. ¿Cómo se llamaba? ¿Sandra? La que llevaba cintas en el pelo. ¿No puedes buscarte a alguien así?

—No quiero a alguien así —le dije.

—¡Déjalo en paz! —gritó mamá—. Maribel es una buena chica.

—Tal vez —admitió papá—, pero no para Mayor.

La estrechez de miras de papá me conectaba aún más a Maribel porque quizá yo era el único que la entendía, el único que estaba dispuesto a darle una oportunidad.

Empecé a pasar por su departamento de vez en cuando, después de la escuela. Su mamá no dejaría que Maribel fuera a ninguna parte conmigo, así que me sentaba con ella en el piso del cuarto que compartía con sus padres y hablábamos. Tenían la ropa doblada en montones a lo largo de la pared y un colchón en la esquina. Maribel tenía un saco de dormir bajo la ventana que estaba plegado durante el día. Pero el ambiente era aburrido, por decir lo menos, y deseaba llevarla a alguna parte, aunque sólo fuera al Dunkin' Donuts, donde podríamos comer gratis las donas que estaban a punto de tirar; o tal vez al cine, donde le enseñaría cómo colarse por la puerta lateral, como siempre hacíamos William y yo. Pensé que se lo merecía, ya sabes, ver mundo. Por lo que yo sabía, sólo iba a la escuela y volvía directamente a casa, lo que la hacía parecer un poco como un pájaro enjaulado que no confiara en nadie para echarse a volar. Pero su mamá no cedía. La regla era que si quería ver a Maribel, tenía que ser o en su departamento o en el mío; pero nada de salir a la calle, ni siquiera un paseo, nada de nada.

La mayoría de las veces me la encontraba sentada en el piso de la habitación escribiendo en su cuaderno, o de pie y mirando por la ventana de atrás. Le preguntaba qué miraba, o qué escribía. A veces me lo decía. Otras, no.

De todos modos, tampoco me importaba mucho. Yo sabía que la razón original para hablar con Maribel, que había nacido del sentido de la responsabilidad, había cambiado por otra cosa: ahora sólo quería estar cerca de ella. En cierto modo todavía quería cuidar de ella, pero ahora había algo más. Me gustaba. Me gustaba más de lo que jamás me había gustado nadie.

No hablábamos de nada en especial, sólo de lo que estaba haciendo en la escuela, o nos contábamos cosas de nuestros padres, o sobre la música que escuchábamos cada uno. Me gustaba decirle las cosas más aleatorias («¿Sabías que los seres humanos beben una media de

sesenta mil litros de agua a lo largo de la vida?» O, por ejemplo, hablábamos del día en que vimos a Vicente Fox en la televisión) y ella sonreía a veces, que era siempre mi objetivo.

Hablamos del tiempo porque ahora hacía más frío y ella esperaba que nevara para ver cómo era.

—Supongo que no hay nieve en México, ¿eh? —le dije.

—Sí.

—¿Sí que no hay nieve o sí que hay nieve?

—Hay nieve.

—¿En México? De ninguna manera.

—En el norte, sí —dijo.

—Sabes que hay diferentes tipos de nieve, ¿no? Hay nieve húmeda, que se vuelve crujiente y se congela. Y luego está la nieve muy ligera, que es suave. Y ni hablemos de los copos de nieve. Hay cuatro clases: columnas, dendritas, agujas y nieve en escarcha.

Sacó el cuaderno.

—Dilo otra vez.

Lo hice, y ella lo escribió.

—¿Te gusta eso? —le pregunté.

Ella asintió.

—¿Puedo verlo? —dije tendiéndole la mano.

Me dio el cuaderno sin siquiera dudarlo. En la página que estaba abierta había escrito: «La nieve húmeda es dura. La nieve ligera es blanda». La letra era pequeña y apretada, empujaba el lápiz negro con tanta fuerza que a veces agujereaba en el papel. Cada línea empezaba en el centro de la página. En la parte superior, junto al borde, había escrito su nombre y dirección. Seguí leyendo.

> Cierra la puerta detrás de ti.
> La señora Pacer está en la habitación 310.
> Mi clase es la 312.
> ¿Cuánto cuesta el viaje en autobús?
> ¿Cómo se llama el chofer del autobús?
> Mira la insignia del chofer del autobús.
> Crystal.
> El autobús escolar es gratuito.
> El autobús de la ciudad no es gratuito.

Ojeé unas cuantas páginas y leí:

> Esto es Newark, Delaware.
> Delaware está a 3.333 kilómetros de casa.
> Siento lo mismo hoy que ayer.

Le devolví el cuaderno.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—¿Qué?

—¿Fue un accidente de auto?

—¿Cuándo?

—Lo siento. Quiero decir, ¿qué te ha pasado?

—Me caí. Estaba en… —se detuvo—. Hace mucho tiempo.

—¿Es una historia muy larga?

Ella negó con la cabeza.

—Una cosa larga. De madera.

Me devanaba los sesos.

—¿Un árbol?

Yo odiaba no saber a qué se refería. Quería demostrarle que podía seguirla. Quería ser la única persona con la que le resultara fácil hablar.

—Una escalera —dijo por fin.

—¡Ah!, una cosa larga hecha de madera. Vale. ¿Así que estabas en una escalera?

—Me rompí dos costillas —dijo levantando dos dedos.

—¿Y te golpeaste en la cabeza?

Se levantó un mechón de pelo y me mostró una cicatriz, rosada y traslúcida como un gusano, detrás de la oreja.

—¿Todavía te duele? ¿Te molesta para dormir?

—Me duele la cabeza.

—Por eso llevas las gafas de sol.

—Sí.

—¿Por lo menos lo recuerdas?

—Yo estaba en la…

—Escalera —la ayudé.

Ella asintió con la cabeza.

—Y entonces ya estaba en el hospital. No sé adónde fui antes.

—Bueno, alguien debió de llevarte al hospital.

—Quiero decir… me perdí lo que pasó entre medio.

—Ah —dije, y entonces me quedé allí sentado, callado, porque algo de aquello (que se podía ser una persona en un momento y luego despertar y ser completamente diferente) me formó un nudo en el estómago.

—Tú no me preguntas cómo me siento —dijo Maribel—. Odio que la gente me pregunte… eso.

Ya me lo había dicho antes, pero no se lo señalé. Simplemente le dije:

—Probablemente te aburrirás de oírlo, ¿no?

—Quiero ser como los demás.

—Sí —le dije, porque sabía exactamente lo que quería decir. Había sentido lo mismo durante toda mi vida. Todo el mundo sabía algo que yo era incapaz de descubrir, algo que ni siquiera sabía que existía. Quería averiguarlo, yo también quería poseer el secreto para tener la vida fácil que todo el mundo parecía tener, una vida en la que encajaban a la perfección y eran buenos en todo lo que intentaban. Año tras año, esperaba que todo se pusiera en su lugar (cada mes de septiembre me decía que aquel año sería diferente) pero curso tras curso era exactamente igual.

Aquel día no respondí a Maribel. Cambiamos de tema. Pero esa misma noche, más tarde, cuando ya estaba en la cama, me di cuenta de qué debería haberle dicho, porque para ella, al menos, habría sido la verdad: «No quieras ser como los demás porque entonces no serás como tú».

Un día volvía de su casa y me encontré a papá sentado en el sofá, viendo la televisión. Tenía los calcetines sudados encima de la mesita de café y una cerveza en la mano. Por lo general, no llegaba a casa hasta tarde, así que ambos nos sorprendimos al vernos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

Se incorporó sobresaltado.

—Hoy el restaurante ha cerrado temprano. Por las tardes casi no vienen clientes. ¿No deberías estar en el fútbol?

Me puse tenso.

—Ya he ido —le dije.

—No llevas la ropa de fútbol.

—Sí —pensé unos segundos, en busca de una excusa—. Tenía el equipo para lavar así que le he pedido prestado uno a un chico.

—¿Eso que llevas es del otro chico? ¿Eso? ¿Lo que llevas puesto?

—Bueno, tenía que devolvérselo después del entrenamiento, así que me he puesto mi ropa otra vez.

—¿Le diste el equipo de fútbol sucio?

Asentí con la cabeza.

—¿A quién?

Dije el primer nombre que se me ocurrió.

—Jamal Blair.

Papá frunció los labios. Desde el sofá, se volvió para mirarme.

—Nunca había oído ese nombre.

—Es bueno. Centrocampista.

Papá entornó los ojos como si me estudiara con visión de rayos equis. Traté de quedarme lo más quieto posible.

—¿Cuándo es el próximo partido? —preguntó poniéndome a prueba.

—Tengo que comprobarlo —le dije.

—¿No lo sabes?

No dije nada.

—¿No lo sabes? —insistió ahora gritando a pleno pulmón.

Así eran las cosas. En un minuto estabas hablando con él y al siguiente explotaba.

Nunca antes había mencionado que quisiera venir a ver un partido, el hecho de que su horario de trabajo no se lo permitiera me había salvado el pellejo. En realidad era lo único que me había salvado hasta entonces. Cuando yo llegaba a casa cada día, sencillamente decía que había estado en el fútbol y él ni siquiera me escuchaba.

Pero ahora todo había terminado. Me había descubierto.

Papá levantó la cerveza y la miró a contraluz.

—Tráeme otra —murmuró.

Apoyó la botella en el respaldo del sofá. Desde donde estaba yo, pude ver cuatro botellines vacíos alineados en la cocina al lado del fregadero.

Tomé la botella y papá se dejó caer en los cojines del sofá.

¿Eso era todo? ¿Ya estaba?

Luego gritó desde el sofá:

—¡Celia!

Oí los pasos de mamá por el cuarto y el pasillo.

—¿Me has llamado?

—¿No puedes con toda la ropa?

Mamá entró en la sala sacudiendo la cabeza.

—¿De qué estás hablando?

—De la ropa de fútbol de Mayor. Dice que está en la lavandería.

Mamá me miró confundida. Yo la miré fijamente tratando de parecer lo más inocente posible. Pero entonces su rostro cambió y por un segundo pensé que tal vez se lo había imaginado. Pero aunque lo hubiera hecho no me delataría.

En lugar de eso, dijo:

—Lo siento. Iré luego por la ropa.

—¡Carajo! —dijo papá, y ahí acabó la cosa.

QUISQUEYA SOLÍS

¿Por dónde empiezo? Nací en Venezuela y allá viví hasta los doce años. Era una niña muy guapa, feliz en todos los sentidos, pero cuando tenía doce años mi mamá se enamoró de un californiano que le propuso matrimonio, así que se mudó a su casa de Long Beach. Era una casa enorme, con una piscina en el patio. Creo que la había diseñado un arquitecto famoso. A veces nos llamaban de algún estudio de Hollywood para rodar allí una película o un aviso publicitario. Era muy glamorosa.

Durante un tiempo me sentí bien allí. El nuevo marido de mamá tenía un hijo, Scott, de un matrimonio anterior, que era dos años mayor que yo. Al principio Scott no prestaba atención, pero muy pronto empezó a cambiarme el cuerpo, y pasé de niña a mujer, así que empezó a mirarme con otros ojos. Siempre entraba en el baño cuando me estaba duchando alegando que no sabía que estaba allí, o lo pillaba mirándome mientras me bronceaba en la piscina. Trataba de ignorarlo cuando podía. Pero cerraba con llave la puerta de mi habitación.

Una noche Scott y yo estábamos en la casa. Yo tenía dieciséis años. Era una tarde lluviosa. Mi mamá y su papá habían salido a cenar. Yo había ido a la cocina a buscar un refresco cuando él se acercó por detrás y me besó. Recuerdo muy claramente lo que me dijo: «No pasa nada. No somos hermanos de verdad, así que no pasa nada». Pero a mí no me pareció bien. Traté de empujarlo, pero era más fuerte que yo. Yo no era una mojigata. Ya había besado a chicos antes. Pero aquello no era lo que yo quería. Se acercó otra vez. Me tiró al piso y se subió encima de mí.

Me hizo cosas indecibles, todo en contra de mi voluntad. No sé por qué, pero pensó que podía hacerme lo que quisiera. Así son los chicos.

Más tarde le dije a mamá lo que me había hecho, pero no me creyó. Me acusó de tratar de arruinarle las cosas. Me dijo: «Mira la vida que nos han dado». Me dijo que no fuera ingrata. Por supuesto, me enfadé aún más. Sentí que no podía quedarme allí, tan cerca de Scott. Sabía que era sólo cuestión de tiempo. Volvería a por mí de nuevo. Le dije a mamá que me marchaba. Ella no protestó. No se

ofreció a marcharse conmigo. Creo que nunca había querido hijos. Me tuvo como resultado de una aventura de una noche. Yo era menos importante que las cosas que tenía ahora: una casa, diamantes, un auto caro y un refrigerador grande. Era la vida que siempre había soñado (ahora éramos ciudadanos norteamericanos), y en los Estados Unidos ni más ni menos.

Fui a un albergue y les dije que estaba sola. Mentí, dije que mis padres habían muerto y que tenía que valerme por mí misma. También me quedé en casa de una amiga durante un tiempo. Viví en la caseta que tenían en la piscina durante meses, y sus padres ni siquiera sabían que estaba allí. Echaba de menos a mamá, pero la verdad era que ya hacía tiempo que la había perdido, aun cuando estábamos juntas, así que no era nada nuevo.

Tan pronto como me diplomé en la escuela de secundaria me fui de California. Mi amiga se iba a la Universidad de Nueva Jersey. Sus padres le habían dado un auto de regalo de graduación, así que iba a llenarlo con sus cosas y manejar por todo el país hasta la facultad. Se ofreció a llevarme. Me quedé un tiempo con ella, en su dormitorio, hasta que encontré un trabajo de camarera y ahorré el dinero suficiente para vivir por mi cuenta.

Conocí a un hombre en el trabajo. Solía sentarse en la barra y pedir pastel de arándanos. A veces coqueteaba conmigo. Yo me resistía. Por aquel entonces desconfiaba de los hombres. No quería tener nada que ver con ellos. Pero era persistente, y amable, y me hacía reír. Comenzó a quedarse después de cerrar el restaurante, y me hablaba mientras yo limpiaba. Me acompañaba a casa cuando ya había oscurecido. No sabía en qué se estaba metiendo. Nunca hizo nada mal, pero para mí, estar a su lado era una verdadera lucha. Me costaba mucho confiar en él, por culpa de mi pasado. Lo rechazaba, y cada vez que volvía a mí lo echaba de mi vida de nuevo, hasta que finalmente se fue.

Pero él es el padre de mis dos chicos, y me he asegurado de que sean buenos y respetuosos. Cuando estaban en mi casa nunca tocaron a una niña. Nunca le dieron un beso. Los vigilaba mucho. Es posible que sean los únicos muchachos buenos del mundo. Gracias a las becas y a la ayuda financiera han sido capaces de ir a la universidad. Estudian mucho.

Gracias al acuerdo de divorcio, recibo dinero cada mes. Así financieramente estoy asegurada, pero también voy al hospital los lunes y los miércoles, porque siento que debo hacer algo positivo con mi tiempo, algo para ayudar a la gente. Es lo menos que puedo hacer. Tengo suficiente dinero como para vivir en otro lugar, pero mis amigos están aquí. Además de mis hijos, mis amigos son todo lo que tengo.

Casi nadie sabe lo que he pasado en mi vida, ni quiero que se sepa. Algunas cosas deben mantenerse en privado. Eso es lo que digo siempre. Además, no necesito la compasión de nadie. Mi vida ha sido la que ha sido. No es una historia maravillosa, pero es la mía.

ALMA

Los días de diciembre eran largos y fríos. Habíamos mantenido el termostato a 27 grados, pero entonces llegó la primera factura de la calefacción: 304,52 dólares. Cuando la vi me eché a llorar y Arturo trituró el papel en trozos del tamaño del confeti. Ninguno de los dos tuvo que decir en voz alta que no podíamos pagarlo.

Después de eso bajamos la temperatura a 15 grados y nos acurrucamos al lado de los radiadores para aprovechar el calor. Nos echamos cobijas por los hombros y nos poníamos dos pares de calcetines. Me até un pañuelo a la cabeza, a pesar de que Arturo dijo que me hacía parecer una terrorista. El aire frío entraba por las juntas de las ventanas viejas y se colaba en el cuarto. Arturo trató de tapar las grietas con masilla, pero cuando se secaba volvía a agrietarse la madera. Puso trapos en los marcos de las ventanas, pero fueron de poca ayuda.

—¡Mi cuerpo no está hecho para este clima! —le dije a Arturo, que se echó a reír la primera vez y frunció el ceño cuando me lo repetí a mí misma unos días más tarde.

—No hay que quejarse —dijo.

Así que me esforcé lo mejor que pude y me centré en lo positivo. Maribel se había reído dos veces más desde aquella primera vez y me pareció que ahora era capaz de recordar más cosas. Todavía usaba el cuaderno, pero durante la misa, por ejemplo, sabía cuándo arrodillarse y cuándo ponerse de pie, cuándo salir al pasillo para recibir la comunión y cómo encontrar el camino de regreso a donde estuviéramos sentados. Los informes de la escuela también eran alentadores. El último decía: «Maribel habla cada vez con mayor frecuencia, tanto al profesor como al asistente, aunque sólo en español. Ha comenzado a responder a las preguntas, aunque a veces su respuesta es incompatible con la pregunta formulada. Tanto en el discurso voluntario como en las respuestas a las preguntas que le hacen, ha empezado a modular la voz para ser más expresiva».

Aun así, yo me angustiaba por naturaleza y no podía evitar la sensación de que podía pasarle algo en cualquier momento. Como una vez le había sucedido algo terrible, existía la posibilidad de que

volviera a pasarle algo terrible de nuevo. O tal vez era simplemente que ahora entendía mucho mejor lo vulnerable que era. Comprendía cuán fácil y rápidamente te podían arrebatar las cosas.

Cada mañana salía con ella y esperábamos juntas a que llegara el autobús. Todas las tardes nos encontrábamos de nuevo en el mismo lugar. Maribel había desarrollado una especie de amistad con Mayor Toro, que parecía que la ayudaba a hacer progresos (era su primer amigo desde el accidente), pero le dije que ella y Mayor sólo podían pasar tiempo juntos bajo supervisión, ya fuera en nuestra casa o en la de los Toro. Me puse muy firme sobre eso. La puerta principal de los Toro estaba a unos diez metros de la nuestra, abajo, en la primera planta, pero yo me quedaba fuera, y no la perdía de vista hasta que ella entraba en el departamento. Cuando ya era hora de que volviera a casa, la esperaba fuera otra vez.

Un día estaba haciendo enchiladas de carne con un poco de pechuga de pollo casi caducada que había encontrado de oferta en el mercado de la carne. Tarareaba una canción que cantaba mamá cuando yo era niña. Lavé los chiles pasilla, me sequé las manos en los pantalones, y vi en el reloj que eran las cinco pasadas. Mi corazón dio un salto. ¿Cómo se había hecho tan tarde? Maribel ya debería estar en casa. Fui a la puerta corriendo y la abrí, esperando verla subir por las escaleras, caminando hacia mí, pero lo único que vi fue el asfalto agrietado y las líneas de pintura blancas descoloridas en el estacionamiento vacío. ¿Dónde estaba? ¿Estaba todavía en casa de los Toro?

Cerré la puerta y fui hacia el departamento de los Toro. Cuando llegué al final de la escalera, oí la risa. No la de Maribel, sino la de otra persona. Venía del otro lado del edificio. Y entonces oí la voz de un niño.

Me dirigí hacia ella.

—¿Maribel? —llamé; nadie respondió—. ¿Maribel? —dije levantando la voz, mientras seguía avanzando.

Tropecé con algo y vi que eran las gafas de sol de Maribel. La inquietud aumentó bajo mi esternón. Tomé las gafas de sol y seguí caminando, tratando de prestar atención, pero ahora todo estaba en silencio.

Y cuando doblé la esquina, la vi. Estaba de espaldas contra la pared de cemento, con las manos sobre la cabeza. Un chico (el de la gasolinera, lo reconocí al instante) la agarraba por las muñecas y la miraba fijamente. El chico le había subido la camisa y enseñaba el sostén de algodón blanco. Había vuelto la cabeza a un lado. Tenía los ojos firmemente cerrados.

Grité. El muchacho se sobresaltó y volvió la cabeza.

—¡Aléjate de ella! —grité.

Corrí hasta que me interpuse entre ambos y le bajé la camisa a Maribel protegiéndola con mi cuerpo. El chico dijo algo en inglés, algo incomprensible para mí, pero pude oír indignación en su voz, y sin pensarlo me volví y le escupí en la cara. Me agarró del brazo, clavándome las uñas en la piel.

—¡Vete, Maribel! —grité—. ¡Vete al departamento!

Pero ella no se movió. Se quedó muda, inmóvil como un árbol enraizado.

—¡Vete! —le dije de nuevo mientras yo misma me alejaba del chico.

Entonces arrastré a Maribel a lo largo de la fachada del edificio, subimos la escalera, entramos en el departamento y cerré la puerta de golpe, jadeando y tratando de recobrar la visión, cegada por el pánico.

—¿Qué pasa? —preguntó Arturo aquella noche mientras estábamos sentados a la mesa de la cocina (aquella ridícula mesa de cocina robada), tomándonos un té, como casi cada noche después de que Maribel se fuera a la cama.

Lo miré sorprendida, como si me despertara de un sueño.

—¿Qué quieres decir?

—Estás muy callada —dijo.

—Estaba pensando.

—¿En qué?

No le había contado lo que había pasado. Y no iba a explicárselo. No quería que supiera que yo le había fallado a Maribel otra vez. Además, ella estaba bien. Yo le había preguntado qué le había hecho aquel chico (si la había besado, si la había tocado, si le había hecho daño) y ella negó con la cabeza. Él la había empujado contra la pared. Le iba a hacer algo. Eso estaba claro. Pero yo había llegado a tiempo. Y cuando le examiné cada parte visible del cuerpo, no tenía rasguños, ni marcas de ningún tipo. Está bien, pensé con un extraño alivio. Y traté de concentrarme en la frase que seguía: «Por ahora».

—¿Alma? —insistió Arturo.

—Pensaba en Maribel —dije.

Era casi como decirle la verdad. Al oír su nombre, él se tranquilizó.

—Le va mejor, ¿no? Los informes de la escuela…

—Sí.

—¿Pero te preocupa? —preguntó Arturo.

—No —dije tratando de sonreír.

—Estás preocupada por algo.

Lo miré y negué ligeramente con la cabeza.

—Sí, lo estás. Te preocupas por todo. Eras una verdadera mexicana. Una fatalista.

—Como si tú no te preocuparas por las cosas.

—Claro que sí. Pero he estado pensando. ¿Y si Dios quiere que seamos felices? ¿Y si ya nunca más nos pasara nada malo? ¿Y si toda nuestra infelicidad estuviera en el pasado y de ahora en adelante tuviéramos una vida sin complicaciones? A algunas personas les pasa, ya sabes. ¿Por qué no podría pasarnos a nosotros?

Puse las manos planas encima de la mesa, separando los dedos, tensos. Era una idea maravillosa, pero ver cómo subía a la superficie la burbuja de optimismo de Arturo, oír la crudeza implícita, era insoportable.

—Ahora tienes que pensar como una gringa —dijo Arturo—. Debes creer que tienes derecho a la felicidad.

Le di un sorbo al té, sintiendo el calor que florecía en mi boca. Fuera, en la oscuridad de la noche, el viento aullaba y balanceaba las copas de los árboles deshojados. Pronto llegaría la Navidad, y me hubiera gustado que estuviéramos en Pátzcuaro, donde las Navidades eran cálidas y olían a canela, donde las piñatas llenas de naranjas y de caña de azúcar colgaban de las vigas, y donde los niños desfilaban por la calles llevando farolillos de papel en sus manitas. Me hubiera gustado que estuviéramos en cualquier lugar menos aquí; geográfica y emocionalmente. Me hubiera gustado que nuestra vida fuera diferente, que fuera como antes.

Hace dos años, sólo seis meses antes del accidente, mis padres vinieron a cenar en Nochebuena y le trajeron a Maribel un vestido de Diseño y Artesanía que mi mamá insistió en que quería regalarle.

Aquel año Maribel había hecho buñuelos. Ya tenía catorce años y quería demostrar su independencia y sus capacidades. Primero dijo que quería hacer tamales y revoltijo de romeritos, pero le dije que eran demasiado complicados. Además, eran los platos principales de la cena. Y si no le salían bien, ¿qué comeríamos? Le dije: «Podrías hacer los buñuelos». ¿Qué llevan los buñuelos? Harina, azúcar, sal, huevos, leche, mantequilla, levadura en polvo y canela. Ni más, ni menos. No podía salirle muy mal.

Por la mañana temprano sacó un cuenco y un tenedor.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Los buñuelos.

—¿Ya? Se tarda media hora en prepararlos.

—Lo sé.

—¿También sabes que son las ocho y media de la mañana?

—Sí.

—Pero no nos los comeremos hasta esta noche.

—Mami —dijo poniéndose en jarras.

—Maribel —dije poniéndome también en jarras.

Entornó los ojos.

—Vuelve a las seis —le dije, sacándola de la cocina—. Entonces ya habré acabado y tendrás toda la cocina para ti.

A las seis en punto, regresó y anunció:

—¡Es la hora de los buñuelos!

Yo estaba limpiando la encimera. La cena estaba lista, puesta en tazones que había cubierto con papel de aluminio y que había metido en el refrigerador.

—¿Quieres que te ayude? —le pregunté.

—Me dijiste que podía hacerlo yo.

—Y puedes. Sólo te pregunto si quieres que te ayude.

Pero cuando sacó el cuenco, lo puso en la encimera, y alineó los ingredientes uno al lado del otro, supe la respuesta.

—¿Así que ya sabes dónde está todo? —le pregunté, antes de dejarla sola.

—Mami, vivo aquí —dijo—. He vivido aquí toda mi vida.

—Pues eso a tu padre no le ha servido de mucho —le dije—. Trata de preguntarle dónde están las cosas y verás.

Maribel metió un dedo en el azúcar y se lo lamió.

—Vale. Llámame si necesitas algo.

Desde la habitación de al lado oía el ruido que hacía midiendo, vertiendo y agitando los ingredientes. Oía cómo abría y cerraba los cajones, y el sonido metálico de las cucharas contra el interior de los cuencos. Oía la masa golpeando contra la encimera y sus gruñiditos cuando la amasaba y la extendía con el rodillo. Estaba cosiéndole un botón a una de las camisas de trabajo de Arturo cuando Maribel salió con harina hasta en la barbilla.

—¿Ya los has hecho? —le pregunté.

Se sentó a mi lado y apoyó la mano enharinada encima de mi rodilla.

—Va bien —dijo con solemnidad como si fuera un médico que acabara de salir del quirófano para informar sobre una intervención delicada.

De nuevo, desapareció en la cocina, y ahora oía el crujido del aceite caliente y el chisporroteo mientras echaba una por una las bolas de masa aplanadas. Lo está haciendo, pensé. Ésta es mi chica.

Aquella noche mis padres vinieron a cenar y comimos con la alegría propia de las fechas. Cuando acabamos, Maribel corrió a la cocina, donde los buñuelos esperaban en un plato ovalado cubierto con un paño de cocina. Los sacó con orgullo y, como una anfitriona

perfecta, con la bandeja a la altura del hombro, los repartió entre todos. Los buñuelos estaban doraditos, y Maribel los había espolvoreado con canela cuando todavía estaban calientes, y se había fundido en la masa como diminutos cristales de ámbar.

—¿Los has hecho tú? —preguntó Arturo con incredulidad.

—Yo solita —dijo Maribel.

Arturo me miró.

—Ella solita —confirmé.

—Tienen un aspecto maravilloso —dijo mamá.

Maribel, entonces, nos miró con una expresión de madurez y orgullo. Vi que crecería más que yo. Vi la familia que tendría un día y la comida que les cocinaría. Vi toda una vida esperando delante de ella.

MAYOR

No había tenido un encontronazo con Garrett desde aquel día con Maribel. Lo vi salir sólo de la escuela, arañando la banqueta con una piedra, lanzándoles guijarros a los neumáticos de los autobuses que hacían fila para llevarnos a todos a casa. Lo vi cabizbajo, con las manos en los bolsillos del abrigo, mirándose las botas desgastadas. Y lo vi en el pabellón de gimnasia, a pesar de que nunca se ponía el equipo. Se presentaba con la ropa de calle, y el señor Samuels le decía «ni te vistas, no participas», y Garrett se encogía de hombros y se plantaba en las gradas de madera y cerraba los ojos durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, mientras nosotros correteábamos por ahí lanzando pelotas de básket o aprendiendo a jugar al bádminton.

Entonces, un día, justo antes de las vacaciones de invierno, yo sacaba un cuaderno de mi casillero cuando oí a alguien decir:

—¿Cómo está la cabeza de chorlito?

Me volví.

—¿Cómo está tu novia? —preguntó Garrett—. La retrasada.

—No la llames así —le dije.

—¿Así cómo? ¿«Novia» o «retrasada»?

—Te dije que la dejaras en paz.

—¿De verdad? —dijo arrugando la cara en una mirada de confusión exagerada.

Metí el cuaderno en la mochila, cerré mi casillero, y empecé a caminar.

—¡Eh! —gritó Garrett; corrió a mi lado y me agarró del brazo tirando de mí para que me pusiera frente a él de nuevo—. Te estoy hablando.

—Tengo que irme —le dije tratando de liberar el brazo.

—¿Tiene un buen polvo? Apuesto a que sí. Apuesto a que a una chica como ella puedes hacerle lo que quieras.

—Ya basta.

—He estado pensando en todas las cosas que podría hacerle. Decirle que se desnude…

—Para.

—Que me chupe la verga…

Y en ese instante fue cuando le di el puñetazo. Nunca le había dado un puñetazo a nadie, en toda mi vida, pero antes de que me diera cuenta apreté la mano con fuerza, hice retroceder el codo y le lancé un golpe justo en el lado del cuello. Había apuntado a la cara, pero fallé.

—¡Jesús! —gritó retrocediendo.

Entonces corrió hacia mí, me agarró por la cintura, me golpeó con la cabeza en el estómago, me lanzó al piso y se puso encima de mi pecho.

—¡Suéltame! —grité.

Garrett me dio un puñetazo tan fuerte que saboreé la sangre en mi boca.

Me sujetaba contra el piso con todo su peso. Una pequeña multitud se formó a nuestro alrededor.

Garrett me golpeó un par de veces más, en el pecho y en las costillas, antes de que el señor Baker, el instructor de las clases de manejo, me lo quitara de encima: «¡Ya basta! —dijo mientras nos separaba—. ¡Pónganse de pie, muchachos!».

Garrett se liberó del señor Baker y empezó a moverse en círculos a su alrededor. El señor Baker lo agarró por la manga de la chaqueta. «¡Cálmate!», le dijo. Me llevé la mano a la boca y comprobé que me sangraba el labio, abierto justo en el centro. ¿Qué había sucedido? ¿De verdad le había dado un puñetazo? En lugar de sentir dolor o ningún tipo de remordimiento, me sentí eufórico.

—Al despacho del director. Los dos —dijo el señor Baker mientras seguía tratando de acorralar a Garrett—. Y luego llamaremos a sus padres.

Garrett escupió una carcajada.

—¿Algo divertido, señor Miller?

—Buena suerte con eso.

—¿Con qué?

—Escuche, hable con mi padre, hágame el favor, y pregúntele dónde coño ha estado. Hace tres días que no lo veo.

El señor Baker respiró hondo.

—Vamos —dijo—. Vamos a aclarar todo esto.

La escuela quería que mis padres fueran a una reunión.

—¿Sobre qué? —preguntó papá cuando mamá se lo mencionó aquella tarde.

Lo paró en la puerta cuando llegó a casa desde el trabajo.

—Tenemos una reunión con sus maestros —explicó mamá.

—¿Con todos sus maestros?

—No lo sé. Tal vez sólo con el tutor. Pero les dije que iríamos tan pronto como llegaras a casa. Nos están esperando.

Yo estaba en la puerta de mi cuarto, fuera de su vista, pero oía todo lo que estaban diciendo. Cuando llegué a casa me había ido directamente a mi habitación, tapándome la boca con el móvil mientras caminaba por el piso, tratando de ocultarle a mamá el labio hinchado, y no había salido desde entonces. La enfermera de la escuela quiso limpiarme la sangre, pero yo le había rogado que me dejara, y ahora me la miraba, seca y crujiente, en el espejo, asombrado.

—¿Ahora? —preguntó papá.

—Quieren vernos tan pronto como sea posible.

—¿Está aquí? —suspiró papá.

—Está en su habitación. Pero no nos dirá nada. Ya hablaremos con él cuando volvamos a casa. Vamos, vamos.

—No me presiones.

—Tenemos que irnos.

Yo sabía que mamá estaba tratando de sacar a papá por la puerta, probablemente le daba golpecitos en la pierna con el bolso.

—¿Qué has hecho, Mayor? —gritó papá antes de cerrar la puerta.

Una hora y media más tarde yo estaba sentado en mi cama, a la espera de mi destino, cuando papá llegó por el pasillo y abrió la puerta de mi cuarto. No era un tipo enorme, pero respiraba de una manera que parecía inflarle el pecho, y se quedó allí mirándome, con el cuello inclinado y los brazos a los costados. Tragué saliva. Antes, cuando habían salido por la puerta de casa, me dije que tal vez papá estaría orgulloso de mí (sólo un poco) cuando se enterara de que me había metido en una pelea. Tal vez eso demostrara que quedaba algo de hombría en mí después de todo. Además, era algo que ni siquiera Enrique había hecho nunca, al menos que yo supiera. Pero ahora, al verle la cara, me di cuenta de que todo lo que había pensado se estaba yendo por la ventana. Un silencio denso cayó en la habitación. Tragué saliva de nuevo, toda la que se me había acumulado en la boca.

Papá cerró la puerta. Se paseó por delante de mí, respirando como un toro. Me senté sobre las manos y contemplé mis pies.

—¿Qué? —dije después de unos cinco minutos.

Papá se detuvo y me miró como si yo hubiera roto la primera regla del compromiso. Como si debiera saber que no tenía que hablar primero.

—¿Qué? —repitió incrédulo—. ¿Qué? Yo te diré qué. Le has dado un puñetazo a un chico.

—¡Se lo merecía!

Papá empezó a caminar de nuevo y, de repente, de alguna manera, supe que la pelea no era lo que le había molestado.

Después de otro largo silencio, dijo:

—Tu tutor nos ha dicho que estás sacando notas más bajas.

Bajé la cabeza. Así que se trataba de eso. Pasaba tanto tiempo con Maribel últimamente que no le había prestado atención a las tareas escolares.

Pero entonces papá dijo:

—Le he preguntado si era porque pasabas demasiado tiempo con lo del fútbol.

El estómago me bajó a los pies como un ascensor fuera de control. ¡Mierda!, pensé. ¡Mierda, mierda, mierda! Papá seguía dando vueltas. Traté de prepárame lo que vendría después. Había una clara posibilidad, pensé, de que me pegara. No es que lo hubiera hecho antes (me había lanzado cosas o la emprendía a patadas con algo) pero cuando se enfadaba, a veces yo tenía la sensación de que faltaba muy poco para que me pegara a mí, como si hasta entonces, aunque la idea le hubiera cruzado por la mente, hubiera sido capaz de controlarse, pero que si daba el paso no habría nada que lo detuviera.

—Nos mentiste —dijo.

Asentí.

—Durante todo este tiempo.

Asentí de nuevo.

Papá movía la mandíbula.

—¡Todo este tiempo!

—Lo siento —le dije.

—¡Esta tarde me has hecho quedar como un tonto! ¿Eso crees que soy? ¿Un tonto?

—¡No! —grité.

—Pensé que estabas por ahí, todos los días, jugando con el equipo. Pero ¿qué has estado haciendo entonces todo este tiempo? ¿Drogarte? ¿Beber?

—¡No!

—¿Y cómo puedo saberlo?

—Porque yo no hago esas cosas, papi.

—¡Todo este tiempo! —gritó, y se abalanzó hacia mí, me agarró por los hombros con una fuerza sobrehumana y me levantó en el aire abriendo las fosas nasales como un animal y mirándome a los ojos—. ¡Maldita sea, Mayor! —me clavó los dedos en la piel como si tratara de llegarme a los huesos.

No quería llorar, pero me ardían los ojos.

Papá acercó su cara a la mía lo suficiente como para que las puntas de nuestras narices casi se tocaran.

—¡Se acabó! —dijo.

La Navidad de aquel año fue la mejor y la peor que habíamos tenido en mucho tiempo. Cayó una especie de sombra sobre todas las cosas, como una membrana densa y pegajosa de la que no pudiéramos librarnos. No tardé mucho en deducir que «se acabó» significaba que estaba castigado hasta nuevo aviso. Nada de Maribel, nada de William, nada más que la escuela y casa, hasta que papá decidiera lo contrario. Y encima de eso, papá anunció la noche siguiente que no tendría regalos de Navidad. «Espera a que vea el montón de regalos que recibirá Enrique», dijo papá. «¡Una montaña de regalos! Eso le enseñará a no mentirme otra vez.» Mamá adujo que él estaba siendo demasiado duro conmigo, pero él no quiso escucharla. Y eso significaba que lo que había pasado conmigo se convirtió en otro motivo de tensión entre ellos.

En Nochebuena fuimos en autobús a la estación de tren de Wilmington a recoger a Enrique, que venía a casa unos días por las vacaciones. Mamá le rogó que se quedara más tiempo, pero explicó que debía estar de vuelta en la facultad por alguna oscura razón que nunca reveló. Aun así, aquellos pocos días era mejor que nada (yo necesitaba cualquier distracción que se presentara) y mamá había estado ansiosa en espera de ver a su bebé otra vez.

—Ahora ya es un hombre hecho y derecho —decía papá.

—Sigue siendo mi bebé —insistía mamá.

Cuando Enrique bajó las escaleras del tren hasta el andén, llevaba una sudadera con capucha que decía MARYLAND y unos pantalones negros deportivos. Iba sin afeitar y llevaba una bolsa de lona en la mano. Sinceramente, parecía un mendigo.

—Kiko —gritó mamá corriendo hacia él, envolviéndolo en un abrazo.

—Hola, mami —le oí decir.

Cuando mamá y Enrique se acercaron a nosotros, papá le agarró la bolsa a mi hermano y le dio una palmada en la espalda.

—¡Aquí está! —dijo papá—. Mi buen hijo.

Me encogí un poco. Mamá me miró con lástima.

—¿Cómo ha ido el viaje en tren? —preguntó papá.

—Decente —dijo Enrique, y luego me dio un puñetazo en el hombro.

—Oye… —le dije.

—¿Qué pasa, chico?

Tomamos el autobús de vuelta a casa y, cuando llegamos, mamá

empezó a preparar la comida favorita de Enrique, tamales de cerdo. Le recordó que íbamos a la iglesia esa noche, pero él se excusó diciendo que estaba cansado y necesitaba recuperar el sueño. Cuando papá no se opuso, no pude creerlo. Sencillamente dijo:

—¿El entrenador te hace trabajar mucho?

—Sí, papi —contestó Enrique.

Mas siempre se podía contar con mamá.

—Pero es Navidad —replicó ella—. A Dios le gustaría ver su cara al menos una vez al año. ¡Una vez!

—¿Es que no la ve todos los días? —preguntó Enrique.

—En la iglesia —aclaró mamá—. A él le gustaría ver tu cara en la iglesia. Y así lo haría yo.

Enrique miró a papá en plan: «Ella no puede estar hablando en serio, ¿no?».

—Está cansado, Celia —dijo papá.

—Pues que esté cansado después.

Enrique miró a papá otra vez, pero éste parecía resignado ante la imposibilidad de que él y Enrique ganaran la batalla; mamá acabaría por agotarlos.

—Lo he intentado —dijo sin mucho entusiasmo.

Más tarde, mientras me vestía para ir a misa, Enrique llamó a la puerta de mi habitación.

—¿Por qué te vistes tan pronto? —me preguntó al verme.

No le dije que era porque estaba ansioso por ver a Maribel, que sabía que estaría allí. Tuve la sensación de que no estaba a la altura de los estándares de mi hermano. Quiero decir, si Enrique simplemente la miraba, Maribel pasaría el examen con nota. Pero si sabía toda la historia…

—No tengo nada mejor que hacer —le dije.

Se echó a reír.

—Sí. Me he enterado. ¿Pero qué es lo que hiciste? ¿Cómo es que el angelito se ha espabilado de repente?

Para entonces ya casi se me había curado el labio (sólo tenía una especie de línea de color púrpura donde había estado la herida), pero se la enseñé de todos modos.

—Me metí en una pelea.

Los ojos de Enrique se agrandaron.

—¿Quieres decir por accidente?

—No. La empecé yo. Marqué a alguien.

—El hombretón —dijo Enrique—. Te has convertido en un tipo duro mientras yo estaba fuera.

Se sentó en la cama y miró a su alrededor como si tratara de

averiguar si había cambiado algo desde la última vez que había estado en casa, en verano.

—No creo que pudiera vivir aquí otra vez —dijo—. Este sitio es tan deprimente. Cada vez que vuelvo, parece peor.

—No está tan mal.

Enrique se rio entre dientes.

—Eso es porque no conoces nada mejor.

Saqué la corbata con clip del cajón y empecé a ponérmela alrededor del cuello.

—Ves, de eso estoy hablando —dijo Enrique—. Todas esas normas. Como si a Dios le importara si llevas o no llevas corbata.

—Tú también ibas a la iglesia con corbata —le dije.

—Exactamente. Iba. Pero ahora no me pillarían ni muerto.

—No es para tanto.

Mi hermano negó con la cabeza.

—El día en que salgas de aquí ya lo verás.

Traté de imaginarme en la universidad dentro de unos años, en una vida que fuera sólo mía, donde no tuviera que llevar corbata a la iglesia, donde ni siquiera tuviera que ir a iglesia, donde nadie me moliera a palos, donde pudiera hacer lo que quisiera.

Me quité la corbata y la arrojé sobre la cama.

—Al diablo con eso —le dije, un poco demasiado alto.

Enrique se echó a reír.

—¡De eso estoy hablando!

Subimos al autobús para ir a misa del gallo con los Rivera, aunque Enrique se sentó en la parte de atrás todo el camino, conectado a su iPod, así que era como si no estuviera. El chofer del autobús tenía sintonizada una emisora de radio sólo de villancicos, y cuando sonó *Feliz Navidad*, supongo que como éramos las únicas personas en todo el autobús, subió el volumen y nos gritó: «¡Aquí tienen! ¡Un pequeño trozo de casa para ustedes!».

—Todos los años lo mismo —dijo papá en voz baja—. Si está en español, es un trozo de casa. Bueno, nunca había oído esta canción hasta que llegué a los Estados Unidos.

—Y todos los años te quejas —dijo mamá.

—¿Te gusta esta canción?

—No.

—Es como cuando todo el mundo piensa que me gustan los tacos. Ni siquiera comemos tacos en Panamá —dijo papá.

—Eso es cierto. Comemos pollo y arroz —dijo mamá.

—Y pescado. Una corvina tan fresca como la ha hecho Dios.

—Sí.

Aquella era una de las pocas cosas que unía a mis padres de verdad, el hilo que los cosía el uno al otro: la convicción de que en los Estados Unidos nadie más entendía Panamá como ellos.

Yo estaba sentado frente a ellos, con los pies sobre el asiento, los calcetines a mitad de las pantorrillas. Llevaba la cremallera del abrigo cerrada hasta la barbilla para que mamá no viera que no llevaba corbata. Los Rivera estaban al otro lado del pasillo del autobús.

—A mí me gustan los tacos —señalé.

—¿Por qué dices eso? —suspiró mamá.

—¿Y a ti, Maribel? —le preguntó—. ¿Te gustan los tacos?

Como no respondió, repetí la pregunta más alto.

Se apretaba los dientes con la yema del pulgar.

—Tengo unos dientes muy fuertes —dijo.

—¿Así que puedes comerte un taco bien crujiente? —le pregunté.

—Claro —dijo.

Mamá me dio un golpecito en el hombro.

—Déjala en paz —dijo.

—Sólo le he preguntado si le gustan los tacos.

—No sé qué significa eso —dijo mamá.

—¿Tacos? Significa tacos.

—No sé si te estás refiriendo a otra cosa con toda esa charla sobre los tacos.

Charla sobre los tacos. Eso me hizo reír. Y en cuanto me reí, me di cuenta de que no lo había hecho desde hacía mucho tiempo, mucho, y me acordé de lo bien que sentaba, de cómo me calentaba los músculos y me llenaba de esa ligereza que generalmente le faltaba a mi vida, el tipo de viveza que había quedado enterrado bajo las peleas de mis padres y mi torpeza en la escuela. Miré por la ventanilla hacia la oscuridad, al aire de la calle iluminado por las farolas, y me reí mientras todos los demás permanecían callados.

A la mañana siguiente, mamá preparó una taza de Café Ruiz (nuestro capricho anual) y sacó el rosco de pan con almendras que había preparado la noche anterior. Nuestro departamento estaba decorado con los mismos adornos aburridos de cada año: figuritas de ángeles encima de las mesas, una funda de ganchillo para el papel higiénico que representaba a un muñeco de nieve, una corona de flores secas con un arco de terciopelo rojo que colgaba sobre la puerta de la cocina y un belén de porcelana en el piso. No teníamos árbol y, como me habían amenazado, no tuve ningún regalo. Tampoco es que Enrique recibiera exactamente una montaña de cosas, sólo un paquete de cuatro desodorantes y una maquinilla de afeitar Gillette nueva con unas cuantas cuchillas de repuesto. «En realidad ya no me afeito», dijo

Enrique cuando abrió el paquete; y cuando me ofrecí a quedármelas, se rio y dijo: «Ah, sí, claro. Puedes usarlas para afeitar tu bigote inexistente». Aparte de él, la única persona que recibió un regalo fue mamá, un conjunto de champú y acondicionador malísimo que papá juró que había comprado en una peluquería, a pesar de que se podía ver claramente la etiqueta de la sección de ofertas del Kohl en la parte trasera. Mamá puso el paquete encima de la mesita de café. Ninguno de nosotros mencionó la etiqueta.

Mamá llamó a la tía Gloria y se enteró de que ésta había decidido finalmente pedirle el divorcio al tío Esteban, noticia que nos comunicó casi en estado de shock, no porque no lo hubiera visto venir, sino más bien por su objeción inflexible al divorcio. Al divorcio de cualquiera. De todos modos, en el momento de colgar el teléfono mamá se sentía bastante animada. Hablar con mi tía siempre la vivificaba, al menos durante un breve periodo de tiempo, hasta que la alegría era desplazada de nuevo por la añoranza.

A última hora de la mañana los radiadores dijeron basta, y papá hizo lo de siempre (patearlos y maldecir), hasta que se rindió y se dejó caer en el sofá. Poco después sonó el teléfono. Era la señora Rivera. Le dijo a mamá que se habían quedado sin calefacción y le preguntó qué podía hacer. Mamá le dijo que sólo podía esperar, que al cabo de un tiempo volvería a funcionar.

—¿Los Rivera? —preguntó papá desde el sofá cuando mamá colgó el teléfono—. Apuesto a que se les han congelado los traseros. Seguro que nunca pensaron que les pasaría esto cuando salieron de México.

—Deberíamos invitarlos —le dije.

—¿Por qué? —preguntó mamá.

Me quedé en blanco. ¿Por qué? En casa tampoco funcionaba la calefacción. ¿Qué iba a decirle? ¿Que quería ver a Maribel? ¿Que le había comprado un regalo hace aproximadamente un mes, una bufanda roja que me había costado casi toda mi mesada, que la había envuelto en papel de seda y guardado debajo de la cama y que ahora que estaba castigado no sabía cómo dárselo?

—Deberíamos invitar a todas las personas mayores —le dije—. A todo el edificio. Cuantos más seamos, más calor humano.

—Eres un genio —dijo Enrique con sarcasmo.

—Es cierto —le dije—. Es la termodinámica y la radiación. Está demostrado.

Pero cuando la señora Rivera llamó de nuevo a mediodía, preocupada porque el departamento estaba más frío cada minuto que pasaba, mamá les dijo que vinieran. Luego colgó, llamó a Nelia y a Quisqueya y les dijo que se lo dijeran a los demás. Sacó todas las velas que teníamos y las encendió. «Con esto bastará, ¿no te parece?», y

tuve que admitir que consiguió una atmósfera agradable. Antes de que mamá pudiera preparar otra cafetera, la gente ya llamaba nuestra puerta, nos deseaba feliz Navidad y nos ofrecía botellas de ron que traían en las manos enguantadas.

Nadie se quitó los abrigos y los gorros. Quisqueya llevaba un gorro de piel que siempre pensé que la hacía parecer rusa. Micho trajo su cámara, y fue de un lado a otro del departamento sacando fotos de todo el mundo: Benny haciendo el signo de la paz; Nelia sentada con las piernas cruzadas en el sofá, bebiéndose una cerveza que le había dado papá; Quisqueya sentada junto a ella, fingiendo que no le importaba que le hiciera fotos. Cuando aparecieron los Rivera, Micho los agrupó a los tres en la puerta y los hizo posar para la foto. Maribel miraba directamente a la cámara, pero no sonreía, así que me puse detrás de Micho, agité los brazos e hice muecas tontas para ver si reaccionaba. Cuando esbozó una sonrisa, Micho dijo: «¡Allá vamos! Ésta es buena».

Al poco rato se presentaron José Mercado y su esposa Ynez. Ella lo llevaba del brazo y él cojeaba apoyado en el andador.

—Gustavo tenía que trabajar —le dijo Benny a papá, a pesar de que éste no se lo había preguntado—. Los cines son los únicos lugares abiertos el día de Navidad.

—Hollywood no cree en Dios —dijo papá.

Benny se rio.

—Pero Dios seguro que cree en Hollywood. ¿Has visto a esas mujeres? ¿A Megan Fox? ¿Y la boca de Angelina Jolie? ¡Dios se ocupa de esos detalles, hombre!

Papá levantó la cerveza.

—¡Salud!

—¡Qué marranos! —dijo Quisqueya.

Incluso nuestro casero, Fito Mosquito (así es como que lo llamaba), encontró el tiempo suficiente para asomar la cabeza por la puerta y anunciar que Delmarva, la empresa de energía, se estaba ocupando de arreglar el suministro.

—¡No me echen la culpa a mí! —exclamó.

—No te preocupes —gritó Micho—. No te culpamos. ¡Sólo lo descontaremos de la renta de este mes!

Fito levantó el dedo anular y algunos se echaron a reír.

—Sólo te estamos tomando el pelo —dijo Micho—. Vamos, entra.

Los radiadores no empezaron a funcionar de nuevo hasta bien entrada la noche, pero con todas las personas que se habían reunido en nuestro departamento por la tarde el ambiente ya se parecía un poco más a la Navidad. Todo el mundo tiritaba y reía y bebía y hablaba. Cuando nos quedamos sin café, mamá hizo enormes

cacerolas de chocolate caliente con crema de leche y sacó algunas barras de chocolate que había encontrado en el fondo de un armario. El señor Rivera le preguntó si tenía canela en rama para poner en las copas, al estilo mexicano, y mamá encontró en una armario canela en polvo con la que espolvoreó la cacerola.

—¿Ya están contentos? —bromeó ella—. Siempre tiene que ser a la manera de México. México, México, como si los demás no existiéramos.

—¡Viva México! —gritó Micho desde un rincón.

—¡México! —dijo Arturo.

—¡Panamá! —dijo papá.

—¡Presente! —dijo mamá, y todo el mundo se echó a reír.

—¡Nicaragua! —gritó Benny—. ¡Presente!

—¡Puerto Rico! —dijo José.

—¡Presente! —exclamaron Ynez y Nelia al mismo tiempo.

—¡Venezuela! —Gritó Quisqueya—. ¡Presente!

—¡Paraguay! —dijo Fito—. ¡Presente!

Y entonces sonó *Feliz Navidad* en el radio.

—¡Esta maldita canción otra vez! —dijo papá.

—¡Ah, vamos! —dijo mamá, y empezó a cantar y a contonear las caderas mientras papá la miraba con escéptica resignación.

—¿Qué? —dijo—. ¿No quieres bailar conmigo? Vale. Benny, ven.

Benny tomó a mamá de la mano y se puso a girar a su alrededor.

Ynez y José se unieron. José apoyado en su andador, balanceándose atrás y adelante, y Micho sacó a bailar a Nelia levantándola del sofá de un tirón. Casi todo el mundo empezó a cantar y, finalmente, papá dejó su bebida y se metió entre Benny y mamá deslizando el brazo alrededor de su cintura.

—¡Esto está mejor! —gritó papá por encima del barullo.

—¡Es como las Navidades de nuestra tierra!

El baile fue la oportunidad que estaba esperando y me llevé a Maribel de la sala para darle mi regalo. Nos sentamos en el otro extremo del pasillo, fuera de mi habitación, donde nadie pudiera vernos, y le entregué el paquete que había envuelto con torpeza.

—Puedes abrirlo —le dije—. Es para ti —y de repente me puse muy nervioso, como si tal vez fuera demasiado o no le gustara.

—Pesa poco —dijo, y yo asentí impaciente por que lo abriera de una vez.

Abrió un poco el envoltorio interior y rasgó el papel de seda en un extremo. Levantó el paquete a la altura de la cara y miró dentro.

—Es una bufanda —dije antes de que abriera el paquete del todo —. Es de alpaca.

La sacó del interior y entrelazó los dedos en los flecos de las puntas.

—¿Te gusta? —le pregunté.

—Sí.

—Escogí una roja para que hiciera juego con tus gafas de sol.

—Es muy suave.

—Es de alpaca —dije de nuevo, como si de repente fuera una especie de vendedor de lana o algo así.

Ella envolvió la bufanda alrededor de su cuello.

—Siento no haber podido ir a verte —le dije—, papá me ha clavado al piso.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Significa que no me deja ir a ningún sitio aparte de la escuela. A ninguno. Una pesadez. Sólo quería que supieras por qué no me has visto.

Ella asintió.

—No es que no quiera verte, quiero que lo sepas.

—Bueno.

Entonces, en la oscuridad del pasillo, la besé. Una extraña sensación eléctrica me recorrió el cuerpo. Mi primer beso de verdad. Su piel era cálida y olía a detergente para la ropa y a escarcha, tan fresca como el aire del invierno. Primero se apartó un poco, pero enseguida se acercó y me sonrió. Yo sólo quería volver a hacerlo: besarla, olerla, sentir su boca contra la mía. Pensar en ello me turbaba, me nublaba la vista, como si de alguna manera me deslizara bajo el agua. Pero entonces, en la sala de estar, papá comenzó a cantar en inglés *I want to wish you a Merry Christmas from the bottom of my heart*[5] gorjeando como un cantante tirolés cuando llegó a *heart*, y Maribel se echó a reír, y el momento pasó.

ADOLFO «FITO» ANGELINO

Vine aquí en 1972 porque quería ser boxeador, como el gran Juan Carlos Giménez, que era de Paraguay. Como yo. Había un entrenador en Washington D. C. que era bueno, muy bueno, legendario, y que se había especializado en pesos mosca, que era mi categoría. Flaco pero fuerte. Le escribí una carta al entrenador. Sully Samuelson. ¡Vaya nombre! Y me contestó. Una carta firmada con su propio nombre.

Me dijo que ya no tomaba a boxeadores nuevos, pero que si alguna vez iba al D. C. que pasara a verlo. Puede que pensara que como yo estaba en Paraguay era poco probable de que pasara nunca por el D. C. O tal vez fuera sólo un farol. Pero pensé que si podía hacerle una visita, si podía enseñarle de lo que yo era capaz, sería el próximo Giménez, porque sería imposible que no quisiera entrenarme. Así que empecé a ir a su gimnasio, y cada día me ponía a hacer mis juegos de pies, pow pow pow, ligero como el aire, y luego, ¡bum!, un gancho que nunca veías venir. Llevaba pantalones cortos de raso rojo y el mejor par de zapatillas de boxeo que podía permitirme. Esperaba que Sully me viera y reconociera que yo era un campeón. Pero pasados unos días, nada. Y cuando finalmente le pregunté a uno de los otros chicos dónde estaba él, me enteré de que Sully se había trasladado a Vermont, que era un lugar del que nunca había oído hablar de ese entonces. ¿Vermont? ¿Qué es eso?

Pensé que debería ir. ¡Vermont, claro! Pero sólo llegué hasta Delaware. Por el camino me quedé sin dinero, así que me bajé y encontré trabajo asfaltando calles. Quería ganar lo suficiente para otro boleto de autobús. Se suponía que sería algo temporal, pero un día estaba asfaltando el estacionamiento de este edificio y el casero, Óscar, que estaba siempre en el balcón fumando cigarrillos mientras yo trabajaba, resultó que se volvía a Montevideo, de donde era. El dueño del edificio en aquella época buscaba a alguien que lo sustituyera para administrar la propiedad y pensó que yo podría hacerlo.

—De ninguna manera —le dije—. ¡Voy a ser boxeador!

Me echó un vistazo y se echó a reír.

—¿Tú? —dijo—. Te desafío a un pulso.

Me dijo que si lo ganaba me daría el dinero para ir a Vermont, pero en caso contrario aceptaría encargarme del edificio.

Bueno, y aquí estoy. No me da vergüenza.

¿Quién viene a los Estados Unidos y termina en Delaware? Nunca pensé que acabaría aquí. Pero ¡mira por dónde, vaya sorpresa! Les pasa mucho a los latinos. Y todo por las granjas de champiñones de Pensilvania. La mitad de los hongos del país se cultivan allí. Ya en los años setenta solían contratar a puertorriqueños para recoger las cosechas, pero ahora son mexicanos. Y también les dan viviendas. Viviendas de mierda con ratas tan grandes como conejos, con las ventanas tapiadas, sin agua caliente. Después de la amnistía de Reagan, los trabajadores comenzaron a traer a sus familias desde México. Pero no metieron a sus esposas e hijos en aquellas casas de mierda. Encontraron otros lugares donde vivir. Lugares como Delaware. Es más barato que Pensilvania. Y no se paga IVA. Ahora tenemos muchos supermercados hispanos, y en las escuelas asistimos a los programas de inglés. Sé que algunas personas de aquí piensan que tratamos de invadirlos, pero sólo queremos formar parte de este país. Queremos tener nuestra parte. Ésta también es nuestra casa.

Me gusta estar aquí. Comencé como administrador, pero ahora soy el dueño del edificio. Lo compré hace casi diez años después de que acabaran las obras de la fachada lateral. Había ahorrado hasta el último dólar. Me hicieron una buena oferta. Pero la zona está cambiando. Un choque de culturas. Trato de hacer de este edificio una isla para todos nosotros, los refugiados varados en esta tierra. Un puerto seguro. No dejo que nadie se meta conmigo. Si alguien me dice que me vaya a casa, me dirijo a ellos, sonrío cortésmente y le digo: «Ya estoy en casa».

ALMA

Yo no había dicho una palabra a nadie sobre el día en que encontré al chico molestando a Maribel, pero desde que sucedió no había sido capaz de dejar de pensar en ello. Me ahogaba bajo el peso de la situación, estaba furiosa conmigo misma por dejar que llegara hasta ella, por dejar una rendija lo suficientemente grande como para que él se colara por ella y alcanzara a Maribel.

Así que por fin, justo después del Año Nuevo, hice lo que debía haber hecho desde el principio: fui a la policía. En México los policías son corruptos y muchas veces ineptos. Nadie confiaba en ellos. Pero tal vez aquí fueran diferentes.

La comisaría era un edificio de ladrillo y cristal con una bandera americana clavada en el suelo frente a la fachada. En el interior olía a disolventes, a productos de limpieza. Caminé hasta una ventanilla en un mostrador negro detrás de la cual una mujer sentada y de uniforme pasaba las páginas de una revista.

—¡Me llamo Alma Rivera! —dije cuando llegué al mostrador, gritando para que me pudiera oír a través del vidrio.

La mujer levantó un dedo, se bajó del taburete y desapareció en otra habitación. Cuando regresó, la acompañaba un agente con el rostro cincelado y una hendidura en la barbilla. Se puso de pie detrás del vidrio y dijo en español:

—Soy el agente Mora. ¿Podemos ayudarla en algo?

—¡Soy Alma Rivera! —grité de nuevo en español.

—La oigo bien. ¿Cómo podemos ayudarla?

Respiré hondo.

—Estoy aquí por un chico.

El agente Mora asintió. Esperé a que me invitara a pasar al otro lado del cristal para que pudiéramos hablar en privado, pero simplemente se quedó allí esperando a que yo continuara. No había nadie más en el vestíbulo, así que continué.

—Llegué a casa un día y un chico estaba con mi hija.

—¿Qué edad tiene su hija?

—Quince.

—¿Y el chico?

—De su misma edad, creo.

—¿Así que un quinceañero estaba con su hija quinceañera? —dijo el agente Mora.

—Él la tenía contra la pared del edificio.

—¿La asaltó? —preguntó.

—La tenía contra la pared —le dije de nuevo.

—¿Lo vio darle un puñetazo a ella o una patada o hacerle algún daño físico de alguna manera?

—No, pero no lo hizo porque llegué a tiempo para impedirlo.

—¿Dijo algo que le hizo pensar eso?

—No, pero vino por ella —le dije de nuevo con la frustración quemándome la garganta.

—Tal vez sean amigos.

—No.

—Basándonos en nuestra experiencia, puedo decirle que los padres no siempre saben lo que hacen sus hijos adolescentes.

—Usted no lo entiende… —empecé.

Tuve la tentación de contarle lo de su lesión cerebral, pero no quería provocar lástima. Sólo quería su ayuda.

El agente Mora plantó las manos en el mostrador detrás de la ventanilla.

—Lo que me ha dicho hasta ahora es que llegó a casa y encontró a su hija con un muchacho de su edad. Eso es todo lo que sabe. ¿Es una chica guapa?

—Nos miró cuando fuimos a la gasolinera —le dije.

—¿Quién? ¿El muchacho?

—Miraba a mi hija.

—¿La miraba? Señora Rivera, eso no es un crimen.

—Le subió la blusa —le dije.

La vergüenza me había impedido decírselo antes. No quiero que nadie, ni siquiera la policía, se imagine a Maribel de esa manera.

La expresión del agente Mora cambió.

—¿Cuándo?

—Cuando los encontré el otro día.

—¿Usted lo vio levantarle la blusa?

—No, pero…

—¿Así que podría haberlo hecho ella misma?

—¡Ella no es así!

El agente Mora se frotó la nuca y respiró hondo.

—Señora —dijo a través del vidrio—, esto es una comisaría de policía. No nos ocupamos de las relaciones sentimentales de los

adolescentes. A menos que la atacara de alguna manera o que la amenazara verbalmente, no podemos hacer nada.

Lo miré con incredulidad.

—Pensé que ustedes la ayudarían.

El agente suspiró como si tener que lidiar conmigo más tiempo supusiera un gran esfuerzo.

—No podemos protegerla de un chico que, sinceramente, es probable que sólo esté enamorado de ella. Ése es trabajo de usted.

Le dijo algo en inglés a la mujer policía, que negó con la cabeza antes de pasar otra página de la revista. Me di cuenta de que yo era una tonta si creía que iban a preocuparse por nada de esto. Apreté los labios y me reacomodé el bolso en el hombro con toda la rectitud que pude reunir. Ni el agente Mora ni la mujer parecieron advertirlo.

—Gracias —le dije con sarcasmo.

—De nada —dijo el agente en serio, como si creyera que había hecho su trabajo.

Debería haberme vuelto a casa. Pero la ira se agitaba en mi vientre, y cuando subí al autobús de vuelta al departamento me bullía otra idea en la mente. Fito había dicho el nombre del barrio donde vivía el chico. Capitol Oaks, ¿no? Si la policía no me ayudaba, pensé, yo misma me ocuparía de todo.

Caminé por el pasillo y le di un golpecito en el hombro al chofer del autobús. En mi mejor inglés le dije: «Capitol Oaks?». Él asintió y dijo algo que no entendí, pero me quedé detrás de él, con la esperanza de que cuando llegáramos a la parada correcta me hiciera una señal para que me bajara.

Cuando el autobús continuó su recorrido, saqué el diccionario del bolso y busqué las palabras que necesitaba. Todavía no las había aprendido en mis clases de inglés (que hasta ahora sólo habían sido unas pocas), así que tendría que aprenderlas por mí misma. Busqué «dejar». *Leave*. «Sola». *Alone. Leave alone*. «Déjala en paz», me dije a mí misma. Practiqué las palabras, pronunciándolas en silencio, hasta que el chofer detuvo el autobús y me hizo un gesto con la mano. «Capitol Oaks», dijo.

En cuanto me bajé del autobús y miré a mi alrededor vi un barrio que estaba probablemente a sólo unos dos kilómetros del nuestro, un lugar por el que debía de haber pasado una docena de veces y en el que nunca me había fijado. Capitol Oaks, con un cartel atornillado en un murete de ladrillo en la entrada, medio cubierto por las malas hierbas.

Me santigüé y susurré: «Dios me ayude». Entonces agarré el bolso y pasé por delante del cartel y de filas y filas de casas de estilo rancho.

Los patios estaban secos y cubiertos de maleza, y los renos iluminados y los muñecos de nieve hinchables y los globos de Navidad todavía cubrían algunos de los jardines delanteros. En México, Arturo había construido nuestra casa antes de casarnos. Él y unos amigos habían cavado una parcela de tierra con palas y picos. Vertieron cemento durante semanas. Se ponían en fila desde el montón de bloques de hormigón y se los pasaban de uno a otro hasta que Arturo, que era el que estaba en la obra, los iba poniendo. Trabajaron sin descanso, hasta que pusieron suficientes bloques como para poder llamar paredes a aquello. En el hueco de uno de los bloques de cemento, justo encima de la puerta principal, Arturo colocó un cartel de san Martín Caballero dentro de una bolsa de plástico, para traernos suerte. Aquí, la pintura de las fachadas de las casas estaba descascarillada y los porches hundidos. Había camionetas y carros de dos puertas estacionados en todos los caminos de entrada de los edificios. Sentía como una especie de niebla que flotaba en el ambiente y que me decía que yo sobraba allí.

Caminé durante diez minutos, tal vez más. No había ni rastro del muchacho, ni de nadie. Sólo frío en el aire y un arco de cielo gris por encima de mi cabeza. Aquello no funcionaría. Allí no había nadie más que yo. ¿Y cómo se me ocurrió que lo encontraría sin saber su dirección? Estaba a punto de darme media vuelta cuando oí un sonido detrás de mí.

Me volví. Y allí, bajando el camino de entrada de una casa marrón de estilo rancho con canalones oxidados y una mosquitera doblada sobre sus goznes, él (el chico) arrastraba un cubo de basura por el camino agrietado.

Me había visto, estaba segura. Me vio mientras recorría la calle. Había salido a propósito.

Estábamos a unos diez metros de distancia, cada uno quieto en su lugar, y estuvimos así durante un buen rato. Por fin, el muchacho puso el bote de basura en posición vertical. Se acercó, creí que el mundo se me venía encima, y el corazón empezó a presionarme contra las costillas. Cuando estábamos a sólo un metro de distancia, se detuvo.

Apreté los puños en el interior de los bolsillos y le susurré:

—Déjala en paz.

Me miró desde debajo de la capucha de su sudadera azul marino.

Y en algún lugar de mis profundidades, más allá de donde sabía que podía llegar, reuní el suficiente coraje como para decírselo de nuevo, esta vez más alto.

—Déjala en paz.

El muchacho me miró directamente a los ojos y me dijo algo que

no escuché. Lo repitió, y la segunda vez lo entendí.

—Vete a casa —dijo.

Yo conocía aquellas palabras y sabía por la manera como las había dicho que no quería decir que me volviera a mi departamento.

Luego levantó una mano y la apuntó hacia mi cara. Dio un paso hacia delante y me tocó la mejilla con la punta del dedo, hundiéndolo hasta el hueso debajo de mi ojo izquierdo. Giró la mano cuarenta y cinco grados y fingió que era una pistola, tres dedos retraídos y el pulgar en el aire, y dejó que una ráfaga de aire explotara en sus labios, el aliento caliente como una bola de fuego contra mi rostro.

—¿Comprende? —dijo en español.

Me sentía mareada. No sabía qué hacer. Quería alejarme. Quería salir corriendo de allí y no volver a verlo nunca más. Pero era un peso muerto. Muévete, pensé. Vete, Alma.

Di media vuelta y me puse a caminar. Oí el sonido de sus pasos, preparándose para correr y empujarme por detrás o derribarme o lo que fuera. Pero sólo era el roce de los pantalones contra mis piernas, paso tras paso, hasta que llegué a la carretera.

Durante el resto del día estuve al borde del ataque de nervios, el recuerdo del encuentro con el chico me pinchaba en la piel como un erizo. No podía quitármelo de encima. Cuando por la noche Arturo y yo nos sentamos a la mesa de la cocina, estaba callada y preocupada, con la mirada puesta en la taza de té, con el único sonido del traqueteo del radiador de fondo. Podía notar cómo me miraba Arturo (sabía que algo iba mal), pero a diferencia de la última vez, no me preguntó qué me pasaba.

Pasé los dedos por el borde de la taza. Arturo se aclaró la garganta y bebió otro sorbo de té. Alcé los ojos lo suficiente para ver cómo se la llevaba a los labios, para ver sus manos alrededor de la arcilla lacada: aquellas manos ásperas, con la piel lastimada alrededor de las uñas mordidas y los rasguños en los nudillos por rozar la parte superior de la caja cuando sacaba los champiñones de la tierra de dentro. Vi el cuello deformado de la sudadera Baltimore Orioles que habíamos comprado en la tienda de Goodwill y que siempre se ponía en casa, la barba rala en su mandíbula. Me conocía cada centímetro de su cuerpo, y sin embargo, en el último año, habíamos tenido muchos problemas para encontrarnos el uno al otro. Antes del accidente, éramos la pareja más feliz que hubiera conocido. «Nadie más —me decía Arturo— ha estado nunca tan enamorados como nosotros. Nadie más entiende siquiera lo que significa esa palabra.» Creíamos que éramos especiales. Creíamos que éramos indestructibles. Pero después del accidente, bajo los nubarrones del destino, algo cambió. Todavía nos queríamos tanto

como antes, pero era como si ninguno de los dos supiera qué hacer con ese amor. Era como si nuestro dolor fuera tan intenso que no dejara espacio para nada más. Cuando al principio nos tumbábamos en la cama uno en los brazos del otro, presionando nuestros cuerpos, piel contra piel, desaparecía la desesperación, porque redescubríamos de alguna manera algo que era familiar y bueno. Pero sentirnos en una comunión única enfatizaba nuestro dolor, y finalmente dejamos de intentar nada.

Pero cuando en ese momento lo miré, dentro de mí rugió el fuego. De repente estaba cansada de sentirme tan desprovista de todo, tan desarraigada por la tristeza. Quería ahogar aquel sentimiento, borrarlo de nuestras vidas como se barren las telarañas de un rincón polvoriento. Quería suprimir la angustia y la distancia, el remordimiento y la culpa, y reemplazarlos por algo nuevo. Quería que cada uno encontráramos el camino de vuelta hacia el otro. Incluso ahora, incluso después del día que había tenido. Sobre todo ahora.

Levanté el pie debajo de la mesa y lo froté contra la pierna de Arturo.

Me miró sorprendido.

—¿Qué? —preguntó.

Empujé de la mesa y me acerqué a él.

—¿Qué haces? —preguntó.

Le puse la mano en la nuca y me incliné para besarle la piel, respirando el aroma de su cabello.

—Alma —dijo separándose un poco.

Le quité la taza de la mano.

—¿Qué es todo esto? —le pregunté, tocando la piel raída alrededor de la uña del pulgar. Le levanté la mano hasta mis labios, cerrando mi boca alrededor de su pulgar, esperando a ver si protestaba. Le chupé cada uno de los dedos, uno por uno, mientras él me observaba.

Y entonces me subí a horcajadas encima de él.

—Te echo de menos —murmuré.

Arturo puso las manos en mis caderas y me atrajo hacia él.

—Estoy aquí —dijo.

—Más cerca —le dije.

Me acercó más y enterró la cara en mi cuello. Le pasé los dedos por el pelo sintiendo el calor de su cuero cabelludo, el suave roce de su bigote contra mi piel. Y en el momento en que entró en mí, creí que incluso después de todo, incluso después del accidente, después de haber viajado tan lejos, de dejar atrás el paisaje en el que nos habíamos despertado cada mañana toda nuestra vida (montañas de cedros y campos de naranjas, un lago azul y árboles de mango) no importaba lo que pasara porque estaríamos bien, siempre y cuando

nos tuviéramos el uno al otro. Contigo la milpa es rancho y el atole champurrado. Y luego, la estampida. Era como si todo el mundo suspirara. Como si todo cada humano y cada criatura y cada gas y líquido y mota de polvo y grano de arena y ráfaga de aire se asentaran todos a la vez, y que todo estuviera en su lugar en el universo. Aunque sólo fuera durante ese instante.

MAYOR

Poco después de Año Nuevo, la tía Gloria llamó a mamá para decirle que ya se había divorciado.

—Esteban ya no es parte de mi vida —dijo.

Mamá se puso a llorar.

—¿Por qué lloras? —le preguntó mi tía—. Es una buena noticia. Y escucha esto: ¡tiene que pagarme!

—¿Qué quieres decir? —preguntó mamá sollozando.

—¡Tiene que pagarme ochenta mil dólares!

Las lágrimas de mi mamá se secaron inmediatamente. Su voz sonó seria.

—¿Cuánto?

—Es por esa casa de verano que tenía. La que le dio su papá y a la que nunca fuimos. ¡Tiene que venderla y darme el dinero!

Mamá nos lo explicó durante la cena de aquella noche.

—Y nos dará algo a nosotros —dijo ruborizándose.

Papá se limpió la boca con una servilleta.

—¿Cuánto nos va a dar? ¿Cincuenta dólares? —preguntó sin dejar de sonreír.

—Bueno, eso ha sido feo —dijo mamá—. Te vas a avergonzar cuando te diga la cifra.

Miré a papá, que esperaba con la servilleta apretada en la mano. Mamá empezó a comer de nuevo separando delicadamente las alcaparras del arroz con los dientes del tenedor.

Se llevó el tenedor a la boca al menos cuatro veces antes de que papá finalmente dijera:

—¿Y bien? No te lo guardes como si fuera un secreto.

En los labios de mamá se dibujó una sonrisa.

—De acuerdo, no importa —dijo papá.

—¿No quieres saberlo?

—¿Por qué iba a darnos dinero?

—Porque lo necesitamos.

—¿Quién lo necesita? Nosotros no, estamos bien.

—¿Estamos bien? ¿Ahora estamos bien? ¿Llevas meses diciendo

que podrías quedarte sin trabajo, pero ahora me dices que estamos bien?

—Sí.

—Increíble.

Papá se llevó un buen montón de arroz a la boca, probablemente para evitar decir nada más.

Pero mamá no podía parar.

—Sólo digo que podríamos usar el dinero.

Papá dejó caer el tenedor en el plato con estrépito.

—¡Jesús, Celia! ¡Te he dicho que no lo necesitamos! ¿Cuánto nos va a dar? ¿Cien dólares? ¿Doscientos dólares? ¡Te digo que no los necesitamos!

—¡Si no quieres, no los aceptes! Ya me los quedaré yo, entonces.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Lo que digo.

—¿Quieres irte?

—¿Quién ha dicho nada de irse?

—Esto para ti y esto para mí. ¿Es eso lo que estás haciendo? ¿Como Gloria?

Mamá entornó los ojos.

Pero papá se había inflamado. Levantó el plato y lo estampó contra la mesa esparciendo el arroz, las alcaparras, los chiles y el pollo por el piso.

—¡Maldita sea, Celia! ¿Cuántas veces tengo que decirte que yo me hago cargo de esta familia? ¿Qué te parece que hago por ahí todos los días? ¿Crees que trabajo hasta deslomarme sólo por diversión? —Se puso de pie y derribó la silla.

Mamá frunció los labios y bajó la mirada al plato.

Él se inclinó sobre la mesa y la agarró por las muñecas.

—¡Mírame cuando te hablo! —tan pronto como mamá levantó la vista, papá la soltó con expresión de disgusto—. No sé cuántas veces… —murmuró sacudiendo la cabeza.

Luego se volvió, apartó con el pie la silla tirada en el piso, pasó por encima de la comida y salió de la cocina.

El tictac del reloj de la pared resonó débilmente. Temblaron las botellas de vinagre y salsa picante que mamá guardaba en el refrigerador. Sentí apuro por ella, sentada frente a mí, tensando el rostro, decidida a no llorar, pero me quedé en absoluto silencio, esperando a ver qué pasaba.

Finalmente mamá dijo en voz baja:

—Mayor, acábate el pollo.

Dos días más tarde, papá y yo nos enteramos de la noticia: tía Gloria nos daba diez mil dólares. Cuando entre mis padres volvió el río a su cauce, mamá dejó escapar el número durante la cena. Papá casi se atragantó con la comida.

—No puedo creerlo —decía mamá una y otra vez.

—Bueno, en los últimos años probablemente le hemos dado a ella casi la misma cifra —dijo papá una vez se recuperó de la conmoción.

—¿Diez mil dólares, Rafa?

—Hicimos lo que pudimos —dijo papá.

—Por supuesto que sí. Y ahora ella está haciendo lo mismo. Sólo que ella puede permitirse el lujo de hacer más. ¡Diez mil dólares! No puedo creerlo.

Papá no tardó mucho en hacerse a la idea. La mañana en la que aterrizó el dinero en la cuenta bancaria de mis padres, papá dijo:

—Creo que deberíamos comprar un auto.

—¿Un qué? —dijo mamá escupiendo un trozo de beicon que volvió a meterse en la boca.

—Nada del otro mundo —dijo papá—. No digo un Alfa Romeo, sólo un auto. Algo que funcione.

La sola idea lo hacía feliz.

—¿Un auto? —preguntó mamá estupefacta.

—Sí. ¿No has oído hablar de ellos? Cuatro ruedas. Van con gasolina.

No era ningún secreto que, desde su infancia, papá estaba loco por los autos, y la cúspide de su obsesión habría sido tener uno. Una vez se compró un ejemplar de *Autoweek* en el Newark Newsstand, y hacía años que se consolaba hojeándolo en el sofá, lamiéndose el pulgar antes de pasar cada página de papel brillante, mirando durante horas un Maserati negro o un Bugatti azul de formas redondeadas. Enrique y yo nos burlábamos de él, pero incluso cuando al cabo del tiempo a la revista empezaron a caérsele las páginas, papá las pegaba y seguía contemplando las imágenes.

—Pero ¿qué vamos a hacer con un auto? —preguntó mamá.

Miró a papá con una leve expresión burlona, como si acabara de sugerir que se compraran un elefante.

—¿A ti qué te parece? —dijo papá—. Manejarlo.

—¿Adónde?

—A cualquier lugar. Podría llevarlo al Pathmark.

—Yo no sé manejar.

—Ya aprenderás.

—¿Y yo puedo manejar? —le pregunté.

—Tú no tienes permiso —dijo papá.

—Pero cuando lo tenga, quiero decir.

—Rafa, en serio —continuó mamá—, no necesitamos un auto. Con ese dinero podríamos ir a Panamá diez veces.

Papá se frotó la barbilla. Nos miró a los dos, allí sentados, comiéndonos el desayuno. Me di cuenta, y estoy seguro de que mamá también, de que ya se había decidido.

—Tendremos un auto —dijo.

Los concesionarios de automóviles de nuestra ciudad estaban en Cleveland Avenue. Autos encerados y brillantes, tiras de banderines de plástico cruzando de lado a lado los estacionamientos. Pero, por supuesto, como papá buscaba una ganga, Cleveland Avenue no fue el lugar adonde nos dirigimos.

Tomamos un autobús hasta un sitio donde tenían a la venta un montón de autos usados que papá había encontrado en un anuncio del periódico. Estaba en medio de la nada, y el sol del invierno brillaba sobre las hectáreas y hectáreas de tierra que lo rodeaban. La hierba dura y seca crujía bajo nuestros pies mientras caminábamos y el viento aullaba y nos azotaba las caras.

Mamá hizo una mueca y se apretó el cuello del abrigo alrededor de la cara.

—¿Dicen que hoy va a nevar? —preguntó ella.

Papá ya iba muy por delante de nosotros.

—¿Va a nevar? —dije emocionado por la idea.

—No lo sé. Sólo lo pregunto. No puedo creer que ya estemos en enero y ni siquiera haya caído un solo copo.

Miré hacia el cielo. A pesar de que el aire era gélido, me pareció que el sol brillaba demasiado para nevar, pero tal vez me equivocaba. O al menos deseaba equivocarme.

La única razón por la que había ido con ellos era que papá pensó que podría necesitar un intérprete. Yo le dije que él hablaba inglés todos los días. Pero me contestó que no conocía el lenguaje de los autos. Para él, todo tenía su propio lenguaje: el lenguaje de los concesionarios de automóviles, el lenguaje de los negocios, el lenguaje de la política y así sucesivamente. En español conocía todos los lenguajes, pero a pesar del tiempo que llevaba hablando inglés, creía que sólo conocía algunos aspectos de la lengua. Me dijo que nunca hablaba con nadie de autos en inglés. Así que no conocía el lenguaje. Era inútil explicarle que yo tampoco me pasaba el día hablando de autos con la gente. Para él, yo conocía todas las variantes del inglés tan bien como él las del español. Y estaba tan orgulloso de que yo fuera tan bueno en una lengua como avergonzado de que no fuera mejor en la otra.

Había muchos autos parqueados en ángulos extraños, algunos con

los neumáticos deshinchados, otros sin neumáticos. Papá se adentró en aquel laberinto con las manos en los bolsillos y lo examinó en silencio.

Unos minutos después, un hombrecito de pelo gris vestido con una chaqueta a cuadros salió a saludarnos.

—*Nosdías* —dijo estrechándole la mano a papá—. ¿Cómo puedo ayudarlos, chicos?

—Queremos comprar un auto —dijo papá.

El hombre asintió con la cabeza.

—Tenemos unos cuantos. ¿Algo en particular? ¿Un sedán o una ranchera? ¿Un camión tal vez?

—Me gustaría algo rápido —dijo papá.

—¿Un deportivo? —preguntó el hombre.

Mamá le tiró de la manga para advertirle que era mejor no dejarse llevar. Como era de esperar, papá no le hizo caso.

—¿Tiene algo italiano? —preguntó él como si no acabara de ver todo en el lote.

—¿Un deportivo italiano? —dijo el hombre abriendo unos ojos como platos—. Me temo que no. Lo que tenemos aquí es sobre todo americano o japonés. Hay algunos Volkswagen. Pero Volkswagen es lo más europeo que va a encontrar. Hay uno de unos quince años que todavía funciona casi tan bien como Secretariat[6] en su mejor momento. Lleva transmisión manual, así que probablemente puede forzarlo bastante y conseguir que vaya bastante rápido. ¿Quiere echarle un vistazo?

Dudé de que papá entendiera todo lo que le dijo aquel hombre, pero lo siguió cuando nos llevó a la esquina trasera del estacionamiento donde un auto pequeño, marrón como el cacao en polvo, se recalentaba al sol.

—Aquí está —dijo el hombre—. Me lo trajo la semana pasada un colega de Bear. Está bastante bien por lo que puedo decir. Hay una abolladura en el cofre y los cinturones de seguridad van un poco flojos, pero las luces funcionan, el cambio de marchas es suave como la seda, y tiene dirección asistida. Sólo treinta y dos mil millas. Un poco de óxido en las llantas, como se puede ver, pero el radio también funciona. El aire acondicionado aún enfría, aunque no es que vaya a necesitarlo en esta época del año —dijo riéndose entre dientes—. Probablemente le durará otros diez años. Una verdadera belleza, si quiere saber mi opinión.

Yo no habría dicho tanto. El auto era pequeño y ordinario. Pero en comparación con el resto del inventario, bien podría haber sido un Lamborghini, y por la forma en que papá lo miraba me di cuenta de que se había quedado prendado de él.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Nos guiamos por el Kelley Blue Book,[7] así que nuestros precios son justos.

—¿Cuánto? —insistió papá.

—Dos mil trescientos —dijo el hombre.

Mamá soltó un gruñido.

—¿Le parece bien? —preguntó el hombre.

Papá, de repente el gran negociador, se encogió de hombros.

—Bueno, sólo estamos mirando —dijo.

—No va a encontrar nada mejor que esto —dijo el hombre acariciando el capó del auto.

Papá se asomó por la ventanilla del lado del pasajero.

—Dos mil cien —rebajó el hombre—. Son tiempos difíciles. Les daré un respiro.

Papá se paseó por el otro lado del auto y quitó la escarcha de la ventanilla del chofer con la palma de la mano.

Mamá se estremeció contra el viento.

—¡Rafa! —exclamó.

El viejo la miró, y al parecer interpretó que mamá le decía a papá que ya era hora de irse, porque dijo:

—Está bien. Dos mil redondos. Es la mejor oferta que puedo hacerle. Y puede llevárselo hoy mismo.

Papá dio una vuelta más alrededor del auto, la luz del sol se reflejaba en el parabrisas trasero.

—¿Acepta cheques? —preguntó por fin.

Volvimos a casa, dos mil dólares más pobres, en nuestro nuevo Volkswagen Rabbit. En aquel concesionario, el viejo Ralph Mason, de cuyo nombre nos enteramos mientras hacíamos los papeles de la compra del auto, le dio a papá una lección rápida sobre los caprichos del cambio de marchas manual. Mamá y yo nos sentamos en el asiento trasero mientras el señor Mason, desde el lado del pasajero, le explicaba a papá los misterios de los engranajes diciéndole cuándo debía presionar el embrague y cuándo soltarlo. «¡Suéltelo!», gritaba el señor Mason. «¡Dele gas!» Y papá obedecería lo mejor que podía. Al principio fue un desastre, y cada vez que el auto daba un tirón mamá exclamaba «¡ay!», pero aprendió la coordinación básica con una sorprendente facilidad. Diez minutos después, el señor Mason declaró a papá conductor nato. «El mejor alumno que he tenido nunca», dijo dándole una palmada en el hombro. Papá sonrió. En el asiento de atrás, mamá entornó los ojos.

En el camino a casa, a papá no se le caló el auto ni una sola vez. Por supuesto, no pasó de las treinta millas por hora, incluso cuando llegamos al tramo de la Ruta 141 entre la I-95 y Kirkwood Highway.

Se arrastró hacia la 141 con cautela, como un escarabajo en la punta de una rama, y mantuvo una velocidad constante a pesar de que todos los demás autos nos pasaban a toda velocidad, tocando el claxon.

—¿Qué haces? —preguntó mamá con el cinturón bien abrochado.

Papá, centrado en la carretera, no dijo nada.

—¡Todo el mundo nos está adelantando!

—¡Déjalos! —dijo agarrando el volante con ambas manos.

—No, esto no es bueno, Rafa. Tienes que seguir el ritmo.

—El límite de velocidad es de cincuenta —le dije, tratando de ser útil.

Mamá miró el velocímetro.

—¡Sólo vas a veinticinco!

Una vez más, papá no dijo nada. No ofreció ninguna explicación, no se defendió. Sólo se centró en la carretera y en manejar el auto.

El claxon de un camión rugió a nuestro lado. Desde lo alto, el conductor nos enseñó el dedo.

—No puedo mirar —dijo mamá tapándose los ojos.

—Esto es horrible.

—¡Dele gas! —dije imitando la voz del señor Mason.

—Escúchenme —dijo papá—. Sé lo que hago.

—Ojalá no nos encontremos con alguien conocido —dijo mamá.

—Estamos en la carretera, Celia, no en una fiesta.

—¡Es tan vergonzoso!

—Nadie sabe siquiera que tenemos auto —señaló papá.

—Y si no vas más rápido me parece que no lo tendremos mucho más tiempo.

—Sé lo que hago.

—¡Es peligroso, Rafa! Todo el mundo tiene que adelantarnos.

Yo miraba por el parabrisas trasero de vez en cuando, y veía a la gente cómo cambiaba de carril y nos lanzaban ráfagas con las luces largas. En ese momento, vi un auto que venía desde lejos por nuestro carril y que tuvo que desviarse a un lado justo antes de chocar con nosotros. El conductor no se había dado cuenta de lo lento que íbamos hasta que fue demasiado tarde, o calculó mal lo rápido que había llegado hasta nosotros. Patinó en el arcén como papá, que, inconsciente de lo que pasaba detrás, mantuvo la misma velocidad. El conductor enderezó el auto, puso el intermitente y salió disparado de nuevo en medio del tráfico de la primera salida. Cuando pasó por nuestro lado gritó por la ventanilla abierta: «¡Aprende a manejar el puto auto!».

Mamá se hundió en su asiento.

—¡Ay Dios! —dijo.

—Es mejor que Enrique no esté aquí —dije.

—Sí porque tendría cuerda para rato con esta historia —comentó mamá.

—Ya casi llegamos —dijo papá.

—¿Adónde? —preguntó mamá.

—A la salida.

Y cuando llegamos a la salida, dos millas y media más tarde, papá redujo hábilmente las marchas hasta meter la primera y dejar el auto al ralentí en un semáforo en rojo. Mamá se incorporó.

—No lo entienden —dijo papá—. Te detienen.

—¿Quién? ¿De qué estás hablando? —preguntó mamá.

—Por eso he sido tan cauteloso.

—¿Quién te detiene?

—La policía. Si eres blanco, o tal vez oriental, te dejan manejar como quieras. Pero si no lo eres, te paran.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Los chicos de la cafetería. Eso es lo que dicen. Si eres negro o moreno, automáticamente piensan que has hecho algo mal.

—Rafa, eso es ridículo. Vivimos aquí desde hace quince años. Somos ciudadanos.

—La policía no lo sabe. Ven una cara morena a través del parabrisas y, ¡bum!, conectan las sirenas.

Mamá sacudió la cabeza.

—¿Era eso?

—No quería darles razones para detenerme.

—Has manejado como un ciego, Rafa. Eso les da motivo suficiente para detenerte.

—Todos deben obedecer la ley. Pero nosotros tenemos que obedecerla el doble.

—¡Pero eso no significa que tengas que ir dos veces más lento que los demás!

El semáforo se puso en verde y papá metió la primera. Pasamos por debajo del paso elevado, una sombra colgando sobre el auto como una manta.

—La próxima vez tratar de hacer lo mismo que los demás y ya está —señaló mamá.

—El camino del mundo —dijo papá.

—¿Qué? —preguntó mamá cuando salimos de nuevo a la luz del sol.

—Haz lo mismo que los demás. Ése es el camino del mundo.

—Bueno, así es como se hace en América, al menos —dijo mamá.

A pesar de que el estado de ánimo general de nuestra casa se había levantado, yo todavía estaba clavado al piso, así que no había visto a Maribel desde Navidad. En aquella ocasión le dije que tardaría un tiempo en volver a verla. Ella mejoraba, recordaba mejor las cosas (yo no tenía que repetírselas tan a menudo y a veces incluso podía referirme a lo que habíamos hablado días antes), pero no estaba seguro de si se acordaba de esto, y esperaba que no creyera que no le estaba haciendo caso o que había perdido el interés. En todo caso, estar clavado al piso sólo me sirvió para echarla de menos, y me sentaba en casa casi todas las tardes, deprimido, mirando por la ventana llena de escarcha, con la esperanza de verla cuando se bajaba del autobús. Y luego me daba media vuelta, porque sabía que si la veía sería una tortura. Y entonces volvía, porque no verla también era una tortura. Y después me mantenía alejado de la ventana un rato y me daba una ducha o leía o jugaba a algo en el móvil, pero no servía de nada. Me ponía a dar vueltas por el departamento, ansioso, sin saber qué hacer, sin saber a dónde ir, y me sentía como si estuviera a punto de perder la razón.

En la escuela, las cosas no fueron mejor. Me sentaba en mi pupitre, dibujaba sombreros y bigotes a la gente de las fotos de mis libros de texto mientras pensaba en Maribel. Me preguntaba qué estaría haciendo, si se sentía tan triste como yo, o cómo llevaría el cabello, o cómo se habría vestido. Cada vez que un profesor me preguntaba algo, yo no tenía idea de en qué parte de la lección estábamos. Sólo respondía: «¿Eh?». Y por lo general, después de que me mirara decepcionado o, más a menudo, extrañado, yo me desplomaba en la silla y me sentía como una mierda. Iba al despacho de la enfermera y me quejaba de que me dolía el estómago o la cabeza o le decía que estaba bastante seguro de que tenía la gripe porcina y que tenía que irme a casa. La enfermera me tomaba la temperatura y me enviaba de vuelta a clase.

A veces, cuando llegaba a casa de la escuela, alguna de las amigas de mamá estaba en la sala bebiendo café recién hecho en las tazas de Café Duran que mi mamá reservaba sólo para los invitados. De vez en cuando venía la señora Rivera, cuya compañía codiciaba mamá, y siempre que estaba allí, me quedaba en el pasillo y escuchaba a escondidas esperando a que contara algo de Maribel. Una vez, mamá mencionó mi nombre y después de una pausa la señora Rivera dijo:

—Parece que le gusta Maribel, ¿no?

—¿A Mayor?

—Es bueno para ella, creo. Se alegra cuando él está cerca. Es más como era.

—¿En serio? —mamá pareció realmente sorprendida.

—Pero ¿ha pasado algo? —preguntó la señora Rivera—. No viene a

verla desde hace un tiempo.

—¿No te lo dije? Rafa lo castigó. Mayor se metió en una pelea en la escuela y a Rafa se le acabó la paciencia, como de costumbre. Es tan gruñón…

—¿Fue algo serio? —preguntó la señora Rivera—. ¿Qué hizo Mayor?

—No, no. No fue nada. Confía en mí, Mayor es un buen chico.

La señora Rivera no dijo nada al respecto, y me pregunté si había creído a mamá o si la pelea y el castigo habían arruinado la imagen que tenía de mí.

Un día llegué a casa de la escuela y Quisqueya estaba sentada en el sofá, al lado de mamá y con las piernas cruzadas. Antes venía a menudo, pero últimamente no la había visto tanto. Sus peludas botas de nieve estaban junto a la puerta y su sombrero de piel blanca descansaba como un pastel en el centro de la mesa de café.

—¿Cómo te ha ido el día? —me preguntó mamá cuando dejé caer la mochila.

—Bien.

—¿Algo interesante?

—No.

—Estos días es un hombre de pocas palabras —le dijo mamá a Quisqueya.

—Como todos los hombres —dijo Quisqueya—. Excepto mis hijos, por supuesto. Cada noche me llaman desde la universidad para hablar conmigo.

—Dime otra vez a qué universidad van —le dijo mamá fingiendo que no lo recordaba.

—Tienes poca memoria, Celia. Están en Notre Dame.

—¡Ah, claro! Notre Dame. No sé por qué nunca me acuerdo.

Quisqueya se volvió a mirarme.

—Me he dado cuenta de que has estado pasando mucho tiempo con la chica de los Rivera —dijo.

—No últimamente. Mayor está castigado —dijo mi mamá.

—¡Castigado! —jadeó Quisqueya.

Mamá sacudió la cabeza como si se arrepintiera de haberlo mencionado.

—No fue nada —dijo ella.

—Bueno, antes pasaba mucho tiempo con ella.

Quisqueya se volvió hacia mí de nuevo.

—Es una pena, ¿verdad? Pero cuando te veo con ella parece que ustedes hablan de verdad. Como la gente normal.

—No sabe nada de ella —le dije con una voz plana como una

pared, sonrojándome.

—No tanto como tú, sin duda —dijo Quisqueya.

—Son sólo amigos —dijo mamá.

—Por supuesto. Así es como se empieza —respondió Quisqueya.

—Mayor, vete a tu cuarto y haz la tarea —ordenó mamá.

—No tengo tarea.

—Hacer la tarea es bueno —dijo Quisqueya—. Mis hijos sí que trabajan duro donde están —y se dirigió a mamá de nuevo—: ¿Te conté que los dos se han especializado en informática? Deberías ver sus trabajos. ¡Todos esos términos técnicos! A ellos les encanta. Pero yo les digo: «¡Por favor! ¡Sólo soy su mami! No entiendo nada de eso».

—Tal vez es porque le pasa algo malo a su cerebro —le dije.

—¡Mayor! —gritó mamá.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Quisqueya.

—Lo siento —se disculpó mamá—. No sé qué le pasa últimamente.

—He dicho que quizá no entiende nada de eso porque le pasa algo malo a su cerebro.

Quisqueya palideció.

—¡Ya basta, Mayor! ¡A tu cuarto! —dijo mamá saltando del sofá y señalando la habitación; como no me moví, gruñó—: ¡Ahora!

Todo aquello eran sandeces. Quisqueya, Garrett, papá o cualquier otra persona del mundo podía decir lo que quisieran, pero Maribel y yo estábamos hechos el uno para el otro. Lo sabía.

Así que al día siguiente, en vez de irme directamente a casa después de la escuela, cuando llegué a nuestro edificio, me dirigí a su departamento. Me temblaban las piernas por miedo a que mamá, o peor, papá, me pillara, así que tan pronto como la señora Rivera entreabrió la puerta mirando por encima de la deslucida cadenita dorada del pestillo, le dije:

—¿Puedo entrar?

—¿Se supone que deberías estar aquí? —preguntó.

—¿Está Maribel?

—¿No estás clavado al piso, Mayor?

—Estaba castigado, sí. Pero ya no lo estoy.

Vi la duda en su rostro.

—Papá me ha levantado el castigo —añadí, y finalmente me dejó entrar.

Maribel estaba en el cuarto, de pie junto a la ventana. Llevaba la bufanda roja que le había regalado en Navidad e hice todo lo que pude para no acercarme y besarla en el acto.

—Hola —le dije.

Se dio la vuelta y me miró, perpleja.

—Quería verte —le dije.

Maribel me miró, parpadeando con sus largas pestañas.

—¿Tienes un carro? —dijo al fin.

—¿Te has enterado? Sí. No es, vaya, un buen auto ni nada. Y no es mío, ya sabes. Es de mi papá.

—¿Dónde está?

—Fuera, en el estacionamiento. Mi papá no lo ha manejado desde que nos trajo a casa.

—Así que el carro está triste.

—¿Triste?

—Está solo.

—Si tú lo dices.

—¿Podemos visitarlo?

—¿El auto?

Entonces me di cuenta de qué trataba de hacer. Ves, era inteligente. Era mucho más inteligente de lo que la gente pensaba. Sonreí.

—Quiero decir, claro. Si quieres.

Le dijimos a su mamá que íbamos a mi departamento y le prometimos, como siempre, que no me separaría de Maribel en los apenas treinta pasos que separaban su casa de la nuestra.

—No digas nada —le dije a Maribel cuando entramos en nuestro departamento.

Tan silenciosamente como pude, agarré las llaves del auto, que estaban en el alféizar de la ventana, y las apreté en el puño para que no tintinearan. Entonces di media vuelta y le indiqué a Maribel que me siguiera. Estuvimos fuera antes siquiera de que mamá se diera cuenta de nada.

Abrí la portezuela del auto y dejé subir a Maribel, entonces corrí hacia el lado del conductor y me senté a su lado. El auto estaba helado por dentro y olía a cobre y a humedad, como la nieve. Vi que alguien (mamá, supuse) había colgado un rosario sobre el espejo retrovisor.

Maribel se sentó y pasó suavemente la mano por el tablero de mandos de cuero.

—Mi papá siempre quiso un auto —le dije—. Desde que era un niño. Pero en vez de eso tenía un burro.

—¿Un burro?

—Lo llamaba Carro.

Maribel se rio.

—Sí, lo sé. Un burro llamado Carro. Qué tontería.

—Tu papá es muy chistoso.

—En realidad no —le dije.

Puse las manos alrededor del volante. Cuando accidentalmente rocé el freno con el pie, la suela de mi zapatilla chirrió contra las crestas del pedal.

—¿Sabes manejar? —preguntó Maribel.

—Más o menos —le dije—. No me he perdido ni una sola clase de manejo en todo el trimestre pasado, así que ya tengo la parte teórica, pero todavía no he hecho el examen para el permiso. Mi amigo William ya lo hizo, y lo pasó sin ningún problema, así que no puede ser tan difícil. Lo único que me preocupa es parquear en paralelo, pero probablemente nunca tendré que parquear en paralelo si no voy a Filadelfia o a Ciudad de México o a un sitio así. No lo sé.

El profesor de manejo, el señor Baker, siempre hacía que manejáramos hasta su casa, así podía darle de comer al perro. Cada año, durante la noche de las gamberradas,[8] le hacíamos alguna trastada en su casa y él siempre se quejaba al director, pero era algo así como, eh, si no llevaras a los chicos a tu casa continuamente, nadie sabría dónde vives y no te pasaría eso. Es una especie de idiota.

—Has hablado mucho rato.

—¿Ah, sí?

—Como una hora.

—¡Qué va! Ni mucho menos.

—No me importa —dijo.

—¿Qué? ¿Que no te importo? —quería ver qué decía, pero se ruborizó.

—Me gusta este carro —dijo—. Es muy *cool*.

Rozó la consola central con les dedos, sus uñas rasparon el plástico duro. Vi cómo le sobresalía el hueso de la muñeca al mover la mano y sentí que la sangre me golpeaba contra los oídos.

Eché un vistazo rápido por la ventanilla y por el retrovisor para ver si alguien nos estaba mirando. Antes creí oír una puerta que se cerraba, pero ahora cuando miré no vi a nadie. No sabía cuánto tiempo tendría antes de que su mamá o la mía salieran de casa a buscarnos. Estaba muy acalorado a pesar de que el auto estaba helado como el infierno. Me desabroché el abrigo.

—¿Mayor? —dijo Maribel.

—¿Sí? —dije, y contuve la respiración.

—Siento como si fueras la única persona que… me… ve.

—Tal vez los demás sólo necesitan gafas —le dije intentando bromear, pero se quedó callada, y apreté las manos alrededor del volante hasta que me tiró tanto la piel que pensé que me iban a estallar los nudillos.

Me volví hacia ella. Desde aquella primera ocasión, todo lo que

quería hacer era besarla de nuevo. Relájate, me dije. No es nada. Sólo…

Cerré los ojos y me incliné hasta que mi boca encontró la suya. Le puse una mano en el hombro, sobre el anorak, agarrando la tela en mi puño. Su nariz rozó mi mejilla, y la lana de la bufanda me hizo cosquillas en la barbilla. Después de unos segundos, deslicé la lengua en su boca, sorprendido por la sensación de sus dientes de nácar y por la humedad de su lengua cuando tocó la mía. Le acaricié el cuello, la piel caliente y suave, y aquello aceleró los latidos de mi corazón. Bueno, de eso nada: en realidad mi corazón estaba en plena competición de obstáculos y de saltos de altura y hasta de los putos saltos con pértiga. Me apretaban los pantalones. Podía sentirlo, pero no me importaba. Sólo seguimos besándonos, mi mano bajo su bufanda. Y entonces mis pantalones estaban húmedos y cálidos. Me aparté. Me tapé la entrepierna con las manos y me aparté de ella.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —dije.

Como si fuera verdad…

NELIA ZAFÓN

Soy una boricua fuerte y orgullosa nacida y criada en Puerto Rico hasta que le dije a mi mami en 1964, el año en que cumplí diecisiete, que quería vivir en Nueva York y bailar en Broadway. Mi mami me montó una escenita infernal. «¡Tienes diecisiete años y no tienes dinero! ¡Estás más perdida que un juey bizco!» Todo eso. Pero yo tenía el sueño de ser la próxima Rita Moreno. Iba a ser una estrella. Le dije a mi mami: «¡Me verás en el cine!». Y me fui.

No conocía a nadie cuando llegué a Nueva York. Las tres primeras noches dormí en el piso de la estación Grand Central, viendo los pies de todos lo que pasaban a mi lado, los hombres con mocasines, las mujeres con zapatos de charol con tacones. Hacían clic clic clic. Todos tenían un lugar adonde ir menos yo. Había llegado a mi destino, ¿y ahora qué? Un sueño no es lo mismo que un plan. Empecé a sentir que quería volver a casa, pero la manera en que me fui, y todo aquel discurso sobre la honradez juvenil y la convicción que le solté a mi mami como un tornado… Me habría dado vergüenza volver tan pronto. Mi mami habría dicho: «¿Lo ves, nena? Después de todo aún eres una niña». No. Había hecho una apuesta y ahora tenía algo que demostrar, a mi mami y a mí misma, a todos, al barrio entero. Tenía que demostrar que podía hacerlo.

Y tuve suerte. En la estación de tren conocí a una chica llamada Josie, a la que sus padres habían echado de casa por fumar marihuana. Ella tenía un amigo, un chico de Queens que se iba a la guerra e iba a quedarse en su departamento hasta que él regresara. Nunca voy a olvidar lo que dijo: «Tengo que regarle las plantas para que no se mueran». Más tarde, cuando no regresó a casa, cuando ni tan sólo pudieron encontrar suficientes partes de su cuerpo para ponerlas juntas y mandarlas de vuelta, ella lloró tanto y durante tanto tiempo que supe que estaba enamorada de él. Lo esperaba, todos los días echaba tazas de agua en las vasijas que contenían las plantas, las ponía al sol, las cuidaba porque pensaba que era una manera de cuidarlo a él.

Viví en aquel departamento durante un año. Había encontrado trabajo de camarera, pero Josie nunca me cobró la renta. Me dijo que

los padres de su amigo pagaban el departamento. Estaba cubierta. Así que invertía todo mi dinero en clases de baile e interpretación a las que asistía por las mañanas en un pequeño estudio en Elmhurst. A la hora de comer, rebañaba las sobras de los platos de los clientes del restaurante. Me comía lo que la gente se dejaba en los recipientes de cartón desechables y ahorraba. Croquetas de papa, cortezas de pan tostado, fideos, crema de maíz, todo eso. Al jefe no le importaba.

Iba a cástines cuando me enteraba de que había alguno. Recuerdo que hubo una convocatoria abierta para *El hombre de La Mancha* en un pequeño teatro de Greenwich Village. Hice la prueba para el papel de ama de llaves. Cuando llegué, un hombre fue alineando a todas las chicas. Recuerdo que le pregunté si pasaba algo por que no fuera española. Porque, por supuesto, era una obra de teatro española.

—¿Qué es usted? —dijo.

—Puertorriqueña —le dije.

—¿Cuál es la diferencia? —dijo.

No conseguí ni aquel papel ni ninguno más después de aquél. Ni uno solo. Y lo intenté durante años. Después de la noticia de la muerte del amigo de Josie, dejé el departamento de Queens, no me sentía bien allí. Josie se negó a irse. Se hizo cargo de la renta y siguió regando las plantas. Tal vez se negara a admitir la realidad o tal vez fuera la única manera de aferrarse a alguien que había amado. Tal vez todos deberíamos ser tan apasionados como ella.

Cuando me fui, encontré un lugar en el sótano de la tienda de la esquina. Un sótano de verdad. Tenía paredes de piedra húmedas y una ventana del tamaño de un ojo entrecerrado. Bailaba durante todo el día y tomaba trenes y autobuses por toda la ciudad para ir a los cástines, y por la noche llevaba bandejas de comida y coqueteaba con los hombres para que me dieran grandes propinas. A veces, de vuelta a casa, cuando entraba en el departamento del sótano, agotada, pensaba: «¿Es así? ¿Este país? ¿Mi vida? ¿Esto es todo?».

Pero incluso cuando lo pensaba, en el fondo de mi interior una vocecita me decía que había algo más. Y que lo encontraría.

Pero no lo encontré. Trabajé como una loca. Practiqué en la escuela de baile hasta que me sangraron los pies y se me hincharon las rodillas como globos de agua. Me frotaba con Vicks los talones agrietados y me di tantos baños calientes que he perdido la cuenta. Fui a un maestro de voz y canté hasta tener la garganta en carne viva. Me maté a trabajar, pero nunca conseguí nada. El mundo ya tuvo a su Rita Moreno, supongo, y sólo había espacio para una boricua. Así es como funciona. Los estadounidenses pueden aceptar a una sola persona de cada lugar. Tenían a Desi Arnaz de Cuba. Y a Tin Tan de México. Y a Rita Moreno de Puerto Rico. Pero en cuanto hay más de uno alzan las manos. «¡No, no, no! Sólo teníamos curiosidad. En

realidad no nos interesan.»

Pero soy una luchadora. Si me acorralan contra las cuerdas, me revuelvo. Así que pensé, bueno, si no lo encuentro, entonces sólo queda una opción: lo crearé.

Investigué y descubrí que los impuestos más bajos para las nuevas empresas eran los de Delaware, así que ahorré dinero durante un tiempo (dejé de ir a clases y trabajé turnos extra en el restaurante) y le dije adiós a Nueva York. Me vine a Wilmington para tratar de crear mi propia compañía de teatro. Conseguí un trabajo de camarera de nuevo, sólo por las noches, esta vez en un bar, y durante el día me ocupaba de levantar la compañía de teatro. Era una época diferente. La sociedad era diferente. Amor libre, compañerismo, conectar, sintonizar, perderse. Había comunidades de artistas, personas que no querían trabajar para las grandes corporaciones, personas que estaban dispuestas a ayudar a una chica como yo, y muchas veces trabajaban gratis. Conocí a un tipo que me ayudó a construir escenarios y a poner algunas luces. Lo pintaba todo yo misma. Tenía un camión entero lleno de bancos de madera de una iglesia que estaban reformando. Los alineaba imaginándome a toda la gente que algún día vendría a ver mis espectáculos. El Teatro Parroquial, lo llamé, por aquellos bancos.

En 1971 hicimos la primera producción, una obra llamada *The Brown Bag Affair*. Era muy picante, provocativa, con un montón de desnudos, pero la historia tenía mucha fuerza, y aunque las primeras semanas sólo vinieron unas pocas personas, empezó a correr la voz. Primero tuvimos una audiencia de diez personas, pero con el tiempo llegamos a las veinte, sentadas hombro con hombro en aquellos largos bancos. Cada pocos meses estrenábamos un nuevo espectáculo, y dos años después de abrir las puertas, venían multitudes a vernos regularmente. El teatro no daba mucho dinero, pero sacábamos lo suficiente como para mantener las obras en cartel. Aquello sí que era una especie de milagro.

Ahora, veinte años después, todavía dirijo el Teatro Parroquial. Sólo hacemos una representación semanal. A veces aún actúo, pero con lo que ahora disfruto de verdad es dirigiendo a otros actores, observando cómo actúan, sobre todo los jóvenes. Yo fui como ellos. Me veo reflejada. Y ahora que lo pienso bien, esto es lo que es. Mi vida. Este país. Tardé mucho tiempo en empezar, y nunca llegué a ser una gran estrella, pero ahora me siento orgullosa cuando vuelvo a Puerto Rico a visitar mi viejo barrio en Caguas, porque, en cierto modo, lo conseguí, después de todo.

Hace unos meses conocí a un hombre que vino al teatro. Es más joven que yo, un gringo, abogado, tan joven y tan guapo. ¡Cielos! No tenemos casi nada en común, pero de alguna manera hacemos buena pareja. Me hace reír. ¿Cómo puedo explicarlo? Tiene espíritu. Tengo

cincuenta y tres años y las manos arrugadas. Nunca he estado casada, y ahora esto. Nunca se sabe lo que nos deparará la vida. Dios sabe lo que hace. Pero eso es lo que la hace tan emocionante, ¿no? Eso es lo que me mantiene. La posibilidad.

ALMA

Un día, a finales de enero, Maribel y yo estábamos sentadas a la mesa repasando su tarea cuando, tres horas antes de lo habitual, Arturo volvió del trabajo. Entró por la puerta, la cerró de golpe y avanzó por el pasillo.

Maribel me miró sorprendida.

—Ahora vuelvo —le dije.

Encontré a Arturo en el baño, quitándose la ropa, que desprendía trocitos de champiñón. Abrió el grifo y, sin esperar a que el agua saliera caliente, se metió en la ducha dejando que el chorro le cayera en la nuca.

—¿Estás bien? —le pregunté.

No contestó.

Apoyé las manos en el borde del lavabo, sintiendo la porcelana, fría y suave, y me miré en el espejo. El miedo se apoderó de mí unos segundos. ¿Qué había pasado? ¿Alguna cosa con el chico?

—¿Ha pasado algo? —le pregunté tratando de ocultar la ansiedad en mi voz.

Arturo sacó la cabeza de debajo del agua, grandes gotas se deslizaron por su rostro, goteando desde las puntas del bigote.

—¿De verdad quieres saberlo? —dijo—. Me han despedido.

—¿Despedido?

—Sí, porque cambié el turno. Aquella mañana cuando me quedé en casa por el primer día de clase de Maribel.

—¡Pero eso fue hace meses!

Arturo cerró el grifo con tanta fuerza que pensé que lo rompía. Agarró la toalla del piso y se frotó hasta secarse; el pelo enmarañado en el pecho, el pene flácido colgándole entre las piernas robustas.

—No lo entiendo —le dije.

Arrojó la toalla al piso.

—¡Chingao!

—Tiene que ser un error. Si pasaron por tanto trámite para conseguirte una visa, ¿por qué hacerlo si luego te iban a echar a la calle?

—Porque son unos cobardes.

—¿Qué significa eso?

—La única razón por la que se ocuparon de nuestras visas es que el gobierno los presiona para contratar trabajadores con papeles. Pero ahora todo el mundo dice que es pura cháchara.

—¿Pero eso significa que tengan que despedirte? ¿Qué van a hacer ahora? ¿Despedir a todo el mundo y contratar a personas sin papeles?

—Probablemente. Así se ahorran bastante dinero.

Pensé que yo podría llamar a su jefe y explicar la situación. Tal vez si supiera lo de Maribel demostrara compasión. Quizá si supiera lo que significaba para nosotros. Esto no era lo que tenía que suceder. Habíamos seguido las reglas. Nos habíamos dicho a nosotros mismos que no seríamos como los demás, como aquellas personas cargadas de bultos que se iban al norte sin esperar primero la autorización adecuada. Nosotros no estábamos menos desesperados que ellos. Entendíamos, igual que ellos, lo mucho que una persona puede desear algo: el dinero, o la paz de la mente, o una mejor educación para su hija lesionada, o simplemente una oportunidad, ¡una oportunidad!, en esta cosa llamada vida. Pero seríamos diferentes, dijimos. Quisimos hacerlo de la manera correcta. Así que rellenamos los papeles y esperamos casi un año antes de venir. Esperamos a pesar de que habría sido mucho más fácil no esperar. ¿Y para qué?

Arturo terminó de secarse en silencio.

—He trabajado mucho —dijo después de un buen rato.

—Lo sé.

—Hice lo que pensé…

—Lo sé —le dije.

Ambos nos quedamos en silencio durante un momento.

—Tal vez podría buscar un empleo —sugerí.

—No. Nuestras visas sólo permiten que trabaje yo. Tengo treinta días. Si puedo encontrar algo dentro de esos treinta días, entonces nos quedaremos. Puede ser cualquier cosa. Con un cheque nuestras visas serán válidas.

Me acerqué a él, pero dio un paso atrás, tenso, encerrado en sus pensamientos.

—Encontrarás algo —le dije.

Así que durante el día, todos los días, Arturo buscaba trabajo. Se vestía con la ropa de ir a la iglesia (pantalón negro, camisa con botones, cinturón marrón y sus botas de vaquero), entraba en una tienda tras otra y pedía un formulario de solicitud de trabajo. La gente se reía en su cara.

Le decían: «¿No has oído que la economía se ha ido al carajo? No

podemos deshacernos de los trabajadores con la suficiente rapidez». Le decían: «Arrástrate de vuelta al otro lado del río, amigo». ¿Pero qué podía hacer más que intentarlo en el siguiente lugar, y en el otro, y en el otro?

Tuvimos que usar el dinero de nuestros ahorros para pagar la renta. No había otra opción. Arturo y yo tratamos de razonar con Fito, pero Fito era firme. «Me siento mal por ustedes —dijo—. De verdad. Pero tengo una hipoteca que pagar y depende del cobro.» Arturo le estrechó la mano y le aseguró que le traería el dinero pronto, a pesar de que tanto Arturo como yo temíamos que podría no ser cierto. Dos meses, calculamos, era el tiempo que podíamos estar sin un sueldo.

Hice arroz con frijoles y arroz con frijoles y más arroz con frijoles, pero como no podíamos permitirnos chiles o jamón o algo para condimentarlo, pronto nos cansamos del arroz con frijoles. «Avena —sugerí—. Todavía tenemos la avena.» Pero ni Arturo ni Maribel querían aquello.

Caminábamos por el departamento en penumbra, encendiendo las luces sólo después de que el sol se hubiera puesto. Manteníamos el calor de la noche. Nos duchábamos en días alternos para ahorrar agua. Todavía lavaba la ropa en la lavandería, pero me la llevaba a casa empapada y la secaba en el mostrador de la cocina y en el piso. La habría tendido en la baranda del balcón, pero tenía miedo de que se congelara. Por la noche, en lugar de sentarnos a la mesa de la cocina a beber té, ahora Arturo y yo simplemente bebíamos agua hervida, pero aquello era sólo un pobre sustituto y tratar de fingir lo contrario me deprimía aún más.

Trataba de estar en el departamento durante el día por si Arturo volvía a casa a comer o para dejar formularios de solicitud. Yo le hacía la comida y lo alentaba, y entonces se reanimaba otra vez, dispuesto a continuar. Yo iba sólo hasta el Dollar Tree o la lavandería, que como estaban tan cerca no tenía que estar fuera mucho rato. La Community House estaba demasiado lejos, y si hasta entonces sólo había ido a las clases de inglés un par de veces, ahora dejé de ir por completo. Pero todavía tenía ganas de aprender inglés, así que le pedí a Celia que viniera a enseñarme algunas cosas. Trajo un libro que ella y Rafael habían utilizado cuando llegaron por primera vez a los Estados Unidos. Tenía ilustraciones para mostrar el vocabulario básico (las palabras de los colores, los alimentos, las partes del cuerpo, los animales) como los libros de las primeras palabras de un niño.

—Rafa y yo aprendimos inglés en la escuela de Panamá —dijo Celia—. Pero cuando llegamos aquí, tuvimos que refrescarnos la memoria.

Nos sentamos a la mesa de la cocina.

—Miércoles. *Wednesday* —empezó.

Repetí las palabras.

—Jueves. *Thursday* —dijo.

—*Tursday* —dije.

—No es *Tursday* —dijo—. *Thursday*. Presiona la lengua contra la parte posterior de los dientes.

—¿Dónde está mi lengua ahora? —le pregunté.

—En la parte superior de la boca, creo. Prueba de nuevo.

Pero yo no sabía qué quería decir y cada vez que repetía «*Tursday*» Celia me corregía.

—*Thursday*.

—*Tursday*.

—*Thursday*.

—*Tursday*.

—No, *Thursday. Th, th, th*.

—*Thursday* —dije.

—¡Ya lo tienes! —exclamó Celia.

Cuando Celia no me daba lecciones, me sentaba delante de la televisión con el diccionario que me había dado la profesora Shields y buscaba todas las palabras de los subtítulos que podía mientras parpadeaban en la pantalla.

Aprendí la frase «¿Está contratando a trabajadores?». Y se la enseñé a Arturo. Pensé que tal vez si se acercaba a los empleadores potenciales en inglés, tendría más oportunidades. Pero después de haberlo probado en varios lugares, dijo que se sentía tonto. «Lo digo y entonces me contestan en inglés y ya no sé seguir. Me miran como si fuera estúpido.»

—No eres estúpido —le dije.

—Para ellos sí —dijo.

Y sin embargo, a pesar del estrés de la búsqueda y de la ansiedad sobre qué pasaría, desde aquella noche en la cocina me sentí más cerca de Arturo, aunque sólo fueran unos centímetros, y me di cuenta de que él también se sentía más próximo a mí. A veces me tomaba de la mano bajo las cobijas cuando nos tumbábamos uno junto al otro en la cama, y una vez, mientras estaba en la cocina lavando los platos de la cena, viendo trozos de alimentos flotando en el agua con jabón, vino por detrás, me abrazó y apoyó la barbilla en mi nuca, como si simplemente quisiera estar cerca de mí.

Nuestro aniversario de boda era el 19 de febrero, y aunque por lo general en Pátzcuaro nos íbamos a cenar, aquí no teníamos dinero para eso. Pero Arturo quiso honrar la tradición, así que en su lugar planeó que saliéramos de copas. Aguas, decidimos, ya que incluso los refrescos estaban más allá de nuestras posibilidades. Fuimos a una pizzería cercana porque Arturo había presentado allí una solicitud, y

yo sabía que esperaba que si lo veían de nuevo, tal vez alguien lo reconociera y de alguna manera saliera de allí con un trabajo. Estábamos a una semana, a tan sólo siete días, de que expiraran nuestras visas.

La pizzería estaba en la esquina de un centro comercial, y un letrero de vinilo colgado encima de la puerta anunciaba el nombre del negocio.

Luigi's. El interior estaba lleno de mesas cuadradas y sillas de metal y el aroma en el aire era dulce y fuerte: tomates y queso.

Le habíamos dicho a Maribel que sólo pediríamos agua.

—¿Podemos pedir horchata? —preguntó ella tan pronto como nos sentamos.

—Aquí no tienen horchata —le dijo.

—¿Es un restaurante? —preguntó.

—Sí. Pero no tienen horchata.

—¿Tienen pescado? —preguntó.

—No pediremos nada —le dije.

—¿Por qué no?

—Estamos aquí para celebrar nuestro aniversario de boda.

—Con agua —añadió Arturo.

Nos sentamos y pedimos tres aguas sin hielo, que nos trajeron en vasos de plástico de color rojo. Bebimos en silencio mientras a nuestro alrededor las parejas y las familias norteamericanas comían porciones de pizza y bebían cervezas. Tuve la sensación de que nos desaprobaban, bebiendo sólo agua, ocupando espacio. Pero cuando miré a la gente de nuestro alrededor, siquiera nadie nos miraba, y me sentí como a menudo me sentía en este país: visible e invisible a la vez, como una rareza que ve todo el mundo, pero que prefieren ignorar.

Y entonces se abrió la puerta, y volví la cabeza para ver quién era. El chico, pensé. No sé por qué. Durante la caminata estaba convencida de que nos estaba siguiendo, y me había asomado por encima del hombro pensando que oía el ruido del monopatín detrás de nosotros, pero todo lo que vi fue a Arturo mirándome con cara burlona. Ahora, sin embargo, quien entró era una madre joven, empujando el carrito de su hijo. Sostuve el vaso frente a los labios y respiré hondo.

Unos minutos más tarde, Arturo rompió el silencio que había caído sobre nosotros como la niebla.

—Bueno —dijo—, diecinueve años.

—Diecinueve años, ¿qué? —preguntó Maribel.

—Diecinueve años que tu madre y yo llevamos casados. Tenía dieciocho cuando me casé con ella.

—No digas eso —repliqué—, me envejeces…

—Es que eres vieja —dijo Maribel.

Arturo se rio.

—¿Es algo gracioso? —preguntó Maribel.

—Sí, ¿qué tiene de divertido, Arturo?

—¿Es… un chiste? —preguntó Maribel.

—Tu padre no se sabe chistes —le dije.

—Claro que sé chistes.

—¿Como cuál?

—Mira, sé uno que contaron en uno de esos programas nocturnos de la tele. ¿Cuál es el perro más lento? —echó un vistazo a nuestras caras en blanco esperando una respuesta; como ésta no llegaba, añadió—: El can-sado.

—Eso no tiene sentido —le dije.

—Bueno, el público se rio mucho. ¿Tal vez los subtítulos estaban equivocados?

—¿El can-sado? —pregunté—. ¿Eso es chistoso?

—¿Crees que puedes hacerlo mejor? —preguntó Arturo—. Venga, cuenta un chiste.

—¿Un chiste sobre qué?

—Sobre cualquier cosa.

—Sí —dijo Maribel.

Miré por el restaurante en busca de inspiración.

—Estamos esperando —dijo Arturo.

—Tranquilos.

—Tal vez puedes pedir uno del menú —señalo Arturo—. Camarera, agua para nosotros y un chiste para mi esposa. Sin popote.

Maribel sonrió.

—Me estoy poniendo muy gracioso por momentos, Alma. Será mejor que pienses en algo rápidamente si quieres seguirme el ritmo.

Me quedé mirando la mesa y traté de concentrarme. Por fin, para satisfacerlos, les conté el único chiste que sabía (me había hecho reír a carcajadas cuando lo oí).

—¿Por qué Jesús no usaba champú?

—No lo sé. ¿Por qué? —preguntó Arturo.

—Por los agujeros de las manos.

Arturo me miró pasmado. Al ver su rostro, me santigüé. Dios del cielo, perdóname.

Entonces Arturo empezó a reírse. Incluso Maribel, que meses antes no habría sido capaz de procesar una broma como aquélla, se llevó la mano a la boca para contener la risa.

Arturo levantó la copa y brindó.

—Por la mujer más chistosa que conozco.

—Gracias —le dije.

Arturo frunció el ceño.

—¿Nada sobre mí?

—Lo siento. Por el mejor hombre que conozco.

—Eso me gusta más.

—Y la mejor hija —añadí.

—¡La mejor! —dijo Arturo.

Miré a ambos: cómo movía el bigote Arturo cuando sonreía, cómo resplandecía la cara de Maribel.

—La mejor —repetí.

Pasaron siete días más. Siete días de llamar a puertas y telefonear y mendigarles trabajo a los propietarios de las tiendas y a cualquiera que lo escuchara. Pero al final de la semana, Arturo llegó con las manos vacías.

La mañana después de la fecha límite me lo encontré sentado bajo la tenue luz azul, con la cabeza inclinada hacia abajo, con los dedos entrelazados en la nuca. Me acerqué a él y le puse la mano en el hombro con toda la ternura que poseía. Con aquella caricia quería sanarlo de alguna manera, salvarlo de la sensación de que nos había defraudado.

—Lo siento —dijo.

—Has hecho todo lo que podías.

—Si alguien se entera…

—¿Quién va a saberlo?

—Maribel tendría que dejar la escuela.

—Nadie lo sabrá.

Se revolvió el pelo con las manos.

—No hemos hecho nada malo, Arturo.

No respondió.

—No somos como ellos —continué—. Ésos de los que hablan.

Separó las manos y me miró con una expresión triste y cansada.

—Ahora sí —dijo.

A finales de febrero cayó una tormenta de hielo. Ésa es la expresión que usó Celia. La llamé poco después de que empezara, cuando el repiqueteo contra las ventanas empezó a ser tan fuerte que pensé que aquellos cientos de golpecitos iban a romper los vidrios. Yo estaba sola en casa (Arturo todavía andaba buscando trabajo, ahora ya no por nuestras visas, sino porque necesitábamos dinero) y cuando los golpecitos suaves aumentaron hasta sonar como cascos de caballos contra los cristales, por un instante pensé que eran los críos del barrio

lanzando piedras contra la ventana. Pero cuando miré, vi aquel espectáculo brillando iridiscente contra el cielo blanco. Astillas de hielo.

Cuando Celia respondió al teléfono, me dijo:

—Es una tormenta de hielo. Pronto devolverán a sus casas a los niños de las escuelas, estoy segura. No salgas a la calle a menos que quieras caerte y romperte algo. La última vez que pasó esto, José resbaló mientras caminaba. Se rompió la muñeca y estuvo enyesado durante un mes y medio.

—¿Es hielo? —le pregunté—. ¿Cae del cielo?

—Sé que parece extraño —dijo Celia—. ¿Te imaginas?

—¿Son astillas de hielo?

—Más bien lanzas, creo. Bueno, eso suena peligroso. Más como mondadientes.

—Mondadientes de hielo —repetí.

Durante todo el invierno habíamos esperado que nevara (todos decían lo extraño que era que no todavía no hubiera nevado) pero yo nunca había oído nada sobre que fuera a caer hielo.

—Cuando se acabe, en realidad es muy hermoso —dijo Celia—. En White Clay Creek Park hay un estanque que se congela, y los niños van a patinar allá. Quizás a Maribel le gustaría. ¿Iremos? Al menos hay que verlo.

—Maribel no sabe patinar sobre hielo.

—No tiene por qué saber. Todo el mundo patina sólo con los zapatos. Vamos el domingo, después de misa. Las carreteras ya estarán limpias para entonces, pero el estanque aún seguirá congelado.

—¿Está muy lejos?

—A pocos kilómetros. Antes había un autobús, pero cancelaron la ruta. Podríamos ir en carro. ¡Sería estupendo! Podemos divertirnos un poco, ¿no? Rafa no ha manejado ese carro desde que lo compramos. Y luego Maribel podrá decir que ha patinado sobre hielo.

Las maravillas de este país. En México los hombres venden hielo en remolques que arrastran con bicicletas. Aquí cae del cielo.

Imagínate, pensé, que el lago de Pátzcuaro se congelara entero.

Quería decirles a mis padres que habíamos caminado por encima de un lago congelado. No lo creerían. Pensarían que habíamos ido a la luna.

—Sí —le dije a Celia—. Vayamos.

Aquel domingo estábamos todos en el estacionamiento, alrededor del carro de Rafael, a la espera de que nos dijera dónde debíamos sentarnos. Se rascó la cabeza y se quedó mirando el carro.

—¿No te diste cuenta de que esto iba a ser un problema? —le

preguntó a Celia.

—Pues bien podrías haberlo mencionado tú, ya sabes.

—Pensé que tenías un plan —dijo Rafael.

—Lo tenía —dijo Celia—. Que nos llevaras. Ése era mi plan.

—Está bien, sólo déjame pensar —dijo Rafael.

—Es una vez en la vida —dijo Celia, y Arturo se volvió hacia mí y se echó a reír.

La mayor parte del hielo se había derretido en el suelo, pero las ramas de los árboles todavía se inclinaban bajo su peso. A la luz del sol, los cables telefónicos parecían gruesas cuerdas de cristal, los arbustos brillaban como pasteles hechos de diamantes, la escarcha de las ventanas centelleaba. Por la noche, los árboles tintineaban delicadamente al ritmo del viento. No podíamos creer ni lo que veíamos ni lo que oíamos, ni el frío que nos entraba por la nariz. «¿Qué mundo es éste?», le había preguntado a Arturo. Y él se limitó a sacudir la cabeza.

—Bueno, vamos a probar —dijo Rafael mientras abría la puerta trasera.

—Alma, entra en primer lugar. Después Celia se pone junto a Alma.

—¿Quién se sienta delante? —preguntó Celia.

—Yo mismo —se ofreció Mayor.

—Arturo se puede subir delante, conmigo —le dijo Rafael a Celia —. Es más grande que tú.

Celia miró Arturo de arriba abajo, y luego hizo un gesto para que se acercara a donde estaba.

—Ponte aquí —dijo.

Se dio la vuelta para que quedaran espalda contra espalda. Ella era un dedo más alta que él.

—Creo que ganas tú, Arturo —dijo Rafael.

Pero Celia levanto el dedo.

—No, yo soy más alta que él.

Rafael se masajeó las sienes, como si todo el asunto le diera dolor de cabeza.

—Bueno, te sientas delante. Arturo, por favor ponte al lado de tu mujer. Mayor, tú al otro lado.

—¿Qué pasa con Maribel? —preguntó Mayor.

—Puede sentarse en el regazo de su papá.

Hasta el momento, Arturo y yo éramos los únicos que estábamos dentro del carro.

—Ven aquí, Mari —dijo Arturo, acariciándole los muslos—. Vamos a ver si cabes.

Maribel metió una pierna y el trasero en el carro, agachando la cabeza para poder pasar. Pero cuando se sentó en el regazo de Arturo, incluso con la otra pierna todavía fuera del carro, era demasiado alta para extender la espalda y el cuello.

—¡Por favor! ¡No puede ir así! —dijo Celia desde fuera.

—¡Vamos, sal! —dijo Rafael extendiéndole la mano.

—Puede sentarse en mi regazo —se ofreció Mayor—. Los dos estamos flacos.

Y cuando nadie dijo nada, él se encogió de hombros y se metió en el carro a mi lado.

Rafael miró el espacio y luego a la gente, como si todo el asunto fuera un complicado rompecabezas que pudiera resolver si encontrara la pieza correcta.

—Esto es ridículo —dijo Celia por fin—. Maribel, ¿te importaría sentarte en el regazo de Mayor? Sólo serán unos pocos kilómetros. Yo me sentaré delante, y Rafa, tú manejas.

En silencio, Maribel rodeó el carro y se sentó encima de Mayor, las mariposas de brillantitos de imitación bordadas en los bolsillos traseros de sus pantalones descansaron sobre los muslos de él.

Arturo me miró.

—No pasa nada —le dije, aunque yo también estaba preocupada por aquel paseo.

Aquí las calles estaban limpias, ¿pero las carreteras aún estaban heladas? Estiré la mano y cerré la portezuela de Mayor. Agarré a Maribel por el antebrazo como si así pudiera protegerla en caso de que tuviéramos un accidente.

Rafael tuvo que acelerar el motor para calentarlo y conseguir que no se detuviera por el frío. Justo después de hacerlo, alguien llamó desde la galería.

Rafael bajó la ventanilla.

—¿Está todo bien? —oí una voz que gritaba; era Quisqueya—. He oído un poco de barullo, así que he salido a ver.

—¡Estamos bien! —gritó Rafael.

Quisqueya se agachó para mirar entre las barras de la barandilla.

—¿Quién está ahí?

—¡Los Rivera y nosotros! —gritó Rafa—. Vamos al parque para que los niños patinen un poco —pude verle la cara, que mostraba una expresión de traición y desengaño mezclada con un destello de envidia.

—Celia te llamará más tarde —dijo Rafael, y vi que Quisqueya lo miraba con expresión de duda mientras él subía la ventanilla.

—Yo no necesito… —empezó a decir, pero Rafael cerró la ventana antes de que terminara la frase.

—¿Por qué le has dicho que la llamaría más tarde? —preguntó Celia.

—Sólo para quitármela de encima. ¿Qué le importa lo que hagamos?

—¡Pero ahora tendré que llamarla más tarde!

Rafael puso la marcha atrás.

—Vidajena, esa mujer —dijo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Mayor.

—Que es una entrometida —dijo Rafael—. Siempre metiéndose donde no la llaman —empezó a manejar—. Está bien, basta ya de todo esto. Si esperamos mucho más, el hielo se va a derretir. ¡Vámonos de una vez!

Allí debía de haber un centenar de niños.

Los vimos mientras caminábamos hacia el estanque congelado, agitaban los brazos y chillaban mientras se deslizaban por toda la superficie, medio en cuclillas para mantener el equilibrio.

—¿No se romperá con todos esos niños encima? —pregunté.

—Yo no sé cómo va esto —dijo Arturo.

Caminamos sobre la hierba frágil y, cuando llegamos al estanque, Maribel se agachó y puso la mano sobre la superficie.

—Puedes patinar —le dijo Celia—. ¿No ves a todos esos niños?

—Adelante —dijo Arturo—. Vamos a ver si puedes deslizarte por el hielo. Eso es algo que no podría decir ninguna de tus amigas de Pátzcuaro.

Esperamos a que hiciera algo, pero Maribel simplemente se quedó en cuclillas con los pies enraizados en el piso, mirándonos a través de sus gafas de sol.

—Vamos, Maribel —dije.

Quería parecer alentadora, pero soné estridente.

Arturo me miró unos instantes y apartó la mirada avergonzado por mi impaciencia.

—¿No quieres probarlo? —preguntó Mayor; saltó sobre el hielo y se deslizó con los brazos levantados a los lados—. ¿Ves? Es divertido.

Maribel se levantó y dio un paso hacia el hielo. Mayor se apresuró a regresar para ayudarla. Caminó lentamente, tirando de ella.

Contuve la respiración, observé cada paso que daba, preocupada de que pudiera caerse. Pero al poco rato ya caminaba por su cuenta, poniendo un pie cuidadosamente frente al otro, y entonces miró a Arturo y sonrió.

—Lo está haciendo —le dije.

Rafael y Celia se deslizaron juntos hacia el centro del estanque.

Con las manos en los bolsillos del abrigo. Arturo salió cautelosamente al hielo y zigzagueó mirándose los pies.

—¿Qué tal? —le pregunté.

—Es como el piso —dijo—. Ven, inténtalo.

Arturo patinó hacia atrás sobre las suelas de sus botas, mirando por encima del hombro mientras se movía para asegurarse de que no estaba a punto de chocar contra nadie. Avancé hasta la orilla del estanque y contemplé cómo se tambaleaba y tensaba el cuerpo.

Y luego, por el rabillo del ojo, vi algo. Volví la cabeza. El chico, pensé. Pero cuando miré no había nadie. ¿Y si hubiera estado allí? Estaba segura de que en algún momento lo pillaría observándonos, esperando su oportunidad. Miré de nuevo hacia donde estaban Maribel y Mayor, pero no los vi. Ni a ella ni a Mayor. Recorrí el pantano con la mirada, observando cada cuerpo que se movía por el hielo. Los niños, con sus anoraks brillantes y sus gorros de lana, gritaban y reían.

—¿Maribel? —dije en voz alta—. ¡Mari!

Lo siguiente que supe es que Arturo estaba delante de mí otra vez, en el borde de la orilla.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Adónde han ido? —le dije—. ¡Maribel!

Arturo se dio la vuelta.

—Mar… —comenzó a gritar; entonces se detuvo—. Está ahí, Alma. Está con Mayor.

Traté de concentrarme en el lugar que señalaba.

—No la veo.

—Está ahí.

Y entonces: el cabello oscuro, las delgadas piernas, los estrechos pantalones, el abrigo enorme. Parpadeé y solté un suspiro largo tratando de aflojar el puño que me atenazaba el corazón.

—No la veía —le dije.

Arturo sacudió la cabeza.

—No sé qué te pasa.

—No sabía dónde estaba.

Arturo salió del hielo y se acercó a mí.

—No —dijo—. Es algo más. No me refiero sólo a ahora.

Y durante un instante, sin ninguna razón especial, consideré la posibilidad de contarle lo del muchacho. No era nada más que un grupo de palabras, pensé que podía dárselo, como una especie de regalo. Pero ¿qué pensaría de mí si se enteraba de que se lo había escondido durante tanto tiempo? El chico que viene al departamento, yo que lo encuentro con Maribel aquel día y luego que voy a por él

hasta Capitol Oaks… Además, antes de salir de México le había prometido que aquí me ocuparía de todo. Me lo había prometido a mí misma. Y ahora aquí estaba: había algo más.

—No es nada —le dije.

—Mientes.

Negué con la cabeza, con miedo a abrir la boca.

—Así que es sólo mi imaginación. ¿Me estoy volviendo loco?

—No te estás volviendo loco.

—¿Así que hay algo?

—Es lo de siempre, que estás sin trabajo, y lo del dinero. Y puede que esté un poco nostálgica.

—No es eso —dijo.

—No sé qué quieres que diga.

—Quiero que me digas la verdad.

—¡Te estoy diciendo la verdad!

—¡Vamos, Alma! ¿Crees que no te conozco? ¿Crees que no te respiro y sueño todos los días de mi vida? ¿Crees que no he estado dentro de ti? Sé cuándo me estás mintiendo. Hay algo más.

Y de nuevo, durante un breve instante, pensé lo fácil que habría sido decirle: «Toma. Me lo he guardado todo este tiempo, pero si lo quieres aquí lo tienes». Cuando miro hacia atrás, veo que debería haberlo hecho. Decírselo podría haber cambiado nuestro destino en una fracción de segundo.

—No hay nada más —le dije.

Miré al otro lado del estanque, a la línea de árboles bajo el cielo claro. Contemplé a Maribel y a Mayor, pensé en la manera en que ella sonreía cuando estaba con él, la manera en que él hablaba con ella, sin juzgarla ni esperar nada, y lo bien que se sentía ella cuando estaba con él. Yo le estaba agradecida por eso.

—Mírala —le dije.

Arturo se volvió y juntos vimos a Maribel quitarse un mechón de pelo que se le había metido en la boca. Mayor le dijo algo y ella se echó a reír.

Arturo se acercó al borde de la hierba helada y dio un paso hacia el hielo de nuevo, golpeando las botas contra aquella superficie marmórea.

Me miró con una expresión apacible.

—Vamos —dijo tendiéndome la mano.

No me moví.

—Estoy aquí —dijo—. Cuando estés lista.

Lo tomé de la mano, sintiendo su piel áspera y caliente contra la mía.

—Estoy aquí —dijo.

Puse un pie sobre el hielo. Él tiró de mí con suavidad, agarrándome de los codos, acompañándome. Bajé el otro pie al hielo y lo planté junto al primero mientras me aferraba a las mangas de la chaqueta de Arturo. Y entonces me quedé asombrada al descubrir que era tan firme como la tierra, y que todo lo que era yo estaba en los brazos de Arturo.

El domingo después de que fuéramos a patinar, Arturo le pidió prestado el radio a los Toro y nos lo llevamos a casa después de comer en el departamento de ellos. Arturo lo puso sobre la mesa de la cocina y sintonizó una cadena que sólo emitía canciones de los Beatles, su grupo favorito desde que era niño. Subió el volumen y cantó las palabras que había memorizado tras toda una vida escuchándolas (¡*La, la, la, la, life goes on*!) con una gran sonrisa y aplaudiendo. «¡Va!», me gritaba a mí o a Maribel, y tamborileaba con las manos sobre la mesa, en las paredes, en nuestros traseros.

Los Beatles cantaban con su acento inglés letras sobre el sol que sale tras el invierno. Cantamos, a pesar de que no sabíamos qué significaban muchas palabras. *Little darling… It's all right*.

Y entonces, en medio de la fiesta, oímos un golpe en la puerta.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Arturo.

—¿Qué? —contesté.

Llamaron de nuevo.

Arturo pasó junto a mí hacia la puerta y regresó con Quisqueya.

—Alma —dijo ella cuando me vio—. Buenas.

—Quisqueya dice que necesita hablar con nosotros —dijo Arturo.

—Siéntate. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Un agua?

—¿Tienes café?

Empecé a sacudir la cabeza (no habíamos comprado ni café ni té en semanas), pero entonces me dijo:

—¡Oh!, no te molestes. Quiero decir, si lo tienes hecho… —estiró el cuello para mirar si estaba la cafetera en la encimera y después se sentó en una silla vacía.

—Te traigo un poco de agua —le dije.

Si hubiera sido cualquier otra persona, me habría avergonzado de no tener nada más que ofrecerle, pero había algo extrañamente placentero en decepcionar a alguien como Quisqueya.

—Sólo si no es mucha molestia —dijo Quisqueya juntando sus manitas en el regazo.

Saqué un vaso del armario y abrí el grifo.

—Maribel, ven a saludar —le grito Arturo desde la sala, y apagó la música.

Obedientemente, Maribel se acercó metiéndose el cabello detrás de las orejas.

—Saluda —insistió Arturo.

Maribel se quedó callada.

—No pasa nada —dijo Quisqueya—. Lo comprendo.

—Es tímida —dijo Arturo apretando la mandíbula.

—Maribel, tenemos que hablar con Quisqueya durante unos minutos. ¿Quieres esperar en el cuarto? —le pregunté.

Cuando se fue, Arturo se acomodó frente a Quisqueya en la mesa de la cocina. Puse el vaso de agua delante de ella.

Tomó un sorbo y lo empujó hasta la mitad de la mesa. Entonces tensó la espalda y apretó las manos en el regazo.

Arturo alzó las cejas hacia mí. Negué con la cabeza, tan desconcertada como él.

—Bueno —comenzó Quisqueya—. Odio tener que decir esto.

—¿Está todo bien? —le pregunté.

—¿Para mí? Todo bien. Gracias por preguntar —dijo, y se movió, muy nerviosa mientras Arturo y yo esperábamos—. Bueno —comenzó de nuevo—, una tarde iba al hospital. ¿Saben que soy voluntaria? No es nada, de verdad. Sólo cambio cuñas, pongo almohadas y reparto comidas. A veces, los pacientes me confunden con la enfermera, pero yo les digo, ¡por favor! Las enfermeras hacen un trabajo importante. Yo simplemente vengo y hago las tareas domésticas. No es nada. Por supuesto, lo hacemos todo por caridad. Eso es lo que pienso. Aunque sólo contribuyamos en cosas pequeñas.

Se detuvo un instante y nos miró.

—Lo que haces es importante —dije sin saber hacia dónde se dirigía.

—Sí —concluyó Quisqueya.

Tomó el vaso de agua otra vez, pero se lo pensó mejor y se llevó la mano al regazo.

—Yo iba hacia allí hace unas semanas. ¿Y ya saben que los Toro se compraron un carro? No he tenido aún la oportunidad de viajar en él, pero… ¡Ah!, por supuesto, ustedes ya lo han probado. Los llevaron a dar una vuelta, ¿no? ¿La semana pasada? ¿Me vieron? ¿En el balcón? Rafael puede ser muy grosero a veces. ¿Y sabes que Celia nunca me llamó después de eso? Casi ya no la veo. Parece que siempre tiene planes con otras personas —dijo mirándome fijamente—, así que en realidad nunca es buen momento para vernos. Es una pena. Éramos íntimas.

Arturo me observó confundido.

—Los vi juntos en el auto —dijo Quisqueya de repente.

—¿A quiénes? —preguntó Arturo

—A Mayor Toro y a su hija. Estaban juntos en el auto.

Quisqueya echó una rápida mirada por el pasillo, luego se inclinó hacia nosotros.

—Se estaban besando —agregó.

—¿Cuándo? —le pregunté.

—Hace un par de semanas.

—¿Se besaban? —dijo Arturo.

—Sí, se besaban. Mayor Toro y Maribel.

—¿Estás segura de que eran ellos? —preguntó Arturo.

—Completamente. En el auto de Rafael.

¿Cuándo habían estado en el carro de Rafael? Conocían las reglas. Tenían que estar aquí o en el departamento de los Toro.

—Pasan mucho tiempo juntos —dijo Quisqueya.

—Son amigos —dijo Arturo.

Me di cuenta de que estaba molesto, pero no quería darle a Quisqueya la satisfacción de saber por qué.

—Creo que son más que amigos.

—Está bien —dijo Arturo—. ¿Eso es lo que has venido a decirnos?

Quisqueya pareció momentáneamente derrotada. Lo pude ver en su rostro. Estaba ansiosa por darnos la noticia. Esperaba ver qué impacto tendría, y estaba decepcionada al advertir que apenas había dejado una pequeña herida.

—No —dijo lentamente—. Hay más.

Pero como seguía en silencio, allí sentada con los labios apretados, Arturo dijo:

—¿Y? ¿Qué es?

—Empezó con un beso —dijo Quisqueya—. Pero entonces Mayor le tocó la pierna. Lo pude ver a través del parabrisas. Se besaban y luego Mayor se inclinó sobre ella. Y le metió la mano en la entrepierna y… era difícil ver todo lo que estaban haciendo, pero unos minutos más tarde, cuando Mayor salió del auto, llevaba los pantalones… mojados.

Arturo se levantó de la mesa bruscamente.

Quisqueya se quedó callada con los ojos muy abiertos y el rostro casi tan rojo como su pelo.

Yo no sabía qué pensar. Era demasiado.

—¡Lo estás inventando! —exclamó Arturo.

—Lo siento —dijo Quisqueya—, pero pensé que deberían saberlo. Especialmente teniendo en cuenta…

—Arturo, siéntate —le dije.

Caminaba en círculos.

—Sé cómo son los chicos —dijo Quisqueya—. Los de la edad de

Mayor; tienen que estar muy atentos. Por supuesto, Celia siempre me dice que es un chico muy bueno, pero hace poco estuve allí y deberían haber oído cómo me habló. Muy irrespetuoso. Si así me trata a mí, me puse a pensar… Bueno, me preocupé por Maribel.

Arturo me miró como preguntando: «¿La crees?».

No sé, le dije con los ojos. Puede ser. No estaba segura, pero tampoco estaba dispuesta a correr ningún riesgo. Si había siquiera una posibilidad…

—Ahora debo irme —dijo Quisqueya—. Gracias por el agua.

Se quedó allí quieta, como si esperara que alguien la acompañase hasta la puerta.

Ni Arturo ni yo nos movimos y Quisqueya se fue sola haciendo resonar los tacones por el pasillo.

MAYOR

A finales de febrero, papá llegó a casa del trabajo una noche y dijo: «Se acabó».

Yo iba hacia a la cocina, pero lo conocía lo suficiente para saber cuándo debía apartarme de su camino. Hace unos años, Enrique y yo habíamos ideado un sistema de alerta por el que levantábamos un cierto número de dedos para indicar en qué punto de su escala de inestabilidad emocional estaba papá. Si Enrique hubiera estado aquel día lo habría clasificado como un nivel cuatro, el segundo más alto posible, lo que significaba «Radioactivo. Mantenerse alejado». El día en que me clavó al piso probablemente había sido un nivel seis, se había salido de la escala. Desde el pasillo oí que mamá corría a su encuentro. Oí voces apagadas. Y luego, durante un largo minuto, nada.

—¡Mayor, ven a cenar! —gritó mamá.

Parecía enojada.

Caminé por el pasillo lentamente, sin saber qué esperar, preparándome para que me gritaran de nuevo. Tal vez había estropeado algo en el auto cuando me subí con Maribel y se acababa de dar cuenta. Pero desde entonces papá lo había usado (habíamos ido a patinar al estanque de White Clay la semana anterior) y no había dicho nada. O tal vez la señora Rivera le dijo a mamá que había estado allí cuando no podía estar. O tal vez nada. Nunca se sabía con papá.

Pero cuando llegué a la mesa, no dijo una palabra. Estaba sentado con los brazos cruzados, con el abrigo y gorro de lana puestos, mientras mamá servía arroz con guandú en los platos, golpeando la cuchara contra el lateral de la paila a cada movimiento. No dije nada. Me concentré en ser invisible, me senté en una silla, en silencio, conteniendo la respiración.

Cuando terminó la mitad de la comida de su plato, mamá miró a papá y le dijo:

—¿No vas a decirle nada?

—Déjalo, Celia.

—Merece saberlo, ¿no?

—¿Saber qué? —le pregunté.

—Vete a tu cuarto —dijo papá.

—¿Qué he hecho?

—¿Así es como me contestas? Si te digo que te vayas a tu cuarto, te vas.

—Mayor, quédate donde estás —dijo mamá—. Aún no ha acabado, Rafa. Deja que coma.

—Mayor, vete a tu cuarto —dijo otra vez papá.

—Mayor, quédate donde estás —dijo mamá.

Esperé a que papá hablara de nuevo y, como no lo hizo, agarré el tenedor y lo metí vacilando en el arroz.

Tomé un par de bocados mientras mis padres me observaban. Mamá estaba tensa, con los labios apretados, como si quisiera decir algo. A la espera de vomitar un géiser. Después de un minuto y veintidós segundos (los conté en el reloj de la pared), mamá dijo:

—Bueno, ¿y si no encuentras nada?

—¡Jesús, Celia!

—Creo que es una pregunta razonable.

—Ya te he dicho que encontraré algo.

—¿Y qué pasa si no encuentras nada durante un tiempo?

—Pues que no encuentro nada durante un tiempo y ya está.

—¡Rafa!

—¡Esta mujer! —exclamó papá mirando hacia el techo y juntando las manos como si estuviera rezando—. ¡Que Dios me ayude!

—No digas eso.

—No me escuchas.

—No me has dicho nada.

—Te estoy diciendo que encontraré algo. ¿Quieres que te lo diga otra vez? Encontraré algo. Encontraré algo. ¿Me oyes?

Papá se levantó de la mesa, agarró el paquete de cigarrillos que había sobre el refrigerador y salió a la terraza. Entonces mamá me miró y me dijo:

—Bueno, supongo que ya es hora de que lo sepas. Al final ha pasado. Tu padre se ha quedado sin trabajo.

El resto de la historia surgió poco a poco: el restaurante cerraba. Ventanas tapiadas. Puertas cerradas con llave. Cerraban el negocio después de cuarenta y cinco años. Durante todo ese tiempo papá se había preocupado de que no lo echaran por dejar caer una tortilla al piso o por dejar la puerta del congelador abierta, y ahora lo despedían por un motivo completamente ajeno a él. La economía putrefacta se había desplomado en medio de la cubierta y había volcado el barco

con él dentro.

Papá trabajaba en aquella cafetería desde hacía quince años. Quince años tomando el bus hacia aquel lugar, con asientos de piel sintética y un piso de linóleo manchado de café y paredes revestidas de madera. Había comenzado como ayudante de camarero, limpiando los trozos de huevo que se dejaban en las mesas, y nunca se había quejado. «No lo habría hecho mucho mejor en Panamá», lo había oído alguna vez. «Yo no tengo cerebro para hacer mucho más.» Sin embargo, papá era inteligente. Nunca había ido a la universidad, lo que le daba una idea equivocada de sí mismo, pero la única razón era que se había visto obligado a empezar a trabajar cuando murieron sus padres. Había servido mesas en un restaurante de carretera de Panamá, que resultó ser la única experiencia que necesitaba para encontrar trabajo en los Estados Unidos.

Finalmente papá pasó de ayudante de camarero a lavaplatos y a ayudante de cocinero. Frio miles de tortitas y montañas de croquetas de papa. Hizo jugo de naranja a mano hasta que la empresa empezó a usar una de esas máquinas que exprimen automáticamente. Recordaba los días en que todos los que entraban pedían café, y recordaba cómo las camareras se quejaron cuando todo el mundo empezó a pedir café con leche en su lugar.

Quince años. Seis días a la semana. Por la mañana temprano. Metido en grasa hasta los codos. Y ahora todo había terminado. Sencillamente así.

Papá revisaba el periódico todos los días, en busca de los anuncios clasificados, llamando a cualquiera que sonara prometedor, y colgaba, o enfurecido o decepcionado. Iba por toda la ciudad, llenó solicitudes para trabajar en las cocinas del Christiana Hilton, del Caffe Gelato, del Valle Pizza, del Grotto Pizza, del Friendly's, del Charcoal Pit, del Ali Baba, del Klondike Kate, del Iron Hill, del Home Grown, del Deer Park, e incluso del restaurante del Hotel du Pont. Mamá le sugirió que fuera a la Community House para ver si allí podían ayudarlo, pero él odiaba que ella interfiriera y se negaba a aceptar la ayuda de un lugar que él llamaba «casa folleto», así que le gritó que no metiera sus narices donde no la llamaban. A lo que mamá dijo: «¿Narices?». A lo que papá respondió poniéndose el brazo delante de la cara para imitar a un elefante. Mamá no tenía la nariz grande, pero en ese momento papá ya echaba mano hasta de los golpes bajos y mamá se fue corriendo al cuarto. Estuvo allí encerrada durante toda la tarde. Incluso cuando hablaban civilizadamente, mis padres se pasaban la cena quejándose de lo que hasta ahora no había hecho el presidente Obama, y que veían absolutamente cero mejoras, y que la gente se desesperaba, y que gracias a Dios teníamos el dinero de Gloria, pero que todo el mundo estaba en una situación difícil y ahora estaba todo

tan mal que atracaban a la gente cuando iba a la Western Union y le robaban el dinero que iban a mandarles a sus familias.

—Van a por personas que se parecen a nosotros —dijo papá—. Antes eran los orientales, pero el estilo ahora es meterse con los latinos. Y con los árabes. Al menos eso puedo entenderlo. Hicieron lo del 11 de septiembre. ¿Pero qué le hemos hecho nosotros a nadie?

Papá nos miró como si esperara sinceramente que alguno de los dos le diéramos una respuesta.

—«Oriental» se usa para las alfombras —le dije repitiendo algo que mi profesor de estudios sociales, el señor Perry, nos había dicho una vez.

—¿Qué?

—Se supone que debes decir «asiáticos», no «orientales». Tampoco sé si «árabe» es correcto.

—¿Esto es lo que te enseñan en la escuela? —dijo papá—. Olvídate de cómo se llama a la gente. ¿Qué pasa con la historia?

—También nos enseñan Historia.

—¿Y alguna vez la historia de este país ha ido tan mal como ahora?

—Bueno, hubo la Gran Depresión.

—No sé —dijo papá—. Me parece que el mundo se va al infierno.

—No digas eso —dijo mamá.

—¿Qué preferirías que dijera?

—¿Qué tal algo agradable, para variar un poco?

—Digo cosas buenas.

—¿Cuándo?

Papá se encogió de hombros.

—Pues eso —dijo mamá.

No salía con William desde hacía meses, últimamente porque había estado clavado al piso, pero incluso antes de eso hubo días en que me invitó a hacer algo (ir a Holy Angels a ver a las chicas vestidas con sus uniformes o al Bing's a buscar canela en rama o a ver una película al Newark Shopping Center) pero le había dicho que no tantas veces que se había enfadado, y ahora fingía que no me veía cuando me cruzaba con él en la escuela, o se iba si me acercaba a él cuando trasteaba algo en su casillero, o en la cafetería se sentaba en la mesa más alejada de la mía que podía encontrar. Me imaginé que con el tiempo lo superaría, pero al final fui yo quien cedió.

—Oye —le dije un día en clase de Química; habíamos empezado el experimento que tocaba en esa lección y estábamos sentados hombro con hombro, pero sin reconocer la existencia del otro—. ¿Vas a seguir siempre tan serio conmigo?

Fingió que no me oía.

—¡Eh! —dije más fuerte.

Me miró.

—Sabes que esto es muy tonto, ¿no? —le pregunté.

—¿Me acabas de llamar tonto?

Entorné los ojos.

—¿Así que sigues en tus trece?

—¿De qué hablas?

—De que no quieres ser mi amigo.

—¿Yo? Tú eres es el que me ha faltado al respeto.

—Estaba castigado.

—Ya me lo habías dicho.

—Es verdad.

—¿Y antes de eso?

—Tenía otros planes.

—Sí, con ella.

—Te dije que podías venir a pasar el rato con nosotros si querías.

—¿Qué haces con ella?

—¿Qué quieres decir? Hablamos.

—¿Puede hablar?

Le enseñé el dedo.

William tomó el tubo de ensayo de la abrazadera y lo sostuvo a contraluz para observar la suave efervescencia de los componentes químicos en su interior.

—¿Qué quieres que diga? —le pregunté.

—Di que lo sientes.

—¿Para qué?

Me miró de reojo.

—En serio, si no lo sabes no vale la pena que lo digas.

Me pasé la lengua por los dientes. De acuerdo, concluí. Si eso era inevitable…

—Lo siento —le dije.

—Muy bien, como si lo dijeras en serio.

—Estás siendo un pendejo —le dije.

William se encogió de hombros.

—Lo siento —dije de nuevo.

Sonrió y dejó el tubo de ensayo en su lugar.

—Así que, amigo mío, ¿quieres que hagamos algo juntos después de la escuela?

—Todavía estoy castigado.

—¡Al diablo con eso! ¡Acabamos de hacer las paces! Ahora no puedes dejarme colgado. Vamos al cine. Después te acompañaré a

casa.

Me di cuenta de lo mucho que significaba para él y lo mal que se sentiría si lo rechazaba. Además, me había escapado aquella vez para ver a Maribel y me había salido con la mía, así que quizá podía hacerlo de nuevo.

—Claro —le dije—. No hay problema.

Aquel mismo día, un segundo después de que entrara por la puerta de casa, mamá se levantó del sofá y me dijo:

—La señora Rivera me ha llamado.

Eso fue todo. Ni una palabra sobre dónde había estado o por qué llegaba tan tarde a casa. Nada sobre el castigo. Dejé la mochila en el piso.

Mamá frunció el ceño. No paraba de retorcerse el brazalete alrededor de la muñeca.

—¿Para qué? —le pregunté.

De repente pensé si era por Maribel. ¿Le había pasado algo? Mamá parecía a punto de decir algo, pero luego se detuvo.

—Probablemente deberíamos esperar a que llegue tu papá.

—¿Pero por qué?

—Debemos hablar contigo los dos.

Ahora estaba realmente preocupado.

—¿No puedes decírmelo ahora? ¿Ocurre algo?

Mamá escrutó mi cara. Tenía los ojos enrojecidos y cansados, y se le había corrido el rímel, como si hubiera estado frotándose los ojos.

—No lo sé —dijo.

—¿Maribel está bien?

—Tal vez deberías ir a tu cuarto, Mayor.

—¿Ella está bien?

—Por favor, Mayor. No me hagas decir nada ahora. Ni siquiera sé qué decir. Sólo espera a que tu padre llegue a casa. Él y yo hablaremos primero, y luego vendrá a hablar contigo.

—Sólo te pregunto si está bien.

Era todo lo que quería saber. Mientras ella estuviera bien, pensé, nada de lo que dijera mamá importaba.

—Está bien —dijo ella—. Sólo que… —comenzó cuando, detrás de mí, papá entró por la puerta.

Miró a mamá y le dijo:

—¿Qué?

—Tengo que hablar contigo —dijo ella.

—¿Qué ha pasado?

—Mayor, vete a tu cuarto. Vendremos en un minuto.

—Papi ya está en casa. ¿Por qué no puedo quedarme aquí?

—Mayor, por favor —dijo mamá.

Papá me lanzó una de sus miradas.

—Ya lo has oído. Vete.

Enojado, arrastré la mochila por la alfombra hacia mi cuarto.

—¡Agárrala! —gritó mamá.

Sin volverme, la alcé del piso y me fui a mi cuarto. Antes de cerrar la puerta oí a papá:

—Celia, ¿qué diablos…?

Me senté en la cama con los codos en las rodillas. Me levanté y lancé los zapatos a un rincón, de una patada. Traté de escuchar a través de la puerta, pero no pude oír nada. Mi móvil vibró dentro del bolsillo y cuando lo saqué vi que William me había enviado un mensaje:

—buena película. tu mamá loca?

—no sé. me ha mandado a mi cuarto —le contesté.

—jaja! —escribió William.

—luego hablamos.

Apagué el teléfono y lo dejé en la mesita de noche.

Después de una eternidad, mis padres llamaron a la puerta y entraron. De inmediato vi que mamá había estado llorando. Llevaba un pañuelo usado en la mano, y escondía medio cuerpo detrás de papá, que tenía una expresión oscura en la mirada. Me quedé allí, en calcetines, frente a ellos, a la espera de noticias, de lo que fuera.

—Recibimos una llamada —dijo papá con voz ronca.

—Ya le he contado esa parte —dijo mamá.

Papá levantó la mano para callarla.

—La señora Rivera dice que tú y Maribel estuvieron en mi auto el otro día.

Tragué saliva.

—No le hicimos nada al auto, de verdad.

—¿Así que es verdad?

Asentí.

—¿Me lo estoy imaginando o todavía estás clavado al piso? —preguntó papá.

—Sí.

—¿Cómo conseguiste las llaves? —preguntó mamá.

—Estaban en la ventana.

Papá me miró con una expresión neutra.

—¿Besaste a Maribel? —me preguntó.

Se me encendieron las mejillas.

—¿Qué?

—¿La besaste en el auto?

—¿Por qué?

—Responde a la pregunta, Mayor.

—No lo sé, tal vez.

—¿Tal vez sí o tal vez no?

Me quedé callado.

—¿Qué le hiciste?

—Nada.

—¿La besaste? —preguntó mamá a espaldas de papá.

—Quiero decir, sí, supongo. No fue gran cosa.

Papá miró a mamá y por un delirante segundo pensé que me había librado, que de alguna manera me había exonerado a mí mismo y que ahora, simplemente, volveríamos a lo de siempre. Pero entonces papá habló lentamente, con estudiada gravedad:

—No vas a verla nunca más.

—¿Qué?

—Nunca más.

—¿Qué significa eso?

—Significa exactamente lo que he dicho.

Sentí una presión en el pecho.

—¿Por qué?

—Sus padres no quieren que la veas —dijo papá.

—¿Porque la besé?

—¿Pasó algo más?

—Quiero decir, no…

—¿No? —preguntó mamá esperanzada.

—Lo juro, no pasó nada más.

Pero papá sacudió la cabeza.

—No importa. Rompiste las reglas, Mayor. Sólo podías estar con ella en uno de los departamentos, ¿no es así? Podrás pensar que es injusto, pero eso es lo que los Rivera quieren para ella y hay que respetarlos. Aparte de eso, todavía estabas clavado al piso. Eso significa que no deberías haberla visto, da igual dónde.

—Esto es porque no te gusta ella —le dije.

—No.

—¡Nunca te ha gustado!

—Mayor, cálmate —dijo mamá.

—No sabes nada de ella. O sea, ¿alguien le ha preguntado qué quiere?

Papá volvió a sacudir la cabeza.

—No volverás a verla.

—¿Así que es eso? —le dije.

Sentí que todo se alejaba de mí como una cuerda que se me escapara entre las manos.

—¡Dios! —exclamó mamá—. ¡Vaya lío!

JOSÉ MERCADO

Mi esposa Ynez y yo vinimos al mundo en Puerto Rico, yo en 1950 y ella cinco años más tarde.

Poco después de casarnos me alisté en la Marina. Siempre quise hacer algo heroico. Con la Marina estuve en Vietnam, la isla de Granada, el Golfo Pérsico y Bosnia. Fui herido en Bosnia, por eso ahora me veo obligado a usar un caminador. Pero volví a casa. Volví a casa, y eso es todo lo que le importa a un soldado.

Me encantan las cosas esotéricas de la vida. Papá solía llamarme esteta. Lo decía en serio, no como un cumplido, por supuesto. Se sentía decepcionado por mis intereses y por el hecho de que no eran los mismos que los suyos, es decir, la agricultura y la cría de ganado. Creía que un hombre debe trabajar duro con sus manos, que el trabajo y el sudor eran evidencias de una vida virtuosa. No apreciaba que yo quisiera leer libros y que ahorrara dinero para comprar un caballete cuando cumplí quince años, y que me pasara las tardes pintando cuadros de árboles. La única vez que estuvo orgulloso de mí, de hecho, fue cuando me uní a la Marina. Ya era un anciano en aquella época, a punto de morir, pero todavía recuerdo su cara cuando se lo dije, la manera en que había sonreído con aquellos dientes de bordes marrones, la manera en que las arrugas ondulaban hasta la superficie de sus mejillas.

A Ynez aquello, en cambio, no la hizo nada feliz. Me apoyó, pero estaba preocupada. No hemos tenido hijos. Supimos desde el principio y de una manera completamente egoísta que nuestro interés se centraba sólo en el otro.

Así que cuando ella estaba en casa durante mis misiones, se quedaba sola, y el peso de la soledad la deprimió, creo, y le dio llanuras abiertas por las que vagaba su mente, demasiado tiempo y espacio para pensar en lo que podría estar pasándome, para pensar cuándo volvería, o si volvería.

Cuando volví de Vietnam, se echó a llorar a mis pies. Vi claramente el peaje que había pagado ella. Pero yo no estaba dispuesto a dejar la Marina. Durante la guerra fui testigo de la clase de atrocidades que amenazan a un hombre con robarle el alma.

Comprobé que los seres humanos no son mejores que cualquier animal o bestia, y que en muchos casos pueden ser infinitamente peores. Pero, por otro lado, el coraje de los hombres hacía que me recuperara. Comprendía la manera de pensar de papá sobre la satisfacción de sentirse útil, de estar en el mundo bajo las circunstancias más exigentes, y aprendí que no sólo podía sobrevivir, sino prosperar, y que mi cuerpo, mi presencia física, podía tener trascendencia.

Así que ocho años después me fui de nuevo, pero esta vez, mientras estuve lejos, escribí cartas a Ynez. Si sabía de mí con bastante regularidad, pensé, aliviaría su preocupación. Con los años, durante las misiones posteriores, le envié cientos de cartas. Le escribía dos o tres veces al día. Comenzó como una manera de salvarla, pero las cartas me salvaron a mí también. Me ayudaron a darle sentido a las cosas que veía, y así empecé a encontrarle un sentido al mundo, y a mi lugar en él.

Durante aquellos días leí mucha poesía. Me llevaba pequeños panfletos al extranjero, panfletos cosidos con grapas con tapas de cartulina. A veces copiaba los poemas y los incluía en las cartas. Ynez me decía que tenía que escribir mi propia poesía, pero sólo porque sientas admiración o incluso la ambición de hacer algo no significa que estés preparado para hacerlo, que era mi caso. Soy un buen lector de poesía, pero no voy mucho más allá de eso.

Mis ojos se han vuelto contra mí, así que me he resignado a escuchar libros en cedé. A veces Ynez me lee poesía en voz alta. Ya no me queda ninguno de aquellos libritos que me hicieron compañía en tantos lugares lejanos. Por lo general los quemaba después de terminarlos, sólo para aligerar la carga. Pero Ynez toma prestados libros de la biblioteca y nos sentamos en el sofá, y me tapa con una cobija y apoya sus delgados pies en los cojines y cierro los ojos mientras lee.

Hay un poeta americano llamado Marvin Bell que se hizo bastante célebre a finales de los sesenta, durante el apogeo de la guerra de Vietnam. Tiene una hermosa poesía llamada *Poema inspirado en Carlos Drummond de Andrade*, una alusión al gran poeta brasileño. Me encanta la parte que dice:

> Y es la vida, sólo la vida, lo que te hace respirar profundamente el aire que se llena del humo de madera y polvo de fábrica, porque te apresuraste y ahora tus pulmones jadean y caen con la exaltación de una hoja en la brisa de primavera, aunque es invierno y estás tragando el polvo de la ciudad.

Y luego la parte final, que significa todo para mí:

> La vida despliega sus tentáculos a tu alrededor, clava sus

garfios en tu corazón y de repente te despiertas como si fuera la primera vez y estás en un barrio de la ciudad donde el aire es dulce, tu rostro enrojece, tu pecho late, tu vientre es un planeta, tu corazón es un planeta, cada órgano es un planeta, piezas de un conjunto, señales silenciosas de lo inevitable, y entre las limitaciones naturales del invierno y el sentido común, la vida te destroza en sus brazos.

ALMA

Cuando le dijimos que no podía ver más a Mayor, Maribel se volvió malhumorada y taciturna. La había visto un poco así desde que Mayor fue castigado, pero ahora era peor. Casi no hablaba. Asentía o negaba con la cabeza. Tendía la mano para indicar que quería algo. Se sentaba en la repisa de la ventana y miraba hacia el estacionamiento con la barbilla plantada en las rodillas.

Una vez, hace casi dos años, Maribel había insistido en pintarse las uñas de negro. Ella y su amiga Abelina se escondieron en su habitación y se pintaron las uñas una a la otra, y cuando aquella noche Maribel se sentó a la mesa para cenar, las vimos.

—¿Qué le has hecho a tus manos? —preguntó Arturo.

—Me he pintado las uñas —dijo Maribel sonriendo y separando los dedos en abanico.

—¿Es permanente? —preguntó Arturo.

—Sólo es laca de uñas, papi.

Arturo me miró entonces como preguntando: «¿Deberíamos estar preocupados?».

Yo ya me había dado cuenta de que a Maribel le gustaba pensar en sí misma como en una rebelde. Y, sin embargo, se las arreglaba sólo con pequeñas insurrecciones. Se quedaba hasta muy tarde con sus amigas. Cruzaba por en medio de los partidos de fútbol callejeros impermeable a los gritos de los chicos para que se apartara. Se pintaba las uñas de negro. Y lo hacía todo en broma, de buen humor, de una manera que no dejaba espacio para enojarse con ella.

En la mesa de la cena, movió los dedos en el aire y dijo:

—Creo que me quedan bien.

Arturo me miró de nuevo. Esta vez, Maribel lo vio.

—¿Qué? —preguntó—. Está bien ser distinta.

—Por supuesto que está bien —le dije.

Con una profundidad de sentimiento que ella se perdió, dijo Arturo:

—Nos encantaría que no te preocuparas por eso. Porque eres nuestra.

Maribel se metió en la boca un enorme trozo de cuernillo relleno que le infló las mejillas. Lo mordió con fuerza, chasqueando la lengua contra el paladar.

—¿Me querríais tanto si siempre comiera así? —preguntó.

Arturo reprimió una sonrisa.

—Sí —dijo.

Maribel tragó y se levantó los labios con los dedos.

—¿Y qué pasa si fuera así?

Arturo sonrió.

—También te querríamos.

Tensó los músculos del cuello hasta que los tendones se hincharon bajo la piel.

—¿Y si fuera por ahí así?

—¡Maribel, basta! —le dije.

Arturo me miró directamente a los ojos, luchando por mantener una cara seria.

—No importa cómo fueras —dijo.

Y era la verdad, pero ahora su comportamiento me preocupaba. Había mostrado tantas mejoras (el último informe de la escuela decía que Maribel podía responder fácilmente a preguntas y seguir instrucciones, y que su capacidad de concentración había aumentado) y esperaba que aquello no hubiera socavado todos sus progresos.

—¿Crees que hemos hecho lo correcto? —le susurré a Arturo una noche en la que no podía dormir. Lo zarandeé un poco hasta despertarlo y se lo pregunté de nuevo.

—¿Qué? —dijo.

—¿Lo de Mayor y Maribel? ¿Crees que hemos hecho lo correcto?

—Es de madrugada, Alma —dijo Arturo.

Miré hacia Maribel, acurrucada en el saco de dormir, con el cabello extendido sobre el rostro como un velo. Después me volví hacia Arturo.

—Parece que sólo ha empeorado las cosas.

Arturo se frotó los ojos.

—Ya hemos hablado de esto. Ya oíste lo que dijo Quisqueya.

—Ni siquiera sabemos si nos dijo la verdad.

—Mayor admitió a sus padres que estuvieron juntos en el carro. Tú eras quien estaba molesta por todo aquello. «Él sabe que no debería salir por ahí con ella», dijiste. Como si eso fuera lo peor de todo. ¿Salir juntos por ahí?

—No sabes lo que te puedes encontrar —dije en voz baja—. No conoces el tipo de gente que anda por ahí.

—¿Qué gente?

Miré su pelo revuelto, los ojos inflamados luchando contra la marea del sueño que los arrastraba.

—No importa. Volvamos a dormir.

—Hemos hecho bien —dijo Arturo—. Maribel no sabe lo que es mejor para ella. Especialmente ahora.

—¿Qué significa eso?

—Hace un año habría sido diferente.

—¿Hace un año la habrías dejado estar con Mayor sin más?

—Hace un año no estábamos aquí. No conocía a Mayor, pero si hubiera habido un Mayor en México, entonces tal vez.

Me quedé mirándolo, perforando la oscuridad.

—¿Por qué no dices lo que quieres decir? —le pregunté.

Se quedó callado.

—Dilo, Arturo.

—¿Qué?

—Di si estás molesto por lo de Mayor y ella porque es tu hija o porque tiene una lesión cerebral.

—Nunca he usado esa expresión.

—Dilo —insistí.

Arturo se incorporó sobre un codo y dijo entre dientes:

—¿No crees que tengo derecho a tratarla de una forma distinta después del accidente? ¿No crees que tenemos la responsabilidad de hacerlo? Ella no es la misma persona, Alma. No hay una parte de ella esperando a que la encontremos de nuevo. No importa cuánto vaya a la escuela o cuánta atención médica reciba, no podemos lograr que sea como antes.

Sentí que algo se derrumbaba dentro de mí.

—Está mejorando —le dije.

Arturo miró a Maribel por encima de mi hombro.

—No deberíamos hablar de esto ahora.

—Antes de que pasara todo esto estaba mejorando —le dije.

—Pero aunque siguiera mejorando toda la eternidad no será la misma persona nunca más.

—Pero los médicos dijeron…

—Los médicos dijeron que su cerebro puede curarse, pero nos advirtieron de que nunca será la misma otra vez.

—No dijeron eso.

—Lo hicieron, Alma. Simplemente no quisiste oír esa parte.

—Está mejorando —insistí como si al repetirlo lo suficiente pudiera de alguna manera ser una constatación, un hecho indiscutible.

—Pero ¿no lo entiendes? —dijo Arturo—. Nunca recuperaremos a nuestra niña.

Al otro lado de la habitación, Maribel se agitó. Alisé la sábana arrugada con la mano, las lágrimas me ardían en los ojos. Arturo dejó caer la cabeza contra el colchón, pero vi que tenía los ojos abiertos y que miraba al techo. El peso de la rotundidad (que parecía una cosa física) quedó en el aire. Yo no quería aceptar aquello porque quería seguir adelante, tenía que avanzar. Era mucho más fácil creer que había otro camino que podía seguir, y que al final de ese camino encontraría el destino que yo deseaba.

Era más fácil vivir en una mentira que aceptar la verdad, que era lo que había dicho Arturo: «Nunca recuperaremos a nuestra niña». Nunca.

MAYOR

En marzo, papá consiguió un trabajo de repartidor de periódicos para el *News Journal*. Se presentó allí porque había oído que necesitaban trabajadores en la planta de impresión y, después de haberse recorrido todos los restaurantes de la ciudad, estaba desesperado y ahora solicitaba empleos para los que ni siquiera estaba cualificado. Al parecer lo rechazaron enseguida.

—Me hicieron tres preguntas. Entonces la mujer que me estaba entrevistando empezó a sacudir la cabeza y me dijo: «No, lo siento, esto no va a funcionar, necesitamos a alguien con experiencia». ¡Experiencia! —gritó papá mientras nos contaba la historia a mamá y a mí—. Le dije: «Lo único que sé hacer es el desayuno».

Mamá torció el gesto:

—Eso no es cierto. Sabes hacer otras cosas, pero sólo unas pocas.

—Bueno, los ojos de essa dama se iluminaron. «¿El desayuno? —dijo—. ¿Es usted una persona mañanera?» ¿Alguien puede decirme qué significa esa frase? En el restaurante, los clientes decían: «No soy una persona mañanera». Por lo general, inmediatamente antes o inmediatamente después de que pidieran café. Pero ¿qué? ¿El mundo se divide en gente de mañana, de tarde y de noche?

—¿Qué le dijiste, Rafa?

—Le dije a la señora: «Bueno, me levanto temprano».

Mamá se echó a reír.

—Así que la señora me preguntó si podía levantarme muy temprano. Cuando le dije que sí, me preguntó si tenía auto propio. «A estrenar», le dije. Me preguntó si tenía permiso y seguro. Y cuando le respondí que sí agregó: «Entonces tengo un trabajo para usted».

—Es emocionante. Ahora eres un hombre del periódico —bromeó mamá sin dejar de sonreír.

—Resulta que al final los periódicos servirán para algo más que para recortarles los cupones —dijo papá.

—¿Traerás el periódico a casa? —le preguntó mamá.

—Si estás en mi ruta, sí.

—Quiero estar en tu ruta —dijo ella guiñándole un ojo.

Mi papá la miró asombrado y enseguida sonrió. Estaba orgulloso, creo yo, de saber que lo había conseguido, que nos había salvado, y que había recuperado a mamá, que la tenía a su lado.

El giro de los acontecimientos había hecho que papá estuviera de humor suficiente para levantarme el castigo, algo que habría sido genial, pero todavía no me dejaban ver a Maribel, y aquello era lo único que realmente quería hacer. Ahora sus padres iban a una misa distinta, así que ni siquiera la veía en la iglesia. La echaba de menos. Lo añoraba todo de ella. Pero ¿qué podía hacer?

Un viernes por la tarde, mientras estaba en clase de Estudios Sociales, empezó a nevar. Al principio pensé que me lo estaba imaginando. Durante todo el invierno había esperado a que nevara (no por mí, sino por Maribel, porque sabía que le encantaría ver la nieve), pero ahora, en pleno mes de marzo, había renunciado a pensar que sucediera. A través de la ventana vi unos pocos copos dispersos, a la deriva, tan suaves como el polvo.

Le toqué el hombro a Jaime DeJulio, que estaba sentado frente a mí. Me ignoró como si un bicho acabara de aterrizar en su espalda.

—Julio —susurré.

Se volvió.

—Te dije que no me llames así, Menor.

Aquélla era su burla de siempre. Mayor/Menor. Muy chistoso. Por eso empecé a llamarlo Julio, a pesar de que era una venganza muy pobre.

Señalé la ventana. Miró, pero no pareció darse cuenta.

—¿Cuál es tu problema? —preguntó.

—Nieve —contesté.

Miró de nuevo y sonrió.

—¡Sí! ¡Bien!

En la clase, el señor Perry siguió hablando sobre Américo Vespucio, Vasco de Gama y la Gran Era de los Descubrimientos mientras yo miraba por la ventana. Al cabo de un rato la nieve empezó a caer con más fuerza, más densa, en copos más pesados.

Faltaban diez minutos para que acabara la clase cuando levanté la mano.

—¿Mayor? —preguntó el señor Perry—. ¿Tienes alguna pregunta?

—¿Puedo ir al baño? —le pregunté.

Él negó con la cabeza.

—Ya conoces las reglas.

—No puedo esperar. Realmente tengo que ir.

El señor Perry frunció el ceño. Pero supe que me dejaría salir.

—Y enseguida —añadí.

Molesto, el señor Perry señaló el pasillo mientras dejaba la tiza en la bandeja de la pizarra.

Yo estaba fuera antes de que tuviese la oportunidad de volver a la lección.

Encontré a William en la sala de estudio y lo convencí de que me llevara a casa.

—Creía que iríamos a ver una película después de clase —dijo.

—Cambio de planes.

No le di más detalles, y creo que, por el camino hasta el departamento, William se imaginó que empezábamos juntos una gran aventura, pero cuando nos detuvimos en el estacionamiento de mi edificio le dije que necesitaba que me enseñara a manejar con cambio de marchas manual. Pareció confundido.

—Voy a agarrar el auto de papá —le dije señalando hacia el sitio donde estaba parqueado.

—¿Por qué? Yo puedo llevarte adonde vayamos.

—No vamos a ninguna parte —le dije.

Me miró durante un segundo y, de pronto, lo entendió todo.

—De acuerdo.

William era genial de todos modos. Después de entrar en casa y tomar de nuevo las llaves que reposaban en el antepecho de la ventana, nos subimos al auto de papá y William lo manejó hasta el abandonado taller mecánico de la esquina, donde nadie podía vernos, y donde podría darme un curso intensivo de manejo con marchas. Me explicó los conceptos básicos (meter la marcha atrás, cuándo y cómo frenar, cómo cambiar de marchas) y yo manejé en círculos por el estacionamiento hasta que por fin William dijo:

—Creo que eres bueno.

—¿En serio?

—Lo bastante bueno, supongo.

—¿Qué pasa si se me cala? —le pregunté.

—No hay problema. Arrancas el auto otra vez y le enseñas el dedo al pendejo que esté tocando el claxon detrás de ti.

—¿Así que sólo es esto? ¿Ya está?

—Eso es todo, joven Jedi. Ve y prospera.

—Estás mezclando tus referencias.

William abrió la portezuela y salió del auto. Asomó la cabeza antes de cerrar.

—Esto es por ella, ¿no? —preguntó.

No le respondí. No quería admitirlo y, de todos modos, William ya lo sabía.

—Bueno —dijo—, ha sido agradable tenerte de vuelta al menos durante un rato.

Evers estaba en las afueras de Delaware Park, una hilera de árboles desnudos a su espalda, un campo de béisbol a un lado. Eran las dos de la tarde y la nieve caía aún con más fuerza que cuando llegué. Me puse la capucha de la sudadera antes de salir del auto. Nunca antes había estado en Evers, pero en mi escuela, un guardia de seguridad deambulaba por los pasillos y los jardines durante todo el día, así que supuse que aquí también habría alguien así, y recé a Dios para no toparme con él. Atajé por la hierba de la fachada lateral del edificio. No había nadie más alrededor. El único sonido era el silbido de los autos que pasaban por la calle mojada de delante.

Me deslicé de un aula a otra, con la adrenalina corriendo por mis venas, y me asomé por cada ventana, buscándola. No podía creer lo que estaba haciendo. Nunca me había saltado una clase. La nieve me caía en los ojos, y no podía dejar de parpadear. Revisé aula tras aula y ni rastro de ella. Por las clases donde los niños parecían más jóvenes pasaba rápidamente. Por las salas donde podrían estar los de nuestra edad me detenía un poco, aunque no la vi por ningún lado. Debía de estar en el baño o algo así, y aparecería por la puerta en cualquier momento.

Y luego, en la octava o novena aula que comprobé, la vi. Estaba sentada en la primera fila, con la barbilla apoyada en la mano.

Estaba preciosa, incluso desde aquella distancia, incluso separados por un cristal y un palmo de aire. Me agarré a la cornisa de ladrillos que sobresalía por debajo de la ventana, la superficie rugosa me quemó los dedos.

Tan pronto como la maestra, que se movía por entre las filas de pupitres, se acercó a la esquina más alejada de mí, di golpecitos en el vidrio con las uñas. Un ayudante sentado frente a la pizarra entornó los ojos y estiró el cuello hacia la ventana. Me agaché. Me quedé mirándome las manos contra el frío ladrillo y respiré rápidamente. Traté de aplastarme contra el edificio por si el ayudante se había levantado y caminado hacia el ruido. Y tampoco es que pudiera hacerme invisible. ¿Debía echar a correr? ¿Irme al auto? No sabía qué hacer, pero durante el rato que estuve pensando en ello tampoco pasó nada. Si el ayudante me hubiese visto, ahora estaría gritándome por la ventana. Esperé un minuto antes de volver a levantarme, y esta vez, cuando lo hice, Maribel me miraba directamente. Quizá me esperaba. Parpadeó un par de veces, como si no pudiera creer lo que estaba viendo. Señalé el cielo, la nieve. Levanté los brazos por encima de la cabeza, en señal de triunfo. Sonrió y se tapó la boca con la mano. Miró a su maestro y durante unos segundos fingió que le prestaba atención.

Cuando me miró de nuevo, le hice señas para que saliera. Negó con la cabeza. Junté las manos, como si rezara. Vamos, Maribel, pensé. Venga. Ella parpadeó rápidamente. Entonces vi que se levantaba y le decía algo al asistente, que le entregó algo. Un pase. ¡Sí! Salí corriendo hacia el estacionamiento.

Saqué el auto de papá hasta la entrada. No quería apagar el motor porque tendría que comenzar de nuevo y no sabía arrancarlo sin que se me calara, así que decidí manejar en círculos por el carril bus y de vuelta a la entrada hasta que Maribel salió. Al principio no la vi, pero luego apareció por un lado del edificio (tal vez había usado aquella puerta para que nadie se fijara en ella) sonriendo como nunca antes la había visto sonreír, levantando las manos para sentir cómo aterrizaban los copos en sus palmas. Reduje la velocidad tanto como pude y me incliné para bajar la ventanilla del pasajero. Pensé que si iba bastante lento, ella saltaría dentro y no tendría que parar. Como si estuviéramos en una especie de escena a cámara lenta de una película de acción. Iba a explicárselo a gritos desde el auto, pero cuando trataba de coordinar los pedales y el volante y mi cuerpo inclinado al mismo tiempo, se me caló. Maribel actuó como si no se hubiera dado cuenta. Simplemente se acercó y subió.

—Está nevando —le dije como si no fuera obvio.

—Está nevando —repitió Maribel con asombro, y se limpió las manos en los pantalones.

Había algo en Maribel que me fascinaba: no importaba cuántas veces demostrara yo que era un idiota, ella nunca lo creía. Simplemente me había aceptado. Me aceptaba. Así de sencillo.

—¿Dónde tienes el abrigo? —le pregunté—. ¿Y las gafas de sol?

Señaló la escuela.

—De acuerdo. ¿Tienes frío?

—No —respondió.

Luego se inclinó hacia delante y miró a través del parabrisas torciendo el cuello para mirar hacia el cielo.

—Pensé que podríamos ir a algún sitio —le dije.

—¿Adónde?

—A un lugar que conozco. Es realmente lindo. Sobre todo cuando hay nieve.

—¿Está bien? —preguntó.

Yo no sabía de qué estaba hablando. ¿Se estaba preguntando si estaba bien escaparse de la escuela? Probablemente no. En realidad tampoco estaba bien lo que hacía yo, pero no quería pensar en ello.

—Todo está bien —le dije.

Fuimos en auto sin hablar al menos durante una milla. Perfecto, ninguna queja. Me sentía electrificado al verla de nuevo, al compartir

el aire con ella, al compartir cualquier cosa y todo a la vez.

Al salir del estacionamiento de la escuela, el auto traqueteó mientras cambiaba de marcha, pero una vez metí la cuarta simplemente apreté las manos alrededor del volante y me quedé en el mismo carril, cruzando a lo largo de la Ruta 7 hacia la Ruta 1. La nieve seguía cayendo, disolviéndose contra el parabrisas, dejando húmedos asteriscos en el cristal. El cielo estaba tan pálido como la sal. Maribel mantuvo la cara contra la ventanilla, embelesada y sobrecogida. La miré un par de veces, pero sobre todo fijé los ojos en la carretera. Aceleramos por Chili y embocamos Borders y Christiana Mall, y entonces la nieve comenzó a caer con más fuerza, rayas blancas frente al auto y más allá de las ventanillas, como la luz de un millar de estrellas. Unas millas más adelante me sentía tan confiado que conecté el radio, pero tras sintonizar una veintena de emisoras decidí apagarlo.

—Creo que debería montar una emisora de radio —dijo Maribel de repente.

—¿Qué tipo de cadena?

—Me gusta la música.

—¿Estás hablando de una emisora de radio en tu escuela? ¿Tienen una?

—Yo podría hacerlo.

—Claro, ¿por qué no?

—Puedo.

—Te creo.

Sentí su mirada fija en mí.

—¿Qué? —le pregunté.

—Sólo tú confías en que puedo hacer algo —dijo.

Manejamos durante la siguiente hora y media. La nieve seguía cayendo, pero no cuajaba en el asfalto, sólo en la hierba. Me quedé en el carril de la derecha dejando que la gente me adelantara y me concentré en mantener el auto estable pese a estar prácticamente temblando por la emoción de estar juntos en la carretera.

Al cabo de un rato sonó mi móvil, poco después de la hora en la que solía llegar a casa desde la escuela. Lo pesqué de mi bolsillo y miré la pantalla: «Casa». Lo apagué. Sabía que me caería encima una montaña de mierda cuando volviera (por ver a Maribel, por agarrarle el auto a papá, por manejar sólo con el resguardo del examen de teórica doblado en mi cartera), pero no me importaba. Maribel y yo merecíamos estar juntos y ella merecía ver la nieve si lo deseaba. Nadie nos lo iba a impedír. Yo era su única oportunidad. Quería darle lo que todo el mundo parecía querer arrebatarle: la libertad. Además, el daño ya estaba hecho. Si hubiera dado la vuelta en ese mismo

segundo, la hubiese llevado a su casa, hubiese parqueado el auto y hubiera regresado a mi departamento, la montaña de mierda no habría sido más pequeña.

—Tengo hambre —dijo Maribel al cabo de un rato.

—Tengo algún Starbursts en la mochila —le dije—. Agarra uno.

—¿Qué son?

—¿Nunca has probado un Starburst? Son de frutas. Como los caramelos, pero masticables.

No dijo nada.

—¿No quieres uno?

—¿Tienes papas fritas?

Me reí.

—No sabía que te gustaban las papas fritas.

—A veces nos las dan en la escuela.

—¿Papas fritas de cafetería? ¿Me tomas el pelo? Eso es como comer cerumen o algo así. Escucha, voy a hacerte un favor y te enseñaré cómo son las verdaderas papas fritas. Después no querrás otras.

Tomé la siguiente salida. Justo delante, los arcos dorados flotaban por encima de un McDonald's con el techo cubierto de placas de nieve. El auto patinó cuando giré y el rosario que mamá había colgado del retrovisor golpeó contra el vidrio. Reduje la marcha y los engranajes rechinaron, pero de alguna manera recuperé el control y enseguida estuvimos en el carril del autoservicio. Me acerqué a la caja del altavoz pensando que podría gritar el pedido y dar vueltas por allí sin detener el auto pero, por supuesto, no funcionaba así. El auto dio un tirón y se me caló. Maribel y yo nos quedamos allí sentados esperando a la voz del altavoz. Cuando sonó, le grité que queríamos una ración grande de papas fritas. Luego metí el embrague y arranqué a trompicones. Fuimos lentamente hasta la siguiente ventanilla (procuré permanecer en el carril del autoservicio sin chocar contra los bordillos) y di un billete de cinco dólares, todo el dinero que llevaba. Esta vez conseguí embragar bien y metí la segunda, levanté el pie muy lentamente y rodamos hasta la segunda ventanilla, donde un chico con medio cuerpo fuera de la ventanilla me entregó la bolsa de papas.

Cuando salimos de allí me sentía muy bien. Le estaba agarrando el truco a manejar con marchas.

Maribel mantuvo la bolsa de papel caliente en su regazo hasta que volvimos a la carretera. Entonces dijo:

—¿Ya puedo comerme una?

—¡Claro! —le dije—. A lo mejor están aún muy calientes, ten cuidado.

Maribel sacó una papa y la mordió.

—¿Y? —le pregunté tras unos instantes de silencio.

—Las papas fritas de cafetería apestan —dijo.

Reí mientras se terminaba la papa y tomaba otra. Y luego otra. Y otra más. Se las comía tan deprisa que tuve que pedirle que me guardara alguna.

Eran casi las cinco cuando llegamos al Cabo Henlopen. Estacioné en la calle, cerca de las duchas al aire libre donde, en verano, la gente se lavaba la arena de los pies antes de meterse en el auto.

—¿Salimos? —le pregunté.

—¿Dónde estamos?

—Ya verás. Vamos.

Me quité el abrigo y se lo di a pesar de que le sobraban unas tres tallas. Las mangas le tapaban las manos y el dobladillo le llegaba casi hasta las rodillas. Me recordó el día en que la conocí en el Dollar Tree. Llevaba su jersey amarillo. Dentro cabían dos como ella. Habría podido perderse allí dentro. Y ahora se perdía en mí. Sacudí la cabeza y sonrió. Me hizo pensar en las cosas más locas, pero ni siquiera me importaba.

Maribel y yo pasamos por debajo de las puertas del estacionamiento y cruzamos el espacio vacío, dejábamos las huellas de las deportivas en la nieve, el aliento denso y caliente en el aire.

Cuando llegamos a la arena, estaba cubierta por una capa de nieve. Las olas del mar eran de un azul plateado. Nos pusimos hombro con hombro frente a la inmensidad, frente a la posibilidad de todo. Dentro del universo me sentía como una mota de polvo, pero en mi interior me sentía gigantesco, llenando el pecho de aquel aire salado, con el rugido de las olas reverberando en mis oídos.

—Es tan hermoso —murmuró Maribel.

Mantuve mis manos metidas en los bolsillos del pantalón mientras el aire helado me apuñalaba los pulmones.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—Esto —levantó el brazo para señalar el océano, la manga de la chaqueta le colgaba en la punta.

—Sí —le dije como si no pasara nada, lo cual de alguna manera era cierto.

No quise pensar en el problema en que nos habíamos metido, o en quién podría vernos, ni en que, después de esto, probablemente sería aún más difícil volver a verla. No pensé en ello, porque habría hecho cualquier cosa por ella.

Cambié el peso de una pierna a la otra y me sacudí la arena mojada de los lados de las deportivas. Sin el abrigo me estaba congelando, pero no lo admitiría ni loco.

La piel de gallina me dolía debajo de la camisa, y un escalofrío me recorrió la espalda.

Maribel se agachó y pasó la mano por la arena, apenas rozando la superficie.

—Es tan hermoso —repitió.

Le acaricié la cabeza, el cabello húmedo, y cuando me agaché a su lado, me miró con sus ojos dorados y sus largas pestañas negras. Le puse la mano en la nuca, debajo del pelo y la besé. Su rostro estaba húmedo por la nieve. Tal vez no debería haberlo hecho, no lo sé. Quizá debería haberle dado la oportunidad de apartarse o de protestar, o lo que sea. Pero cuando ella puso las manos en mis hombros y presionó su boca contra la mía, supe que quería estar allí tanto como yo. La besé una y otra vez, y otra vez, con avidez, como si estuviera recuperando el tiempo que había perdido, como si la besara por todas las veces que no podría hacerlo de nuevo cuando nuestros padres se enteraran de lo que habíamos hecho, como si compensara el tiempo vivido antes de haberla conocido, que me parecía algo increíble, una especie de crimen. Y cuando por fin me aparté, quería devorarla. Quería tumbarla en la arena. Acariciar cada centímetro de su piel. Enloquecía de deseo (destellos de luz y visión borrosa, la sangre latiéndome en los oídos). Tenía la cara roja y respiraba rápido. Estábamos de rodillas uno frente al otro. Deslicé los brazos por debajo de su camisa y sentí sus costillas y su piel caliente bajo mis dedos. Llegué al sujetador y busqué a tientas el cierre hasta que me di por vencido y se lo levanté por encima de los pechos. Los tomé con ambas manos, eran las cosas más suaves que jamás había sentido, y ella respiró una bocanada de aire. «¿Estás bien?», le pregunté, y ella asintió. Noté que se me ponía dura bajo los pantalones. Pero no quería que me volviera a pasar lo mismo que aquel día en el auto. No quería que Maribel pensara que tenía un problema o algo así. Así que bajé las manos hasta su cintura y traté de darme un respiro, para calmarme, y sólo la miré a los ojos. Maribel parpadeó.

—Tienes nieve en el pelo —dijo.

—Tú también —dije sonriendo.

Me acerqué, y con la boca le tomé un mechón de cabello atrayéndolo con la lengua, con los dientes, degustando el sabor a champú y a nieve. Yo estaba temblando y no paraba de estremecerme. Maribel bajó la cremallera de mi abrigo y lo abrió como un par de alas, cubriéndome el cuerpo tanto como pudo. De rodillas en la arena, me acerqué aún más a ella, y ambos nos acurrucamos dentro de mi abrigo, escuchamos las olas rompiendo contra la orilla, la respiración palpitante en el aire salado, contemplamos la nieve desvanecerse en el agua. Y luego Maribel se cayó hacia atrás, de espaldas. Se echó a reír.

—Sabía que no duraría mucho —dijo.

Yo también lo sabía. Pero habría dado cualquier cosa para que durara más tiempo.

MICHO ÁLVAREZ

Yo vine de México, pero hay muchos aquí que cuando me oyen decirlo piensan que me escapé del infierno. Oyen «México» y piensan: malo, el diablo, no sé. Tienen algunas ideas locas. ¿Es que has estado alguna vez en México? Y si dicen «sí, papi, fui a Acapulco», o a Cancún, entonces esa mierda no cuenta. ¿Fuiste a un *resort* de vacaciones? Felicidades. Pero no fuiste a México. Y ése es el problema, ¿sabes? Esa gente escucha los medios de comunicación, y los medios de comunicación, déjenme decirlo, tienen algunas ideas de mierda sobre nosotros. Sobre todas las personas de piel oscura, pero especialmente sobre los mexicanos. Si haces caso a los medios de comunicación, creerás que todos somos pandilleros, o traficantes de drogas, que hacemos desaparecer cadáveres en barriles de ácido, que queremos destruir América, que seguimos pensando que Texas nos pertenece, que todos tenemos la gripe porcina, que llevamos ametralladoras bajo los abrigos, que no pagamos ningún impuesto, que somos perezosos, estúpidos, espaldas mojadas que cruzaron la frontera ilegalmente. Lo juro por Dios, estoy tan cansado de que me llamen sudaca, ladrón, cholo, todas estas cosas… A mí me pasa todo el tiempo. Entro en una tienda y los empleados o me ignoran o controlan cada movimiento que hago porque piensan que voy a robar algo. Entiendo que quizá no tengo una pinta impecable. Trabajo de fotógrafo, así que no llevo traje o algo así, pero tengo suficiente dinero para entrar en cualquier tienda, y aunque no lo tuviera, tengo el derecho de entrar en cualquier tienda. A veces siento la tentación de decirles: «¡Eh, cuate, soy ciudadano americano!». Pero no debería tener que decirle nada a nadie. Quiero recibir el beneficio de la duda. Cuando camino por la calle, no quiero que la gente me mire y vea a un criminal o alguien al que puede escupir o darle una paliza. Quiero que vean a un chico que tiene tanto derecho a estar aquí como ellos, o a un tipo que trabaja duro, o a un tipo que ama a su familia, o a un tipo que trata de hacer las cosas bien. Sólo deseo ser una de esas personas con las que se puede hablar, y mis amigos también, hombre. Y sí, pueden hablarnos en inglés. Apuesto a que sabemos inglés mejor que ellos. Pero nadie quiere intentarlo siquiera. Nosotros somos los americanos sin nombre, los ignorados, aquéllos a quienes nadie quiere entender porque les han

dicho que deben tenernos miedo y porque puede que si se tomaran el tiempo suficiente como para conocernos, se darían cuenta de que no estamos tan mal, tal vez incluso de que somos iguales que ellos. ¿Y a quién odiarían entonces?

Es una chingada. Todo esto es muy, muy complicado. Quiero decir, ¿alguna vez se ha preguntado alguien por qué las personas cruzan la frontera? Les prometo que no es por la ambición de venir aquí y arruinar todo lo que tienen los gringos. La gente está desesperada. Hablamos de personas que ni siquiera tienen un inodoro que funcione, y el gobierno es tan corrupto que cuando tiene dinero, en lugar de repartirlo, en vez de usarlo para ayudar a sus propios ciudadanos, se queda con él y anima a la gente a irse hacia el norte. ¿Qué opción tiene la gente ante eso? Igual es que les gusta atarse al chasis de un carro o meterse en un baúl como una alfombra o caminar en sandalias por la arena ardiente durante días compartiendo una sola botella de agua caliente. La mitad de ellos mueren o sufren tales quemaduras que cuando los encuentran tienen la piel de color negro y los labios resquebrajados. Otros se ahogan en los ríos. Y la migra agarra a los que quedan y los envía de vuelta a sus países o los golpea. Y a las mujeres las violan por detrás. ¿Y para qué? ¿Para llegar aquí y hacer las camas de un motel de carretera? ¿Para estar separados de sus familias?

Y luego hay mucha gente que viene aquí porque realmente quiere tratar de hacer algo bueno en este país. En mi caso, yo trabajé en un periódico de Sinaloa durante años, informando sobre la guerra contra el narco, intentando que la gente supiera lo que pasaba en su propio patio trasero, pero mis jefes sólo tenían apetito por lo macabro. Me mandaban a sacar fotos de los crímenes para ponerlas en primera página. Al principio lo hice porque pensaba que eso es lo que la gente necesitaba ver. Así quizás se escandalizaran y pasaran a la acción. Pero después de un tiempo me di cuenta de que todo aquello sólo era espectáculo. Las fotos de cuerpos decapitados no ayudaban a nadie. Así que quería pasarme al otro lado, al otro lado de la frontera. Aquí nadie quiere admitirlo, pero los Estados Unidos es parte del problema de México. Estados Unidos alimenta a la bestia. Pensé que si venía podía hacer algo diferente. Ahora trabajo con un grupo en Wilmington que promueve la reforma de la legislación para los inmigrantes. Hago todas las fotografías para su boletín de noticias y su página web. Fotos de las condiciones de vida de las personas o de los daños físicos que sufren sólo por ser de piel morena en este país. No lo sé. No progresamos mucho. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Tengo que luchar por lo que creo.

ALMA

Aquel viernes esperé en la ventana de delante a que llegara el autobús que traía a Maribel de la escuela. Diminutas flores de hielo se adherían al cristal de la ventana, yo echaba el aliento contra el cristal, empañándolo y luego deslizaba el dedo por encima de la condensación.

Miré el reloj del horno. Era un horno antiguo, con costras de herrumbre, y recordé mi consternación al verlo cuando llegamos por primera vez. No se parecía en nada al horno de tejas y arcilla que tenía en Pátzcuaro, con su gran marco de madera. Vi las manecillas del reloj moverse con calma. Me dije que todavía era temprano. Me mordí la uña del pulgar y esperé. Y, sin embargo, diez minutos más tarde, aún no había rastro de ella.

Me puse el abrigo y las botas, bajé las escaleras y me quedé debajo del saliente del balcón, mirando a mi alrededor. A lo largo del borde del asfalto la hierba era desigual y correosa. Envoltorios de comida cubrían el piso. Respiré hondo para calmarme y me dirigí a la carretera, estirando el cuello para tratar de ver el autobús.

Como no lo vi, acorté por el estacionamiento y me dirigí hacia el departamento de los Toro.

Celia me miró sorprendida cuando abrió la puerta. No había hablado con ella desde que la había llamado para decirle que no queríamos que Maribel pasara más tiempo con Mayor. Primero había defendido a Mayor recordándome que Quisqueya era una chismosa y asegurándome que Mayor nunca había causado ningún problema. Pero más tarde Rafael había llamado de nuevo para decirnos que Mayor había admitido que había estado en el carro con Maribel. Rafael se disculpó en nombre de sí mismo y en el de Celia y dijo que se habían asegurado de que Mayor comprendiera que tenía que mantenerse alejado de Maribel.

Ahora, sin embargo, la tensión era palpable.

—Estaba a punto de salir —dijo Celia.

Llevaba pendientes de oro y un suéter de color caramelo. Llevaba un montón de laca en el pelo.

—¿Has visto a Maribel? —le pregunté.

—¿A Maribel? No.

—¿No está aquí?

—No.

Mi estómago se revolvió.

—El bus no ha venido —le dije.

El rostro de Celia delató un destello de preocupación.

—¿Cuándo debería haber venido?

—Hace quince minutos. Tal vez veinte.

—¿Tenía algo después de la escuela? ¿Una reunión o un club?

—No.

—No sé, Alma.

—¿Mayor está aquí? —le pregunté.

Celia se puso aún más tensa. Echó los hombros hacia atrás.

—No —contestó—. Pero no está con ella. Conoce las reglas.

—Tal vez sepa algo.

—Bueno, iba a ver una película con su amigo William después de la escuela. Puedo preguntarle cuando llegue a casa —Celia se inclinó hacia delante y asomó la cabeza por la puerta—. ¿Está nevando?

—¿Qué?

—Que nieva. ¿Cuándo ha empezado?

Me volví y vi breves destellos de algo, como el polvo iluminado por la luz solar. Estaba tan distraída que no me había dado cuenta.

—¡Dios, qué vaina! —exclamó Celia—. Durante todo el invierno, nada. ¡Y ahora esto! ¡A finales de marzo!

Me mantuve en silencio, miré los copos y luego me olvidé de ellos por completo, sólo para sentirme de repente invadida por el miedo. ¿Dónde estaba Maribel?

No quería pensar en lo que podía estar pensando. ¿Aquel chico había ido a buscarla otra vez? ¿Se la habría llevado a algún sitio? ¿Y qué le estaría haciendo? Entonces cayó sobre mí todo el peso del terror. Se me revolvió el vientre y empezó a temblarme el pecho. Un gemido de angustia escapó de mis labios.

—¡Alma! —dijo Celia sobresaltada.

—Lo siento.

—Debes calmarte. Estoy segura de que está bien. Tal vez el autobús se ha quedado atascado en el tráfico.

Asentí sin estar convencida.

Y ambas nos quedamos allí calladas hasta que finalmente Celia dejó caer los hombros y me miró con compasión.

—Ven adentro —dijo.

—Pensé que estabas a punto de irte.

—Ven adentro —dijo de nuevo—. Haré café. La esperaremos

juntas.

Una vez estuvimos en el departamento, Celia trató de llamar a Mayor, pero saltó el buzón de voz.

—Debe de haber apagado el teléfono en el cine —dijo—. Lo comprobará cuando salga.

Me senté en el sofá y miré por la ventana el cielo blanco, el estacionamiento vacío, el asfalto borrado por la nieve, mientras Celia preparaba una taza de café. Me obligué a imaginar escenarios en los que Maribel estaba bien: sentada en el autobús, retorciéndose un mechón de pelo entre los dedos, mirando el tráfico en la calle por la ventanilla; dormida en el asiento del autobús, ajena al retraso; a sólo una manzana de nuestro departamento, poniéndose la mochila en los hombros, preparándose para bajar. Me dije a mí misma: «No tuviste un mal presentimiento antes del accidente y después pasó. Tal vez ahora que sí lo tienes quiere decir que está bien». No me importaba que no tuviera ningún sentido.

—Tengo que llamar a Arturo —le dije de repente sacando el teléfono del bolsillo del abrigo.

Pero cuando lo miré la pantalla estaba en negro, sin batería. ¿Cuánto tiempo llevaría así? Me guardé el teléfono en el bolsillo y le pregunté a Celia si podía usar el fijo de su casa.

—Por supuesto —dijo, y me entregó el receptor.

—Bueno —dijo Arturo cuando contestó.

Estaba fuera (como siempre, pensé en aquel momento), todavía en busca de trabajo.

—Soy yo, Arturo. Tienes que venir a casa —le dije.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Es Maribel.

—¿Qué ha pasado? —insistió.

—Aún no ha vuelto de la escuela.

—¿Qué quieres decir? ¿Has llamado a la escuela?

Me dio vergüenza reconocer que no lo había hecho, y ahora no quería admitirlo.

—Vuelve a casa, Arturo. Por favor.

—Voy para allá —respondió.

Llamé a la escuela tan pronto como colgué, pero nadie respondió, y cuando le pasé el teléfono a Celia para que pudiera escuchar la grabación que sonaba, me dijo que simplemente daba las horas de clase, y que ese día no había extraescolares. Pensé en llamar a Phyllis, también, pero su número estaba en mi celular muerto.

Cuando llegó Arturo, no más de diez minutos después, yo estaba fuera y caminaba de un lado a otro, víctima de la angustia, con un nudo de acero en el estómago. La nieve caía ligeramente, como besos

ingrávidos, pero apenas la notaba. Corrí hacia él tan pronto como lo vi. Su rostro se ensombreció y me puso las manos sobre los hombros.

—Su autobús no ha venido —le dije.

Notaba los dedos entumecidos, pero no a causa del frío.

—¿Ha habido un accidente?

—No lo sé.

—¿Llamo a la policía?

—¿A la policía?

—¡Debería estar en casa desde hace media hora! ¿Quién sabe qué le habrá sucedido?

—Yo no sé si podemos llamar a la policía…

—¿Por qué?

Lo miré a los ojos. No quería decírselo.

—¡Alma! ¡Usa la cabeza! Que nos deporten si quieren.

Echó a correr hacia el departamento.

—¡Arturo! —le grité.

Se detuvo y se volvió.

—Tengo que decirte algo.

Las lágrimas me anegaban los ojos, pero tenía que decírselo. Ahora no tenía otra opción. ¿Qué importaba mi instinto de protegerlo, mi idea equivocada de que manteniéndolo todo alejado de él podía demostrar que yo era capaz, probar que podía cuidar de nuestra hija a pesar de que antes le había fallado terriblemente? Y si se había perdido, ¿qué importaba ya?

—Hay un chico…

A Arturo pareció molestarlo que cambiara de tema.

—¿De qué estás hablando?

—Vive en Capitol Oaks.

—¿Quién?

—Tú lo viste. Hace mucho tiempo, cuando fuimos a la gasolinera. Estaba allí.

—¿Quién estaba allí?

—No sé cómo se llama. Pero vino aquí un día.

Arturo sacudió la cabeza como si no fuera capaz de entenderme.

—Lo encontré con ella —le dije, y señalé el lateral del edificio—. Por ahí. Creo que había ido detrás de ella desde el principio. La tenía contra la pared.

El rostro de Arturo se ensombreció.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué estaba haciendo?

—Le había levantado la camisa.

—¿Cuándo?

No le respondí.

—¿Cuándo, Alma? ¿Cuándo pasó eso?

—Le dije que se mantuviera alejado de ella.

—¿Cuándo?

—Hace unos meses.

—¿Y me lo dices ahora?

—Pensé que podía ocuparme yo de la situación.

—¿Ocuparte? ¡Alma!

—Fui a su casa. Le dije que la dejara en paz.

Arturo me miró con tal incredulidad que casi era terror. Como si yo fuera alguien a quien no reconociera.

—¿Le hizo daño? —preguntó.

—No, no creo.

—Pero has dicho…

—Llegué a tiempo.

—Pero ¿dónde estabas? ¿Por qué no estabas con ella?

No podía responder a eso. No tenía excusa.

—Me has mentido —dijo Arturo.

—No quería que te preocuparas.

Emitió un sonido que rayaba en la risa, e inclinó la cabeza hacia atrás, mirando el cielo gris desteñido. Ahora la nieve caía sin parar y escamas del tamaño de sellos se posaron en su rostro, en su cabello.

—Quería hacer las paces contigo —le dije.

Esperé, pero mantuvo los ojos fijos en el cielo lejano.

—Yo era la que sostenía la escalera —añadí.

Arturo bajó la cabeza y me miró.

—¿Qué?

—Aquel día. Yo fui quien la dejó subir. En un segundo estaba en la escalera y era nuestra hija perfecta y al segundo siguiente…

—Ella no era perfecta—dijo Arturo.

—Pero yo sabía que no querías que subiera, que le habías dicho que no subiera allí, y yo la dejé subir de todos modos.

—¿Y?

—¡Que se cayó, Arturo! Y fue por mi culpa.

—¿Eso es lo que piensas?

—¡Eso es lo que me dijiste! En el hospital. Después.

Arturo me miró confundido.

—Me dijiste que tenía que haber sostenido la escalera. Me acusaste de no hacerlo.

—¿Crees que te culpo por lo que pasó?

—Los dos sabemos que fue por mi culpa.

—Bueno, yo soy quien les dijo que vinieran conmigo aquel día.

—No sabías qué pasaría.

—Ni tú tampoco. ¡Eso es lo que te estoy diciendo!

—Pero es diferente.

—No, no es diferente. Dices que la dejaste subir, pero ¿cómo podías saber que se caería?

—Pero yo era quien sostenía la escalera.

—¿La soltaste? ¿La moviste a propósito?

Negué con la cabeza.

—No fue por tu culpa, Alma.

—Todo cambió por mi culpa.

Me miró con tristeza, tal vez hasta con misericordia.

—No fue por tu culpa —repitió—. Tienes que darte cuenta.

—Pero…

—Lo que dije entonces… Estaba colérico, Alma. No podía pensar.

Me mordí el labio.

—Escúchame —dijo Arturo—. Eres tú. Tú tienes que perdonarte a ti misma.

No podía hablar. Las lágrimas de un manantial oscuro y profundo corrían por mi cara.

—¿Me oyes? —preguntó Arturo—. Perdónate.

Asentí con la cabeza y sentí una especie de liberación remota, como si algo dentro de mí se vaciara.

—Ahora vamos a buscarla —dijo Arturo.

Dentro del departamento, Arturo llamó a la policía. Le dijeron que la escuela ya había llamado y que tenían un auto patrulla buscándola. Parecían sorprendidos de que nadie de la escuela se hubiera puesto en contacto con nosotros. Le dijeron: «Los niños de esta edad… Ya verá, probablemente entrará por la puerta de su casa antes incluso de que tengamos la oportunidad de seguirle el rastro».

Pero Maribel no llegaba y Arturo no iba a esperar. Agarró cambio para el autobús, se puso el sombrero y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—A buscar a ese chico.

—Y entonces, ¿qué?

—Entonces lo obligaré a decirnos dónde diablos está nuestra hija.

—Nieva —dije estúpidamente como si eso fuera a detenerlo.

Arturo se subió la cremallera del abrigo.

—Quédate aquí por si viene a casa —abrió la puerta—. Vuelvo enseguida.

MAYOR

La luz del día comenzaba a desvanecerse cuando Maribel y yo volvimos al auto. Llevábamos recorridos unos pocos kilómetros en dirección a casa cuando la nevada arreció de verdad. Comenzó a girar en ráfagas y a caer tan fuerte que tuve que poner los limpiaparabrisas en la posición más rápida, e incluso así tuve problemas para ver el camino. Yo no podía ver bien ninguna de las tiendas y restaurantes que había a los lados de la carretera. Enormes placas de nieve caían de los árboles y de los tejados. Las farolas parecían algodón de azúcar gigante.

Antes de que entráramos en la autopista, el auto fue derrapando por toda la carretera, los neumáticos giraban como si no tocaran el suelo. Pasamos a dos autos que había parados en el arcén para esperar a que parase la tormenta, cosa que parecía una buena idea, así que hicimos lo mismo.

Maribel no preguntó qué hacía, y cuando paré el auto y me tomé un segundo para mirarla, me di cuenta de que se había quedado dormida. Sin nada más que hacer, apoyé la cabeza contra el volante y la observé durante un rato. Todavía llevaba mi abrigo y el pelo húmedo y ondulado por la nieve. Tenía las manos en el regazo con las palmas hacia arriba.

Afuera aullaba el viento y cada pocos minutos pasaba un auto con las luces largas. Pensé que pronto dejaría de nevar. Al menos, eso esperaba. Quiero decir, realmente esperaba que aquello no fuera el principio de alguna tormenta de nieve que nos enterrara vivos en el arcén. Me asusté un poco con la idea y me pregunté si habría una linterna en la guantera y cuánto tiempo podrían sobrevivir dos personas con un puñado de Starburst. Pero luego traté de relajarme. Estábamos a unos cientos de metros de la casa más cercana. No era exactamente la tundra.

Lo más fuerte de la tormenta pasaría en un rato, pero no tenía ni idea de cuándo. Entonces yo también me quedé dormido y me desperté cuando la cabeza me rodó sobre el claxon, que dejó escapar un largo bocinazo a través de la noche. Maribel se sobresaltó.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En el auto —le dije con un sabor amargo en la boca, y volví la cabeza para no lanzarle una bocanada de mi aliento.

—Pero ¿dónde estamos?

—De camino a casa, pero la nieve era una locura, así que he parado en la cuneta. Y creo que me he quedado dormido.

—Ahora no nieva —dijo.

Miré por la ventana. Era noche cerrada y el exterior estaba tranquilo, como si la nieve hubiera formado un capullo alrededor del mundo. Maribel se retiró el pelo de la cara, y vi que tenía una marca a lo largo de la mejilla, donde se había apoyado contra el cinturón de seguridad.

Puse la llave en el contacto. El auto se quejó, pero no arrancó. Lo intenté de nuevo. Nada. Empecé a ponerme muy nervioso, pero al tercer intento, el auto cobró vida. Puse la calefacción y sostuve la mano delante de la rejilla de ventilación hasta que, un minuto después, empezó a salir aire caliente.

—¿Tienes frío? —le pregunté.

—No —respondió Maribel.

El reloj del salpicadero marcaba la 01:14 a.m. Mierda. Estábamos en un lío. Realmente nos habíamos metido en un buen lío.

Iba a poner el auto en marcha para incorporarnos a la carretera cuando Maribel dijo:

—Me empujó contra la pared.

—¿Qué?

—Me dijo que me iba a enseñar algo.

Yo no sabía de qué estaba hablando.

—Me agarró del abrigo y me empujó contra la pared.

Y entonces lo entendí. Un cosquilleo me recorrió la nuca. Hablaba de Garrett Miller.

—¿Qué te hizo? —le pregunté.

—Me subió la camisa.

—¿Qué te hizo? —le pregunté de nuevo, aunque no estaba seguro de querer oírr la respuesta.

Ella se volvió y miró por la ventanilla, se abrazó a sí misma.

—¿Maribel?

—Mi mamá llegó —dijo ella.

—¿Te hizo daño?

—Mi mamá llegó —repitió.

Y luego simplemente nos quedamos callados. No sé por qué me lo contaba ahora, después de tanto tiempo. Cuando se volvió hacia mí, me agarró la mano y me acarició la palma con el pulgar.

Cerré los dedos y apreté, como si apretando lo suficiente pudiera

aferrarme a ella para siempre.

Cuando Maribel y yo llegamos al estacionamiento del edificio, papá estaba fuera fumándose un cigarrillo. En el silencio de la noche los faros lo iluminaron en la oscuridad. Me puse tan nervioso cuando lo vi que me detuve un par de metros antes de llegar a nuestra plaza. Papá botó el cigarrillo en la nieve, se acercó y jaló de la puerta.

—Sal —dijo.

Y lo hice. Maribel se había dormido de nuevo y estaba acurrucada en el asiento del pasajero.

—Dame las llaves —dijo papá.

Se las di. No me atrevía a mirarlo a los ojos.

—Ahora súbete al asiento de atrás —ordenó.

No tuve el valor de preguntarle por qué y pensé que simplemente tenía que hacer lo que me pedía, así que me subí detrás mientras papá se sentaba al volante y arrancaba.

Fue un viaje tranquilo. No nos cruzamos con ningún otro auto en todo el camino.

Papá iba a toda velocidad (la nieve salpicaba el auto desde el asfalto) y me pasé todo el rato temblando en el asiento de atrás, como si hubiera un terremoto bajo mi piel. No tenía ni idea de adónde nos llevaba, por no decir que a esas horas de la noche no había nada abierto, así que pensé que sólo querría manejar durante un tiempo hasta calmarse. Tal vez iba soltarme un sermón, y lo estaba componiendo en su cabeza. Puede que quisiera llevarnos a Maribel y a mí lejos del departamento para que ninguno de los vecinos oyera lo que estaba a punto de decirnos. Quizá los padres de Maribel y mis padres habían decidido que papá era el encargado de regañarnos cuando volviéramos a casa. Pero después de diez minutos en el auto, cuando nos detuvimos en el Hospital Christiana, se me vino el mundo encima y supe que no era nada de aquello.

—Despiértala —dijo papá tras estacionar—. Vamos adentro.

Toqué a Maribel en el hombro.

—Tenemos que salir del auto —le dije.

—¿Qué?

—Te has quedado dormida otra vez. Estamos de vuelta en Newark. Papá nos ha llevado al hospital y ahora quiere que salgamos del auto.

—¿Al hospital?

—Sí. No tengo ni idea de qué está pasando. Pero quiere que entremos con él.

Pensé que tal vez nos llevaría a ver a pacientes que habían tenido accidentes de tráfico como una manera de enseñarnos a Maribel y a mí una lección sobre lo que podría habernos pasado a nosotros.

Papá se encendió otro cigarrillo mientras cruzábamos el oscuro estacionamiento cubierto de nieve hasta la entrada de la sala de urgencias. Maribel y yo lo seguimos. Las puertas se abrieron cuando llegamos y papá apagó el cigarrillo en un cenicero antes de entrar.

Un segundo después vi a mamá sentada en la sala de espera y supe que ocurría algo malo. Papá se fue directamente hasta ella y le puso la mano en el hombro. Ella levantó la cabeza asustada.

—Aún no sabemos nada —dijo.

Papá asintió con la cabeza hacia Maribel y hacia mí.

—Acaban de llegar.

—Una cosa buena, al menos —dijo mamá.

Pero no se levantó, como pensé que haría.

—Están bien —dijo papá.

Fue entonces cuando me miró mamá. Apretó los labios entre los dientes y parpadeó rápidamente. Abrió mucho las fosas nasales y pensé que iba a llorar, pero sólo meneó la cabeza.

Papá se sentó a su lado, clavó los codos en las rodillas, entrelazó los dedos y miró entre ellos hacia el piso blanco, a los radiadores, a los zócalos… Yo no tenía ni idea de qué estaba ocurriendo.

Una mujer gorda con una gorra de béisbol de los Phillies y una bolsa de plástico en el regazo se sentó en una silla con el respaldo contra la pared. Un hombre tatuado que llevaba jeans y chaqueta tejana, con las piernas extendidas y los tobillos cruzados, dormía unos pocos asientos más allá.

—¿Qué está pasando? —me preguntó Maribel.

—No lo sé.

—¿Qué está pasando? —me preguntó de nuevo, ahora más fuerte.

Vi a mamá cerrar las manos en un puño y luego abrirlas otra vez. Miró a papá con expresión agónica, igual que él a ella. Parecían preguntarse algo el uno al otro, y por la expresión de sus caras dudaba de que tuvieran las respuestas que buscaban.

Por fin, mamá miró fijamente a Maribel. Extendió la mano, pero Maribel no se la agarró.

—Es tu padre —dijo mamá—. No sabemos los detalles todavía, pero lo trajimos aquí. Lo han operado y ahora estamos a la espera. Tu madre está con él.

—¿Mi papá? —repitió Maribel.

—¿Qué le ha pasado? —le pregunté.

—Tratamos de llamarte —dijo mamá—, pero tenías el teléfono apagado. Te hemos llamado un centenar de veces.

—Yo no sabía…

—También llamamos a la policía.

—A la policía… ¿Por qué?

—¿Por qué? —preguntó papá—. Porque cuando llegué a casa, el auto, mi auto, había desaparecido. Pensé que alguien me lo había robado.

—Me sorprende que no te hayan encontrado —dijo mamá.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

Una vez más, la agonía en su rostro. Apretó los labios hasta que sólo fueron una fina rendija.

—No sabemos nada todavía —dijo papá—. Siéntate.

—Ven, hija —dijo mamá alargando el brazo para acoger a Maribel; Maribel dio un paso atrás y se sentó en una silla.

Como no me moví, mamá me dijo:

—Por favor, Mayor, siéntate. No hay nada que puedas hacer. Por ahora no tenemos ninguna noticia más.

Estuvimos allí sentados durante horas. Una enfermera se llevó a Maribel a la zona de espera de cirugía, donde se encontraba la señora Rivera, mientras que mamá, papá y yo nos quedamos donde estábamos esperando noticias.

Un televisor montado en la esquina emitía la ESPN,[9] y lo miré fijamente hasta que no pude más. Saqué el teléfono docenas de veces para comprobar el tiempo. Papá salía por las puertas automáticas de la entrada a fumar, y cada vez que lo hacía miraba al cielo, que se iluminaba lentamente con la llegada del amanecer. Mamá se llenaba un vaso de cartón con café de máquina; luego se sentaba y se lo bebía mirando al piso; después se levantaba y se preparaba otro.

Por fin, cuando papá se había fumado su último cigarrillo y mamá ya no tenía más dinero para café y yo tenía el trasero entumecido de estar sentado en el mismo sitio durante tanto tiempo, un médico (uno tipo rechoncho de mediana edad con pantalones verdes y un par de gafas colgando de una cinta) salió y nos dijo que el señor Rivera estaba en posoperatorio, pero que todavía no se había despertado.

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó mamá.

—Esperaremos —dijo el médico.

—¿Se pondrá bien?

—Hemos hecho todo lo que podíamos.

Después de eso nos fuimos a casa. Cruzábamos el estacionamiento bajo la luz blanca del amanecer, con el aire tan fino como el papel, cuando mamá dijo: «¿No podría decirnos algo más que “hemos hecho todo lo que podíamos”? ¿Qué significa eso?». Pero papá no tenía una respuesta para eso, y yo tampoco.

Yo todavía no sabía qué había pasado (cada vez que se lo pregunté, papá me cortaba con alguna variación de «vamos a esperar,

no sirve de nada preocuparse antes de saber nada»), excepto que yo sabía que era tan malo para meter al señor Rivera en el quirófano y lo suficientemente malo para que mis padres no quisieran hablar de ello. No necesitaba saber mucho más que eso para que me doliera el estómago. Lo que estaba ocurriendo era por mi culpa. Lo sabía. ¿Por qué me había llevado a Maribel? ¿Por qué quería verla? ¿Porque quería ser romántico? ¿Porque trataba de liberarla de las cadenas de su vida? ¿Porque quería enseñarle la nieve en el mar, eso que había hecho que mamá se enamorase de este país, y yo quería que Maribel se enamorase de mí también?

Mis padres no me decían nada, así que durante toda la mañana del sábado esperé noticias. Mamá me dijo que intentara dormir, así que me fui a mi cuarto un rato, pero lo único que hice fue sentarme en la cama (despierto y completamente vestido) esperando a que sonara el teléfono y que tal vez contestara mamá y yo escuchara lo que estaba pasando. Tan pronto como llegó a casa de su turno diario, papá preguntó a mamá si sabía algo, pero ella le dijo que no. A esa hora mamá estaba sentada a la mesa de la cocina con el teléfono junto a su codo. Tenía los ojos enrojecidos. El cabello aplastado en la nuca.

—¿No puedes decirme nada? —le dije.

Mamá se echó a llorar.

—¿Qué? ¿Algo va mal? —le pregunté.

—Todo ha salido mal —dijo.

—¿Ha tenido un ataque al corazón o algo así? ¿Se ha caído en el hielo y se ha roto la cabeza? Sólo dime qué ha pasado. Por favor, mami.

Lloró un rato más, luego se limpió las mejillas con la palma de la mano.

—Estaba buscando a Maribel —me miró, con los ojos húmedos, con las mejillas arrugadas como siempre que lloraba—. Le dispararon.

—¿Qué?

—Le dispararon.

—¿Quién le disparó?

—No lo sé, Mayor. Yo no estaba allí.

—¿Con un arma?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, y se echó la mano a la boca como si oírmelo decir en voz alta fuera demasiado para ella.

Se apartó de la mesa y corrió al cuarto de baño donde, incluso después de cerrar la puerta, la oí jadear y toser. Me quedé allí como un idiota, parpadeando. Me sentí… ¿cómo? Nada. El vacío de la incomprensión. Le dispararon, me repetía a mí mismo. Le dispararon.

El teléfono se mantuvo en silencio la mayor parte del día, pero el

timbre de la puerta no dejó de sonar. Quisqueya y Nelia vinieron a ver si mamá sabía algo, y cuando les dijo que no, las dos le contaron lo que habían oído. Micho pasó por casa y nos contó la historia de un amigo suyo a quien le dispararon en Afganistán y sobrevivió. «Pinche suertudo», dijo. «Dios reparte algunos salvoconductos todos los años. Se los guarda para los mejores. Pero escucha, Arturo se pondrá bien. Es uno de los mejores.»

Luego vino el señor Mercado, y luego Benny, y poco a poco fui montando las piezas de la historia: el señor Rivera había ido a Capitol Oaks. Se había producido una disputa y, en algún momento, salió un hombre con una escopeta en la mano. Disparó y eso fue todo.

No podía evitar verlo como una especie de programa de televisión. Me imaginé al señor Rivera con sus pantalones y sus botas de vaquero, con el pelo mojado por la nieve, peinado hacia un lado como siempre lo llevaba, deambulando por Kirkwood Highway, asomándose al Steak 'n Shake y entrando en la bolera y en el Panera Bread en busca de Maribel. Vi su aliento en el aire mientras caminaba. Oí las duras suelas de sus botas sobre el pavimento. Lo vi acercarse a Capitol Oaks y cruzar la entrada gritando el nombre de Maribel en el frío. Vi a la gente en las casas, subiendo las persianas, asomándose por el ruido. Y vi salir a alguien. Garrett Miller, pensé, porque tenía la sensación de que de alguna manera todo aquello tenía que ver con él. En mi mente oí al señor Rivera preguntarle dónde estaba Maribel, y vi a Garrett torcer el gesto porque no entendía lo que le decía el señor Rivera. Pero Benny había dicho que era un hombre (un hombre) quien salió con una escopeta. ¿Qué había sucedido entonces? Tal vez el padre de Garrett vio al señor Rivera en su jardín. Quizás estaba borracho o drogado o puede que sólo estuviera enojado. Salió con su escopeta apuntando hacia el señor Rivera.

El señor Rivera dio un paso atrás, levantando las manos en el aire para mostrar que no buscaba pelea.

Me imaginé la escena:

—Estoy buscando a mi hija —dijo en español.

El padre de Garrett no lo entendió.

—Aquí hablamos inglés —contestó.

Se acercó y apuntó el cañón de la escopeta a la nariz del señor Rivera.

—¿Dónde está ella? —logró decir el señor Rivera.

¿Qué podría haber dicho entonces el padre de Garrett? Cosas como «¡fuera de mi propiedad», «¡cierra el pico!», «¡que te chinguen!», «esto es lo que hay». ¿Qué podría haber pensado?

—Por favor —dijo el señor Rivera, ahora en inglés, una de las pocas expresiones que conocía.

Entonces el padre de Garrett apretó el gatillo.

Las horas eran como montañas que debíamos escalar, enormes y crueles. Una tras otra, y todavía ni una palabra del hospital.

Mamá rebuscó en el armario ropa que pudiera darles a los Rivera cuando llegaran a casa, a pesar de que papá la miró como si estuviera loca. Le preguntó:

—¿Y qué van a hacer con la ropa?

—No lo sé. ¡Sólo quiero hacer algo! —le contestó mamá.

Después de eso se metió en la cocina, preparó comida y la metió en botes de plástico y en las latas que normalmente reservaba para las galletas de Navidad. Les puso etiquetas donde detallaba lo que había dentro y cómo recalentarlo, y lo guardó todo en el congelador para dárselo a los Rivera cuando volvieran a su casa.

Papá se paseaba por la casa con una cerveza siempre en la mano y un constante cigarrillo en la boca. Ni siquiera se molestaba en fumar afuera y mamá tampoco se molestó en recordárselo. Deambulaba hasta el sofá, se sentaba un rato, se levantaba, a continuación comprobaba el teléfono de nuevo para asegurarse de que había línea. Cuando oía el sonido colgaba y lo miraba un rato, como si tratara de ejercer algún tipo de control mental para que sonara.

¿Y yo? Yo estaba sumido en una sensación densa y enfermiza. Una vez salí al balcón, miré hacia la puerta de los Rivera y vi los ramos de flores envueltos en celofán que se apilaban en el umbral. Corrí y empecé a patear las flores hasta que papá salió y me preguntó qué estaba haciendo.

No tenía una respuesta, al menos no una que pudiera articular.

—Se pondrá bien —me consoló.

Traté de frenar la respiración.

—Tiene que ponerse bien —añadió.

Pero no mejoraba. Por fin, hacia las ocho de la tarde, sonó el teléfono. Papá respondió (mamá estaba paralizada por el miedo). Luego colgó y sacudió la cabeza.

—¡No! —gritó mamá—. ¡Rafa, no!

—Ha muerto —dijo papá.

—¿Quién ha llamado? —se las arregló para preguntar mamá.

—Una enfermera.

La cabeza me latía.

—Ha muerto —repitió papá con incredulidad.

—¡No! —exclamó mamá de nuevo—. ¡No, no, no, no, no! —Dejó caer la cabeza entre las manos.

Yo no podía tragar. Tenía que ser un error. Teníamos que rebobinar. No podía ser real. Era como una especia de espejismo. Una idea, una partícula de polvo que flotaba en el aire, pero que todavía no había aterrizado. Aún había tiempo para atraparla. Había tiempo para detenerla, ¿verdad? Tenía que ser un error. Traté de tragar de nuevo, pero tenía la garganta cerrada.

Fue papá quien llevó a Maribel y a la señora Rivera desde el hospital a su departamento.

Cuando regresó, mamá le preguntó:

—¿Dónde están?

—¿Qué quieres decir? Las he llevado a su casa.

—Pues creo que deberías traerlas aquí.

—Ahora se iban a la cama.

—No pueden pasar la noche en su departamento. No pueden estar solas en un momento como éste.

—Están cansadas, Celia. Deberías verlas, necesitan dormir.

—Pero ¿en su departamento?

—Se tienen la una a la otra.

—Eso no es suficiente.

—Tienes razón. No lo es. Pero ¿qué podemos hacer? Escúchame. De camino a casa estaban tranquilas. Ninguna dijo nada, más que para darme las gracias por ir a buscarlas. Puedes ir a verlas a primera hora de la mañana. Simplemente déjalas dormir un poco.

—¡Son nuestras amigas!

—Alma es una mujer fuerte. Estarán bien —dijo papá, y mamá, sin dejar de temblar, dejó escapar un suspiro—. Mañana. Puedes ir a verlas mañana —insistió papá.

Tan pronto como salió el sol, mamá y yo fuimos a verlas. La señora Rivera abrió la puerta y mamá cayó sobre ella en un fuerte abrazo. «¡Qué horror!» Mamá lloró en el cuello de la señora Rivera. Me arrastré hasta la habitación donde, a través de la puerta abierta, vi a Maribel sentada en el piso con las piernas extendidas en una be baja. Por un segundo dudé, a la espera de que mirara hacia arriba. Pensé que por su expresión sabría si quería que me fuera o que me quedara. Pero sólo movía los pies de lado a lado mirándose distraídamente los dedos. Me senté junto a ella, puse las piernas de la misma manera y di golpecitos con mi zapatilla en la suya. No dije nada porque no había nada que decir. Me quedé sentado, escuchando los sonidos apagados de nuestras madres en la otra habitación: voces bajas, sollozos e incluso, una o dos veces, lo que podría haber jurado que era una risa.

Después de mucho rato, Maribel dijo:

—¿Crees que tengo la culpa?

—¿De lo que le ha pasado a tu papá?

Ella asintió.

La miré a los ojos. Vi que viviría con aquella pregunta durante mucho tiempo. Yo vivía con ella desde el día anterior y ya me estaba destrozando. Pero le dije lo único que pude.

—No. Sólo pasó. Eso es todo.

—Pero nos fuimos de México porque…

—No, Maribel. Simplemente pasó. No tiene nada que ver contigo.

—¿Entonces es por culpa nuestra?

Le dije que no con la cabeza.

—Pero la única razón…

—Escúchame. No puedes hacer eso. No puedes pensar así.

Yo trataba de consolarla, pero ambos le buscábamos el sentido de todo aquello. Y allí sentado, me puse a pensar. ¿Quién podía decir dónde estaba la culpa? ¿Quién podía decir cómo empezó todo aquello? Tal vez fue Maribel. Tal vez fui yo. Quizá si yo no hubiera ido a su escuela o si hubiera respondido a mi estúpido teléfono cuando sonó o si no me hubiera dormido en el auto de camino a casa, nada de esto habría sucedido. Pero, tal vez, si nuestros padres no nos hubieran prohibido vernos, yo no habría tenido que escabullirme con ella para estar juntos. Y si papá nunca se hubiera comprado el auto yo no habría tenido manera de llegar a la playa. Igual era culpa de mi tía Gloria por darle a papá el dinero para comprarlo. O fue culpa del tío Esteban por ser un idiota del que mi tía tuvo que divorciarse cobrando todo aquel dinero. Podía seguir así infinitamente. Todas aquellas flechas, pero ¿quién sabía cuál llegaba al corazón? Y quizá no tenía nada que ver con ninguno de nosotros. Tal vez Dios tenía un plan y sabía desde el primer segundo en que los Rivera pisaron este país que estaban acercándose a su destino. O puede que todo fuera completamente aleatorio, algo que había pasado y ya está.

Entonces no sabía lo cerca del final que estaba con ella. Quiero decir, debería haberme dado cuenta de que se irían de nuevo a México. Pero no sabía que se marcharían tan pronto. No sabía que la última vez que vería a Maribel sería sólo una semana después, cuando la encontré sentada en la banqueta junto a un enorme colchón.

Salí, me senté a su lado y noté el frío cemento a través de los pantalones. Para entonces el piso estaba casi despejado a excepción de algunas placas de nieve sucia.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

—Nada.

—Pensaba que no podías salir sola.

—Mamá está durmiendo.

Señalé al colchón.

—¿En el piso?

—No quiere dormir en la cama nunca más.

—¡Ah!

—Nos vamos mañana —dijo Maribel.

—¿Mañana? —le dije mirándola.

—Mamá quiere volver.

—¿Así que es eso?

—Dice que tenemos que hacerlo.

La nieve derretida goteaba por la boca de la alcantarilla que había a un lado.

Yo no sabía cómo afrontar su partida. Quiero decir, durante toda mi vida había visto a la gente ir y venir: venían vecinos y se iban, aparecían niños en la escuela y desaparecían al año siguiente, pero la diferencia era que ninguno era ella.

El cuaderno verde que Maribel siempre tenía a mano estaba encima del colchón. Maribel lo agarró y lo empujó hacia mí.

—Toma —dijo.

—¿Qué? ¿Me has escrito una carta o algo así? —le pregunté.

Lo dije medio en broma, pero tenía la esperanza de que fuera así.

Pero cuando abrí el cuaderno y lo hojeé, no vi más que las listas que guardaba y las notas que escribía para sí misma. Cerré la tapa y toqué una de las esquinas redondeadas y algo deshilachadas por el uso. Se lo tendí para devolvérselo, pero ella meneó la cabeza.

—¿No lo quieres? —le pregunté.

—Ya no —dijo.

Parecía la medida de algo, la evidencia de lo lejos que había llegado. Ni siquiera habló de aquella primera vez en que la vi en el Dollar Tree, ni siquiera hubo contacto visual.

—Puede que vuelvas algún día —le dije—. O también puede que yo vaya allí.

—Puede.

—Podría encontrarte.

Maribel sacudió la cabeza.

—Encontrar es para cosas que se pierden. No necesitas encontrarme, Mayor.

Tenía las manos en las rodillas y le acaricié los nudillos con los dedos, recorrí los picos y los valles, contemplé su piel. La única chica a la que le había gustado en toda mi vida. No dejaba de pensar que no era justo, a pesar de que no tenía derecho a quejarme. Pasaban cosas peores en el mundo, mucho peores. Y si antes no me lo imaginaba,

ahora lo sabía muy bien.

Cuando me levanté a la mañana siguiente ya se habían ido. No quise despertarme temprano precisamente porque no quería verlas partir. Pensé que me derrumbaría si me asomaba a la ventana y las veía (las dos solas esta vez) salir cargadas con sus cosas. Además, podía imaginármelo perfectamente: Maribel y su mamá subiéndose a una camioneta similar a la que los había traído siete meses antes. Maribel con los ojos somnolientos y despeinada, sentada con las piernas cruzadas, dándose la vuelta y mirándome por el parabrisas trasero. Pero pensé que sería mejor que no me viera. Era como cuando me dijo: «Encontrar es para cosas que se pierden». A partir de entonces estaríamos a miles de millas de distancia y seguiríamos con nuestras vidas y nos haríamos mayores y cambiaríamos y creceríamos, pero nunca volveríamos a vernos. Dentro de cada uno, estaba bastante seguro, habría un lugar para el otro. Nada de lo que había sucedido y nada de lo que sucediera jamás haría que fuera menos cierto.

ALMA

Me separé de mí misma. Vi mi vida como un espectador, desde fuera, desde una distancia tan remota que no podía sentir nada. «Señora Rivera —dijeron—, lo siento. La operación ha sido más complicada de lo que esperábamos. No había nada que pudiéramos hacer.» La intérprete del hospital, una mujer de mi edad con una cara ancha, redonda, lloró cuando me dio la noticia. Me quedé mirando sus manos temblando contra el pecho mientras hablaba. «Mi más sentido pésame», añadió en su propio nombre. Me acerqué y le di un abrazo. Me vi a mí misma haciéndolo, pero no la sentí temblar en mis brazos. Me acerqué a Maribel. Me vi caminando, pero sentí los pies sobre la moqueta. «Es hora de irse», le dije. Me vi a mí misma hablándole, pero no sentía las palabras arrastrarse a través de mi garganta.

—¿Han acabado de operarlo? —preguntó Maribel.

—Sí —le dije—. Recoge tus cosas.

—¿Vamos a verlo?

Parecía tan confiada y tan nerviosa a la vez. Me miró esperando que dijera algo más. ¿Vamos a verlo? ¿Vamos a verlo? ¿De verdad había preguntado eso? ¿Vamos a verlo? ¡Dios Mío! Parpadeé y volví en mí. ¿Vamos a verlo? Qué pregunta más sencilla para romperme el corazón.

—No —le dije, la palabra tan frágil como un huevo.

—¿Por qué no?

Hinché los pulmones y los vacié de nuevo. La sangre se extendió por mis venas. Mis labios estaban secos.

—Es que… ¿descansa? —preguntó.

De algún modo sí, descansaba. Así que le dije:

—Sí —y después—: No, no. Maribel, ven aquí —la atraje a mi cadera sintiendo su cuerpo fibroso y cálido contra el mío—. La operación no ha ido bien.

—¿Por qué?

—Él… —respiré hondo de nuevo—. No lo ha conseguido.

Maribel cerró los ojos y yo la abracé con más fuerza.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Él…

Pero no podría seguir. No, no había suficientes palabras en español, ni suficientes palabras en inglés, no importaba a cuántas clases pudiera haber ido, no había suficientes palabras en ningún idioma del mundo, no las palabras claras, nada que coincidiera con lo que sentía. Moví la lengua a tientas contra la parte posterior de los dientes, tratando de dar forma y sonido a lo que había pasado, luchando por explicárselo, cuando Maribel abrió los ojos y dijo:

—¿Ha muerto?

Cuando asentí, ella dejó escapar un gemido. Sentí las lágrimas acumulándose en los bordes de mis ojos. Y luego, tan pronto como un jadeo, el mundo se encogió, y sentí que el piso se abría bajo mis pies.

Si dormí algo, lo hice en el piso. Por supuesto, aquella primera noche en casa no pude dormir. Me acosté en el piso junto al colchón y me estremecí bajo una manta. Me levanté en medio de la noche y miré la cama para ver si todo había sido un sueño. Maribel estaba dentro de su saco de dormir contra la pared, pero Arturo no estaba donde debía estar. No respiraba, larga y rítmicamente, acostado sobre la espalda. No estaba en camiseta y calzoncillos, con el edredón hasta la barbilla. No estaba allí.

Me envolví en la cobija y fui hasta la ventana, el cabello suelto sobre los hombros. Si inclinaba la cabeza lo suficiente, podía ver la calle y los semáforos y algún camión que cruzaba la ciudad de vez en cuando. Aquella primera noche estuve horas frente a la ventana. No había ningún tipo de comodidad en ello. El aire frío se colaba por las rendijas de la ventana y me cortaba la piel como hojas de afeitar. La masilla que Arturo había tratado de aplicar se había agrietado en las juntas. Pensé en cómo debió de haber sucedido, en cómo fue, y me costó mucho no imaginar cómo debió de sentirse. En el hospital, el agente Mora, el mismo con el que había hablado meses atrás, trató de consolarme. Había llamado a la puerta de nuestro departamento pocos minutos después de que Arturo se fuera. Me dijo que estaba allí por Maribel. Me preguntó:

—¿Cree que tiene algo que ver con ese chico del que me habló?

Le expliqué que Arturo había ido a buscarlo.

—Vive en Capitol Oaks —le dije, y el agente se sacó el radio del cinturón de los pantalones.

Habló por él en inglés, luego lo guardó de nuevo.

—Ahora mismo voy para allá —me dijo.

Y eso es lo que hicieron él y el otro agente. Sólo que cuando llegaron ya era demasiado tarde.

Encontraron a Arturo en el piso. Llamaron a una ambulancia.

Encontraron al chico y a su padre fuera. El padre todavía tenía la escopeta en la mano. Todo esto me lo contó el agente Mora más tarde, en el hospital. Dijo que el padre del chico (se llamaba Leon Miller) sería procesado por el asesinato. El chico (se llamaba Garrett) había sido testigo de los hechos.

—¿Qué pasará ahora? —le pregunté.

—El señor Miller probablemente será encerrado durante mucho tiempo. Ahora tratamos de determinar si el chico estaba involucrado, pero hasta ahora no lo parece. No hemos sido capaces de localizar a su madre —el agente Mora me miró a los ojos—. Lamento lo que pasó aquel día —dijo con expresión muy seria—, cuando vino a la comisaría, pero ahora haremos justicia, me aseguraré de ello.

Pero era sólo una palabra: justicia. Era tan sólo un concepto, y no bastaba.

Mientras estaba en la ventana pensé que si tuviera un arma y viera al chico o a su papá los mataría yo misma. Pero, por supuesto, no tenía una pistola. Les tiraría mis pesadas botas de invierno. Les desgarraría la carne con los dientes si supiera que eso iba servir de algo. Pero, por supuesto, no serviría de nada.

Estuve apoyada contra el vidrio hasta el amanecer, hasta que el cielo empezó a clarear. Cuando amanezca, pensé, quizá ya haya pasado todo. Volví a la cama para ver si tal vez, sólo tal vez, él se despertaba, estiraba los brazos sobre la cabeza y se frotaba los ojos. Para ver si sacaba las piernas por el lado del colchón y se levantaba y se iba al baño y se afeitaba, y el olor a jabón flotaba hacia el pasillo. Pero cuando entré en el cuarto sólo estaba la sábana echada a los pies y el colchón seguía hundido allí donde se tumbaba él.

Celia pasó a vernos a la mañana siguiente (para mí ahora todo era antes o después, igual que antes, cuando el accidente dividió en dos mi vida) y sollozó en mi hombro. Se disculpó una y otra vez, y aunque al principio confundí sus disculpas con el pésame, pronto me di cuenta de que creía que tenía un papel en lo que había sucedido (o tal vez que lo tenía Mayor) y tuve que decirle: «No, para, por favor». Porque aunque se hubiera llevado a Maribel aquella noche, Mayor no había hecho aquello.

Aun así, Celia seguía viniendo todos los días, algunos dos veces. Se quedaba durante horas. Nos trajo empanadas y panes de azúcar envueltos en papel de aluminio, arroz con pollo y caldo envasado en recipientes de plástico. Trajo bolsas llenas de ropa que no necesitábamos y que apenas podía usar. Trajo las estampitas con las oraciones en memoria de Arturo que repartieron en la misa que se celebró el domingo.

—El padre Finnegan pronunció un gran sermón —señaló Celia—. Me preguntó si podía hacer algo. Me dijo que les recordara que su puerta siempre estará abierta para ustedes si quieren hablar con él.

—Lo sé.

Celia puso entonces su mano sobre la mía y dejó las estampitas en la encimera.

El lunes, una mujer del hospital llamó para preguntarme qué quería hacer con el cuerpo. La pregunta era tan absurda que me hizo reír.

—¿Que qué quiero hacer con él? —le dije—. Quiero traerlo de vuelta a la vida.

Cuando se lo conté, Celia también se rio.

—¡Por supuesto! ¿Qué más querrías hacer con él?

—¡Exactamente!

—¿Qué dijo ella entonces?

—Dijo que lo sentía y que lo que quería decir era si sabía dónde me gustaría enterrarlo. ¡Así que le dije que no me gustaría enterrarlo!

—¡Ay, Alma!

—¡Qué preguntas! —le dije sacudiendo la cabeza.

Celia agarró la taza de café con ambas manos.

—Pero tendrás que tomar una decisión, ¿no?

—Quiero que lo entierren en México —le dije.

No le dije que lo quería en el panteón municipal, donde pudiéramos celebrar en el Día de los Muertos. Quería hornear pan de muerto y preparar calabaza en tacha para él. Quería hacerle una ofrenda con las flores de cempasúchil que crecían en nuestro patio. Quería poner velas en su tumba. Quería honrarlo. Lo quería cerca de mí.

—Por supuesto que debe ser enterrado en México —dijo Celia.

—Pero la mujer del hospital dijo que costaría cinco mil dólares enviar allí su cuerpo.

—¡Cinco mil dólares! Qué escándalo. ¿Qué van a hacer? ¿Construir una casa a su alrededor?

—Le dije a la mujer: «Gracias, pero lo llevaré a México yo misma, si tengo que hacerlo».

Celia asintió.

—Tiene que volver conmigo. Lo necesito… —el interior de la nariz, todo el interior de mi cara, me quemaba; apreté los dientes hasta que pude seguir—. Lo necesito conmigo.

Celia me miró con tristeza.

—¿Así que vas a volver?

—No sé qué otra cosa puedo hacer. Ni siquiera tenemos las visas

en regla. Y ahora la policía ya lo sabe. Nos enviarán de vuelta de todos modos si no nos vamos.

—¿Adónde irán?

—Todavía tenemos nuestra casa. Mis padres se han ocupado de ella desde que salimos. Nos esperan.

—¿Y luego?

—No lo sé. Apenas puedo creer que la vida sigue. Parece que todo debería detenerse de alguna manera.

—Pero no es así —dijo Celia.

—No —le dije—. Para nosotras no.

Las visitas me reconfortaban. Hacían tolerable el paso del tiempo. Gustavo Milhojas llegó con un ramo de flores en los brazos.

—Son maravillas —dijo cuando me las dio—. La chica de la floristería me ha dicho que son para estas ocasiones.

Me las llevé a la cara, inhalé su aroma a hierba.

—Adelante —le dije.

Nelia Zafón pasó con una tarjeta que tenía una ilustración de gaviotas volando sobre un crucifijo.

—Ayer vi esto en Walmart y pensé en ti —me explicó—. Tienen un buen surtido de postales en español.

Lo abrí y leí: «Con el pésame más profundo y las bendiciones de Dios por la pérdida de alguien tan querido para ti».

—Adelante —le dije.

Micho Álvarez llamó a nuestra puerta, llevaba una foto en la palma de la mano.

—Querría habérsela dado antes —dijo—. Hace un tiempo que la revelé. Es de Navidad.

Me dio una fotografía de Maribel, Arturo y yo sonriendo, con los abrigos de invierno puestos, frente a la puerta de los Toro. Al verla, el más exquisito dolor me quemó en el pecho.

—Adelante —le dije.

Fito se quedó en la puerta desolado, la piel de la cara flácida. Esperé a que hablara y cuando no lo hizo, le dije: «Tranquilo, no pasa nada».

Quisqueya nunca vino, pero la vi en la galería una mañana y levanté la mano en señal de saludo. Ella me lo devolvió, pero se apresuró a entrar en su departamento. Lo entendí. Entendí que ella y otros no vinieran. Simplemente no sabían qué decir.

José Mercado y su esposa Ynez se presentaron con sus condolencias, y cuando los invité a entrar hablaron durante una hora sobre lo buen hombre que era Arturo y lo mucho que lo apreciaban y

cómo había ayudado a José a llevar las bolsas de la tienda en más de una ocasión. Yo no sabía nada de aquello, pero tampoco me sorprendió. Arturo era así.

—No es que fuera un santo —les dije—. Nunca limpiaba el lavabo cuando se recortaba el bigote.

—Eso me suena muy familiar —dijo Ynez dándole un codazo a su esposo.

Llevaba el pelo largo y gris recogido en un moño. Su expresión era amable, llena de arrugas.

—Arturo era terco, demasiado —les dije—. Una vez se dañó la espalda tratando de levantar bloques de hormigón en un concurso con sus amigos. Fue en Pátzcuaro. Yo le dije que estaba levantando mucho a la vez. «Es muy pesado», le dije. Pero no quiso escucharme. Sólo quería demostrar que podía hacerlo.

—¡Hombres! —dijo Ynez asintiendo con complicidad.

—¡Tú eres más testaruda que yo! —le dijo José.

Ynez me miró.

—¿Lo ves? Terco incluso para creer que no lo es.

Sonreí.

Y así pasaron los días.

Pero cuando no había nadie, nadie más que Maribel y yo, los días se llenaban de tristeza. Me había llamado Phyllis, la intérprete del distrito escolar, y le conté que tenía a Maribel en casa conmigo.

—No quiero perderla de vista —le dije.

—¿No volverá a la escuela? —preguntó Phyllis.

—No.

—Su maestra lamentará mucho oír eso.

—Encontraré algo para ella en México —le expliqué—. Sé que no será lo mismo. Pero no voy a renunciar a educarla —y como a través del teléfono pude sentir la compasión de Phyllis, agregué—. Lo prometo.

—Estar aquí la ayudó mucho —dijo Phyllis—. Maribel es una chica diferente de la que vino el primer día.

—Las dos somos diferentes ahora —le dije.

Cuando no venía nadie, Maribel y yo veíamos la televisión, horas y horas. Hallábamos consuelo en su poder para adormecernos, para no perder la cabeza. Y a veces, sin embargo, Maribel preguntaba dónde estaba, o cuándo volvería a casa del trabajo, y tenía que recordarle: «No, hija, no volverá». Le tomaba las manos y se lo explicaba todo de nuevo. La abrazaba y dejaba que llorara tanto como quisiera. Una vez, como repetírselo era demasiado duro, permití que la irritación sacara lo peor de mí. «¡Deja de preguntar!», chillé. Ella me miró tan indefensa que se me cayó la cara de vergüenza. «Lo siento», dije una y

otra vez, repitiéndolo hasta creer que tal vez me creía.

Cuando no estaba viendo la televisión o recibiendo invitados, me pasaba el rato empaquetando, preparando el viaje de regreso a Pátzcuaro. Me quedaba en el cuarto y miraba la ropa de Arturo doblada en el piso. Agarré sus camisas, su ropa interior, los calcetines y las camisetas, y los metí en bolsas de basura. Agarré un par de jeans que tenía además de los que llevaba puestos aquella noche. Éstos eran Wrangler y rara vez se los ponía porque los otros eran Levi's, que según él eran mejores, pero había guardado los Wrangler de todos modos. Estaban rígidos y olían a detergente. Los metí en la bolsa. Recogí la maquinilla de afeitar del piso de la ducha, todavía tenía pelos apelmazados entre las cuchillas. Agarré su cepillo de dientes de la estantería de lavabo y chupé las cerdas, buscando su sabor, pero sólo sabía a la pasta de dientes mentolada. De detrás del grifo agarré las tijeras que usaba para recortarse el bigote y las metí en la bolsa. Quité las sábanas de la cama con la idea de que guardarían su forma de algún modo y podría conservarla. Pensé que las pondría en la cama de casa, que podría tumbarme en los pliegues formados por su cuerpo. Dormiría con él otra vez. Saqué de la basura sus palillos de dientes usados y los contemplé en mi mano antes de meterlos en una bolsa. Los vi dispersarse y hundirse entre las cosas que ya había botado. Y entonces encontré su sombrero, el sombrero de cowboy que había llevado casi desde que lo conocí. Me lo dieron cuando fuimos del hospital. Recordé el día en que lo compró, lo contento que estaba porque era un buen sombrero, de tejido fino y fresco. Ahora era suave, y la suciedad se había instalado en las ranuras donde las fibras de paja se entrecruzaban, especialmente en la corona. Algunas partes del ala se habían deshilachado. Me lo puse en la cara, como una máscara, y noté la cinta, suave como el fieltro, contra mis mejillas. Respiré hondo. Y ahí estaba él. Su olor. Cerré los ojos y lo sentí. Allí estaba. ¡Dios! Me puse el sombrero en la cabeza.

Aprendí algo sobre el luto. Había oído decir que cuando alguien muere, deja un agujero en el mundo. Pero me di cuenta de que no es así. Arturo seguía en todas partes. Si iba a hacer algo, pensaba: «Espera hasta decírselo Arturo». Seguía volviéndome, esperando verlo. Si él hubiera desaparecido por completo, pensé, podría ser más fácil. Si no supiera que había existido nunca, si no hubiera tantas evidencias de que siempre fue una parte de nuestras vidas, podría haber sido soportable. Y qué equivocado sonaba: parte de nuestras vidas. Como si fuera algo con límites, algo que no nos había impregnado, que no fluía a través de nosotros y dentro de nosotros y a nuestro alrededor. Aprendí algo sobre el luto. Cuando alguien muere no deja un agujero, y ésa es la agonía.

Dos días antes del entierro comencé a empaquetar todo en la

cocina. Hablé con alguien de la funeraria y le confirmé que sí, que nos gustaría que Arturo descansara acá. Su cuerpo había estado en la morgue durante una semana, a la espera de ser llevado a algún lugar. No me gustaba enterrarlo, pero ¿qué podía hacer? No tenía el dinero para meterlo en un avión y volar de regreso. No podía hacer nada. Llamé a mis padres, que lloraron y maldijeron a los cielos cuando se enteraron de la noticia, pero tampoco tenían nada. Me dijeron que no podía llevarlo por carretera, porque eso vulneraba la ley y las autoridades nos detendrían en la frontera antes de que pudiéramos cruzar con el cadáver. No conocía ninguna otra manera de llevarlo hasta allí. Tendría que quedarse aquí. Arturo sería enterrado el jueves por la mañana en el All Saints Cemetery. Lo enterrarían en un ataúd que a duras penas podía pagar a pesar de que había dado instrucciones de que usaran el más barato. «No hay vergüenza en una caja de pino», les dije. De hecho, pensé, Arturo, que había sido tan humilde, lo habría apreciado.

Puse la mayoría de los cubiertos, sueltos y tintineando, en bolsas de plástico. También metí el comal, la escobeta, las bolsas de plástico llenas de especias que habíamos traído, el molcajete y pestel. A excepción de las tazas de café, que me pareció que utilizaríamos hasta el final, empaqueté todos los tazones. Y entonces empecé con los platos.

Saqué el plato que estaba encima del montón. Era de un color verde cristal, sólido, con un barniz transparente. Lo sostuve en mis manos y me acordé de cuando habíamos llegado, el cuidado con que había colocado los platos en el armario cuando nos estábamos instalando. Lo cuidadosamente que había organizado nuestras vidas. Lo ingenua que había sido al pensar que podía controlarlo todo.

Y luego dejé caer el plato. Se desplomó desde mis manos abiertas, cayó con estrépito, y estalló en docenas de fragmentos de cerámica que se esparcieron por el piso.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Maribel desde la otra habitación.

No le respondí. Agarré otro plato del armario y también lo dejé caer. Vi cómo florecía a mis pies. Y luego otro. Y otro. Y de repente pensé: ¿Cuál es el significado de todo esto? ¿Todas estas bolsas y bolsas que he empacado? Podríamos agarrar todo lo que tenemos. Podríamos agarrar cada cosa que cada persona del mundo ha tenido alguna vez. Pero nada de eso significaría nada para mí. Porque no importa lo mucho que tomara y no importa lo mucho que tuviera el resto de mi vida porque a él ya no lo tendría a mi lado nunca más. Podría haberlo acumulado todo desde aquí hasta al cielo. Pero nada de eso era él.

Con calma, saqué el resto de las platos uno a uno. Los dejé caer y observé los fragmentos girando por el piso. No lo hice con ira, sino

con espíritu de liberación. Vagamente advertí que Maribel estaba allí de pie, contemplando el espectáculo. La oí hacer preguntas. Seguí adelante.

Después de arrojar el último plato, seis en total, levanté la mirada.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Maribel.

—Ahora me siento mejor.

—Has hecho mucho ruido.

—Pero ya he acabado —le dije.

Barrí los trozos y los metí en la basura. Luego agarré casi todas las bolsas que había amontonadas en el pasillo y las llevé al contenedor del callejón. Maribel me ayudó a llevar el colchón hasta el estacionamiento, donde lo dejamos. Alguien podría necesitarlo. Yo ya no.

Celia vino a la mañana siguiente, temprano, en zapatillas y bata. Llevaba rulos en el pelo. El aire estaba helado y se estremeció cuando abrí la puerta.

—Tienes un aspecto horrible —dijo cuando me vio.

—No he dormido.

—Deberías tomarte alguna medicina. Algo como Tylenol PM. Yo lo uso a veces cuando tengo ansiedad.

—¿Funciona?

—De maravilla.

—Pasa —le dije—. Maribel todavía está durmiendo.

—No, tengo que ir a casa y vestirme. Vamos a misa de ocho. En realidad, ¿sabes qué? Pueden venir. Podríamos ir juntos.

—No, gracias.

—Puede que te siente bien salir un poco.

—¿Seguro que no quieres entrar?

—Sólo he venido a darte algo —dijo Celia.

Sacó un sobre blanco del bolsillo de la bata y me lo entregó.

—¿Qué es?

—Mira dentro.

Abrí el sobre y vi los bordes de los billetes (debía de haber un centenar, al menos) abriéndose como un abanico.

—Hemos hecho una colecta —dijo—. Todo el mundo ha aportado algo. Los profesores de la escuela de Maribel, la recepcionista de la oficina del distrito escolar. ¡Ah!, y la intérprete también. Los compañeros de trabajo de Arturo en la granja de champiñones, el jefe de Gigante, un maestro de la Community House y algunas enfermeras del hospital. La iglesia hizo una donación importante y el padre Finnegan añadió algo más por su cuenta. Además de todos los vecinos

del edificio.

Me quedé mirando el dinero, vencida.

—Hay un poco de cada uno de nosotros —Celia continuó—. Veinte dólares acá, diez dólares allá.

No podía hablar.

—Pero Rafa y yo hablamos sobre ello. ¿Sabes que hace poco recibimos un poco de dinero? ¿De mi hermana? No hubo discusión. Nosotros hemos hecho la mayor aportación, así que puedes darte el lujo de volar de regreso a México con Arturo. Espero que no sea demasiado tarde.

No sentía el peso del sobre en mi mano.

—Hay cinco mil ciento treinta y dos dólares —dijo.

—¿Ustedes han hecho esto?

—Lo hemos hecho entre todos. Primero les conté la idea a unas pocas personas del edificio. Pero se corrió la voz. Y antes de que me diera cuenta muchos fueron poniéndose en contacto conmigo para saber cómo podían contribuir. Personas a las que ni siquiera sabía que conocieras.

Me quedé mirando el sobre.

—Todo el mundo lo quería, Alma.

Hasta ese momento no me habían aflorado las lágrimas a los ojos, las había reprimido con un parpadeo furioso o buscando una distracción. De alguna manera me las había arreglado para no llorar, pero en aquel momento me quebré. Caí sobre Celia y lloré con más gratitud y felicidad de la que jamás podría sentir.

Dos días después nos fuimos en una camioneta negra manejada por un hombre a quien conocía Rafael y que llevaba a gente hasta la frontera. Al parecer tenía familia en Texas y no le importaba llevarnos.

—¿Cuánto cobra? —le pregunté a Rafael.

—Nada —dijo Rafael—. Me está haciendo un favor. Yo le servía gratis el desayuno cuando se paraba en el restaurante de camino a la 95. No te preocupes por eso.

Supe que mentía. Tenía que haberle costado algo. Pero no quise decir nada.

Maribel y yo nos sentamos en el asiento trasero con una cobija en el regazo. Llevaba puesto el sombrero de Arturo y mi bolso a los pies. Todo lo demás, lo poco que nos llevábamos, estaba en bolsas de basura sobre la plataforma trasera.

El hombre guardó silencio. Parecía gringo, pero ¿qué sabía yo? No se presentó, ni conectó el radio, ni habló por teléfono. Sólo masticaba semillas de girasol que tenía en un vaso de plástico entre las piernas y

tiraba las cáscaras por la ventanilla, que llevaba bajada. Yo agradecí su indiferencia. Para él podríamos haber sido cualquiera. No éramos personas en duelo o que necesitaran atención o dignas de lástima. Simplemente queríamos ir de un lugar a otro. En cierto modo fue un alivio guardarnos el luto para nosotras.

Salimos del estacionamiento temprano. Había niebla y la débil luz del sol apenas se colaba por entre las nubes. Pasamos por delante del restaurante de crepes y del Red Lobster, el Dunkin' Donuts y el Rita's Italian Ice, por la bolera y el Sears, por el David's Bridal, con los vestidos blancos en las vidrieras, y por el Walmart que estaba al lado de la carretera. A los pocos minutos estábamos en la I-95 en dirección sur.

Durante toda la mañana miré por la ventanilla mientras el mundo se precipitaba a los lados. Dejamos atrás el río Susquehanna, donde el agua parecía una cinta ancha y plana. Pasamos junto a graneros rojos y molinos de piedra, a pequeñas casas blancas con persianas negras y a granjas con cercas de madera alrededor de los campos, todo quieto y callado. Pasamos por restaurantes de carretera que anunciaban ofertas de desayunos y salas de cine con los horarios de los espectáculos en imponentes carteles. Manejó por el túnel Baltimore Harbor y luego por las afueras de Washington D. C., donde vimos una iglesia con torres doradas que se elevaban en dirección al cielo.

Traté de no pensar, pero, por supuesto, fue imposible. ¿Por qué no le había contado a Arturo lo del chico al principio? ¿Habría cambiado algo? No había manera de saber la respuesta, y sin embargo recordé lo que Arturo me había dicho, una de las últimas cosas que me había dicho, como si de alguna manera me ofreciera la absolución de antemano: perdónate a ti misma. ¿Era posible? ¿Ahora era posible también?

El sol del mediodía brillaba en el cielo azul. Relucía como la miel. Yacía sobre las finas hebras de hierba y se reflejaba en el cofre de la camioneta. Apoyé la cabeza contra la ventanilla caliente y miré la carretera que se extendía ante nosotros y la tierra que corría sin parar a los costados. Miré las vallas publicitarias y en los árboles de los campos, recordé que cuando llegamos siete meses atrás, los árboles estaban llenos de hojas verdes y bayas pequeñas, de ramas delicadas, balanceándose en la brisa, alegres. Los miré ahora, a finales del invierno, sin hojas, y para mi sorpresa vi lo mismo. Vi árboles que parecían felices, árboles que parecían esperanzados, sus ramas desnudas elevadas hacia el cielo. La primavera llegaría pronto, pensé, y las llenaría de nuevo.

Llevábamos seis horas de un viaje de casi cincuenta. Al final llegaríamos a casa, y Arturo estaría allí para reunirse con nosotros. Había cancelado el compromiso con la funeraria y en vez de eso les

dije que prepararan el ataúd para el transporte. Había llamado al consulado, rellenado los papeles, registrado los documentos y había hecho que me los tradujeran al español. Le pagué a cada uno su dinero. Lo hice todo con urgencia, como si mi vida dependiera de ello. Lo cual, en cierto modo, era cierto. Pero valió la pena. Arturo venía con nosotros hacia el ancho y silencioso lago donde los pescadores sueltan sus redes de mariposa. Hacia los aleros de tejas rojas y las ásperas paredes de adobe de su infancia y la mía. Hacia las calles empedradas y el sol brillante y las puertas con arcos y las flores derramadas en los tejados. Hacia el mercado de La Boca y el banco de la Plaza Grande, donde los dos comimos aquel helado en nuestro primer encuentro mientras el sol del día temblaba por encima deslizándose lentamente contra la curva del cielo. Hacia la basílica y la catedral y los nombres de las tiendas pintados en rojo y negro. Hacia la suciedad y los perros errantes. Hacia nuestros amigos y las generaciones de nuestras familias. Hacia el estúpido tazón de cristal que tanto echaba de menos. Hacia el hogar. Nuestra casa.

En algún lugar de las montañas de Virginia, donde la carretera se hacía más estrecha y montañosa, Maribel se quejó de que le dolía el vientre. Sin decir una palabra, el hombre detuvo la camioneta.

—Vamos, hija —le dije abriendo la portezuela de atrás.

Vomitó en las piedras y en el polvo mientras yo le sostenía la cabeza y le frotaba la espalda formando lentos círculos.

—Una servilleta —dijo el hombre en español ofreciéndome desde su asiento un pañuelo de papel arrugado.

Le limpié la boca a Maribel.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—¿Me he manchado el pelo?

Abrí la mano y miré los largos mechones de pelo oscuros y enmarañados.

—No —le dije.

—Quiero cortármelo cuando lleguemos a casa.

—¿Tu pelo?

—Estoy fea.

Ahuequé la mano contra su nuca.

—Estás preciosa.

—Y quiero teñírmelo de púrpura.

De repente, de la nada, allí estaba ella. Mi Maribel. La que en otro tiempo se pintaba las uñas de negro y ahora quería teñirse el pelo de púrpura. Decidida a afirmar su independencia y a lanzarle los brazos a la vida. Allí estaba de nuevo. La persona que Arturo y yo habíamos estado esperando, la razón de todo esto.

Y cuando la miré, vi que tal vez había estado allí todo el tiempo.

No era exactamente la chica que era antes del accidente, la chica que yo estaba buscando, sino Maribel, valiente, impetuosa y amable. Todo este tiempo la había enterrado bajo mi sensación de culpa. Sólo me había preocupado de llegar a los Estados Unidos para reconstruirla. Creía que había perdido a mi hija y que si hacía las cosas bien e íbamos al lugar correcto podría recuperar a la niña que fue. Lo que no entendía (y me di cuenta de repente) es que si dejaba de retroceder, de intentar recuperar el pasado, podría ver el futuro que me esperaba, que nos esperaba a las dos, un futuro que se revelaría sólo si me volvía y miraba. Una vez lo hiciera podría avanzar hacia él.

—Podemos llamar a Angelina cuando lleguemos —le dije—. ¿Te acuerdas de Angelina?

—¿La de la peluquería? —preguntó Maribel.

Asentí maravillándome de que la recordara. Sólo unos pocos meses antes no habría podido.

—Parece como si hiciera mucho tiempo que nos marchamos, ¿verdad?

—Sí —dijo Maribel.

—Será bueno verlo todo otra vez.

Cuando llegamos a Tennessee ya había oscurecido. Contemplé las luces de la carretera. Camiones ruidosos nos adelantaban y cada vez que miraba a los conductores encaramados en lo alto de la cabina me preguntaba adónde irían. Después de comer algunas de las galletas y de bebernos el agua embotellada que Celia me había dado cuando ella y Rafael se despidieron, Maribel se durmió de nuevo arrullada por el sonido de la carretera. Yo también cerré los ojos.

Cuando me desperté había amanecido y estábamos en Arkansas. Se lo pregunté al hombre y eso es lo que me dijo. Pensaba que a esas horas estaríamos más lejos, pero tal vez el chofer había detenido la camioneta para dormir un rato. La tierra de Arkansas era del color verde de las limas, exuberante, llana y sin límites. Brotes diminutos afloraban de las hojas de hierba en todos los campo. Se balanceaban cada vez que soplaba la brisa o les alcanzaba una ráfaga de viento. Recordé que meses atrás, cuando viajábamos en el sentido opuesto, le dije a Arturo que todo aquello era muy hermoso.

—Todos los lugares son hermosos si les das una oportunidad —me contestó.

—Hablas como un cura —le dije.

—Podría ser cura —dijo.

—¿Y entonces qué sería de mí? —durante el viaje tuvimos momentos de alegría burlona—. Un cura no puede casarse…

Arturo me puso la mano en la rodilla con aire solemne.

—Entonces no podría ser cura —contestó.

Recuerdo que me reí.

Después de Arkansas, lo sabía, cruzaríamos Texas, pasaríamos los cientos de centros comerciales y las docenas de armadillos machacados a los lados de la carretera. Queríamos pasar la frontera con México y tomar varios autobuses de regreso a Pátzcuaro. Salir de un mundo y entrar en el siguiente. Así de simple. Como Arturo. Nuestro viaje continuaría, y el de Arturo también, a pesar de que ahora él se dirigía a un destino y Maribel y yo a otro. Más tarde, mucho más tarde, encontraría el camino que me llevara hasta él. Volveríamos a estar juntos. Sabía que era así.

Observé a Maribel a mi lado mirando distraídamente por la ventanilla, la cobija arrugada en el asiento entre nosotras.

—¿Cómo está tu tripa? —le pregunté.

Se volvió y me regaló una leve sonrisa.

—Estoy bien —dijo.

Eso era lo que había esperado oír todo el tiempo.

ARTURO RIVERA

Nací en Pátzcuaro, Michoacán, México. Viví allí toda mi vida hasta que vine acá. Otras personas de nuestra ciudad habían emigrado al norte. La mayoría buscaba una vida mejor. Eso es lo que decían, una vida mejor. Pero para nosotros no fue así. Teníamos una buena vida, una vida hermosa. Vivíamos en una casa que construí con mis propias manos. Nos casamos en la Plaza Grande cuando Alma y yo éramos muy jóvenes, cuando la gente nos decía que aún no sabíamos nada del mundo. Pero sí sabíamos porque nuestro mundo éramos nosotros, ella y yo. Luego tuvimos a Maribel y ese mundo se hizo más grande.

Vinimos aquí por ella.

A veces pienso en Dios, me pregunto si nos está mirando. ¿Era esto lo que quería? ¿Ocurrió todo por algún motivo superior que se me escapa? ¿Debíamos venir acá, a los Estados Unidos? ¿Acá nos espera algo mejor que sólo Dios puede ver en su infinita sabiduría? ¿Hay algo por encima de nosotros que nos ayudará a encontrar el sentido de todo esto? No lo sé. Ignoro las respuestas.

No quiero parecer desagradecido. Acá somos felices de muchas maneras. Hemos conocido a gente buena. No llevamos mucho tiempo, pero la gente del edificio donde vivimos ha llegado a ser como una familia para nosotros. Los profesores de la escuela han ayudado mucho a Maribel. Dicen que está mejorando. También Alma y yo podemos decirlo. Ahora tiene una luz en la mirada. La vemos y nada, absolutamente nada, nos da más alegría.

Tal vez es el instinto de todo inmigrante, un impulso nacido de la necesidad o el deseo: en otro lugar estaré mejor que aquí. Ojalá pudiese llegar a ese sitio.

Nos costó mucho venir. Hicimos todas las solicitudes y esperamos a que las aprobaran. Viajamos durante días. Dejamos muchas cosas atrás (no sólo objetos físicos, sino también a nuestros amigos y por supuesto a nuestras familias, trozos de nosotros mismos), todo por la posibilidad de ver la luz en los ojos de Maribel. Ha sido difícil, sí, pero volvería a hacerlo otra vez. La gente hace lo que tiene que hacer en esta vida. Intentamos recorrerla de un extremo al otro con dignidad y con honor. Hacemos lo que podemos.

Me abruma pensar en esta tierra y en lo que se nos ha dado. Maribel es cada vez más fuerte. Puedo verlo. Cada día un poquito más. Es un lugar seguro para vivir. Tenemos grandes amigos. Es increíble. Un día, cuando volvamos a México y la gente me pregunte cómo era esto, les contaré estas cosas. Les contaré cuánto he amado a este país.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar la gracias a todo el equipo de Knopf, pero especialmente a Robin Desser, que es la editora de mis sueños: no sólo ha mejorado esta novela, también ha hecho de mí una escritora más sabia y más reflexiva; a mi agente, la inimitable Julie Barer o, como a veces la llamo, «mi persona favorita del mundo»; a todos los que han leído este libro en las diversas etapas del camino: Kate Sullivan, Diana Spechler, Tita Ramírez y Jennifer Kurdyla; a mi madre, por tantas cosas y por contarme la historia que ayudó a poner este libro en movimiento; a mi padre, no sólo por inspirarme esta novela, sino por inspirarme (a secas); a mi esposo y mis hijos, que son, en la definición más literal que se me ocurre de la palabra, mi hogar.

Hija de padre panameño y madre norteamericana, **Cristina Henríquez** nació en Delaware y vive en Illinois. Ha publicado la colección de cuentos *Come Together, Fall Apart* y la novela *The World in Half*. Sus relatos han aparecido en varias antologías y en revistas como *The New Yorker, The Atlantic, The American Scholar, Glimmer Train, Ploughshares, TriQuarterly, Oxford American* o *AGNI*. La *Virginia Quarterly Review* la ha incluido en su selección «Fiction's New Luminaries».

· ALIOS · VIDI ·
· VENTOS · ALIASQVE ·
· PROCELLAS ·

NOTAS

[1] Gran sartén. (*N. del T.*)

[2] Juego de palabras con *pain in the ass*, «dolor en el culo». (*N. del T.*)

[3] Gran mamón (literalmente «chupavergas»). (*N. del T.*)

[4] Granizados hecho con hielo raspado y siropes de distintos sabores. (*N. del. T.*)

[5] Quiero desearles una feliz Navidad desde el fondo de mi corazón. (*N. del. T.*)

[6] Secretariat fue un caballo purasangre que en 1973 se convirtió en el noveno campeón de la Triple Corona de Estados Unidos, después de veinticinco años sin que nadie lo consiguiera, y que estableció nuevos récords en los tres eventos de la serie: el Derby de Kentucky, el Preakness Stakes y el Belmont Stakes; récords que todavía hoy siguen vigentes. (*N. del. T.*)

[7] Publicación editada por una entidad independiente que se dedica a establecer el valor de los automóviles para su venta de segunda mano y que, dada su independencia y rigor, es reconocida por los consumidores y por la industria automovilística norteamericana. (*N. del T.*)

[8] La *Mischief Night* es una festividad anglosajona informal en la que los niños y adolescentes hacen bromas y actos menores de vandalismo. Aunque el nombre y la fecha varían de un lugar a otro, se celebra sobre todo a finales de octubre coincidiendo con Halloween. (*N. del T.*)

[9] División de la ABC norteamericana que opera y produce canales de televisión por cable en los que se emiten únicamente eventos deportivos. (*N. del T.*)